COMENTARIOS A LA NUEVA

Biblia de Jerusalén



Evangelio de Mateo

2ª edición

Antonio Rodríguez Carmona



EVANGELIO DE MATEO

ANTONIO RODRÍGUEZ CARMONA

EVANGELIO DE MATEO

2ª edición

Comentarios a la
Nueva Biblia de
Jerusalén



Desclée De Brouwer

Henao, 6 - 48009
www.edesclee.com
info@edesclee.com

ISBN: 978-84-330-2058-1
Depósito Legal:
Impresión: Publidisa, S.A. - Sevilla
Impreso en España - Printed in Spain

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

El Evangelio de san Mateo ha sido una obra privilegiada a lo largo de los siglos. Junto con el Evangelio de san Juan, ha sido el más leído y el que más ha influido en la configuración de la Iglesia latina. Sin embargo, en los últimos decenios, ha bajado la estima por este evangelio por diversas causas, relacionadas fundamentalmente con la revalorización teológica y literaria de los evangelios de Marcos y Lucas, hecho que ha supuesto lógicamente la equiparación entre los cuatro evangelios. Incluso ha aparecido cierta tendencia antimateana que minusvalora este evangelio como una obra teológica de segunda clase, por opinar que contiene una doctrina sectaria judaizante. Pero ésta es una postura minoritaria. En general, hoy día se valora esta obra de forma parecida a los otros evangelios. Más aún, después del apogeo de los estudios sobre Marcos y recientemente sobre Lucas-Hechos, actualmente se está experimentando una vuelta a Mateo. Prueba de ello son los grandes comentarios que han aparecido últimamente (Luz, Gnilka, Davies/Allison) y la serie de estudios que lo analizan a la luz de la narratología moderna. Por otra parte, en los medios cristianos donde se ha planteado el problema de la nueva evangelización, se le valora de forma especial, ya que Mateo se dirige a una comunidad con una problemática similar.

1. Características literarias generales

La obra consta de 1068 versículos, con bastante material paralelo a los evangelios de Marcos (600 versículos) y de Lucas (240), y con algo propio. En 13,52 el autor hace un elogio del escriba cristiano, que es aplicable a su obra, en la que actúa como buen pedagogo:

agrupa materiales afines para facilitar el aprendizaje, a veces en grupos de 3, 5, 7, 14 (p.e. cinco grandes discursos en los que resume la predicación de Jesús); suprime los elementos anecdóticos y se centra en la enseñanza de Jesús, que es lo importante; emplea adecuadamente una serie de recursos estilísticos (inclusiones, paralelismos, quiasmos, repeticiones de palabras, fórmulas introductorias ...) para resaltar ideas. Con relación a Marcos, procura evitar repeticiones, expresiones prolijas y largas descripciones, reduce la parataxis o el uso de "y", empleando otras conjunciones, y recorta el uso del presente histórico, aunque lo emplea 23 veces por razones propias.

2. Estructura

Para determinar la estructura de la obra, hay que tener en cuenta varios datos:

1) Existencia de una línea narrativa continua.
2) Cinco discursos, dispuestos de forma simétrica, correspondiéndose el primero y quinto (5-7 y 23-25: evangelio del Reino y juicio del pueblo judío y de la historia a la luz de este Evangelio), el segundo y el cuarto (10 y 18: la misión que crea la comunidad eclesial y normas para el nacimiento y mantenimiento de la comunidad eclesial) y quedando en el centro el tercero (13: reflexión sobre la incredulidad.
3) Varios indicios literarios, como el que los capítulos 1-2 tienen un carácter literario especial; el doble uso de la fórmula *desde entonces comenzó Jesús* (4,17 y 16,21); el sumario sobre enseñanzas y curaciones, repetido en 4,23 y 9,35, antes y después de la descripción de Jesús como maestro y como taumaturgo; la doble alusión a la salida y regreso a Nazaret (4,13 y 13,54); el hecho de que en 11,6 se declare bienaventurado al que no se escandalice en Jesús, y en 13,57 se escandalizan de él.

Ante estos datos se han propuesto diversos tipos de estructura, aunque ninguna de ellas se ha impuesto definitivamente:

1) Una, *geográfico-cronológica*, sigue de cerca la línea narrativa, pero es bastante imprecisa, ya que los datos cronológicos y topográficos son insuficientes.

2) Otra se apoya en los *cinco discursos*, y divide el texto en cinco bloques, compuesto cada uno de narración y discurso; las presentaciones concretas de la hipótesis son diversas, y se objeta que no tienen suficientemente en cuenta el hilo narrativo básico, que es innegable.

3) Una tercera, que seguimos en este comentario, se basa en las fórmulas (ver 1,1; 4,17; 16,21) y demás indicios literarios, y es la siguiente:

• *Prólogo teológico: Infancia* (1-2). Al comienzo de su catequesis coloca Mateo una serie de tradiciones sobre la infancia de Jesús y las presenta como un anuncio de lo que sucederá en el futuro: aparece Jesús, el Mesías, Hijo de David y Rey de Israel, y los gentiles lo buscan, encuentran y adoran, mientras los suyos lo persiguen. Por eso es «nazareno».

• Primera parte: *Jesús es el Mesías prometido, rechazado por el pueblo judío, pero reconocido por sus discípulos* (3,1 – 16,20).

1. Presentación de Jesús como Mesías (3,1 – 11,1). Aquí comienza Mateo a presentar las tradiciones sobre el ministerio de Jesús, y lo hace de forma que se comprenda que es el Mesías prometido. Supone que el lector conoce la idea que tenían los judíos de la época sobre el Mesías: sería el *maestro* que daría la verdadera interpretación de la Ley (ver Jn 4,25); sería igualmente el enviado de Dios para ofrecer *la salvación*, y ambas cosas para todos los judíos y abiertas a todos los gentiles que se conviertan. A la luz de esta idea, Mateo, después de una introducción y presentación genérica de Jesús, inspirada en la que hace Marcos, presenta a Jesús como maestro, taumaturgo y como organizador de la misión. En concreto:

A. Tríptico introductorio: Juan y el Padre presentan a Jesús como Mesías y Jesús se legitima como tal superando la tentación (3,1 – 4,11).
B. Jesús se presenta de forma genérica (4,12-22): se establece en Cafarnaún y llama a los primeros discípulos.
C. Jesús se presenta de forma específica (4,23 – 11,1), realizando las obras del Mesías: maestro que interpreta la Ley, ofrece la salvación anunciada por los profetas y reúne al pueblo escatológico:

- sumario: enseña y cura (4,23-25).
  a. *Maestro* que interpreta la Ley, proclamando el *Evangelio del Reino* (5-7: primer discurso).
  b. *Siervo-Salvador* que libera de todo mal (8,1 – 9,52).
- sumario-transición: enseña y cura (9,53).
  c. Envía a sus discípulos en función de la congregación escatológica del pueblo (9,36-11,1: segundo discurso).

2. *Jesús, Mesías rechazado por el pueblo judío* (11,2 – 13,58):
A. Hechos: abanico de hechos que presentan las diversas reacciones ante Jesús (11,2 –12,50).
B. Reflexión sobre la incredulidad y sobre la postura que tienen que adoptar los discípulos ante ella (13,1-52: tercer discurso).
C. El rechazo de Nazaret como tipo del rechazo judío (13,53-38).

3. *Jesús reconocido Mesías por sus discípulos* (14,1 – 16,20). El rechazo judío determina la postura de Jesús: se retira de sus adversarios y se dirige especialmente a sus discípulos, a los que anuncia su Iglesia y éstos lo reconocen como Mesías:
A. Primera retirada y enseñanzas (14,1 – 15,20).
B. Segunda retirada y enseñanzas (15,21 – 16,4a)
C. Tercera retirada, confesión de Pedro y promesa de la Iglesia (16,4b-20)

• Segunda parte: *Nacimiento de la Iglesia, verdadero Israel, por la muerte y resurrección de Jesús* (16,21 – 28,15)

1. *Jesús sube a Jerusalén e instruye a su Iglesia* (16,21 – 20,34). Esta sección presenta los tres anuncios de la muerte y resurrección de Jesús, seguidos de enseñanzas sobre la edificación de la comunidad eclesial. Para Mateo, la vivencia de estas enseñanzas (opción total por Jesús, compartir, servicio, hacerse niño...) tiene carácter de muerte y resurrección y, a su vez, son la forma concreta de construir comunidad eclesial:
A. Primer anuncio de la muerte y resurrección, incomprensión y enseñanzas sobre la Iglesia (16,21 – 17,21).
B. Segundo anuncio de la muerte y resurrección, incomprensión y enseñanzas sobre la Iglesia (17,22 – 20,16). Entre estas enseñanzas destaca el «discurso eclesiástico» o comunitario (18,1-

35), en el que Jesús habla del nacimiento de la comunidad eclesial y sobre la postura que debe tomar ante el pecado de sus miembros.

C. Tercer anuncio de la muerte y resurrección, incomprensión y enseñanzas sobre la Iglesia (20,17-34).

2. *Jesús proclama el Reino en Jerusalén y es rechazado: prólogo de la pasión* (caps. 21-25): Jesús entra como Mesías en Jerusalén y visita su templo, al que descalifica, porque ha sido profanado: es un símbolo de la situación del Israel incrédulo, que lo rechaza. Las discusiones y enseñanzas que siguen muestran el grado de ruptura a que se ha llegado. Termina la actividad pública de Jesús con un largo discurso en que se condena el comportamiento de escribas y fariseos, se ofrece una panorámica sobre el futuro de la Iglesia y se invita a la vigilancia:

A. Actividad mesiánica: Jesús se presenta en su templo como Mesías y lo descalifica (21,1-17).
B. Jesús es rechazado: controversias con los diferentes grupos y parábolas explicativas (21,18 – 22,46).
C. Última actuación pública: discurso sobre Israel, sobre el futuro de la Historia de la salvación y sobre la necesidad de vigilar: quinto discurso (caps. 23-25).

3. *Pasión, muerte y proclamación de la resurrección: nace el «verdadero Israel»* (26,1 – 28,15).

• *Conclusión*: mandato misionero (28,16-20).

3. El género literario de la obra es teología narrativa, es decir, la exposición de un mensaje religioso por medio de las tradiciones de los hechos y dichos de Jesús, seleccionados y explicitados en función del mensaje que se quiere exponer. Es el mismo género que emplea Marcos, y se inspira en los llamados libros históricos del Antiguo Testamento.

4. Finalidad. Tiempo, lugar y destinatarios.

La mayoría de los especialistas opina que el evangelio de Mateo se escribió hacia los años 80 en Siria, en cuya capital, Antioquía, existía

una importante comunidad mixta, compuesta de cristianos de origen judío y gentil. El autor, escriba judeocristiano, buen conocedor de las técnicas exegéticas rabínicas, intenta resolver una serie de problemas de tipo interno y externo que sufren los destinatarios:

A. *Problemas internos*. Por una parte, el autor quiere justificar la praxis pastoral de su Iglesia, que se caracteriza por ser una comunidad mixta, abierta a judíos y gentiles, y, por otra, quiere aclarar ciertas ambigüedades en torno a la postura del cristiano ante la ley judía en general, que se manifiesta, en algunos sectores, en legalismo y formalismo y, en otros, en su contrario: una actitud anárquica que prescinde de toda ley. Todo esto da lugar a la disminución e incluso a la pérdida del fervor primitivo, a baja en la estima mutua y comprensión, a divisiones internas, a un ambiente pesimista: ¿está el Señor en medio de nosotros? La comunidad, pues, vive una baja de los valores que determinan la vida cristiana y, como consecuencia, aparecen todas esas deformaciones. Está necesitada de recuperar los *valores* cristianos, de una *nueva evangelización*, para vivir con más seriedad la justicia del Reino.

B. *Problemas externos*. El problema externo que crea problemas a la comunidad cristiana es la postura del judaísmo, que en su mayor parte ha rechazado a Jesús y ha excluido de sus reuniones como herejes, *minim*, a los judeocristianos. Hasta la destrucción de Jerusalén por los romanos, el año 70 d.C., judíos y judeocristianos coexistían dentro del judaísmo, aunque con frecuentes tensiones. Pero después del año 70, un grupo de rabinos se establece en Yamnia (o Yabne) con el fin de reorganizar el judaísmo después de la catástrofe que supuso la destrucción del templo y la dispersión de la población judía. Se consideran a sí mismos los auténticos maestros y el verdadero Israel, los auténticos herederos de las promesas hechas a los padres y excomulgan a los que no comparten su visión, entre ellos a los *nazarenos* o cristianos. No es que este grupo tuviese autoridad oficial sobre el resto del judaísmo, pero sí ejercía un gran influjo moral sobre las demás sinagogas, por lo que su postura ante los cristianos fue adoptándose poco a poco por las demás sinagogas, entre ellas las de Antioquía, donde había una numerosa comunidad judía. Esto creó un grave problema a la comunidad cristiana: ¿Quién es el verdadero Israel? ¿Por qué la incredulidad judía?

C. La obra de Mateo quiere responder a estos problemas. Tanto la disposición general de la obra como las grandes ideas teológicas que contiene tienden a iluminar a la comunidad y a ayudarle a superar esta situación.

La estructura afirma el mesianismo de Jesús e ilumina el ser y la misión de la Iglesia como *verdadero Israel*.

La teología ilumina tanto la problemática externa como la interna. A la problemática planteada por el judaísmo de su tiempo responde afirmando que Jesús es el único y verdadero Maestro, el Mesías rechazado; por ello la comunidad cristiana es el verdadero Israel. La problemática interna explica la insistencia en las distintas facetas del «tesoro» recibido (Dios, Jesús, Reino, Fraternidad), valores que deben generar una ética gozosa, antiformalista y exigente, pues de todo hay que dar cuenta a Dios. Por esto mismo suele presentar las ideas en tensión, invitando a los cristianos a vivir las dos facetas y a superar la quietud del legalismo: Dios es Padre y Señor, nosotros hijos y esclavos; el Reino está presente, pero es una realidad futura; la fraternidad cristiana es santa y pecadora; los discípulos-apóstoles aparecen idealizados, pero se subraya su carácter de servidores; la Ley continúa, pero según la interpretación radical dada por Jesús; hay que obrar, pero como testigos; hay que servir al pequeño, pero desinteresadamente ...

D. *El mandato misionero de Jesús, conclusión de la obra* (28,18-20), pretende justificar la praxis pastoral de la Iglesia:

[18]Jesús se acercó a ellos y les habló así: «Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. [19]Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, [20]y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo».

Curiosamente, después de este mandato, no se informa al lector del modo como los apóstoles lo cumplieron, como se dice en otros Evangelios (ver Mc 6,12.30; 16,20). La obra de Mateo termina así de forma abierta. La información que desea el lector la tiene en lo que está haciendo la comunidad, que no es más que un acto de obediencia al Señor resucitado. Allá por los años 80 una comunidad cristia-

na mixta, situada en Siria, compuesta de cristianos de origen judío y gentil, confiesa a Jesús de Nazaret como el Señor resucitado, el Mesías prometido a Israel y su único maestro. La comunidad se autocomprende como discipulado de Jesús, vive de sus enseñanzas (los cinco discursos exponen la enseñanza de Jesús *actualizada*) y quiere justificar su modo concreto de creer y vivir. Es una comunidad que experimenta que el Señor, el Dios-con-nosotros, Emmanuel, está dinámicamente presente, sosteniéndola eficazmente en la tarea de predicar su mensaje a todos los pueblos, a los que invita a convertirse en discípulos suyos, recibiendo el bautismo cristiano y viviendo de acuerdo con sus enseñanzas. Se justifica así la conciencia que tiene esta Iglesia de estar dedicada especialmente a la misión de los gentiles, tarea abierta hasta el final de los siglos. De esta forma la conclusión de Mateo justifica la praxis de esta Iglesia y, por otra parte, ofrece la clave que explica la disposición y finalidad de la obra.

El mandato es fundamentalmente cristológico («Se me ha dado todo poder... Yo estaré con vosotros...») y eclesiológico («Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes... bautismo en el Padre, Hijo, Espíritu Santo... enseñar a observar todo cuanto os he mandado», 20a). Ambas líneas exigen una explicación, que pretende dar la obra de Mateo.

Línea cristológica: Jesús es el Señor que tiene todo poder y que promete su asistencia eficaz a su comunidad: ¿cómo y por qué Jesús tiene este poder? ¿Quién es este Jesús? ¿Qué relación tiene con Israel y con la humanidad? En el relato encontramos una respuesta: tiene todo poder porque ha muerto y resucitado; este poder corresponde al Mesías prometido. Jesús, pues, es el Mesías; desde 1,1 aparece la intención de escribir una obra sobre Jesús-Mesías, que actúa dentro del plan de Dios, de acuerdo con la Escritura y en la línea del Siervo obediente. Se acreditó como Mesías desde el primer momento: ungido por Dios, probado en la tentación, maestro que explica y consuma la Ley, salvador que realiza los signos de la salvación; actúa con el pueblo de Israel, ante quien proclama la llegada inminente del Reino de Dios, pero en su mayoría no lo acoge, sino que lo rechaza, con un rechazo que llega hasta darle muerte; pero el Padre lo ha resucitado, le ha dado la razón, y sigue adelante la obra del Reino en la Iglesia.

Línea eclesiológica: *Porque* Jesús tiene todo poder, nace la misión, cuyo objeto es crear un *discipulado de Jesús-Maestro*, que tiene como destinatarios a *todas las gentes*. Consiste en vivir incorporados a la vida trinitaria, de acuerdo con todo lo que Jesús ha enseñado. ¿Por qué los seguidores de Jesús son presentados como discipulado? ¿Qué es del pueblo judío, destinatario de las promesas y de la obra de Jesús? ¿Cuáles son las enseñanzas de Jesús de acuerdo con las cuales tienen que vivir sus discípulos? El relato de Mateo también responde a estos interrogantes:

–Jesús tuvo discípulos, y entre ellos eligió a Doce como modelo de la renovación religiosa escatológica que, como Mesías, ofrecía a todo Israel. Pero en la medida en que los dirigentes y la gran masa judía rechaza a Jesús, éste concentra su acción en sus discípulos, con lo que deja claro que Israel no es una entidad racial, sino moral, compuesta por todos los que acogen el mensaje de Jesús y hacen la voluntad de Dios: los discípulos judíos que siguen a Jesús y todos los gentiles que acogen el mensaje y se bautizan. Todos ellos son el *verdadero Israel*, heredero de las promesas. Cuando Mateo escribe, el rabinismo, el movimiento judío que comienza después de la destrucción de Jerusalén el año 70 y que tiene su centro principal en Jamnia o Yabne, se presenta como auténtico maestro y heredero de las promesas, y pretende que todo el judaísmo le siga como maestros. Polemizando con ellos, Mateo afirma que Jesús es el auténtico maestro y que, por ello, sus seguidores son los verdaderos discípulos y herederos de las promesas del Antiguo Testamento. Los cinco discursos exponen *el Evangelio del Reino de los Cielos,* las enseñanzas de Jesús-Maestro que los Doce han de enseñar y conforme a las cuales todos los discípulos han de vivir.

Ambas líneas están íntimamente unidas, pero la cristología justifica la eclesiología. Todo esto deja entrever que la comunidad estaba necesitada de justificarse ante dificultades internas (¿es legítimo el tipo de Iglesia que se está viviendo?; ¿es legítima la misión a los gentiles?) y externas (¿quién es el verdadero heredero del AT, el judaísmo rabínico o la Iglesia de Jesús?). Una visión más sistemática de la teología de Mateo permite ver con más claridad la respuesta a estos interrogantes.

5. Teología

La conclusión (28,18-20) sugiere las grandes líneas teológicas: Dios (teo-logía) ha concedido todo poder (escatología) a Jesús (cristología), que lo ejerce de forma especial en la Iglesia (eclesiología). Mateo desarrolla ampliamente estos enunciados a lo largo de toda su obra, presentándolos como valores que justifican y exigen una ética (ver 13,44, donde presenta la alegría por el descubrimiento del tesoro como el móvil de toda la acción). Quiere así estimular a sus lectores a salir del formalismo y atonía religiosa.

A. *Dios Padre y Señor (Teo-logía)*.

La idea que se tenga de Dios condiciona y determina la vida religiosa. Por eso, la gran aportación de Jesús consistió en proclamar que Dios es Padre y que toda la vida religiosa ha de vivirse desde esta realidad. Por eso Mateo, pedagogo, la subraya para sus lectores como la primera faceta del valor que han recibido y que les ha de hacer despertar del sopor religioso en que se encuentran.

Es significativo que Mateo presente en contexto antiformalista la declaración solemne en la que Jesús proclama que Dios es *abbá* y las implicaciones de esta realidad (11,25-30): Jesús es el único que conoce y vive la experiencia de Dios como *abbá* (arameo: papaíto, mi papá; expresión familiar popular), una persona íntimamente unida a él, que le da la vida, lo ama y protege de forma única e infinita. El Hijo es el único que «conoce» al Padre y, por ello, el único que nos lo puede revelar, proclamando que también es padre (*abbá*) nuestro, aunque de forma análoga. De esta revelación se deriva una ética, liberadora de una praxis religiosa rutinaria y pesada, y que tiene carácter de yugo-suave y carga-ligera, es decir, un esfuerzo que se hace suave porque se vive en contexto de amor filial. De esta forma la vivencia de la filiación es una faceta fundamental del tesoro que llena de alegría y mueve a la acción (13,44), superando la ética farisea y pagana. Así, el actuar cristiano se convierte en «obra de justicia» u obra de cooperación con la voluntad de Dios Padre (3,15; 6,6.10.21.48; 6,1.13). Dios Padre es el primer valor (6,33), y su voluntad tiene que ser el motivo determinante de toda actuación (6,11; 7,21), que, por eso, ha de ser filial y fraternal: (a) la vida filial se ha de manifestar en el obrar siempre de cara al Padre (6,1) y buscando que los hombres lo alaben

(5,16); igualmente en la oración (6,8; 7,11), en el ayuno (6,19), en la confianza en la Providencia, haciendo del Reino de los Cielos el primer valor y dejando de ser «hombres de poca fe» (6,25-34), y en no temer las persecuciones de los hombres (10,20.29). Esta relación íntima y esta dependencia confiada no serán posibles si el discípulo no asume la tarea de hacerse y vivir confiadamente como «niño» (18,3; 19,14). (b) Por su parte, la vida fraternal es inseparable de la filial, y exige ser «perfectos» como el Padre (5,48), es decir, al igual que Dios es Padre, que siempre actúa como tal con justos e injustos, así el hermano debe actuar siempre como hermano, con buenos y malos, perdonando (6,14; 18,35), buscando la oveja perdida (18,14), compartiendo los bienes (6,4), acogiendo a los pequeños y a los enviados de Jesús (10,40; 18,10).

Pero Dios Padre es también el Señor del cielo y la tierra (11,25), el «Padre-nuestro-que-está-en-el-Cielo» (6,9), el Padre celestial (fórmula característica de Mateo), el dueño de la existencia del hombre, a quien exige una entrega existencial en el compromiso concreto que encomienda a cada uno (25,24-28). Desde este punto de vista el discípulo, además de hijo, es también siervo-esclavo, lo que significa que ha de tomarse en serio la filiación, viviendo con seriedad ambas facetas.

B. *El Reino de los Cielos (Escatología)*.

En la síntesis conclusiva (28,18-20), Mateo presenta a Jesús como el Rey-Señor al servicio del Reino del Padre. Por ello ordena la misión, con la finalidad de reunir «discípulos» suyos, que se incorporen mediante el bautismo a la familia trinitaria y vivan como corresponde a esta situación, filial y fraternalmente, de acuerdo con las enseñanzas de Jesús, que estará dinámicamente presente entre ellos, ayudándoles a realizar la tarea, hasta que llegue el momento de la plenitud del Reino, en la consumación de la historia mundana. Mateo ofrece así una visión cristológica y eclesial del Reino de los Cielos, con el objeto de responder a la problemática de su comunidad: la Iglesia nace porque Jesús es el Señor exaltado que comienza el Reino presente y está al servicio del Reino futuro; por ello ha de tomar conciencia de las exigencias de esta realidad, que le exige ser «signo» del Reino ya presente y proclamarlo.

Agente del Reino y protagonista es Dios Padre; se trata del «Reino de los Cielos» (Cielo es sinónimo de Dios, fórmula típica de Mateo). Es

Dios quien tiene que reinar y ninguna de las mediaciones puede oscurecer este protagonismo. Jesús es el único mediador existencial en la obra del Reino. En su presentación, Mateo alude a las diversas facetas de esta mediación, presentándolo como heraldo que proclama su presencia (4,17.23; 9,35) y realiza los signos del mismo, dando la explicación escatológica de la Ley (5-7), mostrando la presencia del «poder» del Reino, que tiende a la destrucción de todo mal (8,1 – 9,35) y organizando la misión para congregar al pueblo escatológico (9,35 – 11,1). Más aún, en término acuñado por Orígenes, Jesús es *Autobasileia*, personificación del Reino, ya que éste no es una teoría o un programa, sino un nuevo tipo de persona, totalmente bajo el influjo salvador y transformante de Dios, que se realiza por vez primera en Jesús resucitado (28,18). Por todo ello Jesús es Rey-Juez en el Reino de su Padre. Jesús es el Rey-Hijo prometido a David, que realiza su misión en la línea del Siervo de Yahvé, muere, resucita y así será Juez en la parusía (10,33; 16,27; 19,28; 24,30; 25,10.34.40). De esta forma se aclara el sentido de la realeza de Jesús, que consiste en hacer efectivo el señorío de Dios Padre, único Rey, por la filiación y la fraternidad: la parusía revelará la plena participación de Jesús en la gloria del Padre (24,30; 25,31) y la situación de los hombres en cuanto han vivido, o no, la fraternidad; será así la explicitación de la obra del Reino, proclamada y realizada por Jesús. Desde este punto de vista, se puede hablar de Reino de Jesús (13,41), especialmente en contexto eclesial, pues la Iglesia está compuesta de hijos del Reino (13,38), sembrados por Jesús (13,37).

Dios reina ejerciendo una fuerza creadora de vida filial y fraternal, participación de su vida, y que tiende a la creación del hombre nuevo, cielos nuevos y tierra nueva, y consiguientemente a la destrucción del dolor y de la muerte y de todo tipo de mal. Esta fuerza ya se ejerce, ya está presente (4,17 – 9,35; 11,12; 12,28), aunque de forma imperfecta, pero se consumará en el futuro (5,19.20; 7,21; 8,11; l8,3.8.9; 19,6-30; 21,31; 25,1), pues existe un nexo entre el presente de pobreza y debilidad y el futuro de riqueza y poder (13,31-33, ver 10,15; 26,29). Mateo habla de este aspecto dinámico del Reino, igual que el resto de la tradición del Nuevo Testamento, pero además subraya a su comunidad que el Reino es también objeto de enseñanza, pues su fuerza está presente también en la palabra (4,23; 13,9).

El Reino es un gran valor y motivo de acción gozosa. Jesús proclama el futuro del Reino en función de determinados comportamientos

del discípulo en el presente. El anuncio del futuro es así, no una enseñanza alienante, sino una invitación a obrar ahora: el comportamiento actual determina el futuro. Mateo, pedagogo, subraya este tema para que sus lectores superen el problema del formalismo y la rutina, y obren con gozo y seriedad ante el Reino futuro. En concreto, el Reino exige vivir la fraternidad eclesial y la misión. Las Bienaventuranzas resumen el dinamismo presente y futuro del Reino.

C. *Jesús es Hijo de Dios, Señor, Maestro, Mesías, Emmanuel (cristología)*.

Jesús no actúa de forma autónoma, sino en función del Padre y de su Reino. En su presentación, Mateo destaca su carácter de Hijo de Dios, Señor, Maestro, Mesías y Emmanuel.

a) *Hijo de Dios*. Mateo reconoce a Jesús como Hijo de Dios en toda su obra, destacando su íntima unión con el Padre y su obediencia (emplea 18 veces la fórmula *mi Padre*). Su relación íntima con el Padre es el fundamento de su autoridad y magisterio (ver 11,27). Los discípulos y Pedro le confiesan Hijo de Dios (14,33; 16,16). Ahora bien, Jesús ejerce esta filiación en la debilidad, en la línea del Siervo de Yahvé, (3,17 y 17,5). Las tentaciones en el desierto (4,2.5) y en la cruz (27,40.43) ponen de manifiesto que la filiación de Jesús se traduce en su obediencia al Padre en la línea del Siervo, aunque esto contradiga las expectativas humanas. La obediencia lo lleva a la muerte, pero los signos que Dios realiza a causa de ella llevan a la confesión de Jesús como Hijo de Dios (27,54) y a recibir el pleno poder que no quiso conseguir por el camino de la desobediencia al Padre (28,18).

b) *Jesús es el Señor, Kyrios* (nombre de Dios en los LXX). Es el título con el que se dirigen a Jesús sus discípulos, los que piden su ayuda y, en general, todos los que tienen una actitud positiva ante él, nunca los adversarios. Mateo retrotrae al pasado el título que su comunidad dirige en el presente a Jesús, a quien confiesa como Señor. Es el Señor que ha recibido todo poder (28,18), se ha convertido en *autobasileia* y en mediador obligado del Reino para todos los hombres. Si Marcos, en su cristología, insiste en los aspectos humanos de Jesús, Mateo describe en la suya un Jesús hierático y poderoso. Por ello, evita mencionar sus sentimientos humanos (8,3; 19,14, comparados con Mc 1,41; 10,14), suprime todo lo que pueda parecer

limitación o desagradable para él (13,58; 19,17... comparados con Mc 6,5; 10,18), subraya la grandeza de los milagros (8,13; 9,22; 21,19...), usa frecuentemente el verbo *postrarse* (ante Jesús, con sentido de adoración) y *acercarse* (a Jesús, como salvando la distancia que hay entre el hombre y él), subraya que Jesús tiene el poder en sus palabras (7,29) y signos (8,1-9,35), por lo que ordena la misión (ver 9,6). Este poder lo ejerce el Señor no sólo en los signos que realiza (8,1-9,35), sino también en sus enseñanzas. Por tal motivo es

c) *Maestro,* que enseña con poder (7,29). Es el único Maestro (23,8), que lleva a su plenitud la Ley y la interpreta auténticamente. El Sermón de la Montaña le revela como tal. Entre Ley y enseñanza de Jesús no hay oposición, ya que aquélla es obra de Dios y expresión de su voluntad (ver 15,4: «Dios dice», en lugar de «Moisés dice», como escribe Marcos en el paralelo 7,10; para Mateo el verdadero legislador es Dios). La oposición está en el terreno del contenido y de la interpretación: la Ley de Dios dada a Moisés era *comienzo y promesa*, que exigía una plenitud. Jesús le ha dado tal plenitud, y consiguientemente la ha reinterpretado en función de ésta; los rabinos, en cambio, siguen considerando e interpretando la Ley en su imperfección. De aquí la oposición: los rabinos interpretan la Ley sin consumar, desde una visión farisea de la vida religiosa; Jesús, en cambio, desde la visión de Dios como Padre, que lleva a sus últimas consecuencias la Ley y hace ver cuál es el auténtico designio de Dios. Para ello Jesús hace ver cuál es la intención profunda de cada mandato (5,21s.27), llegando incluso a anular algunos de ellos, porque proceden no del designio primitivo de Dios, sino de la «dureza del corazón» (19,8; 5,31) y no están de acuerdo con la paternidad divina (5,33.38.43). Y naturalmente Jesús se opone a la interpretación farisea y a las «tradiciones de los padres», siempre que éstas aparten de la voluntad de Dios (15,1-20). Hay, pues, una oposición entre lo que *se oye* en la sinagoga (5,21. 27. 31.33.38.43) y lo que enseña Jesús («*pero Yo os digo*»: 5,22.28.32.34. 39.44), que es el auténtico Maestro, Rabí, y no los fariseos y sus escribas. Toda esta presentación sugiere una oposición entre la comunidad de Mateo y el judaísmo de su época. ¿Presenta Mateo a Jesús como nuevo Moisés y a los cinco discursos como nuevo Pentateuco? La cristología de Mateo alude implícitamente a Moisés (2,15.20; 17,1-8), pero son referencias secundarias. No se trata tanto de la presentación de Jesús como nuevo Moisés cuanto de su descripción como Mesías, que

asume todas las características positivas de los grandes personajes del Antiguo Testamento. No cabe, por ello, hablar del Evangelio de Mateo y de sus cinco discursos como nuevo Pentateuco.

d) *Mesías*. Esta faceta es importante en función del problema de identidad que tiene la comunidad frente a las pretensiones del judaísmo contemporáneo. El tema aparece en la misma estructura de la obra y se subraya con frecuencia: la genealogía inicial (1,1-17) introduce a Jesús como Mesías, hijo de David, hijo de Abrahán, culmen de la Historia de la Salvación y cumplimiento de las promesas; en el bautismo el Padre lo presenta como Mesías-Hijo-Siervo (3,17), tema este al que alude varias veces (8,17; 12,17-21; 17,5; 20,28) para destacar que se trata de un mesianismo en la debilidad; las diferentes citas introducidas con «*para que se cumpliera*» tienen como finalidad situar la actuación de Jesús en contexto histórico salvífico y así como cumplimiento de las promesas (*cumplir* significa llenar de contenida existencial todas las exigencias de la palabra-promesa).

e) *Emmanuel*, Dios-con-nosotros (1,23), dinámicamente presente en la comunidad (18,19s; 28,20), en los apóstoles (10,40), en los pequeños (10,42; 18,5), en todos los necesitados (25,40.45). La obra subraya esta perspectiva, presentándola en inclusión (ver 1,23 y 20,28).

f) *Hijo del hombre*. Igual que en Marcos, Jesús se autodenomina Hijo del hombre, en los mismos tres contextos que en Marcos: ministerio público (8,20), pasión y muerte (17,22; 20,18; 26,2) y parusía-juicio (el resto). Este último uso es típico de Mateo, con una fuerte influencia de Dn 12,8-9: en su *parusía* (sólo usa Mateo esta palabra en los evangelios: 24,27.37.39) vendrá a juzgar (13,41; 16,27; 19,28; 24,30; 25,31-34); lo hará porque le pertenece especialmente el Reino (13,41; 16,28 = Reino del Hijo del hombre). Al servicio de esta tarea tiene poder divino, tiene «sus» ángeles (16,27; 24,31 comparados con paralelos de Mc 8,38; 13,27) y viene en «nubes» (24,30).

Toda esta cristología está determinada por el judaísmo de la época y por la situación interna de la comunidad. Por ello, está orientada a la ética. Por una parte, subyace una polémica contra el judaísmo contemporáneo y sus pretensiones de ser los «maestros». Según Mateo, Jesús es el único maestro (23,8), y los cristianos, los «nazarenos» (2,23), los verdaderos discípulos, los que viven la auténtica interpretación de la voluntad del Padre, contenida en la Ley, y, por ello, los autén-

ticos herederos de Israel, el «verdadero Israel». Por otra parte, la aceptación de Jesús como Señor-Maestro-Mesías-Emmanuel es otra faceta del «tesoro», un valor que debe motivar la acción, tomando en serio al Señor y ayudando a superar el legalismo: hay que vivir de acuerdo con el «Yo os digo» del Maestro (5,22.28.32.34.44); hay que ir a la misión, obedeciendo al «Yo os envío» (10,16; 24,14; 28,19). A pesar de todas las dificultades, que producen la impresión de que el Señor se encuentra «dormido» en la barca (8,24), hay que superar la «poca fe» (8,26; 14,31) y aumentar la confianza de su presencia dinámica en la Iglesia como Emmanuel, en la que sigue actuando, como antes en Galilea.

D. *Eclesiología*. La Iglesia como discipulado, fraternidad y verdadero Israel, donde está dinámicamente presente el Emmanuel. Existe en función de Jesús y de su obra del Reino.

a) *Iglesia*. Mateo es el único evangelista que emplea la palabra *Iglesia* (16,18; 18,17).

Iglesia significa convocatoria, y en el Antiguo Testamento se refiere al pueblo congregado por Yahvé para la salvación y los medios que conducen a ella, especialmente para dar culto. Jesús, como Mesías, viene a realizar la última *convocatoria* al pueblo de Dios ya existente para recibir al inminente Reino de Dios: han de prepararse con la conversión y la fe para recibir el don. En este contexto elige entre sus seguidores un grupo de Doce para significar el designio de Dios con todos los que acudan a esta última convocatoria. Pero la mayor parte del Israel de aquel tiempo rechazó la convocatoria, de forma que sólo fue acogida por el pequeño grupo de los discípulos de Jesús. Los que han acudido a esta *convocatoria*, forman la *Iglesia de Jesús* (*mi* Iglesia: 16,18), compuesta de judíos y gentiles. Esta Iglesia es una (16,18), fundada sobre Pedro, y múltiple (ver 18,17, donde se refiere a la Iglesia local).

b) Jesús-Maestro convoca la Iglesia como *discipulado*, como grupo de hombres y mujeres que siguen a Jesús como Maestro. Como se dice en la conclusión final, su origen es el señorío de Jesús resucitado, que tiene todo poder salvador (28,18); su objetivo es la incorporación a la familia trinitaria, mediante el bautismo (28,19); su norma, vivir de acuerdo con la enseñanza de Jesús (28,20), que ayudará eficazmente a sus discípulos para que realicen esta tarea en todos los

tiempos. El tema es importante para Mateo, hasta el punto de presentar la misión con la categoría de discipulado: hacer discípulos.

Los discípulos forman dos grupos, uno amplio y otro restringido, los Doce. Todos tiene en común que acogen la invitación a *congregarse* hecha por Jesús, aceptan sus palabras, viviendo de acuerdo con ellas (7,21; 12,48-50; 16,24; 28,19) y esperan la consumación del Reino de los Cielos. Por ello, no se trata de una mera relación doctrinal profesor-alumno, sino de una relación vital, maestro-discípulo, que implica vivir como Jesús. Los Doce-discípulos-apóstoles (10,1) forman un grupo especial. Mateo subraya su carácter de discípulos, llamándolos con frecuencia con este nombre, incluso donde Marcos no lo hace en el lugar paralelo (ver 9,19; 13,36; 15,12.23; 17,1.6.10.13.36; 19,10; 26,1s). Forman un grupo cristológico: deben «seguir» (término característico) a Jesús en comunión de «poder» (10,1), misión (10,5.40; 15,24), mensaje (4,23; 10,7), obras (10,6) y destino (10,24s). Mateo los idealiza, disimulando sus imperfecciones (ver 14,32 y Mc 6,51; Mt 20,25-28 y Mc 10,35; Mt 12,49s y Mc 3,34...), pero, por otra parte, insiste en su carácter de servidores de sus hermanos (18,1-3; 20,25-28; 23,8-11). Finalmente, Mateo proyecta su figura sobre el futuro, presentándolos como tipo de los apóstoles de su tiempo (ver 10,1-15: se puede explicar históricamente de los Doce en la misión galilea; 10,16ss: se proyectan sobre los Doce datos de la posterior misión de la Iglesia primitiva).

Pedro tiene un lugar destacado: primera vocación (4,18), «primero» (10,2), constituido «piedra», con poder de *atar-desatar* y de *abrir-cerrar* (16,18s), portavoz del grupo (16,16; 17,4; 19,27; 18,21), protagonista en diversos episodios (14,28-31; 17,24-27; 26,57s.69-75; ver 8,14s). En la comunidad de Mateo es el prototipo del discípulo, del responsable y del portavoz de la comunidad, y se le reconoce una responsabilidad a la que se siente vinculada esta comunidad.

c) La Iglesia es una *fraternidad santa y pecadora*. Jesús ha hecho a todos sus seguidores hijos de Dios, lo que implica que todos ellos son *sus* hermanos (28,10), y hermanos entre ellos (5,22.24; 7,4; 18,15.21.35). La ley de esta fraternidad es hacer la voluntad del Padre, característica propia de los hermanos de Jesús (12,46-50), y en concreto el amor que se traduce en obras (5,28-48; 7,12; 22,34-40; 25,31-46): este amor es lo decisivo y no tanto el saber, el hablar, el orar o el apostolado (7,15-27; 25,31-46). Esta fraternidad es a la vez santa y

pecadora. Santa porque procede de la filiación del Padre, que convierte en hermano a todos sus hijos; porque Jesús la congrega y está dinámicamente presente en ella (18,19s; 28,20); porque son hermanos los que hacen la voluntad del Padre; porque nace del Reino y existe para el Reino... Pero también es pecadora. Es sintomático el hecho de que Mateo usa siempre la palabra hermano en contexto de ofensa o perdón. Esto explica su interés por las situaciones de mezcla (trigo y cizaña, peces buenos y malos, vírgenes sabias y necias, invitados al banquete con o sin vestido de fiesta...). Hay que mantener ambos términos: sin el primero se cae en el pesimismo; sin el segundo, en el puritanismo. Se trata de otro caso de la pedagogía de Mateo, que gusta presentar ideas en tensión. Ante esta situación, el hermano debe seguir amando, no debe condenar (7,1s), ya que el juicio pertenece al Hijo del hombre, el único que conoce los corazones (13,24-30.36-43; 16,27; 25,31-46). La actitud que hay que tomar es ver la propia viga (7,3-5), buscar la oveja perdida (18,12-14), la corrección fraterna, que puede llegar incluso a la expulsión de la comunidad, cuando lo exija el bien de ésta (18,15-18), y siempre el perdón (18,21-35 ver además 5,38-48).

e) La Iglesia es el *Verdadero Israel*, ya que Jesús es el Mesías. Existe un único Pueblo de Dios y una única ley-promesa de Dios. Existe un solo Israel, que se extiende en el tiempo de la promesa y en el tiempo del cumplimiento, y cuya característica es aceptar y hacer la voluntad del Padre, «hacer los frutos del Reino» (21,43). El Reino ya no está ligado a una raza, pues Dios puede hacer de las piedras hijos de Abrahán (3,9). El pueblo judío dejó de ser Israel en sentido pleno y exclusivo cuando no produjo los frutos del Reino y rechazó a Jesús (8,5-13; 11,20-24; 12,38-45; 22,1-14; 23,33-36 y 27,25, escena tipo, en la que «todo el pueblo» rechaza a Jesús). Cuando Mateo escribe, ya se ha consumado la ruptura (ver 28,15: «hasta el día de hoy». Pero Mateo no es antisemita, antijudío, sino anti-rabínico, es decir, condena una manifestación histórica concreta del judaísmo, que, por otra parte, sigue siendo Israel, puesto que conserva elementos básicos).

Toda esta eclesiología es una invitación a superar los pesimismos y a la mutua valoración entre los miembros de la comunidad. Ésta, a pesar de pecadora, tiene exigencias serias que realizará con la ayuda de Jesús. Por ello es fundamental la fe en el Señor resucitado presente, evitando ser «hombres de poca fe». El descubrimiento del valor del don de la fraternidad y de la presencia de Jesús ayudará a vivir la ética

de la fraternidad, superando las dificultades. 8, 18-27; 14,22-33 es una catequesis dirigida a los hombres de «poca fe», embarcados en la barca de Pedro.

6. Cuestión sinóptica

En las ediciones del Nuevo Testamento, Mateo aparece a la cabeza de los Evangelios sinópticos (es decir, el grupo Mt, Mc, Lc), llamados así porque presentan entre sí tales semejanzas que pueden ponerse en columnas paralelas y abarcarse «de una sola mirada», que es el significado de la palabra «sin-óptico». Pero presentan también entre sí numerosas divergencias. ¿Cómo explicar a la vez estas semejanzas y estas divergencias? Lo que equivale a preguntarse: ¿cómo se formaron? Esto es lo que se llama *cuestión sinóptica*.

A. *La tradición oral*. Para comprenderlo, hay que admitir en primer lugar que, antes de ser puestos por escrito, los evangelios, o por lo menos una gran cantidad de los materiales que contienen, se transmitieron oralmente. Lo primero fue la predicación oral de los apóstoles, centrada en torno al «kerygma» que anunciaba la muerte redentora y la resurrección del Señor. Iba dirigida a los judíos, a quienes había que hacer ver, mediante el testimonio de los apóstoles sobre la resurrección, que Jesús era efectivamente el Mesías anunciado por los profetas antiguos; y concluía con un llamamiento a la conversión. De esta predicación nos dan resúmenes típicos los discursos de Pedro en los Hechos de los Apóstoles (Hch 4,8-12, más desarrollados en 3,12-26; 2, 14-36 y sobre todo 13,16-41), así como Pablo en 1 Co 15,3-7. Según Lc 24,44-48, este «kerygma» fundamental hundiría sus raíces incluso en las consignas de Cristo resucitado.

Pero a aquellos que se convertían había que darles, antes que recibiesen el bautismo, una instrucción catequética más completa sobre la vida y la enseñanza de Jesús. Un resumen de esta catequesis prebautismal se nos da en Hch 10,37-43, cuyo esquema anuncia ya la estructura del evangelio de Mc: bautismo administrado por Juan durante el cual Jesús recibe el Espíritu, actividad taumatúrgica de Cristo en el país de los judíos, su crucifixión seguida de su resurrección y de sus apariciones a algunos discípulos privilegiados; todo ello

garantizado por el testimonio de los apóstoles. Según los Hechos, esta información procede todavía de la predicación oral. Muy pronto también, para ayudar a los predicadores y a los catequistas cristianos, se reunieron por temas comunes los principales «dichos» de Jesús. Vestigios de ello los tenemos todavía en nuestros evangelios actuales: estos «dichos» están a menudo unidos unos con otros por palabras-corchete (una palabra común en dos sentencias), a fin de facilitar la memorización. En la Iglesia primitiva había también narradores especializados, como los «evangelistas» (ver Hch 21,8; Ef 4,11; 2 Tm 4,5), que contaban los recuerdos evangélicos bajo una forma que tendía a fijarse por la repetición. Por otra parte, un mismo suceso podía ser narrado de formas diferentes según la situación concreta del narrador y sus oyentes. Un caso típico lo tenemos en el relato de la institución de la Eucaristía. Antes de escribirlo a los fieles de Corinto, sin duda Pablo lo refirió oralmente según una tradición particular (1 Co 11,23-26) conocida también por Lc (22,19-20). Pero el mismo relato se nos ha transmitido, con variantes importantes, según una tradición conocida de Mt (26,26-29) y de Mc (14,22-25). Es, pues, en la tradición oral donde hay que buscar la causa primera de las semejanzas y de las divergencias entre los Sinópticos.

B. *La tradición escrita*. Sin embargo, esta tradición oral no es capaz por sí sola de dar cuenta de las semejanzas tan numerosas como sorprendentes, tanto en el detalle de los textos como en el orden de las perícopas, que sobrepasan las posibilidades de la memoria, incluso la antigua y oriental. Por ello, se ha llegado a la conclusión de que los contenidos de la tradición oral fueron poniéndose poco a poco por escrito con una finalidad catequética, apareciendo así colecciones más o menos amplias de palabras y de hechos de Jesús, como colecciones de milagros, de parábolas, etc. Los evangelistas emplearon todo este material ordenándolo de acuerdo con los objetivos que perseguía cada uno, como atestigua Lucas en el prólogo de su Evangelio (1,1-4).

C. *Cuestión sinóptica*. La etapa siguiente fue la de la redacción de los actuales evangelios sinópticos. La cuestión sinóptica intenta explicar la aparición de cada uno de ellos, de forma que se expliquen las concordancias y discordancias entre ellos. La primera constatación es

que estas concordancias y discordancias surgieron durante la época de la redacción en el siglo I y no son fruto de la transmisión textual a partir del siglo II, como pone de manifiesto la historia de esta transmisión. Conocemos actualmente más de 2000 manuscritos griegos en pergamino que contienen el texto de los evangelios sinópticos, escalonándose entre los siglos IV y XIV. Todos estos manuscritos ofrecen entre sí variantes inevitables, pero que no pasan de ser variantes de detalle. Los textos que nosotros utilizamos en nuestros días, ya sean para estudiar los Sinópticos ya para traducirlos a lenguas modernas, se fundan en los dos más antiguos de estos manuscritos: el Sinaítico, que proviene del monasterio de Santa Catalina del Sinaí, hoy conservado en el Museo Británico, y sobre todo el Vaticano, conservado en la Biblioteca Vaticana. Ambos fueron escritos a mediados del siglo IV. Pero la autenticidad del texto que nos ofrecen puede ser atestiguada de diferentes maneras. Desde comienzos de este siglo se han descubierto en Egipto un buen número de papiros con textos del Nuevo Testamento. Citemos dos de los más importantes. Un códice que contiene alrededor de cuatro quintas partes de Lucas (e importantes fragmentos de Juan) es datado a comienzos del siglo III. Es propiedad de la Biblioteca Bodmer, en Cologny, cerca de Ginebra. Su texto es muy próximo del que nos da el Vaticano. Por su parte, en la colección Chester Beatty, de Dublín, se conservan numerosos fragmentos bastante importantes de los cuatro evangelios, pertenecientes a un códice de mediados del siglo III. Aunque menos próximo del Vaticano que el precedente, su texto tampoco difiere de él más que en variantes de detalle. Otros cuatro fragmentos, mucho más modestos (pues sólo contienen algunos versículos de Mateo), se remontan también al siglo III, o incluso el más antiguo a finales del siglo II o comienzos del III. A este testimonio de los manuscritos griegos hay que añadir el de las versiones antiguas. Desde finales del siglo II, los evangelios fueron traducidos al latín en África del norte (probablemente Cartago), así como al siríaco. La versión copta se remonta al siglo III. Esto por hablar sólo de las más importantes y más antiguas. Hay que tener presente, en fin, las numerosas citas evangélicas hechas por los Padres antiguos: Ireneo de Lyon, Clemente de Alejandría y Orígenes entre los griegos, Tertuliano y Cipriano entre los africanos, Áfrates y Efrén entre los sirios. Todo esto forma un conjunto de testimonios concordantes, repartidos por todo el mundo cristiano, que nos permiten afirmar que

los evangelios, sin perjuicio de las variantes inevitables que no afectan a su sustancia, estaban ya compuestos a mediados del siglo II, e incluso probablemente en fecha más antigua, en la forma en que ahora los conocemos. Una mención especial merece el apologista Justino, quien escribía hacia el 150 su Diálogo con Trifón y sus dos Apologías del cristianismo. Aunque cita a menudo los evangelios, nunca lo hace con el nombre de Mateo, Lucas o Marcos, sino bajo el más general de «Memorias de los apóstoles». Algunos han creído poder concluir de aquí que Justino ignoraba la división en cuatro evangelios, afirmada con fuerza por Ireneo unos treinta años más tarde. Un estudio de sus citas permite pensar que Justino utilizaba de hecho una armonía evangélica compuesta a partir de los tres Sinópticos, y probablemente también de Juan. El problema sinóptico se plantea, por tanto, para el período que se extiende entre la composición de los primeros evangelios por Mateo, Marcos y Lucas, y la forma en que los conocemos ahora, que, en lo esencial, podría remontarse a los comienzos del siglo II. ¿Cómo explicar a la vez las semejanzas y las divergencias que existen entre los tres evangelios sinópticos en esta forma que hoy conocemos?

Muchas controversias ha suscitado este problema desde hace tres siglos, y no es cuestión aquí de entrar en detalles demasiado técnicos. Indiquemos simplemente las tendencias generales de la exégesis moderna, pero, antes de ello, es útil recordar el testimonio de Papías, obispo de Hierápolis, en Frigia, que escribió hacia el 130 una «*Interpretación (exégesis) de los Oráculos del Señor*», en cinco libros. Esta obra se perdió hace mucho tiempo, pero el historiador Eusebio de Cesarea nos ha conservado de ella los dos pasajes siguientes: «*Y el Anciano decía: Marcos, que fue el intérprete de Pedro, puso por escrito cuidadosamente todo aquello de lo que guardaba memoria, aunque sin ajustarse al orden de las cosas que el Señor había dicho y realizado. En efecto, a quien él escuchó o acompañó no fue al Señor, sino a Pedro más tarde, como ya he dicho. Éste procedía según las conveniencias de su enseñanza y no como si quisiera dar la ordenanza de los oráculos del Señor. Por tanto, no se puede censurar a Marcos el haberlos redactado del modo como él los recordaba. Su única preocupación fue no omitir nada de lo que había oído, sin permitirse ninguna falsedad en ello*». Inmediatamente después, Eusebio añade el testimonio de Papías sobre Mateo: «*Mateo, pues, puso en orden los oráculos (ta logia), en lengua hebrea; cada uno los interpretó como podía*» (Hist. Eccl., III,

39,15-16). Toda la tradición posterior, griega, latina o incluso siríaca (Efrén), no hará más que repetir estos dos testimonios fundamentales, añadiendo algunos detalles. Dos posturas ha tomado la crítica actual ante estos testimonios. Una, radical, les niega todo valor histórico, pues no serían más que un recurso pseudoepigráfico para atribuir autoridad apostólica a estos evangelios. Otra crítica más moderada se esfuerza por descubrir en ellos indicaciones positivas. Respecto a Mc, no acepta que el autor transcriba la predicación de Pedro, pues es obra de un redactor que elabora diversas fuentes tomadas de la tradición oral y escrita. El autor pudo llamarse Marcos, pero es discutible que se identifique con Juan Marcos. La identificación se inspira en 1 P 5,13 y es recogida por Papías con la finalidad de prestigiar el segundo evangelio y fundamentarlo en la predicación apostólica, especialmente en la de Pedro, de especial importancia para los destinatarios romanos, que se consideran herederos de su testimonio y son guardianes de su sepulcro. También hay posturas divergentes respecto al testimonio sobre Mateo, según el cual escribió después de Mc y puso en orden los oráculos (*ta logia*) del Señor en hebreo, término que podría aplicarse también al arameo, y luego su obra habría sido traducida al griego. Para unos podría confirmarlo el hecho de la riqueza de datos que ofrece Papías sobre Mc y la escasez sobre Mt, de quien ni siquiera se nos dice que se trata del publicano de Mt 9,9. ¿No sería esto un indicio de que el evangelio de Marcos, escrito en griego, se habría divulgado rápidamente en el mundo cristiano hasta que el de Mateo, que lo sustituirá como evangelio de base, fue traducido del hebreo (o del arameo) al griego? Pero un estudio detenido de la lengua de Mateo hace ver que su griego no es de traducción, sino una obra redactada originalmente en dicha lengua. Hay quien quiso ver en "los oráculos" (*logia*) de que habla Papías una alusión a la posteriormente llamada fuente Q, de que hablaremos a continuación, pero esta identificación ha sido descartada.

Veamos ahora las hipótesis modernas. La teoría que goza de mayor favor es la de las Dos Fuentes. Elaborada hacia mediados del siglo XIX, hoy es aceptada con mayor o menor convicción por la inmensa mayoría de los exegetas, tanto católicos como protestantes. Una de las dos fuentes en cuestión sería Mc, de quien dependerían Mt y Lc en todos los relatos que tienen en común con él (triple tradición). Mt y Lc contienen también bastantes secciones, especialmente de los

«dichos» de Cristo (así el Sermón inaugural de Jesús), desconocidas por Mc (doble tradición). Como, según la teoría de las Dos Fuentes, estos dos evangelios son independientes entre sí, habría que admitir que ambos se sirvieron de otra fuente, a la que se llama Q (inicial de la palabra alemana «Quelle», fuente). En cuanto a las secciones propias, tanto de Mt como de Lc, provendrían de fuentes secundarias que conocerían cada uno de ellos; a la usada por Mateo se la suele designar con la letra M y a la empleada por Lucas con L. Presentada de esta forma, la teoría de las Dos Fuentes se presta a una seria objeción. Incluso en las secciones dependientes de la triple tradición, Mt y Lc ofrecen entre sí no pocas concordancias contra Mc, positivas o negativas, más o menos importantes. Si es verdad que un cierto número de estas concordancias puede explicarse como reacciones naturales de Mt y Lc en su esfuerzo por mejorar el texto un poco tosco de Mc, queda aún otra porción de ellas que es difícil de explicar. En vista de ello, algunos exegetas han perfeccionado la teoría suponiendo que Mt y Lc dependerían no del Mc tal como ha llegado a nosotros, sino de una forma anterior (proto-Mc) ligeramente diferente del Mc actual. Sea lo que fuere de este último punto, es cierto que la teoría de las Dos Fuentes, relativamente simple, permite justificar un gran número de hechos «sinópticos». Por otro lado, concuerda en parte con el dato tradicional heredado de Papías: la prioridad se da a Mc. Los relatos de este evangelio, vivos y ricos en detalles concretos, podrían muy bien reflejar la predicación de Pedro. Algunos han propuesto incluso identificar la fuente Q (colección sobre todo de los «dichos» de Jesús) con Mt, de quien Papías dice que puso en orden los «oráculos, *ta logia*» del Señor. Pero Papías emplea la misma expresión para designar el evangelio de Mc (como también para el título de su obra), y nada permite pensar que el Mt del que habla no habría contenido más que *logia*. Sigue siendo verdad que la existencia de una colección de «dichos» de Jesús, al servicio de las necesidades de la catequesis, es muy verosímil; el evangelio (no canónico) de Tomás sería un buen ejemplo de ello.

Desde hace varias décadas, algunos exegetas, sobre todo en Inglaterra y en los Estados Unidos, han querido rescatar una teoría propuesta hace algo más de dos siglos por Griesbach y que tendría la ventaja, a sus ojos, de evitar el recurso a una fuente hipotética como es Q. Esa teoría se apoya en una tradición de los Ancianos referida

por Clemente de Alejandría («*Los evangelios que contienen las genealogías fueron escritos primero y el de san Marcos lo fue en las circunstancias siguientes...*»). Según esto, el primer evangelio sería el de Mt, y Lc dependería de él; Mc, que sería el último, dependería unas veces de Mt otras de Lc, a los que habría simplificado. Es cierto que muchas veces parece que Mc ha fundido los textos paralelos de Mt y Lc (hecho que la teoría de las Dos Fuentes apenas puede justificar). Pero ¿cómo suponer que Marcos habría omitido deliberadamente los evangelios de la infancia así como la mayor parte de los «dichos» del Señor, en particular la casi totalidad del discurso inaugural de Jesús?

En fin, otros exegetas siguen persuadidos de que la teoría de las Dos Fuentes, a pesar de sus ventajas, es demasiado simple para poder explicar la totalidad de los hechos sinópticos. Sin duda, Mc parece a menudo más primitivo que Mt y Lc, pero también es verdad lo contrario: a veces presenta rasgos tardíos, tales como paulinismos o también adaptaciones a lectores del mundo grecorromano, mientras que Mt o Lc, incluso en los textos de la triple tradición, conservan detalles arcaicos, de expresión semítica o de ambiente palestino. Surge entonces la hipótesis según la cual las relaciones entre los Sinópticos habría que considerarlas, no ya al nivel de los evangelios tal como los tenemos ahora, sino al nivel de redacciones más antiguas que podrían llamarse pre-Mt, pre-Lc, incluso pre-Mc, sin perjuicio, por lo demás, de que todos estos documentos intermedios pudieran depender de una fuente común, que no sería otra que el Mt escrito en arameo, y traducido después al griego de diferentes maneras, del que habla Papías. De ahí la posibilidad de pensar en la existencia de interreacciones entre las diversas tradiciones evangélicas, más complejas pero también más flexibles, que podrían explicar mejor todos los hechos sinópticos. Esta hipótesis daría cuenta también de un hecho apuntado desde finales del siglo pasado: algunos autores antiguos, en particular el apologista Justino y otros después de él, citan los evangelios de Mt y Lc bajo una forma un poco diferente de la que nosotros conocemos, y a veces más arcaica. ¿No habrían tenido a mano estos pre-Mt y pre-Lc que antes mencionábamos? Estudios de detalle han mostrado igualmente que Lc y Jn ofrecen entre sí contactos tan estrechos, sobre todo (pero no exclusivamente) en lo que se refiere a los relatos de la pasión y de la resurrección, que podrían explicarse por la utilización de una fuente común ignorada por Mt y por Mc.

PRÓLOGO TEOLÓGICO: NACIMIENTO E INFANCIA DE JESÚS EL CRISTO (1,1 – 2,23)

A modo de prólogo teológico, Mateo comienza su obra con una serie de tradiciones sobre el nacimiento e infancia de Jesús, empleando para ello el género literario «anunciación». El género responde a una tendencia universal a recordar la infancia a la luz del adulto, especialmente cuando el adulto tiene una existencia notable: *Ya de pequeño se notaba que el niño sería grande*. Esto dio origen en el mundo bíblico al *género de anunciaciones*, que consta básicamente de tres elementos: anuncio de la concepción y del nombre que se ha de imponer al niño; relato del nacimiento; imposición del nombre. Este tercer elemento es central, porque imponer el nombre es determinar la vocación y destino del niño. Por ello, el nombre suele ser decidido por el ángel en la anunciación. Este esquema básico se suele desarrollar de diversas formas. Aquí el conjunto consta de siete relatos en los que Mateo, a modo de obertura, presenta diversos temas que después serán desarrollados a lo largo de su obra: origen mesiánico de Jesús, alusión a su aparición, aceptación por parte de los gentiles representados en los magos, rechazado por su pueblo. Los relatos están estrechamente entrelazados: comienza con una genealogía (1,1-17), en la que aparece Jesús como hijo de Abrahán y de David, es decir, como el Mesías prometido. Pero la genealogía acaba en José, esposo de María, «de la cual fue engendrado Jesús, llamado Cristo». Esta última afirmación es ambigua. Engendrado ¿por quién? ¿Por Dios? En este caso la genealogía presentada, que es la de José, no tiene valor. El relato siguiente, la anunciación a José (1,18-25), despeja las dudas: Jesús fue concebido por obra del Espíritu Santo, pero José tiene la tarea de imponerle el nombre, es decir, de hacer de padre legal. Siguen a con-

tinuación las reacciones: habiendo nacido en Belén, los magos lo buscan. Jerusalén se sobresalta y Herodes actúa astutamente (2,1-8), y finalmente los magos-gentiles encuentran al Niño y lo adoran (2,9-12). Pero Herodes quiere eliminar al Niño, por lo que éste debe huir con su madre a Egipto: así Jesús comparte la suerte de su pueblo (2,13-15). La consecuencia de no poder eliminar a Jesús es el derramamiento de sangre inocente (2,16-18). Finalmente el Niño con su madre regresa de Egipto por mandato de Dios, cuando muere Herodes, pero no a su tierra (Belén), porque reina Arquelao y hay peligro, sino a Nazaret, por lo que es llamado «nazareno» (2,19-23), el mismo nombre despectivo con que más tarde designarán a él y a sus discípulos.

Genealogía de Jesús (1,1-17)
(Lc 3,23-28)

1 **[1]Libro del origen de *Jesús el Cristo*,**
hijo de David, hijo de Abrahán:
[2]Abrahán engendró a Isaac,
Isaac engendró a Jacob,
Jacob engendró a Judá y a sus hermanos,
[3]Judá engendró, de Tamar, a Fares y a Zara,
Fares engendró a Esrón,
Esrón engendró a Arán,
[4]Arán engendró a Aminadab,
Aminadab engendró a Naasón,
Naasón engendró a Salmón,
[5]Salmón engendró, de Rajab, a Booz,
Booz engendró, de Rut, a Obed,
Obed engendró a Jesé,
[6]Jesé engendró al rey David.
David engendró, de la mujer de Urías, a Salomón,
[7]Salomón engendró a Roboán,
Roboán engendró a Abiá,
Abiá engendró a Asaf*,
[8]Asaf engendró a Josafat,
Josafat engendró a Jorán,
Jorán engendró a Ozías,
[9]Ozías engendró a Joatán,

Joatán engendró a Acaz,
Acaz engendró a Ezequías,
10Ezequías engendró a Manasés,
Manasés engendró a Amón*,
Amón engendró a Josías,
11Josías engendró a Jeconías y a sus hermanos,
cuando la deportación a Babilonia.
12Después de la deportación a Babilonia,
Jeconías engendró a Salatiel,
Salatiel engendró a Zorobabel,
13Zorobabel engendró a Abiud,
Abiud engendró a Eliaquín,
Eliaquín engendró a Azor,
14Azor engendró a Sadoc,
Sadoc engendró a Ajín,
Ajín engendró a Eliud,
15Eliud engendró a Eleazar,
Eleazar engendró a Matán,
Matán engendró a Jacob,
16y Jacob engendró a José, el esposo de María,
de la que *fue engendrado* Jesús, llamado Cristo*.

17Así que el total de las generaciones son: desde Abrahán hasta David, catorce generaciones; desde David hasta la deportación a Babilonia, catorce generaciones; desde la deportación a Babilonia hasta Cristo, catorce generaciones.

V. 7 Variante: Asá.
V. 10 Variante: Amós.
V. 16 Varios testigos griegos y latinos precisan: «José, con quien se desposó la Virgen María que engendró a Jesús».

El texto comienza con un título de genealogía (1,1), semejante al de Gn 5,1: lo mismo que Adán abrió el primer libro de la vida, Jesús abre otro en calidad de hijo de David, hijo de Abrahán, es decir, Mesías-rey y portador de la bendición prometida a Abrahán. La siguiente genealogía lineal lo va a poner de relieve. Este tipo de genealogía tiene como finalidad presentar el carácter social y encarnado de un individuo, y refleja la conciencia corporativa que tiene el pueblo judío, que no con-

cibe al individuo como un ser aislado, sino como una persona solidaria, sometida a toda la corriente de bendiciones y maldiciones de su familia y pueblo. Los miembros del texto van unidos con el verbo «engendrar», momento central en que se asegura la transmisión de la vida con todo lo que implica de herencia positiva y negativa. La genealogía comienza con Abrahán y pretende presentar a Jesús como judío, solidario con su pueblo en todo lo positivo y negativo. De forma deliberada (ver 1,17), el autor construye la genealogía con tres series de catorce nombres, cuyo sentido no está claro. Posiblemente Mateo sistematiza para presentar una genealogía con orden y perfección en los períodos; la divide en los tres períodos clásicos de la historia de Israel (el tres es además número de perfección). Para desarrollar el primer período, utiliza los diez nombres de la genealogía de Rut (de Farés a David) y les añade Judá, Jacob, Isaac y Abrahán. En los otros dos períodos elige también catorce nombres, aunque para ello tenga que suprimir algunos nombres de reyes en el segundo (omite tres, y pone por dos veces a Jeconías con los nombres afines de Yoyaquín y Joaquín). Esta genealogía es diferente a la que ofrece Lc 3,23-38. Hay quien quiere explicar las diferencias con la ley del levirato (Dt 25,5), que obligaba a un hombre a casarse con la viuda de su hermano muerto sin hijos y a dar al primer hijo nacido de este matrimonio el nombre del difunto para que no se perdiese. Pero parece más sencillo explicar las diferencias a la vista del modo como se solían construir las genealogías, ya que el verbo «engendrar» puede tener sentido físico o moral (adoptar, comprar, conquistar) y, por otra parte, el nombre puede referirse a una persona o a una colectividad.

La genealogía, pues, ofrece así una visión cristiana del AT, como preparación de Jesús: Jesús es el cumplimiento de la promesa, el culmen de la Historia de la Salvación, historia que tiene orden, perfección y sentido. Jesús es el heredero, solidario con su pueblo en lo positivo y en lo negativo, en la vida, la bendición, la realeza, y también en el pecado (ver alusión a *la mujer de Urías* en 1,6). Pero a pesar de los obstáculos que ponen los hombres, Dios dirige la Historia de la promesa hacia su cumplimiento: hay Historia de la Salvación (que no equivale a Historia edificante), porque Dios promete y cumple. La genealogía, pues, quiere presentar a Jesús como el Mesías prometido, el hijo heredero de Abrahán y de David, presentando para ello una genealogía que comienza con Abrahán y termina con José. Pero la

redacción del final es oscura y puede invalidar toda la argumentación, ya que no se dice que José engendró a Jesús, sino que José es el esposo de María, de la que fue engendrado Jesús. ¿Por quién fue engendrado? ¿Por Dios? En este caso no tiene valor la genealogía. En la perícopa siguiente se aclarará.

José asume la paternidad legal de Jesús (1,18-25)

**[18]El origen de *Jesús el Cristo* fue de esta manera: Su madre,
María, estaba desposada con José y, antes de empezar a estar jun-
tos ellos, se encontró encinta por obra del Espíritu Santo. [19]Su mari-
do José, que era justo, pero no quería infamarla, resolvió repudiar-
la en privado*. [20]Así lo tenía planeado, cuando el ángel del Señor se
le apareció en sueños y le dijo: «José, hijo de David, no temas tomar
contigo a María, tu mujer, porque lo engendrado en ella es del
Espíritu Santo. [21]Dará a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús,
porque él salvará a su pueblo de sus pecados.» [22]Todo esto sucedió
para que se cumpliese lo dicho por el Señor por medio del profeta:**

[23]*Ved que la virgen concebirá y dará a luz un hijo,*
y le pondrán por nombre Emmanuel,
que traducido significa: «Dios con nosotros».

**[24]Despertado José del sueño, hizo como el ángel del Señor le
había mandado, y tomó consigo a su mujer. [25]Y sin haberla conoci-
do* ella dio a luz un hijo, y le puso por nombre Jesús.**

V. 19 También se puede traducir: «y no queriendo hacerlo público, resolvió abandonarla en privado».

V. 25 Lit. «Y no la conocía hasta que ella dio a luz un hijo».

La perícopa aclara la ambigüedad con que terminaba la genealogía. Es cierto que Jesús fue concebido por obra del Espíritu Santo, pero José recibió de Dios el encargo de continuar como esposo legítimo de María y de hacer de padre legal del niño que va a nacer. El matrimonio judío constaba de dos partes: en la primera tenían lugar los desposorios, en los que legalmente los contrayentes ya quedaban constituidos en marido y mujer, con un compromiso tan real que al prometido se le llamaba ya «marido» y la mujer no podía quedar libre legalmente más que por el repudio. Después de un período de tiempo,

tenía lugar el traslado de la esposa a la casa del esposo y comenzaba la cohabitación. La escena se sitúa en el período intermedio, en que María «se encontró encinta» por obra del Espíritu Santo. Se afirma que se conoció el embarazo de María y que éste tenía su origen en el Espíritu Santo. La traducción que propone la Biblia de Jerusalén, siguiendo la mayoría de las traducciones, deja suponer que José estaba desconcertado ante el hecho, cuya explicación normal sería el adulterio de su esposa, suposición que se resiste a aceptar, por lo que decide «repudiarla en privado». Ahora bien, ¿cómo es posible un repudio «en privado», tratándose de un acto legal, que es público por naturaleza? Por otra parte, José no es «justo» porque no cumple la Ley (ver Dt 22,13-29). Realmente los verbos subyacentes admiten un doble sentido, uno ordinario y otro legal: el primero (*deigmatisai*) se puede traducir «hacer público» y «denunciar» (sentido legal) y el segundo (*apolysai*) «abandonar» y «repudiar» (sentido legal). A la luz del contexto, parece que cuadran mejor los sentidos ordinarios y no técnicos: «hacer público» y «abandonar»; por otro lado, «justo» tiene en Mateo el sentido de «persona que quiere hacer la voluntad de Dios». Según esto, el relato afirma que José es uno de los que han tenido conocimiento del embarazo de su esposa debido a la acción de Dios. Ante esto, decide colaborar con el plan de Dios y cree que lo mejor es abandonar a su mujer en secreto, quitándose de en medio. Cuando proyecta este plan, Dios interviene por medio de un ángel, confirma el hecho de la concepción virginal y ordena a José continuar con María, asumiendo el papel de padre legal, que bastaba para transmitir derechos, e imponer al niño el nombre Jesús (en hebreo *Yeho_u'a*), que quiere decir «Yahvé salva». Y se da la razón del nombre: *porque salvará a su pueblo de sus pecados*. Es un tema importante de la obra de Mateo. Dos ideas básicas, pues, contiene el mensaje: concepción virginal de Jesús y paternidad legal de José, que se manifestará imponiendo el nombre. En los textos antiguos (Gn 16,7), el «ángel del Señor» representaba al mismo Yahvé. Diferenciado cada vez más de Dios por los progresos de la angeleología (ver Tb 5,4), sigue siendo el tipo del mensajero celeste y, como tal, aparece con frecuencia en los Evangelios de la Infancia (Mt 1,20.24; 2,13.19).

A continuación se enmarca el mensaje dentro del plan de Dios, consignado en la Escritura, y se alude a la reacción obediente de José. El texto citado es Is 7,14 según los LXX, que alude a las dos ideas del men-

saje divino: virgen que concibe e imposición del nombre Emmanuel. Realmente el texto se refiere a la joven esposa del rey Acaz, que ya había concebido un hijo, que sería el rey Ezequías, cuyo nacimiento mostraría que Dios no había abandonado a la dinastía davídica, por lo que se le pondría por nombre Emmanuel (Dios-con-nosotros). De esta mujer se dice que era *'almâ,* palabra hebrea que puede significar «joven» y también «virgen». En nuestro caso conviene el primer sentido, pues se afirma que está embarazada. Pero Mateo, a la luz de la revelación del NT, ha visto un sentido nuevo y entiende la palabra en el segundo sentido: virgen, siguiendo para ello la traducción de los LXX, que ya la tradujo así. La fórmula «Para que se cumpliese...» y otras afines son frecuentes en Mateo en función de su presentación de Jesús como Mesías en el que se cumplen las promesas y, por otra parte, como el que siempre actúa conforme a la voluntad de Dios, legitimándose así como Mesías (ver 2,15.17.23; 8,17; 12,17; 13,35; 21,4; 26,54.56; 27,9; véase además 3,3; 11,10; 13,14; etc.). Al final el relato constata que se han realizado los dos puntos del mensaje: José procede al traslado de María a su casa e impone el nombre al niño concebido virginalmente. A propósito de esta última afirmación, el texto dice literalmente: «no la conocía "hasta que" ella dio a luz», donde la conjunción *"hasta que"*, tanto en griego (*heos*) como en hebreo (*'ad*), significa que una acción no se ha realizado hasta un momento concreto, sin afirmar, como sucede en español, que se realizará después; simplemente, se prescinde de lo que sucederá después. Muchas veces por el contexto se deduce que continuará la misma situación (ver Gn 8,7; Dt 34,6; 2 Sa 6,23; Sal 110,1; 1 Co 15,25). La intención de Mateo es subrayar la situación virginal de María antes del parto, prescindiendo de otros problemas que en su tiempo no le preocupaban. Para evitar esta ambigüedad, otros autores traducen: «Y sin haberla conocido, dio a luz un hijo...».

Adoración de los Magos (2,1-12)

2 [1]Nacido Jesús en Belén de Judea, en tiempo del rey Herodes,
unos magos que venían del Oriente se presentaron en Jerusalén,
[2]diciendo: «¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido? Pues
vimos su estrella en el Oriente y hemos venido a adorarle.» [3]Al
oírlo, el rey Herodes se sobresaltó, y con él toda Jerusalén. [4]Convo-
cando a todos los sumos sacerdotes y escribas del pueblo, les pre-

guntaba dónde había de nacer el Cristo. [5]Ellos le dijeron: «En Belén
de Judea, porque así está escrito por el profeta:

> ***[6]Y tú, Belén, tierra de Judá,***
> ***no eres, no, la menor entre los principales clanes de Judá;***
> ***porque de ti saldrá un caudillo***
> ***que apacentará a mi pueblo Israel.»***

[7]Entonces Herodes llamó aparte a los magos y por sus datos pre-
cisó el tiempo de la aparición de la estrella. [8]Después, enviándolos
a Belén, les dijo: «Id e indagad cuidadosamente sobre ese niño; y
cuando le encontréis, comunicádmelo, para ir también yo a ado-
rarle.» [9]Ellos, después de oír al rey, se pusieron en camino, y he aquí
que la estrella que habían visto en el Oriente iba delante de ellos,
hasta que llegó y se detuvo encima del lugar donde estaba el niño.
[10]Al ver la estrella, se llenaron de inmensa alegría. [11]Entraron en la
casa; vieron al niño con María su madre y, postrándose, le adora-
ron. Abrieron luego sus cofres y le ofrecieron dones de oro, incien-
so y mirra. [12]Y, avisados en sueños que no volvieran a Herodes, se
retiraron a su país por otro camino.

Este relato presenta las diversas reacciones ante el nacimiento de Jesús. Se trata de un relato midrásico hagádico, es decir, de una escenificación de textos del AT que recogen la promesa hecha a los judíos exiliados y a los gentiles de que en los tiempos escatológicos vendrían a adorar y a ofrecer dones a Jerusalén. Mateo posiblemente la desarrolla a la luz de una tradición popular de la Iglesia primitiva, que hablaba de la llegada de unos personajes orientales importantes cuando nació Jesús. La finalidad es ofrecer un anuncio de la futura acogida de Jesús por parte de los gentiles y el rechazo por parte del pueblo judío. Es un anuncio del tema «el verdadero Israel», que desarrollará el evangelista a lo largo de su obra. No se describe el nacimiento; sólo se dice que acaeció en los días de Herodes el Grande (37-5 a.C.). Nada dice la historia sobre la reacción de Herodes ante Jesús, pero es totalmente verosímil, conocida su astucia y crueldad. La palabra *mago* es persa y significa *partícipe del don*, o sea, de la doctrina religioso-filosófica de Zaratustra, contenida en los escritos Avesta. Designa a personajes que actuaron como consejeros políticos, a sacerdotes y a altos cargos en general. Para ellos existían dos princi-

pios absolutos, el bueno y el malo, pero esperaban una futura victoria del Bien y un reino de justicia bajo el *Sabio Señor*, por la victoriosa intervención de un *Socorredor*. Según algunos apócrifos judíos y escritos orientales secundarios, esta expectación confluyó con la escatología judía como consecuencia del proselitismo judío en la diáspora de Persia: así algunos escritos identifican a Zaratustra con Abrahán o un profeta de Cristo. El relato refleja personajes pertenecientes a esta atmósfera religioso-escatológica. No se dice cuántos eran ni su categoría social; el número tres tradicional se inspira en los tres dones que ofrecen y su carácter regio en los textos del AT que se citan más adelante. Aquí aparecen como tipo de los gentiles que buscan. Llegan a Jerusalén preguntando dónde tiene que nacer el rey de los judíos, pues han visto su estrella en Oriente (Persia) y desean adorarlo. El dato de la estrella también remite a estos ambientes, en que se cultivaba la astrología y se adjudicaban estrellas a las personas. Por otra parte, en el judaísmo de la época había sectores que atribuían al Mesías la estrella de que habla Nm 24,17. Se ha hablado del cometa Halley, que apareció el 12 a.C., y de la conjunción de Júpiter y Saturno en el signo de Piscis, que tuvo lugar tres veces el 7 a.C., pero realmente no es necesario buscar precisiones de este tipo, dado el género literario del relato. Para Mateo, los magos representan a la gentilidad, que por sus medios intuye la presencia del Mesías y lo busca. Pero necesita la Escritura de Israel para encontrarlo.

La reacción de Herodes y de todo el pueblo de Jerusalén fue la turbación. Se pide información sobre el lugar del nacimiento al sanedrín, y éste indica que tenía que ser Belén, de acuerdo con Mi 5,1. El texto que ofrece Mateo no corresponde exactamente ni al texto hebreo ni a la traducción griega (LXX), pues lo acomoda a su relato. Obtenida la información, Herodes, descrito como rey astuto e hipócrita, la transmite a los magos. Éstos se ponen de nuevo en camino. Antes la estrella los guió de forma imprecisa hasta Jerusalén; ahora, iluminada con la Escritura, ya es capaz de indicar el lugar exacto donde está el Niño. El relato que sigue es una escenificación de varios oráculos del AT que anuncian la estrella del Rey Mesías y la venida de los reyes gentiles con sus dones para prestar vasallaje al Mesías y compartir la salvación que trae al mundo judío. En concreto, se alude a la estrella de Nm 24,17 (tercer oráculo de Balaán), al gozo y a la adoración (ver Is 49,23; 60,6; Sal 72,12) y al ofrecimiento de dones: oro, incienso y mirra (Sal 72,11-12; Is 60,6). Termina con el regreso,

en el que Mateo insinúa un tema que expondrá a continuación: Dios protege al Niño contra la astucia de Herodes, avisando a los magos que se retiren por otro camino. El verbo «retirarse» tiene en Mateo el matiz de irse en contexto de persecución (ver 2,14.22; 4,12; 12,15).

Huida a Egipto (2,13-15)

13Cuando ellos se retiraron, el ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: «Levántate, toma contigo al niño y a su madre y huye a Egipto; y estáte allí hasta que yo te diga. Porque Herodes va a buscar al niño para matarle.» 14Él se levantó, tomó de noche al niño y a su madre y se retiró a Egipto; 15y estuvo allí hasta la muerte de Herodes; para que se cumpliera lo dicho por el Señor por medio del profeta: *De Egipto llamé a mi hijo.*

El relato presenta la reacción negativa: Herodes intenta matar al Niño, pero Dios lo salva por medio de la huida, avisando a José mediante sueños que tome al Niño y su madre y huya. En la experiencia de la Iglesia primitiva, la huida es el medio elegido por Dios para salvar de los perseguidores (ver Hch 8,1.4; 11,19). José obedece y marcha a Egipto con el Niño y su madre. Todo esto sucede dentro del plan de Dios consignado en la Escritura. Citando Os 11,1, que se refiere al éxodo del pueblo de Israel, a quien se designa «hijo (de Dios)», Mateo sugiere que Jesús, verdadero hijo de Dios, comparte la experiencia del éxodo.

Muerte de los inocentes (2,16-18)

16Entonces Herodes, al ver que había sido burlado por los magos, se enfureció terriblemente y envió a matar a todos los niños de Belén y de toda su comarca, de dos años para abajo, según el tiempo que había precisado por los magos. 17Entonces se cumplió lo dicho por el profeta Jeremías:

***18Un clamor se ha oído en Ramá,
mucho llanto y lamento:
es Raquel que llora a sus hijos,
y no quiere consolarse,
porque ya no existen.***

Este relato es un complemento de los dos anteriores: Herodes quiere matar al Niño, pero el astuto rey es burlado por Dios, liberando al Niño por medio de la huida; entonces reacciona matando niños inocentes. Mateo piensa en la Iglesia primitiva, en la que se quiere eliminar a Jesús, pero el resultado es el derramamiento de sangre inocente de cristianos. La reflexión bíblica presenta el hecho dentro del plan de Dios. Se cita a Jr 31,15 (LXX 38,15). El sentido histórico se refiere a la situación dolorosa provocada por la deportación de los hijos de Raquel (tribus de Benjamín y José; ésta integrada por las de Efraín y Manasés: ver 2 R 17,5ss; 18,9ss). Jeremías, siguiendo una tradición que localizaba el sepulcro de Raquel en Ramá (8 km al norte de Jerusalén: ver 1 S 10,2), personifica en la madre el dolor de sus hijos deportados. Mateo, por su parte, ve en el texto un sentido nuevo que se ha cumplido en Jesús. Para ello se apoya en otra tradición, que sitúa el sepulcro de Raquel junto al camino de Belén (ver Gn 35,19s; 48,7).

Vuelta de Egipto y residencia en Nazaret (2,19-23)

**19Muerto Herodes, el ángel del Señor se apareció en sueños a José
en Egipto y le dijo: 20«Levántate, toma contigo al niño y a su madre,
y ve a la tierra de Israel, pues ya han muerto los que buscaban la vida
del niño.» 21Él se levantó, tomó consigo al niño y a su madre, y entró
en tierra de Israel. 22Pero al enterarse de que Arquelao reinaba en
Judea en lugar de su padre Herodes, tuvo miedo de ir allí; y, avisado
en sueños, se retiró a la región de Galilea 23y fue a vivir en una ciu-
dad llamada Nazaret, para que se cumpliese lo dicho por los profe-
tas: Será llamado Nazoreo.**

Según el punto de partida, Jesús tendría que haber regresado a Belén, pero un nuevo clima de persecución lo lleva a Nazaret. Esto explica el título *nazoreo* con que despectivamente se designa a Jesús y a los cristianos. Dios tiene la iniciativa y, por medio de un ángel, ordena a José regresar con el niño y su madre. Mateo lo narra con palabras inspiradas en Ex 4,19 («*después de aquellos largos días murió el rey de Egipto y dijo el Señor*: *ve, marcha de Egipto porque han muerto todos los que buscaban tu vida*»), para sugerir que Jesús vuelve del destierro como Moisés para dirigir un nuevo éxodo. El término del viaje debería ser Belén, de donde partieron, pero un nuevo clima negativo los

lleva a Nazaret. Arquelao, hijo de Herodes el Grande, reinó en Judea y Samaría con el título de etnarca (4 a.C. – 6 d.C.). Belén, por tanto, estaba bajo su jurisdicción. Fue un gobernante cruel y despótico, lo que justifica el temor de José. Dios avisa de nuevo en sueños a la familia, que se establece en Nazaret, de acuerdo con los profetas. Mateo no cita texto concreto ni, por otra parte, se encuentra en ningún lugar del AT un texto que afirme tal cosa. Se han propuesto diversas explicaciones: una glosa, un texto perdido, tradición oral rabínica, un apócrifo desconocido... Es posible que Mateo piense en varios textos, pues habla de profetas, en plural. En este caso se podría pensar en Is 11,1 (hebreo *neser*= retoño, cita implícita por juego de palabras: *neser – nazoraios*) o en los textos sobre el *nazir* (Nm 6,2; Ju 13,5.7: igualmente cita implícita) o en los poemas del Siervo de Yahvé. El NT aplica a Jesús y a los cristianos los adjetivo griegos *nazoraios* y *nazarenos*. No está clara la etimología del primero, y suelen ser considerados como sinónimos.

Así termina esta obertura o prólogo teológico, en que se anuncian los grandes temas de esta catequesis: Jesús es el Mesías, rechazado por la mayor parte del pueblo judío, pero aceptado y adorado por los gentiles. Los cristianos son despreciados como *nazarenos*. Mateo los consuela diciéndoles que siguen la suerte de Jesús, dentro del plan de Dios.

PRIMERA PARTE:
Jesús es el Mesías, rechazado por la mayoría, pero aceptado por sus discípulos (3,1 – 16,20)

CAPÍTULO 1

JESÚS ES EL MESÍAS (3,1 – 11,1)

1. Presentación inicial (tríptico introductorio)

Mateo dedica la primera parte de su catequesis a presentar a Jesús como el Mesías prometido, rechazado por la mayoría de su pueblo, pero aceptado por el pequeño grupo de sus discípulos. La presentación la realiza de diversas formas. En primer lugar, por medio del tríptico introductorio, en el que primero Juan Bautista y después Dios Padre presentan a Jesús como el Mesías. Finalmente, superando la tentación, Jesús se legitima como Mesías.

Predicación de Juan el Bautista (3,1-12) (Mc 1,1-8; Lc 3,1-18)

3 1Por aquellos días se presenta Juan el Bautista, proclamando en
el desierto de Judea: 2«Convertíos porque ha llegado el Reino de
los Cielos.» 3Éste es de quien habló el profeta Isaías cuando dice:

Voz del que clama en el desierto:
'Preparad el camino del Señor,
enderezad sus sendas'.

4Tenía Juan su vestido hecho de pelos de camello, con un cintu-
rón de cuero a su cintura, y su comida eran langostas y miel silves-
tre. 5Acudía entonces a él Jerusalén, toda Judea y toda la región del
Jordán, 6y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus
pecados. 7Pero viendo venir muchos fariseos y saduceos a su bau-
tismo, les dijo: «Raza de víboras, ¿quién os ha enseñado a huir de

la ira inminente? [8]Dad, pues, fruto digno de conversión, [9]y no creáis que basta con decir en vuestro interior: "Tenemos por padre a Abrahán"; porque os digo que puede Dios de estas piedras suscitar hijos a Abrahán. [10]Ya está el hacha puesta a la raíz de los árboles; y todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego. [11]Yo os bautizo con agua en señal de conversión; pero aquel que viene detrás de mí es más fuerte que yo, y no soy digno de llevarle las sandalias. Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego. [12]En su mano tiene el bieldo y va a limpiar su era: recogerá su trigo en el granero, pero la paja la quemará con fuego que no se apaga.»

El relato sobre Juan Bautista consta de tres partes: la persona de Juan (Mt 3,1-6; cf. Mc 1,1-6), su predicación invitando a la conversión (Mt 3,7-10; cf. Lc 3,7-9) y anunciando al Mesías (Mt 3,11-12; cf. Mc 1,7-8). En la primera, siguiendo el relato paralelo de Marcos, el evangelista presenta la persona y actividad de Juan, desarrollando las ideas de la fidelidad de Dios y la conversión como medios necesarios para entrar en el mundo de Jesús. Se trata de ideas importantes que ya aparecen en la predicación kerigmática (ver Hch 10,37; 13,24-25). Mateo presenta a Juan como un predicador cristiano que proclama el mismo mensaje que un poco más adelante anunciará Jesús (4,17) y, después de la resurrección, la Iglesia (10,7). Ahora se dirige al lector en estilo directo (nótese el uso del presente de indicativo), invitándole a la conversión ante la llegada del Reino de los Cielos.

El Reino es el gran valor que motiva la conversión o vuelta a Dios y a los miembros de su pueblo, renunciando a vivir de espaldas a la alianza y centrados en uno mismo. La presencia de Juan tiene carácter de cumplimiento de las promesas de Dios, por lo que revela su fidelidad y consecuentemente es garantía de la esperanza en él. Desarrolla la idea de cumplimiento de forma directa, citando Is 40,3, y de forma indirecta describiendo la comida y vestido de Juan, que remite al de Elías (ver 2 R 1,8; 2,8.13ss; Za 13,4; Ml 3,22), sugiriendo así que Juan es el Elías que había de venir (ver Mt 17,13). Juan administra un bautismo de agua, rito de purificación moral, que debe ser expresión del arrepentimiento de la persona; era un rito de inmersión, relacionado con otros lavatorios que se empleaban en el judaísmo, pero éste no se repetía. Marcos, en el lugar paralelo (1,4), lo describe como «bautismo de conversión para perdón de los pecados», pero Mateo omite esta des-

cripción diciendo sólo que el pueblo confesaba sus pecados y colocando la referencia al perdón de los pecados en 26,28, en la institución de la Eucaristía, pues es la sangre de Cristo la que perdona los pecados.

La segunda parte (3,7-10) explicita la predicación penitencial de Juan con una enseñanza fuertemente antifariseo-saducea y antiformalista: todos tienen que convertirse, incluso las élites religiosas representadas por fariseos y saduceos, evitando apoyarse en esperanzas vanas, como la descendencia material de Abrahán. Es interesante notar que esta enseñanza, también atestiguada por Lucas (ver 3,7), posiblemente estaba dirigida a todo el pueblo, y así la conserva Lucas, mientras que Mateo la restringe a fariseos y saduceos. Distingue así a estos dos grupos, representativos de los dirigentes, del resto del pueblo, que acoge positivamente a Juan y después a Jesús.

La tercera parte (3,11-12) es un anuncio del Mesías. Se trata de una temática de carácter apologético, que se desarrolló en la Iglesia primitiva para oponerse a las pretensiones de algunos discípulos de Juan Bautista, que seguían administrando su bautismo, lo que dio lugar a formas religiosas eclécticas (ver Hch 18,25; 19,1-6). Se contraponen las personas de Juan y Jesús y sus respectivos bautismos. Con relación al de Jesús, se dice que es, por una parte, bautismo del Espíritu Santo, el que se ordena en el mandato final (ver 28,19) y, por otra, que es bautismo de fuego, con referencia al fuego purificador del juicio (ver Is 1,25; Za 13,9). Respecto a las personas, Juan se considera indigno, no sólo de desatar su sandalia, tarea de esclavo, como afirma Marcos, sino ni siquiera de acercarse y llevarle la sandalia. Por otro lado, presenta a Jesús como el *más fuerte*, el Hijo del hombre que ahora perdona y después juzgará. Es el juez escatológico: ya tiene el bieldo en la mano para realizar el juicio, en que se recogerá el trigo y se quemará la paja con fuego que no se apaga (7,19; 13,40.42.50; 18,9; 25,41). Mateo, pues, comienza y termina su catequesis aludiendo a la función de juez que realizará Jesús (ver 25,41), invitando a su comunidad a la conversión.

Bautismo de Jesús (3,13-17)
(Mc 1,9-11; Lc 3,21-22)

**13Entonces se presenta Jesús, que viene de Galilea al Jordán, a
donde Juan, para ser bautizado por él. 14Pero Juan trataba de impe-
dírselo diciendo: «Soy yo el que necesita ser bautizado por ti, ¿y tú**

vienes a mí?» [15]Jesús le respondió: «Deja ahora, pues conviene que así cumplamos toda justicia.» Entonces le dejó.

[16]Una vez bautizado Jesús*, salió luego del agua; y en esto se abrieron los cielos* y vio al Espíritu de Dios que bajaba como una paloma y venía sobre él. [17]Y una voz que salía de los cielos decía: «Este es mi Hijo amado, en quien me complazco.»

V. 16 (a) Una leyenda apócrifa se ha interferido aquí en dos manuscritos de la Vetus Latina: «Y mientras era bautizado, una intensa luz se difundió fuera del agua, hasta el punto que todos los asistentes fueron presa del temor».

V. 16 (b) Adición: «para él», es decir, a sus ojos.

En este segundo cuatro es el Padre el que, ante los oyentes, presenta a Jesús como Mesías, su Hijo amado, su Siervo. La escena de divide en dos partes. La primera tiene como finalidad explicar por qué Jesús, siendo inocente, recibe un bautismo destinado a los pecadores. Comienza afirmando que Jesús, que viene de Galilea, se presenta a Juan con la finalidad explícita de ser bautizado. Mateo quiere que el lector actualice la escena, empleando el verbo en presente de indicativo y el estilo directo. Juan intenta impedirlo, pero Jesús declara el motivo: «conviene que así cumplamos toda justicia», es decir, llenar de contenido toda justicia, la voluntad de Dios consignada en la Escritura. Son las primeras palabras de Jesús en el evangelio de Mateo y constituyen su programa de actuación. Justicia, de por sí, es dar a cada uno lo suyo. Desde este punto de vista, la Biblia no habla de justicia de Dios, en cuanto que nadie tiene derechos frente a Dios. El Segundo Isaías emplea esta fórmula en contexto de las promesas de Dios: si Dios promete algo, «se debe a sí mismo» cumplir su palabra. Ahora bien, Dios ha prometido la salvación. De aquí que justicia de Dios signifique la salvación prometida por Dios (ver Is 61,10). Es el sentido con que emplea Pablo la fórmula. Pero la salvación de Dios, puesto que respeta la libertad de la persona, exige una respuesta o colaboración por parte del hombre. Este segundo sentido es el que tiene la fórmula en Mateo: colaborar con la salvación prometida y ofrecida por Dios, hacer la voluntad de Dios (ver 1,20; 5,6.10.20; 6,1.33; 21,32).

A la luz del contexto de Mateo, Jesús recibe el bautismo para realizar un gesto de Siervo de Yahvé, el siervo solidario que toma sobre sí la culpa de los pecadores. Llena así de contenido esta profecía. En esta misma línea está el que Mateo minimice el hecho del bautismo, al que sólo alude (siguiendo esta tendencia, Juan ni siquiera hace alusiones).

La segunda parte es la unción mesiánica de Jesús, constituido Mesías por la palabra del Padre y la donación de su Espíritu. Se trata de una tradición importante, atestiguada en el kerigma, según la cual Jesús fue ungido con el poder del Espíritu Santo después del bautismo y así fue capacitado para su tarea (ver Hch 10,38). Cuando Jesús realiza el gesto de solidaridad, tiene una experiencia religiosa en la que percibe cómo el Padre le unge como su enviado. Mateo, al igual que Marcos, recoge una tradición de la Iglesia primitiva que había escenificado esta experiencia, presentando en forma plástica los datos de Is 42,1: la unción se realiza mientras desciende el Espíritu en forma de paloma sobre Jesús, al tiempo que el Padre lo declara ungido con unas palabras en las que se ha cambiado el original «siervo» por «hijo», a la luz de la tradición de los LXX y del Targum Palestinense, que interpretan siervo como hijo. La comparación del Espíritu con la paloma puede remitir bien a Gn 1,2, sugiriendo el comienzo de una nueva creación, bien al Cantar de los Cantares, donde se compara a la esposa con la paloma, sugiriendo en este caso que la unción de Jesús está ordenada al nacimiento del nuevo pueblo. Las palabras del Padre están en tercera persona. No se dirigen directamente a Jesús, sino a los oyentes, ante los cuales Dios presenta a Jesús como Mesías-Hijo en la línea del Siervo de Yahvé, citando el comienzo del primer poema (Is 42,1; ver 12,17-20, donde de nuevo se cita más explícitamente; en 8,17 se cita el cuarto poema del Siervo). El texto, pues, tiene dos centros íntimamente relacionados: en el primero Jesús profesa su determinación de cumplir en cada momento la voluntad del Padre; en el segundo el Padre lo reconoce públicamente como Hijo: obediencia y filiación son anverso y reverso de la misma realidad.

Tentaciones en el desierto (4,1-11)
(Mc 1,12-13; Lc 4,1-13)

4 [1]Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto para ser
tentado por el diablo. [2]Y después de hacer un ayuno de cuarenta días y cuarenta noches, al fin sintió hambre. [3]Y acercándose el
tentador, le dijo: «Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se con-
viertan en panes.» [4]Mas él respondió: «Está escrito:

No sólo de pan vive el hombre,
sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.»

5 Entonces el diablo le lleva consigo a la Ciudad Santa, le pone
sobre el alero del Templo 6 y le dice: «Si eres Hijo de Dios, tírate
abajo, porque está escrito:

A sus ángeles te encomendará,
y en sus manos te llevarán,
para que no tropiece tu pie en piedra alguna.»
7 Jesús le dijo: «También está escrito:

No tentarás al Señor tu Dios.»
8 De nuevo le lleva consigo el diablo a un monte muy alto, le
muestra todos los reinos del mundo y su gloria 9 y le dice: «Todo
esto te daré si postrándote me adoras.» 10 Dícele entonces Jesús:
«Apártate, Satanás, porque está escrito:

Al Señor tu Dios adorarás,
y sólo a él darás culto.»
11 Entonces el diablo le deja. Y he aquí que se acercaron unos
ángeles y le servían.

Puesto que Jesús vivió una existencia auténticamente humana, fue hombre libre y estuvo sujeto a la tentación durante toda su vida, si bien optó decididamente por la voluntad de Dios. La tradición evangélica destaca una tentación inicial en cuanto que implica una opción clara que determinó toda su vida, y por la que murió y resucitó. Mateo presenta esta tradición como tercer cuadro, con la finalidad de presentar a Jesús como Mesías probado, siempre obediente al Padre y, por eso, superando las pruebas que no supo superar Israel en el desierto durante los cuarenta años de su peregrinación. El relato es una especie de desarrollo del *conviene cumplir toda justicia* (3,15). El evangelio se sirve de los relatos de Marcos y de la fuente en común con Lucas (Q), que presenta la tentación en forma de diálogo: los datos de Marcos le sirven para enmarcar el relato, y los diálogos para ofrecer diversas facetas de una actitud de sumisión a la voluntad de Dios, pues escenifica la tentación en forma de diálogo dialéctico entre Jesús y el tentador. Jesús no responde de forma autónoma, sino que recurre a la palabra de su Padre consignada en la Escritura, en concreto a textos del Deuteronomio, es decir, el libro que presenta al pueblo ante las puertas de la tierra prometida y al que Moisés recuerda su constante indocilidad y caídas en tentación, y exhorta a oír la

palabra de Dios para entrar y poseer la tierra. El relato se ha construido pensando en general en las tentaciones de Israel, pero no intenta referirse a episodios concretos, contraponiéndoles el comportamiento de Jesús.

En la introducción, el relato explicita la razón y finalidad de la estancia de Jesús en el desierto: fue llevado allí por el Espíritu, que ha recibido en su unción mesiánica y que dirige su ministerio, *para* ser tentado por el diablo. El nombre 'diablo' significa acusador, calumniador, y encarna todo lo que obstaculiza la obra de Dios (ver 13,19). El Espíritu, pues, quiere que Jesús comience su ministerio sufriendo y superando la tentación. Allí permanece cuarenta días y cuarenta noches, como Moisés (ver Ex 34,28; Dt 9,9.18), ayunando. La idea del ayuno explica el hambre, punto de partida de la primera tentación. Ésta constituye una dificultad que Jesús sufre por secundar al Espíritu. El tentador le sugiere que, para salir de esta situación, tome la iniciativa y emplee en favor propio el poder mesiánico que ha recibido para su misión, puesto que es Hijo de Dios. Este título, de por sí, se refiere a Jesús como Mesías (ver 2 S 7,14; Sal 2,7), hijo adoptivo de Dios como resultado de una elección (Ex 4,22; Dt 1,31; 14,1; Os 2,1; Sal 82,6). Pero la Iglesia primitiva, después de Pascua, descubrirá un sentido más profundo, divino (ver Hch 9,3; Rm 9,5). Jesús responde que Dios, creador del pan, puede sostener al hombre fiel con sola su palabra (Dt 8,3). Por ello, su única inquietud es hacer la voluntad del Padre, sin tener que inquietarse por su sustento (ver 6,25-34). La segunda tentación se presenta como un combate dialéctico. El diablo arguye con el Sal 91,11s, proponiendo un triunfo espectacular y fácil. Para ello parte de una lectura literal del salmo (¡el fundamentalismo bíblico como medio de tentar y apartar de la voluntad de Dios!). Para Jesús eso es tentar a Dios (Dt 6,16) y apartarse de su voluntad. Como dice Bonnard en su comentario a este texto, sólo son auténticos los riesgos asumidos en la humildad de la fe. El riesgo por el gusto del riesgo no es un acto de fe en el Dios de Jesucristo.

En la tercera tentación el diablo desenmascara sus intenciones y ofrece a Jesús el mundo si le adora. Jesús rechaza con una energía especial esta sugerencia, manifestando su voluntad de adorar y servir sólo a Dios (Dt 6,13). Jesús recibirá este dominio universal muriendo y resucitando (ver 28,18 y las diversas escenas en montes: monte de la tentación, monte del discurso programático en que Jesús proclama sus

valores [5,1], monte de la transfiguración, en el que el Padre confirma el camino de la cruz [17,1], y monte de Galilea, donde Jesús proclama que ha recibido todo poder [28,16.18]. En todos ellos emplea la misma expresión: «un monte muy alto»). Como conclusión, el diablo le dejó y los ángeles, expresión de la Providencia del Padre, le servían.

Para Mateo, la tentación es un hecho positivo, querido por el Espíritu. Antes de comenzar su misión, el Mesías debe probar su capacidad de obediencia total al Padre, a quien tiene que servir como primer valor absoluto y por el que debe asumir los riesgos necesarios para hacer su voluntad. De esta forma se legitima y presenta como Mesías probado, verdadero Hijo de Dios. Este relato, pues, completa el anterior y tiene carácter básicamente cristológico, lo cual no excluye una dimensión parenética secundaria.

2. Jesús se presenta

2.1. Presentación genérica

Los dos relatos siguientes presentan de forma genérica a Jesús en Galilea, concretamente en Cafarnaún, proclamando el Reino de Dios y sus exigencias, y rodeándose de un grupo de discípulos como primer signo del Reino que ya irrumpe.

Vuelta a Galilea (4,12-17)
(Mc 1,14-15; Lc 4,14)

12Cuando oyó que Juan había sido entregado, se retiró a Galilea.
13Y dejando Nazará, vino a residir en Cafarnaún junto al mar, en el
territorio de Zabulón y Neftalí; 14para que se cumpliera lo dicho por
el profeta Isaías:

15¡Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí,
camino del mar, allende el Jordán,
Galilea de los gentiles!
16El pueblo que habitaba en tinieblas
ha visto una gran luz;
a los que habitaban en paraje de sombras de muerte
una luz les ha amanecido.

[17]Desde entonces comenzó Jesús a predicar y decir: «Convertíos, porque el Reino de los Cielos ha llegado.»

La noticia de la detención de Juan Bautista por parte de Herodes Agripa, tetrarca de Galilea y Perea, determina la ida de Jesús del Jordán a Galilea. La detención se expresa con el verbo «entregar», que tiene amplias resonancias con la entrega del Siervo de Yahvé y de Jesús (Is 54,6; Mt 10,4; 26,15.16.21.23.24.25.46.48; 27,3.4 etc). La ida se presenta como retirada, con sentido de huida. Todo ello es un presagio de la suerte que espera a Jesús. Dejando Nazará (o Nazaret), fijó su residencia en Cafarnaún. Nazará es una forma muy rara del nombre de la ciudad, confirmada por testigos importantes, como los manuscritos B y Z, y por Orígenes, pero la mayoría de testigos ha vuelto a la forma común: Nazaret. Mateo presenta la residencia en Cafarnaún como cumplimiento de la Escritura, es decir, como obediencia al plan de Dios, con lo que legitima a Jesús como Mesías. Para introducir adecuadamente la cita del AT, dice que Cafarnaún estaba junto al mar, en el territorio de Zabulón y Neftalí, precisiones arcaicas en su época. Cita Is 8,23-9,1, texto que históricamente se refiere a la conquista de estas tribus norteñas por parte de los asirios en el siglo VIII a.C., y a las que se les promete la liberación con la imagen de una luz potente. Mateo ve el cumplimiento de esta liberación e iluminación en el comienzo de la proclamación de Jesús. El mensaje de Jesús es el mismo que ya antes proclamó Juan (3,2): invitación a la conversión ante la llegada inminente del Reino de los Cielos. Como siempre en Mateo, la exigencia ética es motivada por un valor: aquí el Reino de los Cielos, que constituye el tema principal de la predicación de Jesús (véase Introducción).

Llamamiento de los cuatro primeros discípulos (4,18-22) (Mc 1,16-20; Lc 5,1-11; véase Jn 1,35-42)

[18]Caminando por la ribera del mar de Galilea vio a dos hermanos, Simón, llamado Pedro, y su hermano Andrés, echando la red en el mar, pues eran pescadores, [19]y les dice: «Venid conmigo, y os haré pescadores de hombres.» [20]Y ellos al instante, dejando las redes, le siguieron.

[21]Caminando adelante, vio a otros dos hermanos, Santiago el de Zebedeo y su hermano Juan, que estaban en la barca con su padre

Zebedeo arreglando sus redes; y los llamó. [22]Y ellos al instante, dejando la barca y a su padre, le siguieron.

Estos dos breves relatos de vocación aparecen como los primeros signos que realiza Jesús para explicar y confirmar la proclamación del Reino de los Cielos. La primera manifestación es el nacimiento de una comunidad en torno a Jesús. En ambas vocaciones Jesús es el protagonista, que toma la iniciativa: ve y llama, y ellos, dejando su trabajo habitual, lo siguen. El primero relato está más desarrollado, pues explicita el objeto de la llamada: una invitación a compartir su vida y tarea, que lleva aneja una promesa de futuro en que Jesús los hará pescadores de hombres. Los llamados son dos hermanos: Simón y Andrés. De Simón se dice que es el conocido por los lectores como "Pedro". Es la primera vez que aparece en la obra y se remite al cambio de nombre que se narrará en 16,18. El segundo relato es más escueto, pero se entiende que el objeto de la llamada es el mismo. Ambos relatos son eminentemente cristológicos y eclesiológicos, pues apuntan a las pretensiones de Jesús y a su idea del Reino. De ahí que el aspecto ético (lo dejan todo y le siguen) es secundario.

2.2. Presentación específica

La presentación específica de Jesús como Mesías consta de tres secciones: (1) maestro que interpreta la Ley, (2) que ofrece la salvación anunciada por los profetas y (3) que reúne al pueblo escatológico por medio de la misión. La primera y la segunda están enmarcadas por sendos sumarios (4,23; 9,35), en los que se anuncia y resume la actividad de Jesús como maestro y taumaturgo. Además, 9,35 sirve de transición al discurso de misión, presentándose ésta como una consecuencia de la actividad de Jesús. Al final (11,1), otro sumario recuerda que Jesús enseñaba y proclamaba en los pueblos de la región. Subyace al conjunto una idea bastante extendida sobre el Mesías, según la cual sería el *maestro* que daría la verdadera interpretación de la Ley (ver Jn 4,25); sería igualmente el enviado de Dios para ofertar *la salvación*. Y ambas cosas iban dirigidas a todos los judíos y estaban abiertas a todos los gentiles que se convirtiesen. Mateo hace ver que Jesús reúne estas características; por eso, es el Mesías prometido.

Jesús enseña y sana (4,23-25)
(Mc 1,39; 3,7-8; Lc 4,14-15; véase 6,17-18)

[23]Recorría Jesús toda Galilea, enseñando en sus sinagogas, proclamando la Buena Nueva del Reino y curando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo. [24]Su fama llegó a toda Siria; y le trajeron todos los que se encontraban mal con enfermedades y sufrimientos diversos, endemoniados, lunáticos y paralíticos, y los curó. [25]Y le siguió una gran muchedumbre de Galilea, Decápolis, Jerusalén y Judea, y del otro lado del Jordán.

El v. 23 es un sumario que resume la actividad que se va a narrar a continuación. El teatro de actuación es Galilea. Jesús lleva a cabo tres acciones íntimamente relacionadas entre sí: enseña en sus sinagogas, proclama el Evangelio del Reino y cura toda enfermedad y toda dolencia. La enseñanza tiene lugar en *sus* sinagogas (el empleo de *sus* sugiere que, cuando Mateo escribe, ya ha tenido lugar la ruptura entre la sinagoga y los cristianos. A pesar de que Jesús predicó en ellas, no han acogido su mensaje). En ellas Jesús enseña a la luz de la palabra que se proclama (el culto sinagogal consistía básicamente en oraciones iniciales, proclamación de la palabra de Dios y homilía en que se explicaba ésta). Jesús la explica descubriendo su sentido profundo y convirtiendo así su enseñanza en *proclamación* del Evangelio del Reino. La proclamación es obra de un heraldo que da a conocer pública y oficialmente lo que la autoridad competente, en este caso Dios Padre, ha decidido. Jesús proclama el Evangelio del Reino, es decir, la buena noticia de que Dios va a comenzar a reinar, aunque ahora en la debilidad. Signo de ello es la tercera actividad de Jesús a que se alude aquí, la curación de toda enfermedad y dolencia: enfermedades y sufrimientos diversos, endemoniados, lunáticos o epilépticos y paralíticos (esta actividad se desarrollará ampliamente en los capítulos 8-9).

El término ‘evangelio’ se acuñó en la Iglesia primitiva para designar tanto la actividad de Jesús como el contenido de su mensaje. Se inspira en el uso que hace del término ‘evangelizar’ el Segundo Isaías, donde significa que Dios va a reinar, pero como Dios oculto, en la debilidad (ver Is 40,9; 41,27; 52,7; 45,15). En Mateo se refiere a la enseñanza de Jesús. La consecuencia de esta actividad es doble: por

una parte, su fama se extiende por toda la región, a la que se alude aquí con el nombre de Siria, ya que Palestina formaba parte de la provincia romana de Siria (es además un indicio de que el evangelio se escribió en Antioquía de Siria); por otra, el seguimiento de gente proveniente de territorios judíos (Galilea, Judea, Jerusalén) y circundantes (Transjordania y Decápolis. Esta última era una confederación de diez ciudades helenistas que obtuvieron de Pompeyo un estatuto especial que las independizaba de los territorios judíos). Ante estos seguidores y sus discípulos tendrá lugar el Sermón de la Montaña.

2.2.1. Maestro que interpreta la Ley, proclamando el Evangelio del Reino (Sermón de la Montaña o Discurso Evangélico)

El Discurso Evangélico presupone la presencia de la salvación de Dios, que ya comienza a reinar. A este presupuesto quiere remitir el sumario anterior, y está implícito en las Bienaventuranzas con las que comienza. Dios primero perdona, hace al hombre hijo suyo y hermano de sus hijos, invita a tomar conciencia de esta realidad con alegría y después nos indica cómo tenemos que actuar. Este presupuesto es básico para no convertir en pura ética o pura Ley el contenido del discurso, quitándole así su carácter de «Evangelio». El discurso indica cómo hay que corresponder al don recibido, y lo hace de dos formas: una breve y directa, contenida en las Bienaventuranzas y en la invitación a ser testigos (5,1-16); otra más larga y polémica, que comprende el resto del discurso. Mateo reproduce la fuente original que transmitía este discurso, pero añade una serie de materiales afines para completar la presentación de Jesús como maestro.

SECCIÓN POSITIVA

Las bienaventuranzas (5,1-12)
(Lc 6,20-23)

5 [1]Viendo la muchedumbre, subió al monte, se sentó, y sus discí-
pulos se le acercaron. [2]Y, tomando la palabra, les enseñaba di-
ciendo:

[3]«Bienaventurados los pobres de espíritu,
porque de ellos es el Reino de los Cielos.

[4]**Bienaventurados *los mansos*,***
porque *ellos poseerán en herencia la tierra*.*
[5]**Bienaventurados los que lloran,**
porque ellos serán consolados.
[6]**Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia,**
porque ellos serán saciados.
[7]**Bienaventurados los misericordiosos,**
porque ellos alcanzarán misericordia.
[8]**Bienaventurados los limpios de corazón,**
porque ellos verán a Dios.
[9]**Bienaventurados los que trabajan por la paz,**
porque ellos serán llamados hijos de Dios.
[10]**Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia,**
porque de ellos es el Reino de los Cielos.

[11]**Bienaventurados seréis cuando os injurien y os persigan y**
digan con mentira* toda clase de mal contra vosotros por mi causa.
[12]**Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en**
los cielos; pues de la misma manera persiguieron a los profetas
anteriores a vosotros.

V. 4 (a) También se puede traducir «los humildes».
(b) Esta bienaventuranza y la siguiente no aparecen en el mismo orden en los diversos manuscritos. El manuscrito Occidental (D), las antiguas versiones latinas, la Vulgata y otros colocan los mansos en segundo lugar y los que lloran en tercero; otros, como el Sinaítico y el Vaticano, invierten el orden.
V.11 «con mentira» está atestiguado por los manuscritos Sinaítico, Vaticano y otros, pero lo omiten el Occidental (D) y las antiguas versiones latinas.

Los dos primeros versículos (5,1-2) ofrecen el marco, lugar y destinatarios: un monte indeterminado, que posiblemente quiere evocar el monte Sinaí; Jesús se sienta como maestro que va a impartir una enseñanza; los destinatarios son los discípulos, grupo indeterminado de seguidores, pues en Mateo aún no ha tenido lugar la elección de los Doce (ver 10,1-2) y sólo conocemos a cuatro de ellos (ver 4,18-22). La muchedumbre, por una parte, ha determinado el discurso, pues Jesús lo pronuncia al “verla”; por otra, están en un segundo plano, sugiriendo que, aunque directamente está dirigido a los discípulos, sin embargo está abierto a todos.

Las Bienaventuranzas ofrecen de forma plástica las cualidades éticas que debe tener todo el que ha recibido el don de Dios proclamado por Jesús. Por ello, tienen carácter de *test* para comprobar objetivamente si uno ha recibido o no el don de Dios y está en el ámbito del Reino. Son bimembres. El primer miembro tiene carácter de felicitación y el segundo de exhortación. El primero alude a ocho cualidades que debe tener el que está dentro de la esfera del Reino, que es felicitado por dos razones: primero porque ya ha recibido el don de Dios, que es el protagonista de la salvación; y, en segundo lugar, porque está cooperando y lo mantiene, produciendo sus frutos. El mensaje de Jesús comienza así con una invitación a la alegría, y por eso es "alegre noticia". El segundo exhorta a colaborar con la acción salvífica del Reino presente, para llegar así a la consumación del Reino futuro, que se presenta con diversos sinónimos: poseer la tierra, consuelo, saciedad, ver a Dios, recibir misericordia, ser llamados hijos de Dios. Los verbos están en futuro, menos en la primera y la octava, donde se usa el presente, subrayándose de esta forma la importancia de la pobreza y la persecución, pues se da como un hecho la consumación futura. Las Bienaventuranzas se dividen en dos grupos, que manifiestan la pedagogía de la acción cristiana. Las tres primeras son pasivas y las siguientes activas. Esto quiere decir que quien recibe el don de Dios (que se resume en vida filial y fraternal) debe adoptar dos actitudes: por una parte ha de depender radicalmente de Dios y los hermanos, y, por otra, ha de colaborar activamente con la acción de Dios en favor de los hombres, primero procurando que la raíz de la acción sea la voluntad de Dios realizada con un corazón limpio, y segundo obrando la misericordia y la paz. La consecuencia será la persecución.

Desde el punto de vista de la crítica textual, es posible que el texto original de Mateo sólo tuviese siete bienaventuranzas y que muy pronto se le añadiesen dos más, la de los mansos y la última sobre los perseguidos. Las razones son varias: por una parte, la bienaventuranza de los mansos no es más que una adaptación del Sal 37,11, y los diversos manuscritos dudan en su colocación (ver nota de crítica textual), y la última es una repetición de la octava; por otra parte, Mateo muestra preferencia por agrupaciones de siete (ver parábolas del capítulo 13, peticiones del Padrenuestro, "ayes" en el capítulo 23).

La primera bienaventuranza felicita a los «pobres de espíritu». La fórmula interioriza la pobreza y la sitúa en el centro de la vida, en el

espíritu, equivalente a 'corazón'. Pero se trata de una interiorización que necesariamente debe manifestarse en la conducta externa. Del mismo modo que la expresión "gritar con toda el alma" quiere expresar un grito estentóreo que procede de lo más profundo del ser, igualmente «pobre de espíritu» equivale a ser pobre desde lo más hondo del corazón. En Qumrán ha aparecido la misma fórmula con el sentido de «humilde de espíritu», opuesto a «orgulloso de espíritu» (ver 1QM XIV 7: *'anwe ruaj*). La pobreza, pues, designa una actitud de dependencia y humildad radical, que se ha de manifestar ante toda la realidad: ante Dios, ante los hombres y ante los bienes. Ante Dios reconociéndolo creador, salvador y protagonista de la salvación, y consiguientemente confesándose el hombre criatura, pecador salvado e instrumento en las manos de Dios; ante los hombres, reconociendo que todos somos iguales, necesitados y llamados a ayudarnos solidariamente; ante los bienes, relativizándolos y considerándolos como medios, pues Dios es el único salvador; reconociendo su destino social, viviendo austeramente y compartiendo. Mateo es enemigo de la casuística que conduce al formalismo. Por eso, invita a plantearse la pobreza en su raíz, pero exigiendo que cada uno la traduzca de forma adecuada en su situación. La vivencia de esta pobreza es tan importante que se da por hecho la consecución de la meta: de ellos *es* ya el Reino.

La segunda bienaventuranza presenta un aspecto de la pobreza-dependencia: la mansedumbre. Consiste en renunciar a la violencia cuando se sufre violencia, no acudiendo a la ley del talión, como se enseña más adelante (5,38-42.43-48). El enunciado está tomado del Sal 37,11, en cuyo contexto se comprende mejor el sentido. Se trata de una persona justa que sufre injustamente la violencia. En esta situación se le ordena negativamente no responder con violencia, pero positivamente seguir haciendo el bien y denunciar con medios justos la injusticia que se comete, es decir, asumir una postura de no-violencia activa. Todo esto implica un acto de fe en Dios, que hará justicia. Presupone que el ofendido ha recibido un corazón fraternal y se enseña cómo ha de responder con este corazón a la violencia. A los que viven la mansedumbre se les exhorta a seguir cooperando, pues «poseerán la tierra»: referencia a la seguridad existencial (ver Gn 13,15, donde ya aparecen germinalmente los dos elementos de la bienaventuranza).

La tercera y última bienaventuranza pasiva sitúa al discípulo ante una situación de dolor absurdo e inevitable. En la anterior se conoce la causa del dolor: la violencia del injusto; aquí no. La fórmula «los que lloran» se emplea en el AT para designar a los que sufren como consecuencia de una causa grave, externa e inevitable, como la muerte de un ser querido. El texto no añade ninguna precisión sobre las disposiciones que ha de tener el que sufre, pero todo el contexto invita a suponer una actitud interior positiva: el que vive el dolor absurdo confiando en la bondad de Dios; el que ante los interrogantes que provocan las situaciones oscuras que ponen en crisis la fe en la paternidad de Dios, responde renovando su confianza en Dios Padre desde la oscuridad de la fe. Ese tal «será consolado» plenamente y llegará a comprenderlo todo.

Las bienaventuranzas activas aparecen en dos binas. Cada una de ellas contiene una bienaventuranza dedicada a la raíz de la acción y otra reservada al objeto de la acción. La primera se refiere al hambre-sed de justicia y a la misericordia. La primera raíz de la acción cristiana ha de ser hambre y sed de justicia, que tiene aquí un sentido metafórico, expresando un deseo radical e intenso de justicia o colaboración con la voluntad de Dios, según el sentido que tiene 'justicia' en Mateo (ver comentario a 3,15). No se trata, por tanto, de hacer por hacer, sino de hacer la voluntad de Dios, lo que implica una actitud constante de discernimiento. Dios saldrá al encuentro de quien tenga este deseo radical y «será saciado» en el banquete escatológico (22,1ss; 26,29).

El objeto de la acción cristiana a que se refiere la quinta bienaventuranza es la misericordia. Ésta consiste en un sentimiento natural, que induce a sentir la necesidad del prójimo y a ayudarle. En general, es estimada por la mayor parte de los hombres, pero tiene su límite natural en la ingratitud: si el ayudado en su necesidad no corresponde positivamente, se le deja de ayudar. Y es aquí donde comienza la misericordia bíblica, que por eso se presenta como un atributo divino: Dios tiene misericordia del que no la merece (Ex 33,19; 34,6 y Os 1-2). Se trata de un obrar que va más allá de la justicia (ver Lc 15,11-31). El amor de misericordia implica *sintonizar* (elemento afectivo) con la situación de la persona necesitada y *obrar en consecuencia* (elemento efectivo), según todas las propias posibilidades. El elemento afectivo es fundamental y exige situarse en la situa-

ción del necesitado y sentir su necesidad como algo propio, es decir, fraternalmente, desde dentro, y no desde arriba (paternalismo) ni desde fuera (demagogia, propio interés). El elemento efectivo pide hacer lo necesario y posible para que el necesitado supere la necesidad, pues sin esto todo quedaría en sentimentalismo. La obra de Jesús fue misericordia (ver Hb 2,10-17; 4,15-5,10): sintonizó con el hombre necesitado, haciéndose hombre igual a todos menos en el pecado, y desde esta situación obró para sí y para los demás. Revela así la misericordia de Dios. El discípulo de Jesús tiene que obrar igual. El que es objeto de la misericordia de Dios debe ser misericordioso con los demás, si no perderá la misericordia recibida. A los que actúan así se les exhorta a perseverar en este comportamiento, pues de ese modo alcanzarán misericordia, es decir, la plenitud del Reino, en cuanto que todo el proceso empieza y termina con la misericordia.

La segunda bina, con lógica semita, vuelve de nuevo sobre la raíz y el objeto de la acción cristiana, pero desde otro punto de vista. La raíz ha de ser un corazón limpio, y el objeto una obra de paz. En la antropología semita «corazón» designa el centro de la vida, el lugar de donde fluye el pensamiento, el deseo, la memoria, los sentimientos, las decisiones. La expresión «limpios de corazón» se refiere a un corazón que es lo que debe ser: íntegro, honrado, sincero y, en el contexto de las bienaventuranzas, corazón filial y fraternal. La bienaventuranza, pues, afirma que toda la acción debe provenir de una raíz filial y fraternal, de acuerdo con el corazón recibido de Dios, con el que hay que colaborar. Se felicita al que lo haga y se le exhorta a continuar, porque «verá a Dios». En el AT la expresión «ver a Dios» significa entrar en comunión con Dios en el templo (Sal 42,3), donde el hombre está en familiaridad con él y tiene una visión vaga (Ex 33,20; Is 6; Nm 12,6). Para el NT se trata de una visión «cara a cara» (1 Jn 3,2), que mostrará la realidad de la filiación y la posibilidad de llegar a una plena comunión con el Padre. El nexo entre limpieza y experiencia religiosa se da en todas las religiones, pues la santidad de Dios exige máxima pureza al que se le acerca. En unas religiones se trata de una pureza ritual, mágica, externa; en el AT, de pureza legal como expresión de la interna (Sal 24,4; 73,1; Jb 33,2). Para Jesús basta con la pureza interna (ver Mt 15,1ss), pues lo importante es un corazón auténtico.

La séptima bienaventuranza remite de nuevo al objeto de la acción cristiana. Si por una parte consiste en misericordia, por otra, ha de

ser trabajar por la paz. En la Biblia 'paz' significa la debida armonía entre los seres (en hebreo *shalom* etimológicamente significa 'armonía'). El hombre vive en paz cuando tiene la debida relación con todo lo que debe relacionarse: consigo mismo, con Dios, con los hombres y con las criaturas. La paz es básicamente un don de Dios, que es el Dios de la paz (Is 9,5; Rm 15,33; 16,20), puesto que ha establecido la debida armonía entre él y la humanidad (su pueblo, sus hijos. Él es el único Absoluto; todo lo demás son medios al servicio de todo hombre) y entre los miembros de la humanidad (pueblo de Dios, fraternidad solidaria). El don de la paz fue progresivo a lo largo de la Historia de la Salvación, y llega a su consumación con la llegada del Reino de Dios y la Nueva Alianza. Ahora Dios nos llama a todos a esta paz (1 Co 7,15) por medio de Cristo, que por eso es nuestra paz (Ef 2,11s; 2 Ts 3,16; Rm 5,1), y es uno de los frutos del Espíritu Santo (Ga 5,22). Ahora bien, el don de la paz es dinámico; por ello, quien lo ha recibido debe colaborar defendiéndolo y haciéndolo crecer: por una parte, la paz-armonía no es total en sus diversas facetas, lo que exige crecer como persona, como sociedad, como cristiano, como Iglesia; por otra, estos diversos aspectos están amenazados por nuestros pecados y por los de los demás, los personales y los estructurales. Trabajar por la paz, pues, es esforzarse por conseguir un mundo más filial y más fraternal, más respetuoso con toda la creación, de acuerdo con el plan de Dios. Los que así obran serán llamados hijos de Dios, pues serán semejantes a él, que es un Dios de paz. Para los semitas «llamar» equivale a «ser». Así pues, el que trabaja por la filiación y la fraternidad recibirá el don de vivirlas en plenitud.

Las dos últimas bienaventuranzas presentan la consecuencia de todo lo anterior: la persecución. Del mismo modo que Jesús se consagró a una obra de misericordia y paz, fue perseguido y llevado a la muerte por los enemigos de la paz, idéntica suerte correrán sus discípulos. En el contexto de Mateo se piensa especialmente en los misioneros, sucesores de los profetas (ver 10,41; 13,17; 23,34), que deben proclamar la palabra de Jesús (5,11s; 10,23; 23,34), y en los discípulos, perseguidos como tales (13,21). De estas dos bienaventuranzas la primera, octava de la serie, tiene la misma estructura bimembre que las anteriores; se refiere además a la causa de la persecución con el término «justicia», típico de Mateo para designar la voluntad de Dios. Por ello debió formar parte de esta colección desde el primer

momento. Al igual que en la bienaventuranza de los pobres de espíritu, en la octava Mateo subraya la importancia de la persecución por la justicia, aludiendo a la meta final con el presente de indicativo en lugar del futuro: de ellos es el Reino de los Cielos. Más tarde se añadió la novena, que insiste en la misma temática con un lenguaje en segunda persona y más descriptivo, cercano al que emplea Lucas en el lugar paralelo (Lc 6,23). Mateo se dirige así directamente a su comunidad, perseguida, y la invita a asumir con gozo el hecho de la persecución. Además, el lenguaje en segunda persona sirve de transición a la exhortación siguiente.

Sal de la tierra y luz del mundo (5,13-16)
(Mc 9,50; Lc 14,34-35)

13«Vosotros sois la sal de la tierra. Mas si la sal se desvirtúa, ¿con qué se la salará? Ya no sirve para nada más que para ser tirada afuera y pisoteada por los hombres.

14«Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad situada en la cima de un monte.
15Ni tampoco se enciende una lámpara y la ponen debajo del celemín, sino sobre el candelero, para que alumbre a todos los que están en la casa.
16Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos».

Mateo completa la presentación positiva del *Evangelio del Reino de los Cielos* con una exhortación a vivir el don recibido como testigos, es decir, subrayando el carácter misionero del don. La enseñanza le sirve además de transición a la parte polémica que sigue: continúa en segunda persona, y en 5,16 introduce positivamente el tema de las obras, como glorificación de Dios (precisado en 6,1 para evitar malentendidos). En primer lugar se compara a los discípulos con la sal. La comparación se funda en las propiedades de la sal (dar sabor, preservar de la corrupción): los discípulos han recibido el don de Dios, que da sentido a la existencia y preserva de la muerte y la corrupción moral. Ahora bien, los que han recibido este don han de manifestarlo sazonando el mundo. La segunda comparación se centra en la luz, realidad que en el mundo bíblico, además de aludir a la iluminación, necesaria para ver y caminar, evoca también las condi-

ciones para la vida y la vida misma. De ella se dice que tiene como finalidad iluminar, por lo que sería un absurdo esconderla, impidiendo que ilumine. Por ello el que ha recibido el don del Evangelio del Reino debe dar vida e iluminar, ofreciendo el don a los demás, como hace Jesús, cuya predicación ha sido presentada como iluminación (4,16). El «celemín» de que se habla es el usado en el mundo antiguo: un pequeño mueble de tres o cuatro patas, que cubre la luz pero no la apaga, como haría el moderno.

La forma concreta de ser sal y luz es vivir el don, las buenas obras. Mateo lo subraya en 5,16, haciendo ver que el don recibido tiene una vertiente misionera, motivada por la gloria del Padre. Los hombres han de alabar al Padre al constatar, por la vida de los discípulos, la presencia del don salvador de Dios, la filiación y la fraternidad. En 5,14b es introducida brevemente otra comparación, para reforzar que la luz es para alumbrar: no se puede ocultar una ciudad situada en la cima de un monte.

SECCIÓN POLÉMICA

En esta sección se explicitan las ideas expuestas, pero desde un punto de vista polémico, para evitar las deformaciones que amenazan toda práctica religiosa: el legalismo, el fariseísmo y el paganismo (ver 5,20, donde se invita a superar la *justicia* de escribas y fariseos). Comienza la sección con la afirmación de que Jesús cumple la Ley y los Profetas (5,17) y termina enseñando cómo tienen que hacerlo sus discípulos (7,12).

(I) EVANGELIO Y LEY

En primer lugar se plantea la postura del cristiano ante la Torá o Ley, el AT. Se trata de un problema que preocupa a la comunidad destinataria de Mateo y ante el que se pueden adoptar diversas posturas, entre ellas dos extremas: una legalista y otra anarquista de rechazo de toda norma. La Ley o AT se compone de dos aspectos fundamentales: contiene las promesas que Dios ha hecho a su pueblo y ofrece unas normas que son expresión de la voluntad de Dios (desde este punto de vista, esta enseñanza es aplicable a todo tipo de ley auténtica). Mateo enseña que hay que tomar en serio la Ley (moral, e incluso

ritual, como se verá más adelante), en cuanto que es expresión de las promesas y de la voluntad de Dios. Para ello, la persona no debe quedarse en la letra, sino que tiene que descubrir en ella su espíritu y su finalidad, con ánimo de acatarla, interpretándola a la luz de la vida nueva recibida en Cristo, es decir, como se dice al final, siendo perfectos como lo es el Padre (5,48). Ésta fue la postura de Jesús (5,17). Mateo la presenta de forma polémica contra la *justicia de los escribas*, o sea, contra la forma que tenían los escribas del judaísmo rabínico de interpretar la Ley para encontrar la voluntad de Dios. El conjunto consta de un principio (5,17-20) y cinco aplicaciones (5,21-48).

Principio
Cumplimiento de la Ley (5,17-20)

[17]«No penséis que he venido a abolir la Ley y los Profetas. No he venido a abolir, sino a dar cumplimiento. [18]Os lo aseguro: mientras duren el cielo y la tierra, no dejará de estar vigente ni una i ni una tilde de la ley sin que todo se cumpla. [19]Por tanto, el que traspase uno de estos mandamientos más pequeños y así lo enseñe a los hombres, será el más pequeño en el Reino de los Cielos; en cambio, el que los observe y los enseñe, ése será grande en el Reino de los Cielos.

[20]Porque os digo que, si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el Reino de los Cielos».

La perícopa parte de una declaración cristológica (5,17s) para fundamentar una praxis eclesial, positiva (5,19) y negativamente (5,20). En la declaración cristológica se afirma que Jesús ha venido a *cumplir* o llenar de contenido toda la letra del AT, resumido en la expresión "Ley y Profetas". Esto lo ha hecho realidad hasta en la letra más pequeña (iota en griego o un punto o un pequeño adorno de la letra en hebreo), en cuanto que es expresión de las promesas y la voluntad de Dios. Mateo se refiere a la Ley escrita, quedando descartada la oral, es decir, las llamadas «tradiciones de los padres» (ver 15,1-6). Incluye el AT como promesa (ver constantes citas para presentar a Jesús como cumplimiento) y como ley moral, que Jesús defiende (ver 9,13; 12,7; 15,4; 19,18-19; 22,37-39), pero ante la que actúa con libertad: no observa el sábado a la manera de los escribas fariseos (12,1-13), y en las antítesis que siguen prohíbe el divorcio (5,32), el jura-

mento (5,34-36) y la ley del talión (5,39). No se trata de arbitrariedades, sino de defender que el verdadero contenido de la Ley, el que expresa la voluntad de Dios, siempre está al servicio del hombre (ver postura de Jesús ante el sábado). Lo que Jesús realmente hace es una relectura del AT a la luz de la nueva situación filial-fraternal del hombre, propia de los tiempos escatológicos, excluyendo lo que es contrario a ella, como el divorcio, el juramento, el talión. En este contexto «cumplir» es llenar de contenido la Ley-promesa (sentido mesiánico-escatológico) y la Ley-moral (sentido ético). No está tan clara la postura que adopta Mateo ante la ley ritual del AT. Su silencio se debe posiblemente a la naturaleza de sus destinatarios, parte de los cuales es la comunidad judeocristiana. Ésta vive la ley moral, tal como la interpreta Jesús, y la ritual a la luz de ella (ver el ejemplo concreto que se ofrece en 5,23-26). Jesús *cumple* porque lleva la Ley a su perfección en línea escatológica: todos los preceptos que son susceptibles de esta consumación siguen en pie; los que no, caen. Esto también vale para la ley ritual. Los judeocristianos, educados en ella, la deben vivir en este contexto, pero no es obligatoria para los gentiles cristianos.

Desde el lado positivo, ésta ha de ser la conducta de los discípulos (5,19: contra tendencias anarquizantes) y así lo han de enseñar. El comportamiento ante la Ley, entendido de esta manera, manifestará la seriedad del compromiso con la voluntad de Dios y, en consecuencia, la grandeza o pequeñez del hombre ante el Reino de los Cielos.

Desde el lado negativo (5,20), hay que superar la *justicia* de escribas y fariseos, es decir, el legalismo de los escribas, aspecto que se explica a continuación, y la forma de obrar de los fariseos, que se desarrollará en 6,1-18. El problema básico, pues, está en cómo hacer la *justicia*, cómo corresponder al don de Dios.

Aplicaciones

Siguen seis ilustraciones del principio anterior. Presentan forma de antítesis, con tres miembros: (1) lo que dice la ley; (2) *Pero yo os digo*; (3) materiales afines. En las antítesis se contrapone la interpretación de la Ley que proponen los escribas en la sinagoga (lo que en ella «se dice» y «se oye») a la interpretación que hace Jesús. Los escribas fariseos leen la Ley desde el presupuesto de su valor absoluto y de forma legalista; Jesús, por su parte, lo hace desde una postura de

cumplimiento, que es lo mismo que afirmar el valor relativo de la Ley, ya que no es más que un anuncio del Reino de Dios. Como consecuencia, unos preceptos siguen en pie, pero radicalizados, y otros caen, porque no son susceptibles de expresar el don escatológico que implica la llegada del Reino de Dios.

Quinto mandamiento (5,21-26)

[21]«Habéis oído que se dijo a los antepasados: *No matarás;* y aquel que mate será reo ante el tribunal. [22]Pues yo os digo: Todo aquel que se encolerice contra su hermano, será reo ante el tribunal; pero el que llame a su hermano "imbécil", será reo ante el Sanedrín; y el que le llame "renegado", será reo de la gehenna de fuego. [23]Si, pues, al presentar tu ofrenda en el altar te acuerdas entonces de que tu hermano tiene algo contra ti, [24]deja tu ofrenda allí, delante del altar, y vete primero a reconciliarte con tu hermano; luego vuelves y presentas tu ofrenda. [25]Ponte enseguida a buenas con tu adversario mientras vas con él por el camino, no sea que tu adversario te entregue al juez y el juez al guardia, y te metan en la cárcel. [26]Yo te aseguro: no saldrás de allí hasta que no hayas pagado el último céntimo.

La primera aplicación comienza con la cita de Ex 20,13; Dt 5,17, seguida de «aquel que mate será reo ante el tribunal», expresión que no se encuentra ni en Éxodo ni en Deuteronomio, pero sí en el Targum Palestinense, y que refleja por tanto la interpretación de los escribas. Sigue la interpretación de Jesús (5,22), para quien el precepto de Dios nos manda respetar radicalmente la vida del prójimo, lo que se debe traducir en evitar las actitudes iracundas e incluso palabras mortíferas, que nos harán reos de la gehenna o infierno, como si hubiéramos matado. Se citan dos palabras: «imbécil» (*raká* significa 'retrasado mental' o 'estúpido', y es vocalización siriaca del arameo *reqá;* otro indicio de Siria como lugar de origen de Mt) y «renegado». El sanedrín que se menciona es el Gran Sanedrín, que tenía su sede en Jerusalén, por oposición a los simples tribunales distribuidos por el país.

Continúa el texto con dos ejemplos en los que Mateo invita a mirar con esta óptica todo el AT, incluso las leyes rituales (primer ejemplo) y la sabiduría humana (segundo). El primer ejemplo (5,23-24) interpreta la letra del precepto de Lv 15-17 a la luz de la filiación-fraterni-

dad. Según el Levítico, si uno advierte que está impuro, cuando va a ofrecer un sacrificio, debe interrumpir la acción y volverse para purificarse con abluciones. A la luz del don recibido, la caridad es la nueva condición que purifica y capacita para ofrecer un sacrificio. El ejemplo está unido al texto anterior con «pues», es decir, como consecuencia de lo anterior: hay que estar dispuesto a reconciliarse siempre con el hermano; sin esto no tiene sentido el sacrificio cristiano (ver 9,13; 12,7; Os 6,6). El segundo ejemplo (5,25-26; paralelo en Lc 12,58-59) consiste en una parábola que aconseja reconciliarse con el adversario antes de llegar al juez. Es una máxima de sabiduría humana, que invita a arreglar las cosas por las buenas, a tener espíritu conciliador. Algo parecido a las máximas populares «pleitos tengas y los ganes», «el mejor pleito es el que no se celebra».

Sexto mandamiento (5,27-32)

[27]«Habéis oído que se dijo: ***No cometerás adulterio.*** **[28]Pues yo os digo: Todo el que mira a una mujer deseándola, ya cometió adulterio con ella en su corazón. [29]Si, pues, tu ojo derecho te es ocasión de pecado, sácatelo y arrójalo de ti; más te conviene que se pierda uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo sea arrojado a la gehenna. [30]Y si tu mano derecha te es ocasión de pecado, córtatela y arrójala de ti; más te conviene que se pierda uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo vaya a la gehenna.**

[31]«También se dijo: ***El que repudie a su mujer, que le dé acta de divorcio.*** **[32]Pues yo os digo: Todo el que repudia a su mujer, excepto en caso de fornicación, la hace ser adúltera; y el que se case con una repudiada, comete adulterio*».**

V. 32 El manuscrito D (Occidental) omite la segunda parte: «y el que se case con una repudiada, comete adulterio».

Las antítesis segunda y tercera tocan dos aspectos del sexto mandamiento, reinterpretado a la luz del don de la nueva fraternidad que trae consigo el Reino: el adulterio y el divorcio. Sobre el adulterio se recuerda lo que se dijo (Ex 20,14; Dt 5,18), prohibiéndolo. La expresión era interpretada como referencia a un acto externo. Jesús afirma que incluso el simple deseo serio sin acto externo ya es adulterio

(5,28), pues esa persona ya ha realizado el acto en su corazón. El material afín se refiere a la exigencia que ha de tener consigo mismo el discípulo para evitar todo escándalo o caída (5,29s).

Respecto al divorcio (5,31-32), se cita el mandato de Dt 24,1, que permite dicha práctica, pero exigiendo al marido que dé acta de repudio a la mujer. Jesús se opone al divorcio y con ello a toda la visión sobre la mujer que subyace a este mandato. Según Ex 20,17 y Dt 5,21, la mujer es una propiedad del marido, que no puede ser codiciada ni robada por otro, pero de la que se puede desprender libremente. Para Jesús la mujer no es una propiedad del hombre, sino una hermana que comparte la misma dignidad. Por ello afirma dos cosas: (1) que el que se divorcia hace adulterar a la mujer (que se supone que se unirá a otro hombre), siendo responsable de este adulterio, y que (2) el que se case con una divorciada adultera. Para Jesús, a la luz del don de la filiación-fraternidad, el divorcio no rompe ante Dios el vínculo contraído y, por ello, el matrimonio con una divorciada es un adulterio. Esta antítesis y la anterior exhortan a vivir la filiación-fraternidad en el campo de las relaciones sexuales, evitando manipular y servirse de las personas en función del propio egoísmo o capricho. El matrimonio es una forma concreta de vivir la fraternidad que trae el Reino de Dios. El texto en concreto defiende fundamentalmente los derechos de la mujer y así, por ejemplo, no plantea el caso del nuevo matrimonio del varón que repudia. Esta doctrina también aparece en Mt 19,8, en paralelo con Mc 10,1-12, donde se explica que el mandato de Dt 24,1 no responde al plan original de Dios, sino que es una concesión dada por Moisés a causa de la dureza del corazón.

Como material complementario se añade la llamada *cláusula de excepción* (5,32b), que procede de material propio de Mateo: «excepto en caso de impureza sexual» (*porneías*). *Porneía* es un término genérico, que significa *impureza sexual* en general. No está claro de qué tipo de impureza se trata, por lo que son diversos los puntos de vista de los intérpretes, especialmente porque se trata de un texto que fundamenta o cuestiona las praxis diversas de las iglesias cristianas sobre el divorcio. Toda interpretación correcta ha de tener en cuenta que se trata de una cláusula de excepción («excepto en caso de»), en un contexto antitético, y que por ello hay que excluir cualquier interpretación que generalice lo que es una excepción. Mateo defendería la opinión del rabino Shammai, radicalizada en contexto cristiano. En el comentario rabínico Sifre Deuteronomio, capítulo 22, se lee el

siguiente comentario a Dt 24,1: «Los discípulos de Shammai dicen: no se puede despedir a la mujer más que si se ha encontrado en ella una cosa "impura" (*zanut*)... Los discípulos de Hillel: incluso si se ha quemado el cocido... Rabí Aqiba: incluso si el marido encuentra otra más bella...». De entre todas las explicaciones propuestas destacan dos, que parten de que *porneía* es una impureza dentro del matrimonio y que, por tanto, o es incesto o es adulterio: en el primer caso, incesto, sería igual al *zanut* hebreo o impedimento dirimente (ver Lv 18), que anula un matrimonio porque entre los contrayentes hay una situación de incesto. Apoyan este punto de vista el uso de *porneía* en el "decreto de Jerusalén" (Hch 15,28), donde con bastante probabilidad significa matrimonio incestuoso; el que los matrimonios entre consanguíneos no eran raros en los ambientes no judíos de las comunidad primitivas; el que Mateo distingue entre *porneía* y *moijeía* ('adulterio', ver 15,19); el que Mateo usa en sentido propio el verbo 'adulterar', *moijeuo* (5,27.28.32; 19.9.18); el que en 1 Co 5,1 *porneía* significa 'incesto'. Algún autor opina que la cláusula se explica en el contexto de los prosélitos judíos convertidos al cristianismo: puesto que el rabinismo admitía el divorcio de los gentiles que se hacían prosélitos, algunos conversos cristianos pedirían este derecho. Mateo reacciona no admitiendo más caso que el del matrimonio inválido por incesto. Otro punto de vista sostiene que *porneía* significa aquí 'adulterio', fundado en que es un sentido bien atestiguado, por ejemplo en Si 23,23; Os 2,4; en que la traducción incesto es totalmente desconocida en la tradición patrística; en que se usa el genérico *porneía* porque se refiere a la frase genérica hebrea *'erwat dabar* ('indecencia' en Dt 24,1), cuyo sentido más probable es 'adulterio'. En este caso la Iglesia de Mateo aceptaría una separación, del tipo de la contemplada en 1 Co 7,11, pero no propiamente el divorcio ni unas nuevas nupcias. Finalmente hay quien cree que Mateo se refiere a un caso específico particular de su Iglesia, desconocido para nosotros.

Sobre el juramento (5,33-37)

33«Habéis oído también que se dijo a los antepasados: *No perjurarás, sino que cumplirás al Señor tus juramentos*. 34Pues yo os digo que
no juréis en modo alguno: ni por el *Cielo*, porque es *el trono de Dios,*
35ni por *la Tierra,* porque es *el escabel de sus pies;* ni por *Jerusalén*,

porque es *la ciudad del gran rey.* [36]Ni tampoco jures por tu cabeza, porque ni a uno solo de tus cabellos puedes hacerlo blanco o negro. [37]Sea vuestro lenguaje: "Sí, sí", "no, no": que lo que pasa de aquí viene del Maligno.

En el primer miembro de la antítesis, no se cita ningún texto concreto del AT, sino una afirmación inspirada en Ex 20,7; Nm 30,3; Dt 23,22; Lv 19,12; Sal 50,14. Jesús prohíbe el juramento. ¿Prohibición absoluta, en todo caso, o relativa, de determinados tipos de juramentos? Parece ser que se trata del segundo caso, de los juramentos que se exigen porque no se confía en las personas, como sugiere la razón final: entre hermanos tiene que bastar el sí y el no; añadir más proviene del Maligno. Por otra parte, Mt 23,20-22 supone la legitimidad y validez de los juramentos. El AT no manda jurar en ningún caso, pero acepta la praxis. En Si 23,9 y en el targum se la critica, porque induce a profanar o usar en vano el nombre de Dios. Por ello hay tendencias a suplantar el nombre de Dios con circunloquios u otras realidades, como cielo, tierra, la propia cabeza... Para Jesús, en todos estos casos, sigue el mismo problema de falta de sinceridad. Por ello dice que estas diversas fórmulas, en última instancia, apelan a Dios, con lo que no se resuelve el problema de uso vano del nombre divino; y por otra parte, y es lo más importante, continúa el problema de la falta de sinceridad entre hermanos. La prohibición del juramento no está en el centro de la sentencia, sino en la necesidad de la veracidad entre hermanos. Según S. Agustín, el juramento no es para los perfectos, sino para los débiles. Como material afín se añaden algunas frases que equivalen a juramentos (5,34a) y una razón: el juramento de que se trata es signo de desconfianza entre los hombres, es antifraternal, y esto proviene del Maligno.

La ley del talión y el amor a los enemigos (5,38-48)

[38]«Habéis oído que se dijo: *Ojo por ojo y diente por diente.* [39]Pues yo os digo: no resistáis al mal; antes bien, al que te abofetee en la mejilla derecha ofrécele también la otra; [40]al que quiera pleitear contigo para quitarte la túnica déjale también el manto; [41]y al que te obligue a andar una milla vete con él dos. [42]A quien te pida da, y al que desee que le prestes algo no le vuelvas la espalda.

**[43]Habéis oído que se dijo: *Amarás a tu prójimo* y odiarás a tu ene-
migo. [44]Pues yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rogad por los
que os persigan, [45]para que seáis hijos de vuestro Padre celestial,
que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e
injustos. [46]Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa vais
a tener? ¿No hacen eso mismo también los publicanos? [47]Y si no
saludáis más que a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de particular?
¿No hacen eso mismo también los gentiles? [48]Vosotros, pues, sed
perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial».**

Esta antítesis y la siguiente están relacionadas con la actitud ante la violencia y los enemigos. La quinta (5,38-42) trata de la ley del talión y la mansedumbre. Se recuerda la ley del talión (Ex 21,14; Dt 19,21; Lv 24,20), cuya finalidad en contexto primitivo era asegurar la equidad en la venganza. Puesto que una injuria manchaba al ofendido y a toda su familia, era legítimo borrar esa mancha por medio de la venganza, pero sin sobrepasarse (tanto cuanto), limitando la venganza al daño producido (véase Gn 4,23-24). Jesús ordena no hacer frente al malvado, explicitando su pensamiento con una serie de metáforas (5,39b-42): ofrecer la otra mejilla, dar incluso el manto, andar dos millas, dar al que pide, prestar. Se trata de una interpretación que anula la letra y que se inspira en la realidad de los tiempos escatológicos ya presentes, en los que se ofrece al hombre un corazón fraternal: en la violencia no se deja de ser hermano, y por ello hay que reaccionar fraternalmente con una actitud de perdón, mansedumbre y servicio, lo que no impide oponerse a los ataques injustos (ver Mt 12,19-21, 18,22; Jn 18,22-23).

La sexta y última ilustración antitética (5,43-48) trata del amor a los enemigos. Se recuerda el precepto de amar al prójimo (Lv 19,18) y de «odiar al enemigo». Esto último no está mandado en el AT, que a veces alaba al que tiene una actitud positiva ante su enemigo e incluso ordena ayudarle (Ex 23,4-5; Pr 25,21-22). Posiblemente se trata de un semitismo con el sentido de «no estás obligado a amar al enemigo» (ver Lc 14,26 a la luz de Mt 10,37). Otros lo explican recurriendo a tradiciones fariseas (ver Salmos de Salomón) o esenias (1QS I,1ss: los hijos de la luz deben odiar a los hijos de las tinieblas) o con referencia al Sal 138,19-22, que manda odiar a los enemigos

de Dios, actitud que conduce a un odio religioso general contra todos los que no pertenecen a la propia secta. Para Jesús, Dios Padre no considera a nadie como enemigo, y así deben proceder sus hijos. Por ello es obligatorio amar a los enemigos. El material complementario desarrolla y fundamenta la idea (5,44b-47): orad por los que os persiguen para que seáis hijos de vuestro Padre, que se comporta como padre de todos, buenos y malos. Amar a los que nos aman es algo que hacen todos los hombres, incluso los gentiles y los publicanos o recaudadores de impuestos al servicio de Roma, que tenían fama de ladrones. Lo característico del que es hijo del Padre es amar como ama el Padre, incluso a los enemigos. Por ello el amor a los enemigos es signo de filiación. La última sentencia (5,48) sirve de conclusión a esta antítesis y a todo el desarrollo sobre la Ley: «sed perfectos como el Padre». No se trata del concepto griego de perfección, que consiste en igualar al modelo, sino en la concepción hebrea, según la cual una cosa es perfecta cuando es lo que debe ser, cuando funciona como debe funcionar, de acuerdo con su naturaleza: si Dios es padre y siempre actúa como tal, vosotros sois hermanos y siempre debéis actuar como tales, viviendo de acuerdo con el don y las posibilidades recibidas. A la luz de este principio hay que interpretar todas las leyes.

(II) EVANGELIO Y OBRAS

En segundo lugar, polemizando con la praxis farisea, Jesús afirma la necesidad de las obras. Creer es comprometerse con obras concretas, pero no de cualquier manera, especialmente no al modo fariseo, de cara a uno mismo, buscando la propia satisfacción y tranquilidad de conciencia o de cara a la aprobación de los demás, sino de cara al Padre. El conjunto consta de un principio y de su aplicación a las tres obras clásicas de la piedad judía: limosna, oración y ayuno, siguiendo el mismo esquema común: «Cuando... no ... como los hipócritas (descripción) para ser vistos por los hombres... En verdad os digo que (ya) reciben su recompensa. Pero tú, cuando... (tu Padre) en lo secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará». Mateo ha añadido una serie de ideas afines que rompen este esquema al aplicarlo a la oración (6,7-8: oración pagana; 6,9-13: el Padrenuestro; 6,14-15: una sentencia sobre el perdón).

Principio y primera aplicación: la limosna (6,1-4)

**6 1«Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hom-
bres para ser vistos por ellos; de lo contrario no tendréis
recompensa de vuestro Padre que está en los cielos. 2Por tanto,
cuando hagas limosna, no lo vayas trompeteando por delante
como hacen los hipócritas en las sinagogas y por las calles, con
el fin de ser honrados por los hombres; en verdad os digo que ya
reciben su paga. 3Tú, en cambio, cuando hagas limosna, que no
sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha; 4así tu limosna
quedará en secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recom-
pensará».**

El principio (6,1) determina las tres características de la acción cristiana: (a) es necesario obrar, (b) pero un obrar que tenga carácter de *justicia*, es decir, correspondencia a la acción de Dios, haciendo su voluntad; (c) finalmente no de cara a los demás, buscando la alabanza humana (ni de cara a sí mismo, buscando la propia satisfacción o el quedar tranquilo), sino de cara a Dios, «que ve en lo secreto» y lo recompensará. La alusión a la recompensa divina no hay que entenderla en sentido fariseo, excluido por el contexto, y que equivale a comprar el don de Dios, conseguido por el propio esfuerzo, sino en sentido cristiano, reconociendo que todo se nos da por misericordia. El que actúa así coopera con el don de Dios y se dispone a seguir recibiendo sus dones gratuitamente. El principio se aplica a las tres "obras de justicia" clásicas del judaísmo, llamadas así porque se consideraban correctas respuestas a la acción de Dios, aunque en toda religión que exige obras corren el peligro del fariseísmo.

La aplicación a la limosna (6,2-4) reprueba la praxis de los hipócritas, que buscan con ella la propia satisfacción y la propia fama, por ejemplo haciendo públicas las limosnas para despertar la emulación. Para Jesús hay que dar limosna como «obra de justicia», es decir, cooperando con el don fraternal recibido, lo que tiene que llevar a compartir en contexto de misericordia (ver la bienaventuranza de los misericordiosos [5,7] y 9,13; 12,7; Os 6,6), y «en lo secreto», de cara al Padre y no de cara a los hombres, o buscando la propia satisfacción o tranquilidad.

La verdadera oración. El Padre nuestro (6,5-15)
(Lc 11,2-4; véase Mc 11,25)

**5«Y cuando oréis, no seáis como los hipócritas, que gustan de
orar en las sinagogas y en las esquinas de las plazas bien plantados
para ser vistos de los hombres; en verdad os digo que ya reciben su
paga. 6Tú, en cambio, cuando vayas a orar, *entra en tu aposento y,
después de cerrar la puerta, ora* a tu Padre, que está allí, en lo secre-
to; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará. 7Y, al orar, no
charléis mucho, como los gentiles, que se figuran que por su pala-
brería van a ser escuchados. 8No seáis como ellos, porque vuestro
Padre sabe lo que necesitáis antes de pedírselo.**

9Vosotros, pues, orad así:
Padre nuestro que estás en los cielos,
santificado sea tu Nombre;
10venga tu Reino*;
hágase tu Voluntad
así en la tierra como en el cielo.
11Nuestro pan cotidiano* dánosle hoy;
12y perdónanos nuestras deudas,
así como nosotros hemos perdonado a nuestros deudores;
13y no nos dejes* caer en tentación,
mas líbranos del mal*.

**14Que si vosotros perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdo-
nará también a vosotros vuestro Padre celestial; 15pero si no perdo-
náis a los hombres, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras
ofensas».**

V. 10 Las palabras «*a nosotros*» proceden del manuscrito D (codex Bezae o Cantabrigiensis u Occidental, del s.V), inspirado probablemente en Mt 12,28, pero la mejor tradición textual está en contra de esta adición.

V. 11 La palabra griega *epiousion* evoca la idea de necesario, fundamental y es de difícil traducción. De aquí las diversas traducciones en las antiguas lenguas litúrgicas y en las modernas: «necesario», «cotidiano», «del mañana».

V. 13 Lit. «no nos introduzcas». Igualmente puede traducirse «maligno» en lugar de «mal».

Mateo añade materiales afines a esta segunda aplicación y la convierte en un catecismo sobre la oración cristiana con estos contenidos: no orar como los fariseos, ni como los paganos; el Padre-

nuestro o grandes líneas de la oración; y finalmente la necesidad del perdón en contexto de oración.

La oración no ha de ser farisea, buscando la aprobación y la alabanza de los hombres. Implícitamente hay que excluir igualmente otras deformaciones propias del fariseísmo, como buscar la propia satisfacción o tranquilidad, la oración rutinaria y legalista, que no expresa una voluntad filial, la que cree que con ella puede “comprar” la acción de Dios y pretende exigir a Dios la paga correspondiente.

Se excluye igualmente la praxis pagana (6,7-8). Como rasgo pagano se cita la creencia de que hay que dar a conocer a Dios la propia necesidad con muchas palabras (ver 1 R 18,26ss), pero igualmente se podría citar la que se realiza con una mentalidad mágica, empleando fórmulas u observando días, como si tuvieran un poder especial para obligar a Dios a escucharnos; la que pretende “cansar” a Dios (falsa interpretación de las parábolas de la perseverancia en la oración...).

Positivamente, para Jesús, hay que orar y hay que hacerlo como obra de justicia ante el Padre, en lo secreto, es decir, correspondiendo al don de Dios, que en este caso es la filiación. Dios es nuestro Padre y quiere que tengamos relaciones personales filiales con él, y de cara a él, libremente y por amor, sin buscarnos a nosotros ni la aprobación de los demás. Ahora bien, esto lo sabemos por la fe, por lo que la fe es el fundamento de la oración cristiana.

Como ejemplo concreto de oración del discípulo, ahora se ofrece el Padrenuestro (6,9-13). El contexto en que lo ofrece Lc 11,1-4 es más histórico que el presente de Mateo, que lo ha colocado aquí para completar las enseñanzas sobre la oración. Según Lucas, los discípulos piden a Jesús que les enseñe a orar, como Juan enseñó a sus discípulos. No que les enseñe a orar sin más, pues ya saben hacerlo, dado que son judíos y lo han aprendido en sus casas y en la sinagoga. Lo que piden es una fórmula que sea expresión de su mensaje. Esto ofrece una pista importante para entender el sentido de esta fórmula, que es una síntesis de la predicación de Jesús; es el *Evangelio del Reino de los Cielos* en forma de oración, un *resumen de toda la vida cristiana* (Tertuliano), ya que aquí ofrece Jesús en forma de oración los temas más importantes de su mensaje: vivir la paternidad de Dios, gratuitamente, haciendo del Reino el primer valor; vivir austeramente, confiando en la Providencia; reconocerse pecador y pedir perdón; reconocerse débil y pedir superar la tentación.

Estructuralmente consta de una invocación y dos partes: la primera es teocéntrica (ver uso de la segunda persona: *tu* Nombre, *tu* Reino, *tu* voluntad) y abarca los tres primeros deseos. La segunda es antropocéntrica y eclesial, abarcando el resto (ver uso del pronombre de primera persona plural: pan *nuestro* dá*nos*le, pérdona*nos nuestras* deudas como *nosotros*...a *nuestros* deudores, no *nos* dejes... líbra*nos*).

La introducción «Orad así» (6,9) no significa que esta fórmula es la única que se debe emplear, sino que la oración cristiana ha de seguir estas líneas y este espíritu.

La oración cristiana ha de comenzar con una invocación, es decir, estableciendo una relación personal entre Dios y el orante. Aquí en concreto se establece la relación personal con «Padre [*'abbá*] nuestro que estás en los cielos» (6,9b). *'abbá* es la palabra aramea que utilizaban los niños judíos para dirigirse a su padre, y significa «papaíto» o «padre mío». Jesús enseña que hay que empezar situándose filialmente ante Dios, con todo lo que implica de intimidad, confianza, alegría, dependencia. Todo esto supone que se ha recibido el don de una filiación especial, participación de la de Jesús, lo que capacita para dirigirse al Padre Dios de este modo, que es el que empleó Jesús cuando se dirigía al Padre-*'abbá* (Mt 11,26; Lc 10,21; 23,34; Jn 11,41; 12,27s; 17,1.5.11). La denominación Dios-Padre es conocida por el mundo pagano con el sentido de Dios-Creador, y también por el AT con el sentido de Dios-Creador del mundo y del pueblo elegido (aunque se emplea la palabra hebrea *'ab,* no la aramea *'abbá*, y en los pocos textos arameos en que se emplea *'abbá*, lo hace con el sentido de Dios Creador del pueblo). La novedad radica en que por Jesús hemos sido hechos hijos adoptivos de Dios con una relación especial con él. Eco de este novedad es el uso de la palabra aramea *'abbá*, utilizada por los cristianos de lengua griega (Mc 14,36; Ga 4,6; Rm 8,15).

El adjetivo «nuestro» tiene una doble finalidad. Primero enseña que el discípulo ha de orar en actitud fraterna, unido a todos los hermanos; por otra parte, distingue la filiación de los discípulos de la de Jesús, que es natural y única, y por eso no se incluye en el grupo "nuestro" (ver Jn 20,17). Finalmente la fórmula «que estás en los cielos» alude a la transcendencia de Dios, ante quien somos siervos a la vez que hijos. Invita, pues, a tomarse en serio la intimidad con un amor serio y comprometido.

«Santificado sea tu Nombre» (6,9c) equivale a una alabanza a Dios e invita a comenzar la oración en actitud de alabanza. En esta frase «nombre» equivale a persona y, por ello, es igual a «santificado seas tú»; por otro lado, la forma pasiva «santificado» tiene como sujeto agente a Dios y equivale a decir: santificado seas tú *por ti mismo* (ver Jn 12,28, donde aparece la misma formulación en activa: «Padre, santifica tu nombre»). Por su parte, «santificar» significa literalmente «hacer santo», lo que no puede interpretarse en el sentido de que Dios crezca en santidad, sino en el de que se manifieste como santo. Éste es el sentido en el AT, según el cual se santificará cuando realice la obra salvífica final (ver Ez 20,41; 28,22-26; 36,20s; 38,16-23; 39,12-29; etc). En este primer deseo el discípulo manifiesta su anhelo de que Dios se manifieste como el Santo, el Salvador, lo que por su parte implica reconocerse indigente, aceptar la salvación y *agradecerla*. De estos elementos se subraya aquí el último, con lo que Jesús enseña que la oración del discípulo ha de desarrollarse en un contexto de alabanza, gratuidad y acción de gracias. No se trata de que no se blasfeme el nombre de Dios, por supuesto que no, sino de una actitud de alabanza desinteresada, que, junto con una actitud filial y fraternal, ha de presidir toda la oración.

«Venga tu Reino» (6,10a). «Venga» ocupa intencionadamente el primer lugar como idea dominante. Es una forma verbal complexiva, es decir, no se trata de que crezca o avance el Reino de Dios, sino de que se consume, que venga su plenitud. Naturalmente, el que lo desea todo desea implícitamente el crecimiento y se ve implicado en un compromiso por el Reino, que debe ser la gran inquietud del discípulo, como afirma Mt 6,33. Este deseo complementa el anterior: Dios se santifica glorificando a los hombres.

«Hágase tu voluntad como en el cielo así también en la tierra» (6,10b).«Hágase», colocado al principio, realza también la idea. Es igualmente una forma verbal complexiva, que se refiere a la consumación de la obra escatológica de Dios. Voluntad de Dios es aquí equivalente a Reino de Dios e implica, por una parte, que Dios tiene un plan completo, coherente y homogéneo y, por otra, poder para realizarlo plenamente. Este plan implica la colaboración libre del hombre, aunque la acción decisiva es de Dios, el único que puede destruir todos los obstáculos, el pecado, la muerte, y crear cielos nuevos y tierra nueva. Este plan es ya una realidad «en el cielo», estado en que ya

se realiza en los hombres plenamente el plan salvador de Dios. Se pide que este estado llegue también a «la tierra» o situación actual del hombre frágil y mortal, en que todavía no puede gozar de la plenitud del poder salvador de Dios. Que la tierra sea cielo, es decir, que venga la plenitud del Reino. Por esto, no se trata de una promesa de hacer la voluntad de Dios o de desear que todos los hombres la hagan; esto se supone y es necesario para ser discípulo (7,21) y poder expresar este deseo.

Después de formular estos tres deseos, eminentemente centrados en Dios y su gloria, y que expresan los valores primarios del discípulo, éste mira a sus necesidades existenciales y las presenta ante el Padre en contexto solidario con los demás discípulos. La primera necesidad consiste en dar respuesta a lo que es material y básico: «Danos hoy nuestro pan necesario» (6,11). «Pan» equivale a alimento fundamental. «Nuestro» matiza, por una parte, que se trata del pan material, el propio de los hombres, y no simbólicamente el pan del Reino, pues la idea de la transcendencia ya está suficientemente expresada en la primera parte. La predicación del Reino tiene en cuenta que el hombre es un ser material con necesidades materiales, pero se fija en lo fundamental, pues el discípulo debe vivir austeramente. Por otra parte, indica que el discípulo ha de pedir con espíritu fraternal y solidario, y no en actitud egoísta. «Dánosle hoy»: el discípulo pide lo necesario para ahora, sin inquietarse por el mañana, pues cada día trae su propia inquietud (6,34). La petición implica austeridad, confianza en la Providencia, vivir para el Reino y no para tener (6,33).

«Perdónanos nuestras deudas como nosotros perdonamos a nuestros deudores». La segunda necesidad existencial es el perdón constante, es decir, vivir la virtud de la penitencia. Al designar pecado con el término «deudas», se describen nuestras relaciones con Dios como hijos y esclavos que "deben"(6,24; 18,23s), ya que ser esclavo supone una entrega filial y existencial a Dios. El hombre es "deudor" en cuanto que no realiza esta entrega existencial total debido a sus transgresiones positivas y a sus omisiones. Por esto, Jesús presenta a Dios como amo exigente, que reclama lo que antes no había dado (19,24.26) y pide cuentas aun de la palabra inútil (12,36; 25,20.26). Para Jesús no basta la entrega legal del fariseo; es necesaria una entrega existencial. «Nuestras» implica que el orante tiene conciencia

de formar parte de una fraternidad pecadora, en la que todos pecan y todos deben pedir solidariamente perdón. Excluye concebir la comunidad eclesial como una élite religiosa puritana. «Perdónanos»: el perdón que se pide equivale a petición de amnistía (borrar totalmente la falta, quitando los antecedentes penales, como si la acción negativa no se hubiera realizado), distinta del indulto (perdonar las consecuencias de la falta, que jurídicamente sigue existiendo). Se pide a Dios la amnistía de los pecados de cada día. «Como nosotros perdonamos» no es una condición que hay que realizar para que Dios empiece a perdonarnos, sino para permanecer en el perdón constante de Dios. Dios empieza perdonándonos gratuitamente, con la única condición de reconocer nuestro pecado; ahora bien, el que ha recibido el perdón y con él la vida nueva tiene la obligación de ofrecer este mismo perdón a sus hermanos, puesto que los dones de Dios son dinámicos: el que ha recibido el perdón tiene que reaccionar como hijo ante las ofensas que se le hagan, perdonando (5,38-48). El orante, que es un discípulo que ya ha recibido el perdón inicial de Dios, pide continuar *gratuitamente* en este perdón y lo justifica porque se mantiene dentro del ámbito del perdón, ofreciendo la amnistía a sus hermanos (ver 18,23-34: el que no perdona a su hermano perderá el perdón recibido, que según esto es condicional). «Nuestros deudores» son los que no han realizado con nosotros las exigencias a las que teníamos derecho. En esta frase “deuda” tiene sentido análogo con relación al primer uso (ver las cantidades de la parábola de los dos deudores en 18,23-34: uno debe a su amo 10.000 talentos; el siervo debe al consiervo 100 denarios). La petición implica vivir la virtud de la penitencia (4,17; 18,1-4) con conciencia de pecador y de miembro de un pueblo pecador.

«No nos dejes caer en la tentación». «Tentación» es inducir *directamente* a la caída y, como tal, no proviene de Dios (Si 15,11-14; St 1,13s), aunque Dios puede servirse de ella para probar al hombre y purificarlo (St 1,2-4). Es distinta de la “prueba”, acción que tiene como fin principal ver lo que hay realmente dentro del hombre (ver Gn 22,1; Jdt 8,21b-23; cf. Job), aunque indirectamente el hombre no la pueda superar y se convierta en una realidad negativa. Aquí se trata del primer sentido. El NT habla de ella como de una situación tan peligrosa que prácticamente es sinónimo de caída (ver Mt 26,41: velad y orad para que no entréis en tentación), por lo cual lo que hay

que evitar es “entrar en tentación”. El texto dice literalmente «no nos introduzcas», que presenta dificultad porque parece atribuir a Dios la tentación-caída, por lo que las diversas traducciones pretenden soslayar la dificultad escribiendo “no nos dejes” o “no permitas” que caigamos en tentación. Realmente se trata de la presentación de la tentación desde Dios, causa primera de todo lo que sucede, recurso frecuente en el AT, en los escritos rabínicos y en la religiosidad popular. El procedimiento es ambiguo, pues puede ser un recurso para sacudirse la propia responsabilidad y es criticado en St 1,13s. Aquí se trata de la tentación “escatológica y cristológica” (ver 26,41: tentación es renunciar al discipulado). Según la apocalíptica judía, los tiempos finales que preceden al Reino de Dios estarán caracterizados por la presencia de falsos profetas, persecuciones, aumento de la maldad y la *tentación* (ver Mc 13; Mt 24). El NT historiza este esquema en función de Jesús, afirmando que con Jesús ya ha comenzado la escatología y los hechos que la preceden. Puesto que ya ha comenzado el Reino (4,17), ya han llegado los falsos profetas (24,11), la iniquidad y el enfriamiento de la caridad (24,12), los anticristos (24,4s). Igualmente está presente la *tentación* escatológica con motivo de Jesús y de su ministerio (Lc 10,38), especialmente en su pasión (Mt 26,41). La tentación, pues, aparece ligada a la situación creada por la muerte de Cristo, situación externa (persecución: Mt 10,23s; 24,9s) e interna (Mt 11,5). Este situación, según el NT, tiene “un día” (Hb 3,8), “una hora” (Ap 3,10), “un instante” (Lc 8,13), es decir, un momento de intensidad, un tiempo de peligro especial en el que hay que renovar la opción fundamental para perseverar en el discipulado. Se pide, pues, positivamente perseverar en el discipulado y negativamente no entrar en el espacio de la tentación por el gran peligro que supone. Implica conciencia de la propia debilidad.

«Líbranos del mal» (6,13b). Esta petición explicita la anterior con la que se corresponde estructuralmente: no nos dejes = aléjanos; tentación = mal. «Líbranos» traduce el griego *rysai* (‘arrebatar’) y sugiere la imagen del que es librado con un fuerte tirón ante un animal peligroso que está para caer sobre él. «Mal» puede equivaler a «Maligno», pues el adjetivo griego *ponerós* puede ser masculino (maligno) o neutro (mal).

Una última sentencia subraya la necesidad del perdón (6,14-15), como comentario a la petición de perdón, subrayando la necesidad de

perdonar para que Dios siga perdonando. Mateo la coloca al final del Padrenuestro para no interrumpir la fórmula.

El ayuno en secreto (6,16-18)

16«Cuando ayunéis, no pongáis cara triste, como los hipócritas, que desfiguran su rostro para que los hombres vean que ayunan; en verdad os digo que ya reciben su paga. 17Tú, en cambio, cuando ayunes, perfuma tu cabeza y lava tu rostro, 18para que tu ayuno sea visto, no por los hombres, sino por tu Padre que está allí, en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará».

En Israel, junto a los ayunos públicos obligatorios, se introdujo la costumbre del ayuno voluntario e individual como medio penitencial por los propios pecados y los del pueblo. De por sí este ayuno consistía en no comer nada desde el alba a la puesta del sol, pero muchos añadían a esto la prohibición de lavarse o perfumarse. De hecho, así se podía conocer mejor quién ayunaba. Jesús acepta la validez del ayuno como "obra de justicia", es decir, como expresión de dolor por los pecados ante el Padre, ante quien se es deudor, pero sin buscar directamente la alabanza de los hombres ni la propia tranquilidad o satisfacción.

(III) EVANGELIO Y PAGANISMO

La mayoría de los exegetas reconoce que 6,19 – 7,12 forma un bloque, situado entre 6,1-18 y 7,13-29, pero no hay acuerdo en determinar su naturaleza, pues son diversos los temas que se tratan. Por ello hay quien lo considera un "arca de Noé", donde hay de todo. Posiblemente la unidad le viene dada de la temática antipagana. Las razones para ello son la alusión explícita a paganos al final del bloque 6,19-34 (6,32), la introducción de una sentencia sobre paganos en 7,6, y el que toda la materia tratada se presenta desde un punto de vista antipagano. Realmente el pagano es una persona que cree en Dios, pero también en el dinero, no perdona, ora de forma mágica, tiene una moral negativa de mínimos. En esta sección se contraponen las dos visiones, la del que cree que Dios es Padre, como enseña Jesús, y la del que cree en un dios que no se preocupa del hombre.

postura pagana	*postura cristiana*
* el pagano y los bienes	* El cristiano y los bienes
(1) confianza en Dios y dinero,	(1) atesorad solo en el cielo (6,19-21)
(2) el acumular no tiene que ver con la religión	(2) necesidad de compartir (6,22-23)
(3) servir a Dios y al dinero	(3) servir sólo a Dios (6,24)
(4) inquietud por comida y vestido	(4) el Reino es la única inquietud (6,25-34)
* no se perdona	* necesidad del perdón (7,1-5)
	* no dar a los perros lo santo (7,6)
* oración mágica	* oración filial perseverante (7,7-11)
* ética negativa	* ética positiva (7,12)

El verdadero tesoro (6,19-21) (Lc 12,33-34)

**19«No os amontonéis tesoros en la tierra, donde hay polilla y
herrumbre que corroen, y ladrones que socavan y roban. 20Amon-
tonaos más bien tesoros en el cielo, donde no hay polilla ni herrum-
bre que corroan, ni ladrones que socaven y roben. 21Porque donde
esté tu tesoro, allí estará también tu corazón.**

La enseñanza sobre el cristiano y los bienes consta de cuatro perícopas (6,19-34). En la primera Jesús enseña dónde atesorar. Atesorar es una actividad que responde al instinto de seguridad del hombre. Esta actividad se convierte en el centro de su corazón. Según Jesús, el discípulo debe poner su seguridad existencial o tesoro en el cielo, no atesorando en la tierra; para ello debe hacer obras de misericordia (ver 25,31-46). Su corazón estará así en el cielo.

El ojo, lámpara del cuerpo (6,22-23) (Lc 11,34-35)

**22«La lámpara del cuerpo es el ojo. Si tu ojo está sano, todo tu
cuerpo estará luminoso; 23pero si tu ojo está malo, todo tu cuerpo
estará a oscuras. *Por ello*, si la luz que hay en ti es oscuridad, ¡qué
oscuridad habrá!**

No está claro el sentido de la imagen. Para los antiguos el ojo contiene un fuego que hace posible la visión. Por ello es lámpara del cuerpo o de toda la persona. Por otra parte, en el judaísmo es frecuente el uso metafórico de 'ojo', como reflejo del carácter y el alma de una persona (Si 13,25s; 14,4-10). Así, se contraponen el 'ojo malo', reflejo de persona calculadora, codiciosa, avara, y el 'ojo bueno', reflejo de persona generosa (Dt 15,9; Pr 22,9; Mt 20,15). En este texto se contrapone al ojo malo el «ojo sano» (*haplous*, puro, recto, honrado, obediente, perfecto, que es lo que debe ser). El ojo sincero designa, pues, una conducta humana que es lo que debe ser, especialmente generosa, ya que la metáfora se emplea en un contexto relacionado con el uso de los bienes. El sentido del conjunto sería: el ojo es la lámpara que refleja la luz que hay en la persona; si es "sano" (perfecto, generoso, obediente...), señal de que todo el cuerpo está iluminado; pero si es "malo" (avaro, no generoso), señal de que todo tu cuerpo está en tinieblas. Hay, pues, una correlación entre el aspecto del ojo y el tipo de hombre que refleja. De aquí se deduce una conclusión: por consiguiente, si la luz que hay en ti es tiniebla, es decir, si lo que tienes en ti para iluminar es tiniebla, ¡qué oscuridad habrá! El texto, pues, invita a tener un *ojo sano*, que en este contexto se refiere directamente a la generosidad, pero que en sí se extiende a todo lo que implica un *corazón limpio* (ver 5,8: limpios de corazón).

Dios y el dinero (6,24)
(Lc 16,13)

24«Nadie puede servir a dos señores, porque aborrecerá a uno y amará al otro; o bien se entregará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y al Dinero».

Ser esclavo implica una entrega existencial total, y ésta no se puede dar a dos personas a la vez. Por eso, buscando la seguridad existencial, es falsa la pretensión de ponerse bajo la total protección de Dios y del dinero, siendo esclavos de ambos a la vez. Dios pide un servicio total y exclusivo (ver 22,37).

Abandono en la Providencia (6,25-34)
(Lc 12,22-31)

[25]«Por eso os digo: No andéis preocupados por vuestra vida, qué comeréis*, ni por vuestro cuerpo, con qué os vestiréis. ¿No vale más la vida que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? [26]Mirad las aves del cielo: no siembran, ni cosechan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellas? [27]Por lo demás, ¿quién de vosotros puede, por más que se preocupe, añadir un solo codo a la medida de su vida? [28]Y del vestido, ¿por qué preocuparos? Observad los lirios del campo, cómo crecen; no se fatigan, ni hilan. [29]Pero yo os digo que ni Salomón, en toda su gloria, se vistió como uno de ellos. [30]Pues si a la hierba del campo, que hoy es y mañana se echa al horno, Dios así la viste, ¿no lo hará mucho más con vosotros, hombres de poca fe? [31]No andéis, pues, preocupados diciendo: ¿Qué vamos a comer?, ¿qué vamos a beber?, ¿con qué vamos a vestirnos? [32]Que por todas esas cosas se afanan los gentiles; pues ya sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todo eso. [33]Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura. [34]Así que no os preocupéis del mañana: el mañana se preocupará de sí mismo. Cada día tiene bastante con su propio mal.

V. 10 El manuscrito B y otros añaden «o qué beberéis».

Como consecuencia de lo anterior («por eso»), Dios tiene que ser la única inquietud existencial. En este contexto, «preocuparse» no se refiere a la previsión de un trabajo cualquiera, sino a una previsión que inquieta y concentra todas las energías de la persona, "lo que quita el sueño". Para el discípulo la única inquietud ha de ser el Reino y su justicia. Se expone la enseñanza repitiendo seis veces 'preocuparse', inquietar, que es la idea conductora de la perícopa, dirigida a los «hombres de poca fe» (v. 30).

Comienza con un principio: «no andéis preocupados» (6,25). Sigue un desarrollo en que el principio se aplica a la comida, al vestido, a la duración de la vida. Con relación a esto último el texto habla de añadir un «solo codo a la medida de la vida». Codo es el equivalente a un paso; la palabra griega que se ha traducido por

'vida' es *helikía,* que también puede significar 'estatura', aunque en este contexto, en que se quiere subrayar lo pequeño, no tiene sentido traducir estatura, pues añadirle unos 30 cms, no es nada despreciable. Nada de esto debe inquietar al discípulo, sino al pagano, que cree en Dios, pero no lo acepta como padre. Por ello los discípulos que se inquietan son gente de *poca fe*, que creen en Dios Padre, pero no lo llevan a su existencia (6,26-32). Como conclusión, se afirma que la única inquietud de los discípulos ha de ser el Reino y su justicia, es decir, el modo de cooperar con él (ver 5,6: «bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia»); lo demás se les dará por añadidura. Mateo termina con una adición, que no aparece en el texto paralelo de Lc 12,22-31, invitando a no inquietarse por el mañana. Lo importante es ver cómo responder hoy y ahora, confiando en la Providencia de Dios de cada al futuro (6,34).

No juzgar (7,1-5)
(Lc 6,37-42; véase Mc 4,24)

7 1«No juzguéis, para que no seáis juzgados. 2Porque con el juicio
con que juzguéis seréis juzgados, y con la medida con que midáis
se os medirá. 3¿Cómo es que miras la brizna que hay en el ojo de tu
hermano y no reparas en la viga que hay en tu ojo? 4¿O cómo vas a
decir a tu hermano: "Deja que te saque la brizna del ojo", teniendo
la viga en el tuyo? 5Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y enton-
ces podrás ver para sacar la brizna del ojo de tu hermano».

«Juzgar» no tiene aquí el sentido de formarse una opinión, sino de condenar, que se entiende en esta sentencia como juicio definitivo condenatorio, sin posible apelación, pues el reo es incapaz de mejorar. Este tipo de juicio solo pertenece a Dios, que conoce los corazones, no a los hombres. El que condene de esta forma será tratado así por Dios a la hora del juicio, pues nuestro juicio condiciona el juicio escatológico (7,1-2). La fraternidad está para dar vida y ayudarse, no para dar muerte y condenar.

Pero, ¿qué hacer con el hermano pecador? Corregirlo fraternalmente, pero, para que la corrección sea auténtica, el que vaya a hacerla debe comenzar tomando conciencia del propio pecado y aplicándose lo que va a corregir en el hermano. Debe sacar primero la viga

que hay en su ojo para poder sacar la brizna que hay en el de su hermano (7,3-5; ver Ga 6,1-2; Rm 2,1-2; 1 Co 4,5; St 4,12; Dt 32,35).

No profanar las cosas santas (7,6)

[6]«No deis a los perros lo que es santo, ni echéis vuestras perlas delante de los puercos, no sea que las pisoteen con sus patas, y después, volviéndose, os despedacen.

«Lo que es santo» designa los manjares ofrecidos en el templo (Ex 22,30; Lv 22,14), que no se debe echar a los perros. Igualmente tampoco hay que proponer una doctrina santa a quien es incapaz de recibirla, pues la pisoteará y profanará (ver10,11 y Didajé 9,5, que lo aplica a la Eucaristía, que no debe darse a los no bautizados). «Perro» era denominación popular de los paganos en general, y «puercos» de los romanos en concreto, pues llevaban un jabalí en sus estandartes.

Eficacia de la oración (7,7-11)
(Mc 11,24; Lc 11,9-13; 18,1-8)

[7]«Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá.
[8]Porque todo el que pide recibe; el que busca, halla; y al que llama,
se le abrirá. [9]¿O hay acaso alguno entre vosotros que al hijo que le
pide pan le dé una piedra; [10]o si le pide un pez, le dé una culebra?
[11]Si, pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que se las pidan!».

La enseñanza exhorta a superar la visión mágica de la oración pagana, concebida como una serie de fórmulas que deben realizar lo que se pide; y, caso de no ser así, se deja, como actividad inútil. Dios Padre siempre oye la oración de sus hijos, dándoles «cosas buenas» en el momento más apropiado. Por ello es fundamental la perseverancia en la oración. El conjunto consta de un principio general: «pedid y se os dará» (7,7), una justificación: «el que pide, recibe» (7,8), dos ilustraciones: los hijos que piden a sus padres (7,9-11a) y una conclusión: «¡cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas!» (7,11b).

La Regla de oro (7,12)
(Lc 6,31)

[12]«Por tanto, todo cuanto queráis que os hagan los hombres, hacédselo también vosotros a ellos; porque ésta es la Ley y los Profetas».

Frente a la ética del pagano, que es de mínimos ("yo *ni* robo *ni* mato"), Jesús enseña la ética que corresponde al don dado, de máximos. Para ello presenta en forma positiva una norma negativa de origen pagano. «Por tanto» introduce la norma como conclusión de todo el desarrollo polémico (observemos también que «ley y profetas» forma inclusión con el comienzo 5,17); «todo cuanto queréis que os hagan los hombres, eso mismo hacedlo también vosotros a los demás», es decir, el amor que nos tenemos, que es absoluto e inmediatamente cognoscible, debe ser norma del amor al prójimo. Esto condensa todo el AT, toda la Ley y Profetas, puesto que todo se resume en el amor. La norma pertenece al patrimonio ético universal, pues está atestiguada en el confucianismo, en la India y en Grecia, en forma prevalentemente negativa, aunque a veces aparece también en forma positiva. Entra en el judaísmo bajo influencia helenista (Tb 4,15; Carta de Aristeas, Si-LXX, Testamento de los XII Patriarcas), se relaciona con el precepto del amor al prójimo de Lv 19,18 y se entiende como resumen de toda la Ley (ver Talmud Babilónico, Shabbat 31a: «Un extranjero fue al encuentro de Shammai, diciéndole: "Hazme prosélito, pero con la condición de que me enseñes toda la Ley en el tiempo en que puedo sostenerme sobre un pie"; él lo expulsó con la regla de albañil que tenía en la mano. Fue al encuentro de Hillel, que lo hizo prosélito, diciendo: "Lo que te es odioso, no lo hagas a tu prójimo. Esta es toda la Torá. El resto no es más que explicación"»).

CONCLUSIÓN

La conclusión del discurso está compuesta de cuatro avisos (7,13-27), en los que se exhorta al esfuerzo práctico y concreto. Mateo evita la casuística, poniendo al hombre ante exigencias serias, que debe concretar en su propia situación. Por ello, después de las grandes exigencias expuestas, recuerda ahora que hay que llevarlas a la práctica.

Los dos caminos (7,13-14)
(Lc 13,24)

[13]«Entrad por la entrada estrecha; porque ancha es la entrada y espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que entran por ella; [14]mas ¡qué estrecha la entrada y qué angosto el camino que lleva a la Vida!; y pocos son los que lo encuentran».

Exhortación a un compromiso esforzado y serio, en el que el discípulo se encontrará poco acompañado. Entrada y camino estrechos son los que sólo permiten caminar y entrar uno a uno, con una opción personal; camino y puerta anchos, al contrario, permiten ir en grupo. El discípulo no debe desanimarse; ha de ser consciente de que son pocos los que caminan por el estrecho, aunque conduce a la vida eterna, y muchos los que van por el ancho, que conduce a la perdición eterna. El tema de los dos caminos es frecuente en el AT (ver Dt 30,15-20; Sal 1; Jr 21,8, etc).

Los falsos profetas (7,15-20)
(véase Lc 6,43-44)

[15]«Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con disfraces de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. [16]Por sus frutos los conoceréis.¿Acaso se recogen uvas de los espinos o higos de los abrojos? [17]Así, todo árbol bueno da frutos buenos, pero el árbol malo da frutos malos. [18]Un árbol bueno no puede producir frutos malos, ni un árbol malo producir frutos buenos. [19]Todo árbol que no da buen fruto es cortado y arrojado al fuego. [20]Así que por sus frutos los reconoceréis.

No hay acuerdo sobre la identidad de los falsos profetas. En general hay que decir que son los que enseñan una religiosidad diferente a la expuesta en el Sermón de la Montaña. ¿Eran predicadores itinerantes cristianos, que enseñaban que lo importante es saber y descuidaban o negaban la necesidad de las obras? (contra este punto de vista está la escenificación del juicio en Mt 25,31-46), ¿eran anarquistas que negaban toda ley?, ¿legalistas? El texto invita a fijarse en los frutos para distinguir el verdadero del falso profeta: no basta orar,

ni predicar, ni echar demonios, ni hacer milagros, ni escuchar, ni saber; es necesario acoger la palabra en la vida. La enseñanza consta de una consigna: sed realistas: «guardaos de los falsos profetas», que existen (7,15); sigue el criterio para descubrirlos (7,16): sus frutos. Explicación de la imagen: todo árbol debe dar fruto y éste debe corresponder a la naturaleza del árbol (7,17-19). Conclusión parcial por inclusión (7,20): conocer por los frutos (ver 7,16).

Los verdaderos discípulos (7,21-27)
(véase Lc 6,46.47-49; 13,26-27)

21«No todo el que me diga "Señor, Señor" entrará en el Reino de
los Cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre que está en los
cielos. 22Muchos me dirán aquel Día: "Señor, Señor, ¿no profetiza-
mos en tu nombre, y en tu nombre expulsamos demonios, y en tu
nombre hicimos muchos milagros?". 23Y entonces les declararé:
"¡Jamás os conocí; *apartaos de mí, agentes de iniquidad!*". 24Así pues,
todo el que oiga estas palabras mías y las ponga en práctica, será
como el hombre prudente que edificó su casa sobre roca: 25cayó la
lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos y embistieron con-
tra aquella casa; pero ella no cayó, porque estaba cimentada sobre
roca. 26Y todo el que oiga estas palabras mías y no las ponga en prác-
tica, será como el hombre insensato que edificó su casa sobre arena:
27cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos, irrum-
pieron contra aquella casa y cayó, y fue grande su ruina.»

La enseñanza contiene tres aplicaciones con proyección escatológica: para entrar en el Reino de los Cielos no basta invocar a Jesús como Señor sin hacer la voluntad del Padre (7,21). «Señor, Señor» alude al uso de la Iglesia primitiva que confesaba a Jesús como Señor. No basta confesarlo con los labios, es necesario confesarlo también con la vida. Ni tampoco tiene valor ejercer eficazmente el profetismo hablando en nombre de Jesús, echando demonios o haciendo milagros. Obrar de este modo sin amor y sin hacer la voluntad del Padre, como la expone Jesús, es obrar como «agente de iniquidad» (cita del Sal 6,9), como declarará solemnemente Jesús en el juicio final, afirmando que nunca reconoció a los tales como sus enviados, pues sus obras no responden al Reino, sino al mundo de la iniquidad.

A la luz de 25,31-46 se condena a los que actúan sin ser exponentes del amor de Dios a los hombres (7,22-23).

Finalmente, con la parábola de las dos casas (7,24-27), se exhorta a decidirse ante la revelación de Jesús, poniéndola por obra, para superar el juicio. Consta de un principio: «todo el que oiga estas palabras mías y las ponga en práctica» es un varón «prudente», que sabe conducirse en la vida (7,24ab); sigue una comparación con la casa edificada sobre piedra, capaz de superar la dificultad (7,24c-25). Nuevo principio: «Y todo el que oiga estas palabras mías y no las ponga en práctica» es un «insensato», que no sabe vivir (7,26ab); sigue otra comparación con la casa edificada sobre arena, incapaz de superar la dificultad (7,26c-27).

Admiración de la gente (7,28-29)
(Mc 1,22; Lc 4,32; 7,1)

[28]Y sucedió que cuando acabó Jesús estos discursos, la gente se asombraba de su doctrina; [29]porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como sus escribas.

A modo de conclusión redaccional final (7,28-29), Mateo afirma que los oyentes se admiran de Jesús, consumador e intérprete auténtico de la Ley, que habla con autoridad del Reino y sus exigencias, como heraldo auténtico de Dios, y no como los escribas, que se apoyan en las tradiciones de los antiguos.

2.2.2. Jesús ofrece la salvación anunciada por los profetas

Mt está presentando a Jesús como el Mesías prometido por Dios. Lo es porque realiza las obras propias del enviado escatológico de Dios. En el apartado anterior ha mostrado que es el Maestro que consuma e interpreta auténticamente la Ley (Mt 5-7) y en el presente hará ver que es el Salvador-Siervo que ofrece la salvación anunciada por los profetas (ver Is 26,19; 29,18s; 35,5s; 61,1-2). Desarrolla aquí Mateo la misma tradición que recoge en 11,2-6, en la que Jesús se presenta como Mesías en cuanto que realiza los signos de salvación anunciados por los profetas: «*Los ciegos ven y los cojos andan, los*

leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la Buena Nueva». Y como todo esto se realiza en la debilidad, como compete al Mesías-Siervo, se añade: «*Y dichoso aquel que no halle escándalo en mí*» y en este modo de actuar. Mateo ya ha presentado en el Sermón de la Montaña a Jesús como el evangelizador de los pobres; ahora lo va a presentar como el Salvador-Siervo. Para ello ofrece una antología de signos, en la que reúne ejemplos de todo tipo (salvación total), agrupados en tres grupos de tres relatos cada uno (tres, número de perfección, para sugerir la idea de salvación perfecta), intercalando entre los grupos escenas que comentan características y consecuencias de esta salvación.

Estos relatos de milagros se caracterizan por la tendencia a abreviar las partes narrativas, omitiendo personajes y acciones secundarias, con el fin de centrarse en los diálogos, en los que expone los contenidos doctrinales. De esta forma ofrece unas enseñanzas sobre Jesús, la fe y el discipulado.

La enseñanza cristológica es la más importante: Jesús es el Mesías-Salvador, que libera de todo mal (dolor, muerte, Satanás, pecado, mundo corruptible) de forma perfecta, pero en la debilidad, como compete al Siervo de Yahvé, que «*toma nuestras flaquezas y carga nuestras enfermedades*» (8,17; ver Is 53,5), pero en el silencio del que «*no grita ni se oye en las plazas su voz*» (12,19; ver Is 42,1-4). Mateo quiere llamar la atención sobre el alcance de los signos de Jesús para evitar interpretaciones triunfalistas de los milagros, fáciles en ambientes populares. De hecho sólo realizó unos cuantos signos para mostrar el alcance del Reino de los Cielos que comienza con su proclamación y obras, y para mostrar la presencia del poder salvador de Dios, que es garantía de la consumación final del Reino. Pero todavía no es el tiempo de la consumación final, sino el tiempo del comienzo, y en él Jesús actúa en la debilidad del que ha asumido la condición humana. Ya es posible y se ofrece el perdón de los pecados, algo extraordinario, que provoca la glorificación de Dios, «*que ha dado tal poder a los hombres*» (9,8), pero aún sigue el dolor y la muerte. Por ello no hay que buscar en Jesús al milagrero, sino al Siervo, que inaugura un camino de salvación en la solidaridad y la debilidad. Y todo esto de acuerdo con la Ley y los Profetas (Is 53,5), de los que Jesús es el cumplimiento. Por ello este tipo de mesianismo tiene sentido y hay que superar el escándalo (11,2-6).

Junto a esto Mateo hace una relectura de los relatos que narra a la luz de la situación de la comunidad con el fin de hacer ver que el Jesús que realizó los milagros es ahora el *Señor* de la Iglesia, en la que está presente salvando con su poder-en-la-debilidad, especialmente su palabra. Para ello presenta a Jesús empleando el vocabulario que usa su comunidad cuando habla del Resucitado: *Señor* que ha recibido todo poder (28,18) y está presente en la comunidad (28,20), aunque a veces parece *dormido* (8,24). Por ello los interlocutores de Jesús *se acercan* y lo *adoran*, como ahora hacen los fieles de la comunidad. Igualmente realza la grandeza de los milagros (de lejos, con solo tocar, con sola su palabra, cura a todos). Mateo narra el pasado pensando en el presente, en el que el Señor ejerce su poder con su palabra poderosa y eficaz (8,8-9). La fe es condición indispensable para recibir el poder salvador del Señor, presente en la Iglesia: se trata de una fe-confianza ilimitada en la persona de Jesús, en cuyo contexto se realiza el signo. El milagro exige y confirma la fe. Si los paganos aparecen como modelo de esta fe, los discípulos son *hombres de poca fe* (8,26) que necesitan crecer en la fe. El discipulado es una consecuencia del poder del Señor (28,18-19), que es capaz de transformar a Mateo y a los pecadores y convertirlos en discípulos.

Curación de un leproso (8,1-4)
(Mc 1,40-45; Lc 5,12-16)

8 [1]Cuando bajó del monte, fue siguiéndole una gran muchedum-
bre. [2]En esto, un leproso se acercó y se postró ante él, diciendo:
«Señor, si quieres puedes limpiarme.» [3]Él extendió la mano, le tocó
y dijo: «Quiero, queda limpio.» Y al instante quedó limpio de su
lepra. [4]Y Jesús le dice: «Mira, no se lo digas a nadie, sino vete, mués-
trate al sacerdote y presenta la ofrenda que prescribió Moisés, para
que les sirva de testimonio.»

El primer ciclo de milagros narra la curación de un leproso, la del siervo del centurión y la de la suegra de Pedro, terminando con una escena-comentario en que se generaliza y se afirma que actúa como el Siervo de Yahvé, que asume nuestras flaquezas y enfermedades.

Comienza el relato con una introducción-transición, que presenta como testigos de las obras que se van a narrar a los mismos "segui-

dores" que han oído el Sermón de la Montaña. Palabras y obras de Jesús son dos facetas de la misma revelación mesiánica, como se subraya en los sumarios inicial y final (4,23 y 9,35).

Se describe al leproso con gestos propios de un discípulo cristiano (*se acerca, se postra, Señor*). Al abreviar el relato (mucho más detallado en el paralelo de Marcos), subraya el evangelista la fe del leproso y el poder de la palabra de Jesús. En el contexto judío el leproso es un enfermo, excluido del pueblo de Dios, equivalente a un muerto: la antología de signos comienza así con uno lleno de sentido, que revela la personalidad de Jesús (ver 11,2, el primer signo citado). El tema del silencio no es aquí secreto mesiánico, como en Marcos, sino que alude al tema de la revelación en el silencio, que es el camino del Siervo.

Curación del criado de un centurión (8,5-13) (Lc 7,1-10; Jn 4,46-53)

5Al entrar en Cafarnaún, se le acercó un centurión y le rogó
6diciendo: «Señor, mi criado yace en casa paralítico con terribles
sufrimientos.» 7Dícele Jesús: «Yo iré a curarle.» 8Replicó el centu-
rión: «Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo; basta que lo
digas de palabra y mi criado quedará sano. 9Porque también yo, que
soy un subalterno, tengo soldados a mis órdenes, y digo a éste:
"Vete", y va; y a otro: "Ven", y viene; y a mi siervo: "Haz esto", y lo
hace.» 10Al oír esto Jesús quedó admirado y dijo a los que le seguí-
an: «Os aseguro que en Israel no he encontrado en nadie una fe tan
grande. 11Y os digo que vendrán muchos de oriente y occidente y se
pondrán a la mesa con Abrahán, Isaac y Jacob en el reino de los
Cielos, 12mientras que los hijos del Reino serán echados a las tinie-
blas de fuera; allí será el llanto y el rechinar de dientes.» 13Y dijo
Jesús al centurión: «Anda; que te suceda como has creído.» Y en
aquella hora sanó el criado.

Mateo abrevia el relato, que aparece más desarrollado en el paralelo de Lucas. El centurión no envía a nadie, sino que viene directamente: *se acerca* al *Señor* como si fuera un cristiano. Jesús se ofrece a ir a su casa, pero éste cree que «*basta que lo diga de palabra*»: el pagano es modelo de fe en el dinamismo de la palabra de Jesús. La admiración de Jesús ante esta fe anuncia lo que sucede en tiempos de Mateo, en

que los gentiles creen en la palabra evangélica, mientras que ésta es rechazada por la mayor parte del pueblo judío. Jesús cura con su palabra de forma fulminante y de acuerdo con la fe del centurión. El diálogo se ha convertido en centro del relato: el Señor, presente en la Iglesia, cura con su palabra poderosa al que cree en su dinamismo.

Curación de la suegra de Pedro (8,14-15)
(Mc 1,29-31; Lc 4,38-39)

14 Al llegar Jesús a casa de Pedro, vio a la suegra de éste en cama, con fiebre. 15 Le tocó la mano y la fiebre la dejó; y se levantó y se puso a servirle.

Mateo abrevia de nuevo este relato (ver el paralelo de Marcos) y lo alegoriza en sentido eclesial: Jesús viene solo a la *casa de Pedro*, allí *ve* espontáneamente la necesidad de la mujer, la cura con solo *tocarla* y ella *le* sirve. Se subraya el protagonismo de Jesús y la facilidad con que realiza la curación.

Numerosas curaciones (8,16-17).
(Mc 1,32-34; Lc 4,40-41)

16 Al atardecer, le trajeron muchos endemoniados; él expulsó a los espíritus con una palabra, y curó a todos los enfermos, 17 para que se cumpliera lo dicho por el profeta Isaías:
Él tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades.

Mateo resume y generaliza con un sumario la actividad anterior (con su palabra curó a los endemoniados y a "todos" los enfermos) e introduce una cita de Isaías, con la que presenta esta actividad como cumplimiento, con sentido dentro de la Historia de la Salvación y como propia del Mesías que había de venir. La cita es de Is 53,5 (cuarto poema del Siervo del Yahvé): Jesús realiza esta actividad como Siervo, el que toma sobre sí nuestras flaquezas y enfermedades, pero lo hace en la debilidad y el silencio (ver 12,15-21). El texto de Isaías se refiere a las flaquezas morales, pero Mateo le da un sentido mayor: el Mesías viene a librar de todo mal.

Exigencias de la vocación apostólica. La tempestad calmada (8,18-27) (Lc 9,57-60; 8,22-25; Mc 4,35-41)

**[18]Viéndose Jesús rodeado de la muchedumbre, mandó pasar a la
otra orilla. [19]Y un escriba se acercó y le dijo: «Maestro, te seguiré
adondequiera que vayas.» [20]Dícele Jesús: «Las zorras tienen guari-
das, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene
donde reclinar la cabeza.»**

**[21]Otro de los discípulos le dijo: «Señor, déjame ir primero a ente-
rrar a mi padre.» [22]Dícele Jesús: «Sígueme, y deja que los muertos
entierren a sus muertos.»**

**[23]Subió a la barca y sus discípulos le siguieron. [24]De pronto se
levantó en el mar una tempestad tan grande que la barca quedaba
tapada por las olas; pero él estaba dormido. [25]Acercándose ellos le
despertaron diciendo: «¡Señor, sálvanos, que perecemos!» [26]Díceles:
«¿Por qué tenéis miedo, hombres de poca fe?» Entonces se levantó,
increpó a los vientos y al mar, y sobrevino una gran bonanza. [27]Y
aquellos hombres, maravillados, decían: «¿Quién es éste, que hasta
los vientos y el mar le obedecen?».**

El segundo ciclo de milagros comprende la tempestad calmada, la curación de los endemoniados gadarenos y la sanación de un paralítico. Como comentario final se añaden unas escenas en que se indican algunas consecuencias del poder escatológico de Dios, que actúa en Jesús y que revela la misericordia divina: vocación de Mateo, la comida con los pecadores y la alegría del tiempo nuevo.

En el relato de la tempestad calmada, Mateo coloca al comienzo dos escenas de seguimiento y alegoriza la tempestad, convirtiendo el conjunto en una enseñanza sobre el seguimiento de Jesús. Las escenas de seguimiento presentan las disposiciones de los que embarcan con Jesús: uno, un escriba, no sabe a qué tipo de seguimiento se va a comprometer; otro, un discípulo, pone condiciones aparentemente graves. En el judaísmo enterrar a un muerto es la mayor obra de misericordia (Tb 12,13) y además coincide que el muerto es el padre del discípulo, lo que implica cumplir el cuarto mandamiento, que Jesús defiende (15,1-9). Jesús invita al primero al realismo (que alguien que no tiene seguridad humana tome conciencia de lo que

significa seguirle a él) y al segundo a hacer del seguimiento el primer valor, por encima de todos los valores humanos, sin falsas incompatibilidades con otros valores religiosos y humanos. Esto es necesario para afrontar las dificultades del seguimiento, que se sugieren en la tempestad: están en la barca de los discípulos, tiene lugar una gran tempestad (literalmente un *seísmo)* provocada por las fuerzas del mal; Jesús está en la barca, pero *dormido*. El centro del relato es el grito de ayuda, en forma de jaculatoria cristiana, y la reprimenda de Jesús a *los hombres de poca fe,* que temen. Con la palabra de Jesús viene la calma y se maravillan *los hombres* (no se les llama discípulos con tal comportamiento), que se preguntan sobre la personalidad de aquel a quien siguen. Mateo invita a su comunidad a preguntarse sobre el carácter especial de Jesús, a quien siguen, y sobre las disposiciones necesarias para el seguimiento.

Los endemoniados gadarenos (8,28-34)
(Mc 5,1-20; Lc 8,26-39)

28Al llegar a la otra orilla, a la región de los gadarenos, vinieron
a su encuentro dos endemoniados que salían de los sepulcros, y tan
furiosos que nadie era capaz de pasar por aquel camino. 29Y se
pusieron a gritar: «¿Qué tenemos nosotros contigo, Hijo de Dios?
¿Has venido aquí para atormentarnos antes de tiempo?» 30Había
allí a cierta distancia una gran piara de puercos paciendo. 31Y le
suplicaban los demonios: «Si nos echas, mándanos a la piara de
puercos.» 32Él les dijo: «Id.» Saliendo ellos, se fueron a los puercos,
y de pronto toda la piara se arrojó al mar precipicio abajo, y pere-
cieron en las aguas. 33Los porqueros huyeron, y al llegar a la ciudad
lo contaron todo, y también lo de los endemoniados. 34Y he aquí que
toda la ciudad salió al encuentro de Jesús y, en viéndole, le rogaron
que se retirase de su territorio.

Mateo abrevia una tradición popular, nacida a propósito de un exorcismo de Jesús. Consta de dos partes: lo que puede y lo que no puede Jesús. Puede destruir el poder del demonio *aquí* en *su* tierra (fuera de Palestina, la Tierra Santa), *antes de tiempo* (de la misión a los paganos fuera de Palestina) y en sus animales, los cerdos. Son dos

los beneficiados (mínimo para dar testimonio). Pero Jesús no puede con los intereses creados de los hombres de la región, que lo invitan a marcharse. La evangelización implica pérdidas materiales, pues hay estructuras en las que está encarnado el pecado, como en la economía, y los perdedores reaccionan contra Jesús (ver Hch 16,16-24; 19,23ss). Otra limitación del poder del Señor-Siervo.

Curación de un paralítico (9,1-8)
(Mc 2,1-12; Lc 5,17-26)

9 [1]Subiendo a la barca, pasó a la otra orilla y vino a su ciudad. [2]En esto le trajeron un paralítico postrado en una camilla. Viendo Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: «¡Ánimo!, hijo, tus pecados te son perdonados.» [3]Pero he aquí que algunos escribas dijeron para sí: «Éste está blasfemando.» [4]Jesús, conociendo sus pensamientos, dijo: «¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil, decir: "Tus pecados te son perdonados", o decir: [5]"Levántate y anda"? [6]Pues para que sepáis que el Hijo del hombre tiene en la tierra poder de perdonar pecados –dice entonces al paralítico–: "Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa".» [7]Él se levantó y se fue a su casa. [8]Y al ver esto, la gente temió y glorificó a Dios, que había dado tal poder a los hombres.

Jesús libera del dolor y del pecado. En la mentalidad popular se concibe la enfermedad como un castigo por el pecado. Jesús reconoce un nexo teológico (ver Jn 5,14; Gn 3,16-17; Sb 2,24; Rm 5,12), pero niega una causalidad inmediata (ver Jn 9,2). En este caso, aludiendo al nexo teológico, cura y perdona los pecados. Así, la curación física revela el poder de perdonar pecados que tiene Jesús. Pero para esto la fe es necesaria. La tienen el paralítico y los que lo llevan; no la tienen en cambio los escribas, que se oponen a Jesús por su "dogmatismo", rechazando a Jesús en nombre de una verdad teológica. Ciertamente, sólo Dios puede perdonar pecados, pero ahora lo hace por Jesús. Los testigos quedan maravillados y reaccionan glorificando a Dios que da tal poder a *los hombres*: Jesús, verdadero hombre. ¿Piensa también Mateo en los hombres que perdonan en su comunidad? (ver 18,18).

Vocación de Mateo y comida con pecadores (9,9-13) (Mc 2,13-14.15-17; Lc 5,27-28.29-32)

**[9]Cuando se iba de allí, al pasar vio Jesús a un hombre llamado
Mateo, sentado en el despacho de impuestos, y le dice: «Sígueme.»
Él se levantó y le siguió.**
**[10]Y sucedió que estando él a la mesa en la casa, vinieron muchos
publicanos y pecadores, y estaban a la mesa con Jesús y sus dis-
cípulos. [11]Al verlo los fariseos decían a los discípulos: «¿Por qué
come vuestro maestro con los publicanos y pecadores?» [12]Mas él,
al oírlo, dijo: «No necesitan médico los que están fuertes, sino los
que están mal. [13]Id, pues, a aprender qué significa *Misericordia
quiero, que no sacrificio.* Porque no he venido a llamar a justos,
sino a pecadores.»**

Las tres escenas siguientes tienen carácter de comentario, sugiriendo consecuencias del poder de Jesús: puede perdonar y llamar, ejerce la misericordia perdonando a pecadores, trae el tiempo de salvación y alegría. La vocación de Mateo (9,9) es obra del que puede perdonar y convertir en discípulo incluso a un publicano, con fama de ladrón y de pecador público. Jesús tiene la iniciativa: ve y llama a su seguimiento personal.

La comida con pecadores (9,10-13) está centrada en la afirmación de que la búsqueda de los pecadores es el objetivo principal del poder y la misión de Jesús, de acuerdo con las promesas (Os 6,6), que subrayan la primacía de la misericordia. Por ello este actuar del poder de Jesús tiene carácter de cumplimiento y lo legitima como Mesías. Comer con una persona implica compartir con ella la amistad. Jesús hizo de la comida con los pecadores públicos un signo habitual de la llegada del Reino (ver Lc 15,2), pues implicaba que acogía en su amistad a tales personas, lo que suponía que las perdonaba. También el rabinismo contemporáneo, con el que polemiza Mateo (ver Yohanan ben Zakkai), citaba Os 6,6 para afirmar el primado de la misericordia sobre el sacrificio, pero a veces sólo teóricamente, pues a nivel práctico no busca a los pecadores a causa de una deformación religiosa farisaica, que les hacía creerse buenos y a fabricarse un dios protector de los “buenos”.

Discusión sobre el ayuno (9,14-17)
(Mc 2,18-22; Lc 5,33-39)

14 Entonces se le acercan los discípulos de Juan y le dicen: «¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos, y tus discípulos no ayunan?» 15 Jesús les dijo: «¿Pueden acaso los invitados a la boda ponerse tristes mientras el novio está con ellos? Días vendrán en que les será arrebatado el novio; entonces ayunarán. 16 Nadie echa un remiendo de paño sin tundir en un vestido viejo, porque lo añadido tira del vestido, y se produce un desgarrón peor. 17 Ni tampoco se echa vino nuevo en pellejos viejos; pues de otro modo, los pellejos revientan, el vino se derrama y los pellejos se echan a perder; sino que el vino nuevo se echa en pellejos nuevos, y así ambos se conservan.»

La discusión sobre el ayuno pone de relieve una última consecuencia del poder de Jesús, que es signo de los tiempos nuevos mesiánicos y escatológicos, tiempo de bodas y alegría. Por eso no tienen sentido los ayunos que realizan los discípulos de Juan Bautista y los fariseos para apresurar la venida del Reino. Éste ya ha comenzado y exige otro tipo de obras y un nuevo espíritu con el que ayunarán los discípulos de Jesús después de su muerte. Mateo piensa en el ayuno que se practica en su comunidad, que debe realizarse con un espíritu nuevo, propio del que debe participar la muerte de Jesús.

Curación de una hemorroísa y resurrección de la hija de un jefe (9,18-26)
(Mc 5,21-43; Lc 8,40-56)

18 Así les estaba hablando, cuando se acercó un magistrado y se postraba ante él diciendo: «Mi hija acaba de morir, pero ven, impón tu mano sobre ella y vivirá.» 19 Jesús se levantó y le siguió junto con sus discípulos.

20 En esto, una mujer que padecía flujo de sangre desde hacía doce años se acercó por detrás y tocó la orla de su manto. 21 Pues se decía para sí: «Con sólo tocar su manto, me salvaré.» 22 Jesús se volvió, y al verla le dijo: «¡Ánimo!, hija, tu fe te ha salvado.» Y se salvó la mujer desde aquel momento.

[23]Al llegar Jesús a casa del magistrado y ver a los flautistas y la gente alborotando, [24]decía: «¡Retiraos! La muchacha no ha muerto; está dormida.» Y se burlaban de él. [25]Mas, echada fuera la gente, entró él, la tomó de la mano y la muchacha se levantó. [26]Y esta noticia se divulgó por toda aquella comarca.

El tercer ciclo consta igualmente de tres relatos (hemorroísa e hija de un magistrado, dos ciegos y un endemoniado mudo), pero narra realmente cuatro milagros, ya que el primer relato contiene dos. No sigue ninguna escena-comentario, sino que el relato continúa con el tema de la misión, como consecuencia del poder salvador de Jesús.

En el relato de la curación de una hemorroísa y la revivificación de la hija de un magistrado Jesús se revela como vencedor del dolor y de la muerte, dos aspectos íntimamente relacionados de la salvación. Mateo abrevia el relato, subrayando el poder de Jesús y la fe de los que acuden a él. El magistrado viene directamente a pedir la revivificación de su hija muerta (en el relato paralelo de Marcos pide la curación de su hija gravemente enferma); Jesús, después de declarar que la muerte es *sueño*, la devuelve a la vida. Ante la hemorroísa se da cuenta desde el primer momento de su presencia y la cura a causa de su fe.

Jesús cura a dos ciegos (9,27-31)

[27]Cuando Jesús se iba de allí, le siguieron dos ciegos gritando: «¡Ten piedad de nosotros, Hijo de David!» [28]Y al llegar a casa, se le acercaron los ciegos, y Jesús les dice: «¿Creéis que puedo hacer eso?» Dícenle: «Sí, Señor.» [29]Entonces les tocó los ojos diciendo: «Hágase en vosotros según vuestra fe.» [30]Y se abrieron sus ojos. Jesús les ordenó severamente: «¡Mirad que nadie lo sepa!» [31]Pero ellos, en cuanto salieron, divulgaron su fama por toda aquella comarca.

El relato sirve para completar la afirmación de que Jesús cumple todas las promesas, que hablan de *ciegos* (Is 29,18; 35,5). Mateo presenta dos ciegos, mínimo para poder dar testimonio. Subraya igual-

mente la importancia de la fe, como aparece en el diálogo central. Así Jesús se revela como Hijo de David, título mesiánico corriente (2 S 7,12-16; Mt 1,1; 12,23 etc), pero ambiguo, por lo que Jesús, huyendo del triunfalismo, pide silencio, actuando como compete al Siervo de Yahvé, cosa que los dos ciegos curados no comprenden.

Curación de un endemoniado mudo (9,32-34) (Lc 11,14-15)

[32]Salían ellos todavía, cuando le presentaron un mudo endemoniado. [33]Y expulsado el demonio, rompió a hablar el mudo. Y la gente, admirada, decía: «Jamás se vio cosa igual en Israel.» [34]Pero los fariseos decían: «Por el Príncipe de los demonios expulsa a los demonios.»

El relato ofrece un ejemplo de curación de mudos, completando la referencia al AT (Is 35,6), igual que la anterior, con la que está íntimamente unida. A la admiración natural del pueblo, capaz de percibir la fuerza natural del signo, se opone la actitud de los fariseos que, con una actitud dogmática, se cierran a los signos, atribuyéndolos al poder del Príncipe de los demonios y sugiriendo así que Jesús es un mago que está al servicio de Satanás. Otra limitación del Señor-Siervo ante la incredulidad. Es un anuncio de la temática que comenzará a desarrollar Mateo en 11,2.

Conclusión- transición (9,35; ver 4,23)

[35]Jesús recorría todas las ciudades y aldeas, enseñando en sus sinagogas, proclamando la Buena Nueva del Reino y sanando toda enfermedad y toda dolencia.

Mateo termina el desarrollo de los dos aspectos del mesianismo de Jesús que ha desarrollado con el mismo sumario de 4,23, con que comenzó: recorre las ciudades y los pueblos haciendo lo mismo que ha descrito en los capítulos 5-9: enseñar (ver Sermón de la Montaña) y curar toda enfermedad y toda dolencia, como acaba de describir.

2.2.3. *Jesús reúne al pueblo escatológico por medio de la misión (Discurso de misión)*

Mateo termina la presentación específica de Jesús como Mesías con el discurso de misión, en el que Jesús se revela como el que tiene la pretensión de ser el enviado definitivo con la tarea de congregar al pueblo escatológico. Para ello se sirve de la cooperación de sus discípulos-apóstoles, por los que sigue actuando en todos los tiempos y lugares. El lector ya conoce en parte a los enviados, pues Mateo ya ha narrado la vocación de los primeros discípulos (4,18-22), ha presentado un numeroso grupo de seguidores como oyentes del Sermón de la Montaña y testigos de sus signos. Continúa ahora esta temática narrando cómo, de entre todos sus seguidores oyentes y testigos, Jesús elige y envía a Doce para que sean servidores de esta palabra y de los signos del Reino. Para ello los capacita con el mismo «poder» que él ha manifestado en sus enseñanzas y signos. Dada esta finalidad, Mateo subraya en el discurso la necesidad de que el enviado transparente a Jesús, y no sea pantalla entre él y el pueblo. Por ello insiste en el tema de la identidad entre Jesús y su apóstol: ambos son *enviados* (15,24 y 10,5a.40), ambos poseen el poder de *sanar toda enfermedad y toda dolencia* (4,23; 9,35 y 10,1), ambos predican el mismo mensaje (4,17 y 10,7), en el mismo campo inmediato de acción (15,24 y 10,5-6), y comparten el mismo destino (26-27 y 10,16-18.24s). Tal como aparece en Mateo, este discurso es una composición del evangelista a base de tradiciones sobre Jesús que otros evangelistas presentan en diversos lugares y que Mateo reelabora, de forma que, partiendo de la situación histórica de los Doce en Galilea, se abre en el tiempo y en espacio, proyectando estas enseñanzas sobre la situación de su propio tiempo.

El conjunto consta de una introducción (9,35-10,5a), del discurso (10,5b-42) y de una conclusión (11,1).

Introducción (9,36-10,5a)
(Mc 6,34; 3,14-15; Lc 9,1)

36Y al ver a la muchedumbre, sintió compasión de ella, porque estaban vejados y abatidos como ovejas que no tienen pastor. 37Entonces dice a sus discípulos: «La mies es mucha y los obreros pocos.
38Rogad, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies.»

10 [1]Y llamando a sus doce discípulos, les dio poder sobre los espíritus inmundos para expulsarlos, y para curar toda enfermedad y toda dolencia.

[2]Los nombres de los doce apóstoles son éstos: primero Simón, llamado Pedro, y su hermano Andrés; Santiago el de Zebedeo y su hermano Juan; [3]Felipe y Bartolomé; Tomás y Mateo el publicano; Santiago el de Alfeo y Tadeo; [4]Simón el Cananeo y Judas el Iscariote, el que lo entregó. [5]A estos doce envió Jesús, después de darles estas instrucciones:

La introducción del discurso enlaza con el sumario-transición anterior (9,35: Jesús recorría ciudades y aldeas enseñando y curando), donde se presenta a Jesús como misionero itinerante. La misión de los enviados está enraizada en la propia misión de Jesús. Los versículos siguientes concretan el origen del apostolado en Jesús, Buen Pastor, y en el envío del Padre por medio de Jesús. Por una parte, en el comienzo está Jesús, Buen Pastor (9,36), que ve la situación del pueblo y tiene compasión de él, porque está como ovejas sin pastor (ver Nm 27,l7), sin responsables que los reúna y gobierne desinteresadamente, buscando sólo su bien. La misericordia de Jesús está en el origen y debe animar a todos los enviados. Por otra parte, es necesario pedir al Padre ser enviado, porque la mies es suya y solo él puede enviar a trabajar en su campo. Decir mies implica que ya ha llegado el tiempo de la cosecha, el cumplimiento de las promesas y el comienzo del Reino por la obra de Jesús. Urge trabajar en la siega de la mies, pues son pocos los que se entregan a esta tarea, por lo que hay que pedir al Padre que envíe los trabajadores necesarios (9,37). Y como la misericordia es afectiva y efectiva, enseguida pasa a la acción, enviando trabajadores en el nombre del Padre (10,1-5a). Llama a Doce, número simbólico que evoca a las doce tribus de Israel, con lo que Jesús sugiere que la suya es la última llamada de Dios que convoca a su pueblo. Hablando estrictamente, Jesús no crea la Iglesia, *ekklesía* (literalmente “convocatoria”). Las convocatorias las ha hecho Dios a lo largo de la Historia de la Salvación, convocando a Israel por medio de los profetas, para que se convierta en su pueblo y produzca los frutos adecuados. Ahora lo hace por medio de su Hijo, Jesús (ver 21,33-45). Más adelante Jesús convertirá a los Doce en apóstoles o «enviados» cualificados suyos para continuar en su nombre su tarea (28,18-20). Aquí

ya aparece el grupo como Doce-Apóstoles; Mateo subraya además que son «discípulos», ya que el discipulado es la base que sustenta las otras dos tareas. Una vez llamados, los capacita «*para curar toda enfermedad y toda dolencia*»: emplea la misma frase aplicada antes a Jesús (4,23; 9,35) para subrayar que comparten su poder. A continuación ofrece la lista de los Doce, haciendo notar que Simón es *Pedro* y *el primero*. Aquí «primero» tiene un relieve especial; no es un mero ordinal, pues no sigue adjudicando a cada uno de los siguientes el correspondiente número de orden. Finalmente a éstos los envía, dándoles instrucciones concretas. Jesús, pues, es el protagonista que actúa en nombre del Padre, dueño de la mies: llama, capacita, envía, da instrucciones. Sigue el discurso, que consta de dos grandes códigos: código del enviado (10,5b-16) y código del perseguido (10,17-39), y de una invitación a recibir a los enviados (10,40-42).

Código del enviado (10,5b-15)
(Mc 6,8-11; Lc 9,3-5; 10,4-5.7.12)

[5b]«No toméis camino de gentiles ni entréis en ciudad de samari-
tanos; [6]dirigíos más bien a las ovejas perdidas de la casa de Israel.
[7]Id proclamando que el Reino de los Cielos está cerca. [8]Curad enfer-
mos, resucitad muertos, purificad leprosos, expulsad demonios.
Gratis lo recibisteis; dadlo gratis. [9]No os procuréis oro, ni plata, ni
cobre en vuestras fajas; [10]ni alforja para el camino, ni dos túnicas,
ni sandalias, ni bastón; porque el obrero merece su sustento.
[11]En la ciudad o pueblo en que entréis, informaos de quién hay
en él digno, y quedaos allí hasta que salgáis. [12]Al entrar en la casa,
saludadla. [13]Si la casa es digna, llegue a ella vuestra paz; mas si no
es digna, vuestra paz se vuelva a vosotros. [14]Y si no se os recibe ni
se escuchan vuestras palabras, al salir de la casa o de la ciudad
aquella sacudíos el polvo de vuestros pies. [15]Yo os aseguro: el día del
Juicio habrá menos rigor para la tierra de Sodoma y Gomorra que
para aquella ciudad».

La primera consigna es que sólo han de ir a Israel (10,5b-6). Cuando Mateo escribe, ya no se observa esta orden, pues se predica a todas las gentes (28,19), fuera de Israel, a judíos y gentiles, pero la recuerda Mateo por varias razones: primero para partir en estas ins-

trucciones del recuerdo de la misión histórica de los Doce por Galilea, en que se observó esta prohibición; después para subrayar el tema de la identidad con Jesús: antes se dijo que Jesús los capacitó con su poder (10,1), ahora que tienen el mismo campo de acción (ver 15,24), y finalmente para sugerir el motivo de la incredulidad del pueblo judío, que rechaza el mensaje a pesar de haber sido los primeros destinatarios de la misión de Jesús y de los Doce.

Como Jesús, han de proclamar con palabras y obras, idea que se expresa subrayando de nuevo el tema de la identidad: han de decir las mismas palabras de Jesús (ver 4,17) y realizar las mismas obras (ver 8,1-9,35; 11,25). Además, puesto que esta capacidad de hablar y actuar la han recibido gratuitamente, han de ejercerla gratuitamente, como expresión de la gratuidad del Reino (10,7-8).

Enlazando con esta idea, continúa Jesús observando que han de actuar con plena disponibilidad a la misión, idea que se presenta con categorías de plena austeridad (10,9-10): su preocupación debe ser la tarea encomendada, no de qué vivir: «no os procuréis», es decir, no os esforcéis por obtener ningún tipo de moneda, ni de oro, ni de plata, ni de cobre, para llevar en los bolsillos de la faja, ni alforja ni túnica ni sandalia ni bastón (se exige más que en la versión de Mc 6,8, que permite bastón y sandalia). A sus necesidades deben subvenir los beneficiarios con la hospitalidad, pues el obrero merece su sustento. Pero sin abusar de la hospitalidad («quedaos allí hasta que salgáis», 10,11b): van a servir a la misión, no a servirse de ella. Posiblemente se censura la praxis de algunos misioneros itinerantes, atestiguada en la Didajé, que pasaban de casa en casa buscando mayores comodidades.

En su tarea han de ser portadores de la paz mesiánica (10,11-13; ver 5,9: «bienaventurados los que trabajan por la paz»). Ahora bien, han de ofrecer la paz a los que sean «dignos» (10,11a) y estén dispuestos a recibirla, es decir, a los pecadores, sin echar las perlas a los cerdos (ver 7,6). A partir del saludo, todo debe estar al servicio de la paz (10,12), que será recibida o no por el destinatario según su disposición, si es «digno» o no (10,13). Si son rechazados, esta acción tendrá consecuencias escatológicas, peores que las que esperan a Sodoma y Gomorra, ciudades pecadoras por antonomasia, pues están rechazando a los portadores de la palabra que contiene la salvación de Dios (10,14-15: en Mateo el Reino, además de una realidad

salvadora dinámica, es objeto de enseñanza, en cuanto que la palabra contiene este dinamismo). Ante esta situación, deben sacudir el polvo de los pies (lo hacen los judíos cuando abandonan un territorio pagano), considerando así a los que rechazan la palabra como paganos (comparemos esto con la praxis de Pablo, quien declara que él ha hecho lo que estaba de su parte y que los que rechazan la palabra son responsables: Hch 13,51; 16,6).

Código del perseguido

En este código se ensancha el horizonte más allá de la pacífica misión de los Doce por Galilea y se anuncian persecuciones futuras, ante las que no hay que temer; éstas son una consecuencia natural del Evangelio del Reino y exigen seguir a Jesús como primer valor.

Predicción de persecuciones (10,16-25)
(Lc 10,3; 21,11-12-19; Mc 13,9-13)

**[16]«Mirad que yo os envío como ovejas en medio de lobos. Sed,
pues, prudentes como las serpientes, y sencillos como las palomas.
[17]Guardaos de los hombres, porque os entregarán a los tribunales y
os azotarán en sus sinagogas; [18]y por mi causa seréis llevados ante
gobernadores y reyes, para que deis testimonio ante ellos y ante los
gentiles. [19]Mas cuando os entreguen, no os preocupéis de cómo o
qué vais a hablar. Lo que tengáis que hablar se os comunicará en
aquel momento. [20]Porque no seréis vosotros los que hablaréis, sino
el Espíritu de vuestro Padre el que hablará en vosotros.**

**[21]Entregará a la muerte hermano a hermano y padre a hijo; se
levantarán hijos contra padres y los matarán. [22]Y seréis odiados de
todos por causa de mi nombre; pero el que persevere hasta el fin,
ése se salvará.**

**[23]Cuando os persigan en una ciudad huid a otra, y si también en
ésta os persiguen, marchaos a otra. Yo os aseguro: no acabaréis de
recorrer las ciudades de Israel antes que venga el Hijo del hombre.**

**[24]No está el discípulo por encima del maestro, ni el siervo por
encima de su amo. [25]Ya le basta al discípulo ser como su maestro, y
al siervo como su amo. Si al dueño de la casa le han llamado
Beelzebul, ¡cuánto más a sus domésticos!».**

El primer versículo (10,16) sirve de conclusión al tema anterior y de transición al nuevo: Jesús es el que envía (10,16a: inclusión con 10,5a), pero envía a débiles en una situación peligrosa: ovejas en medio de lobos (10,16b). Por ello han de ser prudentes como serpientes (la serpiente agrícola, que no ataca si no es atacada, asumiendo peligros innecesarios), pero sin caer en la astucia; por ello deben ser sencillos como palomas (10,16c), conscientes de las dificultades con realismo, pisando tierra y con rectitud de intención.

La persecución será una característica inseparable de la misión. Hay que saber afrontarla, teniendo las disposiciones necesarias (10,17-39). Se introduce el tema con una invitación al realismo, evitando ilusiones vanas: «guardaos de los hombres» (10,17a). A continuación se presenta el hecho de la persecución (10,17b-18) con una descripción que sobrepasa el horizonte de la primera misión por Galilea. Mateo piensa en las dificultades de la Iglesia de su tiempo, en la que los judíos tienen la iniciativa de la persecución (sanedrines, «sus» sinagogas, que sugiere separación entre comunidad cristiana y judaísmo); los judíos entregan a la autoridad civil (gobernadores, reyes) y a los gentiles. El testimonio será el momento central, y el apóstol contará con la ayuda del Espíritu de su Padre (10,19-20). En esta situación es necesario perseverar hasta el final en medio de las dificultades, a veces extremas y dolorosas (hermanos contra hermanos, padres contra hijos), dejándose detener o huyendo de ciudad en ciudad (10,21-23: ideas en tensión, procedimiento típico de Mateo), según convenga. La frase «no acabaréis de recorrer las ciudades de Israel antes que venga el Hijo del hombre» es oscura; posiblemente se refiere a la ruina de Jerusalén del año 70, acontecimiento interpretado como una *visita* de Dios a su pueblo infiel (ver 16,28). Todo esto no es más que compartir el destino de Jesús, que fue perseguido y calumniado (10,24-25).

Hablar francamente y sin temor (10,26-33)
(Lc 12,2-9; 9,26; Mc 4,22; 8,38)

26«No les tengáis miedo. Pues no hay nada encubierto que no haya de ser descubierto, ni oculto que no haya de saberse. 27Lo que yo os digo en la oscuridad, decidlo vosotros a la luz; y lo que oís al oído, proclamadlo desde los terrados.

[28]Y no temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed más bien al que puede llevar a la perdición alma y cuerpo en la gehenna. [29]¿No se venden dos pajarillos por un as? Pues bien, ni uno de ellos caerá en tierra sin el consentimiento de vuestro Padre. [30]En cuanto a vosotros, hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. [31]No temáis, pues; vosotros valéis más que muchos pajarillos.

[32]Por todo aquel que se declare por mí ante los hombres, yo también me declararé por él ante mi Padre que está en los cielos; [33]pero a quien me niegue ante los hombres, le negaré yo también ante mi Padre que está en los cielos».

Ante las dificultades, los apóstoles no han de temer. Se dan cuatro razones, en las que sobresale el motivo del Padre (10,26-33): (1) porque Dios quiere el testimonio: es su ley que todo lo que ahora Jesús anuncia en un rincón de Galilea, se publique en los tejados, a todo el mundo (10,26-27, ver Lc 12,2-3; Mc 1,34); (2) porque hay que temer más a Dios, que puede dar la muerte eterna, que a los hombres, que solo pueden dar la muerte temporal (10,28); (3) porque los acompaña la Providencia del Padre, que, si cuida de lo pequeño (un as era una de las monedas más pequeñas, equivalente a la décimosexta parte de un denario), con más razón cuidará de sus enviados (10,29-31); y (4) porque se juegan el testimonio de Jesús a la luz de la ley del talión, pues dará testimonio en el cielo en favor de los que den testimonio por él en la tierra (10,32-33; ver Hch 7,56).

Jesús, señal de contradicción (10,34-36) (Lc 12,51-53)

[34]«No penséis que he venido a traer paz a la tierra. No he venido a traer paz, sino espada. [35]Sí, he venido a enfrentar al hombre *con su padre, a la hija con su madre, a la nuera con su suegra;* [36] y *enemigos de cada cual son los de su casa*».

Las dificultades son una consecuencia propia del Evangelio, que es espada, ante la que reaccionarán los hombres (10,34-36). Jesús no ha venido a traer paz-tranquilidad, sino espada; será signo de contra-

dicción (10,34). El término 'paz' significa primariamente «armonía» en un conjunto (5,9); como consecuencia, existe tranquilidad en ese conjunto: sentido secundario, que es el que tiene aquí. Por ello, el discípulo encontrará dificultades incluso entre los más allegados. La frase es una cita de Mi 7,6 (10,35-36).

Renunciarse para seguir a Jesús (10,37-39)
(Lc 14,26-27; 9,23-24; 17,33; Mc 8,34-35; Jn 12,25)

37«**El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno**
de mí; el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de
mí. 38**El que no toma su cruz y me sigue detrás no es digno de mí.**
39**El que encuentre su vida, la perderá; y el que pierda su vida por**
mí, la encontrará».

Para superar las dificultades, Jesús tiene que ser el primer valor efectivo (10,37-39). En caso de colisión de valores, el evangelio exige sacrificarlo todo a Jesús para ser digno de él (ver 16,24-27).

Acoger a los enviados (10,40-42)
(Mc 9,37.41; Lc 9,48; 10,16; Jn 12,44-45; 13,20)

40«**Quien a vosotros recibe, a mí me recibe, y quien me recibe a**
mí, recibe a Aquel que me ha enviado. 41**Quien reciba a un profeta**
por ser profeta, recompensa de profeta recibirá, y quien reciba a un
justo por ser justo, recompensa de justo recibirá. 42**Y todo aquel que**
dé de beber un vaso de agua fresca a uno de estos pequeños, por ser
discípulo, os aseguro que no perderá su recompensa».

El final del discurso está dirigido a los que han de recibir a los apóstoles, invitándoles a acogerlos de forma correcta. Recibir a los apóstoles es recibir a Jesús, que los envía, y al Padre, que envía a Jesús (10,40). El que recibe a un enviado como profeta o como «justo» (es decir, consagrado a hacer la voluntad de Dios y, por ello, realizador de una misión) compartirá su premio (10,41). Y en general, todo lo que se dé al más pequeño de los enviados no quedará sin recompensa (10,42).

Conclusión-transición

11 [1]**Y sucedió que, cuando acabó Jesús de dar instrucciones a sus doce discípulos, partió de allí para enseñar y predicar en sus ciudades.**

Después de la fórmula habitual de Mateo para terminar los discursos, se esperaría que se mencionase la partida de los Doce y más adelante su regreso, como en Mc 6,12.30, pero, en su lugar, se dice que Jesús sigue enseñando y predicando en sus ciudades. Realmente por medio de los enviados es el mismo Jesús el que predica y enseña. La expresión «sus ciudades» sugiere de nuevo que, cuando Mateo escribe, ya existe cierta separación entre la Iglesia y la Sinagoga.

CAPÍTULO 2

JESÚS, MESÍAS RECHAZADO POR EL PUEBLO JUDÍO (11,2 – 13,58)

Después de afirmar que Jesús es el Mesías prometido, continúa Mateo describiendo las respuestas que obtuvo de sus oyentes, negativas en su mayor parte. Ahora se centra en las negativas en dos pasos, primero (1) presenta un abanico de respuestas, en las que predominan las negativas (11,2-12,50) y después (2) ofrecerá una reflexión sobre la incredulidad y sobre la postura que tienen que adoptar los discípulos ante ella (13,1-52). Finalmente presentará a modo de conclusión (3) el rechazo de Nazaret, como prototipo de la respuesta del pueblo judío (13,53-58).

1. Hechos: abanico de hechos que presentan las diversas reacciones ante Jesús

El rechazo de Jesús por parte de la mayor parte del pueblo judío preocupó mucho a la Iglesia primitiva, que tuvo dificultades ante este tipo de mesianismo, aparentemente contrario a las promesas y totalmente diferente del que de hecho esperaba el pueblo judío (ver Rm 9,30ss; 1 Co 1,22-25). Mateo reúne una serie de tradiciones, las reelabora y ofrece con ellas una serie de hechos que tipifican las diversas respuestas. El conjunto está dispuesto con lógica semita en tres bloques: en el primero aparece el tipo del que se encuentra desorientado ante un mesianismo en la debilidad, tipificado en Juan Bautista; el que pone excusas, el que es incrédulo y, en contraste, la postura de los *pequeños* (los discípulos; 11,2-30). En el segundo se profundiza, haciendo ver que los fariseos, debido a su legalismo, chocan con

Jesús y deciden darle muerte (12,1-21). Finalmente, en el tercero, se insiste en la causa de este comportamiento: proceden así porque tienen un corazón malo y se cierran al Espíritu; por ello es necesario hacer la voluntad del Padre para formar parte de la familia de Jesús y ser su discípulo (12,42-45).

Pregunta del Bautista y testimonio de Jesús (11,2-15) (Lc 7,18-28)

**[2]Juan, que en la cárcel había oído hablar de las obras de Cristo,
envió a sus discípulos a decirle: [3]«¿Eres tú el que ha de venir, o
debemos esperar a otro?» [4]Jesús les respondió: «Id y contad a Juan
lo que oís y veis: [5]los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos que-
dan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a
los pobres la Buena Nueva; [6]¡y dichoso aquel que no halle escánda-
lo en mí!».**

**[7]Cuando éstos se marchaban, se puso Jesús a hablar de Juan a
la gente: «¿Qué salisteis a ver en el desierto? ¿Una caña agitada por
el viento? [8]¿Qué salisteis a ver, si no? ¿Un hombre elegantemente
vestido? Mirad, los que visten con elegancia están en los palacios de
los reyes. [9]Entonces, ¿a qué salisteis? ¿A ver un profeta? Sí, os digo,
y más que un profeta. [10]Éste es de quien está escrito:**

He aquí que yo envío mi mensajero delante de ti,
***que preparará tu camino por delante de ti*.**

**[11]En verdad os digo que no ha surgido entre los nacidos de
mujer uno mayor que Juan el Bautista; sin embargo, el más peque-
ño en el Reino de los Cielos es mayor que él. [12]Desde los días de
Juan el Bautista hasta ahora, el Reino de los Cielos sufre violencia,
y los violentos lo arrebatan. [13]Pues todos los profetas, lo mismo que
la Ley, hasta Juan profetizaron. [14]Y, si queréis admitirlo, él es Elías,
el que iba a venir. [15]El que tenga oídos, que oiga».**

Mateo recoge tres tradiciones sobre Juan Bautista, dos de las cuales aparecen aquí. En la primera (11,2-6), la embajada de Juan Bautista (11,2-6), aparece éste desconcertado. La acción de Jesús en la línea humilde del Siervo de Yahvé no corresponde al tipo de Mesías triunfalista y justiciero que espera (ver 3,10-12) y, desde la cárcel, envía a

preguntar si él es «el que ha de venir». Jesús responde en clave, invitando a juzgar sus obras a la luz de la Escritura: implícitamente responde que es el Mesías porque realiza obras libertadoras, dirigidas en especial a los pobres (ver Is 26,19; 35,5s; 61,1s.) Es el tema que Mateo ha explicitado anteriormente, mostrando que Jesús evangeliza a los pobres (5-7) y es el Siervo-Salvador (8,1-9,35). Termina con una invitación exigente a aceptar esta actuación mesiánica en la debilidad: «dichoso aquel que no halle escándalo en mí». El camino de Jesús puede ser motivo de escándalo incluso para el Bautista, pero así hay que aceptarlo.

A propósito de esta respuesta, Mateo continúa con un testimonio de Jesús sobre el Bautista (11,7-15), en el que reconoce la obra profética de Juan al servicio del Reino de Dios, realizada con voluntad firme (¡no fue una caña!) frente a los poderosos. Fue el mayor de los profetas y su obra ha servido objetivamente de preparación para la suya, de acuerdo con la Escritura (Ex 23,20 y Mal 3,1). Sin embargo, el menor en el Reino de los Cielos es mayor que él. Lo explica la sentencia final (11,12-13), que identifica a Juan con el Elías, precursor que tenía que venir (ver Ml 3,1.23; Mt 17,10-13), siendo por ello el mayor de todos los profetas. Esto significa que el Reino de los Cielos ya es una realidad presente que empuja por abrirse paso, aunque sufre muchas resistencias. No se enjuicia la grandeza personal del Precursor, sino que se comparan dos estadios de la revelación de Dios a los hombres. La frase «sufre violencia, y los violentos lo arrebatan» se presta a diversas interpretaciones, pues hay dos palabras que admiten varias traducciones: *biázetai:* "padece violencia" o "irrumpe con fuerza"; *harpázousin*: "arrebatan": "se hacen con él" o "lo quitan de en medio". A la luz de todo el contexto, la interpretación más adecuada es probablemente que, como se indica más arriba, el Reino ya irrumpe con fuerza y hombres violentos lo quieren quitar de en medio. Termina Jesús invitando a entender quien haya recibido el don de entender.

Jesús juzga a su generación (11,16-19)

[16]«¿Pero, con quién compararé a esta generación? Se parece a los chiquillos que, sentados en las plazas, se gritan unos a otros diciendo:

[17]“Os hemos tocado la flauta,
y no habéis bailado,
os hemos entonado endechas,
y no os habéis lamentado.”

[18]Porque vino Juan, que ni comía ni bebía, y dicen: “Demonio tiene”. [19]Vino el Hijo del hombre, que come y bebe, y dicen: “Ahí tenéis un comilón y un borracho, amigo de publicanos y pecadores”. Y la Sabiduría se ha acreditado por sus obras».

La tercera tradición sobre Juan sirve a Mateo para presentar otro tipo de reacción ante la proclamación de Jesús: poner excusas, buscando pegas a todo lo que dice para evitar responder. Así revelan su mala voluntad, pero al final quedará claro que Dios ha obrado sabiamente con este tipo de actuación, la de Juan y la de Jesús, y la mala voluntad de ellos. Se alude a dos tipos de juegos infantiles, uno de tipo alegre, jugar a bodas, y otro de tipo triste, jugar a funerales, ambos rechazados por niños caprichosos, y se aplica a los dos modos diferentes de actuación de Juan y Jesús: Juan fue asceta extremado, aislado de la convivencia humana y fue rechazado como endemoniado; Jesús gustaba de compartir la vida con los hombres, sin excluir a pecadores, y fue rechazado como comilón y borracho.

¡Ay de las ciudades impenitentes! (11,20-24) (Lc 10,13-15)

[20]Entonces se puso a maldecir a las ciudades en las que se habían realizado la mayoría de sus milagros, porque no se habían convertido:
[21]«¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que se han hecho en vosotras, tiempo ha que en sayal y ceniza se habrían convertido. [22]Por
eso os digo que el día del Juicio habrá menos rigor para Tiro y Sidón que para vosotras. [23]Y tú, Cafarnaún, ¿hasta el cielo te vas a
encumbrar? *¡Hasta el Hades te hundirás!* Porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que se han hecho en ti, aún subsistiría el día de hoy. [24]Por eso os digo que el día del Juicio habrá menos
rigor para la tierra de Sodoma que para ti».

Un último tipo de respuesta es la incredulidad, debida a una postura orgullosa ante la revelación de Jesús, a pesar de estar acreditada por muchos signos, capaces de provocar la conversión incluso de los paganos pervertidos, tipificados en las ciudades de Tiro, Sidón y Sodoma. Por ello, los que se cierran al mensaje de Jesús deberán dar cuenta de esta incredulidad en el día del juicio. Corazín y Betsaida son dos ciudades situadas en la ribera septentrional del lago de Galilea, la primera identificada hoy con las ruinas de Jirbet Kerasath y la segunda, en la orilla oriental del Jordán, con Et-Tell. Tiro y Sidón son dos ciudades fenicias en la costa mediterránea, célebres por sus riquezas y orgullo (ver Is 23,1-14; Ez 26-28).

El Evangelio revelado a los sencillos. El Padre y el Hijo (11,25-30) (Lc 10,21-22)

25 En aquel tiempo, tomando Jesús la palabra, dijo: «Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños. 26 Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito. 27 Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce nadie sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar.

28 Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os daré descanso. 29 Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; ***y hallaréis descanso para vuestras almas.*** **30 Porque mi yugo es suave y mi carga ligera».**

Esta declaración solemne de Jesús da la clave para comprender posturas positivas y negativas ante su revelación: el Padre sólo se revela a los pequeños, rechazando a los soberbios. En contexto de oración, Jesús alaba a su Padre y Señor por su plan de revelación, en que libremente ha dispuesto darse a conocer a «pequeños», no a «sabios e inteligentes». Esta revelación la está llevando a cabo Jesús, el único que lo puede hacer. Y lo explica: el Padre se lo ha entregado todo y, como consecuencia, sólo él conoce al Padre, lo mismo que sólo el Padre lo conoce él. Pues bien, Jesús se lo está revelando a pequeños, a gente sencilla, que son los únicos que están respondiendo (ver 19,14). El pequeño grupo de los discípulos acoge a Jesús, mientras que el mundo del poder religioso, cultural y económico lo rechaza.

Continúa Jesús invitando a recibir la revelación de la paternidad con sus implicaciones. Se dirige a los «fatigados y sobrecargados» por la enseñanza farisea en que han sido educados, que implica mucho formalismo y que no está centrada en la paternidad de Dios. Para Jesús, Dios Padre pide una respuesta, que ha de ser básicamente filial, libre y por amor, como la suya. Por ello hay que tomar el «yugo» de Jesús. Yugo es una imagen que implica sujeción y trabajo al servicio de otro. El discípulo ha de hacer la voluntad de Dios como Jesús, que es manso y humilde corazón (ver segunda y primera bienaventuranza), es decir, que actúa siempre dependiendo y confiando en el Padre, incluso en las situaciones violentas. Así, en este contexto filial, la vida religiosa será una carga ligera y un yugo suave, puesto que será un esfuerzo que se hace suave por el amor.

Las espigas arrancadas en sábado (12,1-8)
(Mc 2,23-28; Lc 6,1-5)

12 [1]En aquel tiempo cruzaba Jesús un sábado por los sembra-
dos. Y sus discípulos sintieron hambre y se pusieron a arran-
car espigas y a comerlas. [2]Al verlo los fariseos, le dijeron: «Mira, tus
discípulos hacen lo que no es lícito hacer en sábado.» [3]Pero él les
dijo: «¿No habéis leído lo que hizo David cuando sintió hambre él y
los que le acompañaban, [4]cómo entró en la Casa de Dios y comieron
los panes de la Presencia, que no le era lícito comer a él, ni a sus
compañeros, sino sólo a los sacerdotes? [5]¿Tampoco habéis leído en
la Ley que en día de sábado los sacerdotes, en el Templo, quebran-
tan el sábado sin incurrir en culpa? [6]Pues yo os digo que hay aquí
algo mayor que el Templo. [7]Si hubieseis comprendido lo que signi-
fica ***Misericordia quiero, que no sacrificio,*** **no condenaríais a los que**
no tienen culpa. [8]Porque el Hijo del hombre es señor del sábado».

La perícopa da comienzo al segundo ciclo (12,1-21), en el que Mateo profundiza presentando el legalismo de los fariseos como causa del rechazo de Jesús y de la decisión de acabar con él. Dos relatos presentan sendas controversias a propósito del sábado.

La primera está motivada por los discípulos que arrancan y comen espigas en sábado. Los fariseos se dirigen a Jesús como maestro responsable de la conducta de sus «discípulos», que recogen espigas en

sábado, haciendo «lo que no es lícito». Coger espigas maduras con la mano en un sembrado ajeno estaba permitido (Dt 23,26), pero lo que aquí condenan los fariseos es que se haga en sábado. Ex 34,21 prohíbe segar en sábado, pero una casuística minuciosa interpretaba el arrancar unas cuantas espigas para comérselas como segar. Jesús responde con dos ejemplos bíblicos en los que no se actúa de acuerdo con lo que «es lícito», de los que saca una consecuencia y una conclusión. El primer ejemplo se refiere al episodio narrado en 1 S 21,2-7, en que David, huyendo de Saúl, llegó a Nob y allí pidió al sacerdote Ajimélec cinco panes, y éste, ante la necesidad urgente, le dio panes de la Presencia (ver Lv 24,5-9), que se colocaban en el altar de oro ante Dios y sólo era lícito comer a los sacerdotes. El segundo ejemplo alude al trabajo de los sacerdotes en el Templo en sábado, praxis autorizada por la Ley (Lv 24,8; Nm 28,9). A este propósito Jesús hace una declaración solemne para justificar su interpretación del sábado: Él es «mayor que el Templo» (ver más adelante 12, 41-42), y por ello su interpretación es legítima. Y añade una consecuencia: la misericordia está por encima del sacrificio (Os 6,6). Se trata de un argumento *ad hominem* ante los fariseos. Los rabinos solían recurrir a Os 6,6 para justificar la limosna en lugar de un sacrificio en el Templo, después de la destrucción del Templo en el año 70. Jesús les da la razón. Deben de ser consecuentes e interpretar la Ley a la luz del primado de la misericordia. La conclusión final es que el Hijo del hombre es señor del sábado, en cuanto es el intérprete auténtico del mismo, enviado y autorizado por Dios (ver 5, 17; 15,1-7; 19,1-9).

Curación del hombre de la mano paralizada (12,9-14) (Mc 3,1-6; Lc 6,6-11)

**9Se fue de allí y entró en su sinagoga. 10Había allí un hombre que
tenía una mano seca. Y le preguntaron si era lícito curar en sábado, para poder acusarle. 11Él les dijo: «¿Quién de vosotros que tenga
una sola oveja, si ésta cae en un hoyo en sábado, no la agarra y la
saca? 12Pues, ¡cuánto más vale un hombre que una oveja! Por tanto,
es lícito hacer bien en sábado.» 13Entonces dice al hombre: «Extiende tu mano.» Él la extendió, y quedó restablecida, sana como la
otra. 14Pero los fariseos, en cuanto salieron, se confabularon contra
él para eliminarle.**

La segunda controversia sobre el sábado está ocasionada por una curación. Tiene lugar en una sinagoga, en la que había un hombre con una «mano seca», es decir, tullida, paralítica. Preguntan a Jesús si era lícito curar en sábado para poder acusarle ante el tribunal religioso. No se dice quiénes preguntan, pero por el contexto (ver 12,4.14) se deduce fácilmente que son los fariseos. Estaba permitido curar en sábado en caso de extrema gravedad, pero no en un caso ordinario. Jesús responde afirmativamente, incluso en un caso ordinario, y lo deduce *a fortiori* de otro caso ordinario relativo a animales: todos aceptan que se puede sacar una oveja que cae en un hoyo en sábado. Pues un hombre vale más que una oveja. Y confirma su interpretación curando al hombre.

Ante esto, cuando salieron de la sinagoga, los fariseos se pusieron de acuerdo para eliminar a Jesús. A partir de este momento irá creciendo la oposición hasta conseguir acabar con él.

Jesús es el «Siervo de Yahvé» (12,15-21)

15Jesús, al saberlo, se retiró de allí. Le siguieron muchos y los
curó a todos. 16Y les mandó enérgicamente que no le descubrieran;
17para que se cumpliera lo dicho por el profeta Isaías:

18He aquí mi Siervo, a quien elegí,
mi Amado, en quien mi alma se complace.
Pondré mi Espíritu sobre él,
y anunciará el juicio a las naciones.
19No disputará ni gritará,
ni oirá nadie en las plazas su voz.
20La caña cascada no la quebrará,
ni apagará la mecha humeante,
hasta que lleve a la victoria el juicio:
21en su nombre pondrán las naciones su esperanza.

Mateo completa este breve ciclo con un sumario y una reflexión sobre lo que significa el rechazo de Jesús. Cuando tiene noticia de la decisión de los fariseos, Jesús se retira de allí. En su *huida* (en Mateo siempre el verbo 'retirarse' aparece en contexto de amenaza) actúa como Mesías, dador de vida (curó a todos los que le seguían), pero

en la humildad y silencio del Señor-Siervo (prohíbe que le diesen a conocer). Todo esto de acuerdo con la Escritura. Cita Is 42,1-4, primer poema del Siervo de Yahvé: el "Elegido y Ungido" con el Espíritu (ver 3,13-17: bautismo) proclama la justicia a las naciones (ver tema del rechazo por parte de gran parte del pueblo judío y, en contraposición, el seguimiento de los gentiles). A todos proclama la salvación de Dios, que es dar vida a todos, salvar «la caña cascada» y «la mecha humeante», y todo ello de forma humilde. Con este comentario Mateo presenta como un grave error la decisión de acabar con Jesús, que actúa de acuerdo con la Escritura y es el Mesías enviado por Dios.

Jesús y Beelzebul (12,22-32)
(Lc 11,14-23; Mc 3,23-30)

[22]Entonces le fue presentado un endemoniado ciego y mudo. Y
le curó, de suerte que el mudo hablaba y veía. [23]Y toda la gente ató-
nita decía: «¿No será éste el Hijo de David?» [24]Mas los fariseos, al
oírlo, dijeron: «Éste no expulsa los demonios más que por Beelzebul, Príncipe de los demonios».

[25]Él, conociendo sus pensamientos, les dijo: «Todo reino dividi-
do contra sí mismo queda asolado, y toda ciudad o casa dividida
contra sí misma no podrá subsistir. [26]Si Satanás expulsa a Satanás,
contra sí mismo está dividido: ¿cómo, pues, va a subsistir su reino?
[27]Y si yo expulso los demonios por Beelzebul, ¿por quién los expul-
san vuestros hijos? Por eso, ellos serán vuestros jueces. [28]Pero si por
el Espíritu de Dios expulso yo los demonios, es que ha llegado a vosotros el Reino de Dios.

[29]¿O cómo puede uno entrar en la casa del fuerte y saquear su ajuar, si no ata primero al fuerte? Entonces podrá saquear su casa.

[30]El que no está conmigo, está contra mí, y el que no recoge conmigo, desparrama.

[31]Por eso os digo: Todo pecado y blasfemia se perdonará a los
hombres, pero la blasfemia contra el Espíritu no será perdonada.
[32]Y al que diga una palabra contra el Hijo del hombre, se le perdonará; pero al que la diga contra el Espíritu Santo, no se le perdonará ni en este mundo ni en el otro».

Comienza aquí un tercer bloque en que se insiste en la causa del comportamiento negativo frente a Jesús: proceden así los que lo rechazan porque tienen un corazón malo y se cierran al Espíritu; por ello es necesario hacer la voluntad del Padre para formar parte de la familia de Jesús y ser su discípulo (12,42-45).

En primer lugar Mateo presenta de nuevo una tradición (ver Mt 9,32-39) que recuerda la interpretación negativa y calumniosa que hacían los fariseos de los exorcismos de Jesús (12,22-32). Jesús realiza un signo: cura un endemoniado ciego y mudo. El signo funciona como tal, induciendo a la gente, atónita, a preguntarse si Jesús es el Mesías, Hijo de David. Pero los fariseos manifiestan su mala voluntad e, intentando apagar el movimiento de fe nacido en el pueblo, dan su propia interpretación: realiza la curación con un poder que le ha dado el jefe de los demonios, Beelzebul. Este nombre se le daba a una divinidad cananea (1 R 1,2) que era considerada príncipe de los demonios. Jesús reconoce sus «pensamientos» malos y se dirige a ellos en tres pasos: primero, negativamente, rechaza la interpretación; después, positivamente, ofrece la auténtica; y finalmente califica el proceder de los fariseos como pecar contra el Espíritu Santo. En primer lugar no tiene sentido decir que Satanás capacita para expulsar a Satanás, luchando contra sí mismo; positivamente el signo significa que él, Jesús, actúa capacitado por el Espíritu de Dios, Espíritu que recibió en la unción mesiánica para traer el Reino de Dios (ver 3,13-17), lo que implica que este Reino ya está llegando. Por ello Jesús es "el más fuerte" que está despojando al «fuerte», Satanás. Con esta imagen se presenta a Satanás como un ladrón que ha robado una serie de bienes y los custodia fuertemente; se refiere a las enfermedades y posesiones diabólicas, que en el AT aparecen vinculadas a Satanás como consecuencia del pecado (Gn 3,16-17; Sb 2,24; Rm 5,12); son sus posesiones, pero los exorcismos demuestran que Jesús es "el más fuerte" y que lo está despojando. Ante esta realidad no valen posturas neutras: hay que estar con Jesús y el Reino de Dios, con todo lo que implica, o contra él. Finalmente Jesús califica la postura de los fariseos: están pecando contra el Espíritu Santo (12,31-32), pecado que consiste en oponerse al dinamismo de la verdad y que no se puede perdonar, porque es cerrarse a la acción del Espíritu que induce a buscar la verdad, la conversión y a pedir el perdón. En tiempos de Jesús la profecía y la verdad eran las acciones más importantes atribuidas al Espíritu Santo, a quien por eso se le solía llamar "Espíritu de profecía".

Las palabras descubren el corazón (12,33-37) (Lc 6,43-45)

[33]«Suponed un árbol bueno, y su fruto será bueno; suponed un árbol malo, y su fruto será malo; porque por el fruto se conoce el árbol. [34]Raza de víboras, ¿cómo podéis vosotros hablar cosas buenas siendo malos? Porque de lo que rebosa el corazón habla la boca. [35]El hombre bueno, del buen tesoro saca cosas buenas, y el hombre malo, del tesoro malo saca cosas malas. [36]Os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres darán cuenta en el día del Juicio. [37]Porque por tus palabras serás declarado justo y por tus palabras serás condenado».

Esta perícopa continúa explicando la razón del proceder calumnioso fariseo: hablan mal porque son malos. Sus palabras son los frutos que revelan el interior. Palabras correctas, buenas, edificantes, son signo de corazón bueno y serán pruebas suficientes para considerar a una persona justa el día del Juicio; al contrario, malas palabras son signos de corazón malo y el hombre será condenado en el juicio. No hay palabra ociosa, pues toda palabra revela el corazón; por eso, deberá dar cuenta el hombre de todo lo que diga.

El signo de Jonás (12,38-42) (Lc 11,29-32; Mc 8,11-12)

[38]Entonces le interpelaron algunos escribas y fariseos: «Maestro, queremos ver un signo hecho por ti.» [39]Mas él les respondió: «¡Generación malvada y adúltera! Un signo pide, y no se le dará otro signo que el signo del profeta Jonás. [40]Porque de la misma manera que Jonás *estuvo en el vientre del cetáceo tres días y tres noches,* así también el Hijo del hombre estará en el seno de la tierra tres días y tres noches. [41]Los ninivitas se levantarán en el Juicio con esta generación y la condenarán; porque ellos se convirtieron por la predicación de Jonás, y aquí hay algo más que Jonás. [42]La reina del Mediodía se levantará en el Juicio con esta generación y la condenará; porque ella vino de los confines de la tierra a oír la sabiduría de Salomón, y aquí hay algo más que Salomón».

Los escribas y fariseos, que acaban de ver el signo de la curación del endemoniado ciego y mudo y lo han rechazado, piden otros signos para creer. Este comportamiento implica que ponen condiciones para creer, sin tener en cuenta que la salvación es gratuita e incondicional. Jesús responde que sólo les será dado el signo de Jonás, es decir, su muerte y resurrección. Mateo ofrece una explicación del signo de Jonás diferente a la que aparece en Lc 11,29-32, según la cual el signo consiste en que Jonás proclamó a los ninivitas la necesidad de la conversión para evitar su destrucción, y éstos creyeron y se convirtieron, sin pedir más explicaciones (esta versión es más primitiva que la de Mateo). Por ello el mundo incrédulo judío será condenado en el día del Juicio por los ninivitas, porque están rechazando al que es «más que Jonás». Igualmente la reina del Mediodía, Etiopía (ver 1 R 10), oyó hablar de la sabiduría de Salomón y vino de los confines de la tierra a oírla. Por ello en el día del Juicio se levantará contra los incrédulos judíos, porque están rechazando al que es «más que Salomón».

Estrategia de Satanás (12,43-45)
(Lc 11,24-26)

43 «Cuando el espíritu inmundo sale del hombre, anda vagando por lugares áridos en busca de reposo, pero no lo encuentra.
44 Entonces dice: "Me volveré a mi casa, de donde salí". Y al llegar la encuentra desocupada, barrida y en orden.
45 Entonces va y toma consigo otros siete espíritus peores que él; entran y se instalan allí, y el final de aquel hombre viene a ser peor que el principio. Así le sucederá también a esta generación malvada».

La parábola recoge creencias populares sobre los demonios, en las que se explican las posesiones diabólicas porque los demonios prefieren vivir dentro de una persona, una casa humana, mejor que en la aridez del desierto, que es su habitat natural. Por ello, si echan a uno de una persona, intentará regresar, lo que le será fácil si la casa sigue vacía. Con todo, para asegurarse, toma consigo otros siete demonios peores que él. La parábola enseña que no basta negativamente quedar libre de Satanás y de pecado, sino que posi-

tivamente hay que llenar la casa, acogiendo la palabra de Jesús, convirtiéndose y llenando la casa de buenas obras. Si no se llega al final del dinamismo, la casa será invadida de nuevo por el mal. Aplicada a «esta generación malvada», el pueblo incrédulo, se le dice que la presencia y obra de Jesús, que es positiva y salvadora de por sí, será negativa para ellos: Jesús está expulsando demonios de las personas como signo de la presencia del Reino de Dios, pero los testigos de estos signos no creen, con lo que la "casa queda vacía", volverán los demonios y al final los beneficiarios acabarán peor que al comienzo (ver 2 P 2,20).

El verdadero parentesco de Jesús (12,46-50)
(Mc 3,31-35; Lc 8,19-21)

**46Todavía estaba hablando a la muchedumbre, cuando su madre
y sus hermanos se presentaron fuera y trataban de hablar con él.
47Alguien le dijo: «¡Oye! ahí fuera están tu madre y tus hermanos
que desean hablarte.»* 48Pero él respondió al que se lo decía:
«¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?» 49Y, extendien-
do su mano hacia sus discípulos, dijo: «Éstos son mi madre y mis
hermanos. 50Pues todo el que cumpla la voluntad de mi Padre de los
cielos, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre».**

V. 47 Se duda de la pertenencia de este versículo al texto. Bien es verdad que está atestiguado por manuscritos importantes, pero otros, también importantes, lo omiten. Por ello algunas ediciones críticas lo incluyen entre paréntesis.

Termina este desarrollo con una invitación a una respuesta positiva, haciendo la voluntad de Dios. Discípulos de Jesús son los que hacen la voluntad del Padre. Éstos forman su familia. Mateo coloca la perícopa sobre la familia de Jesús en un nuevo contexto, mejor que el de Mc 3,31-35, sin connotaciones negativas para la familia de Jesús. Implícitamente se puede entender que María está más unida a Jesús por hacer la voluntad del Padre que por sus lazos de sangre. En el mundo judío es frecuente llamar hermanos no sólo a los hermanos de sangre, sino a todos los miembros del clan familiar y, por extensión, a todos los miembros del pueblo o de un grupo religioso, a pesar de que existan palabras específicas para algunas relaciones

concretas, como primo, *anepsios* (ver Gn 13,8; 29,15; Lv 10,4; 1 Cro 23,22). En este texto tiene un sentido amplio, pues Mt 1,18-25 ha afirmado que Jesús fue concebido virginalmente por obra del Espíritu Santo. Más adelante, en 13,55, dará los nombres de cuatro de ellos: Santiago, Josef (o José), Simón y Judas, de los que los dos primeros aparecen en 27,56 como hijos de una María, distinta de la madre de Jesús.

2. Reflexión sobre la incredulidad. Discurso parabólico

Mateo, buen pedagogo y sistematizador, reúne en este capítulo siete parábolas sobre el Reino de los Cielos, tomadas de diversos lugares de la tradición, y dispone el conjunto en dos bloques, uno en público y otro en privado: 13,1-35 tiene lugar en público y contiene enseñanzas dirigidas al pueblo, que no las comprende; 13,36-52 está dirigido a los discípulos, que, interrogados por Jesús, manifiestan explícitamente que comprenden.

La finalidad del conjunto es ofrecer una reflexión sobre la incredulidad y sobre la postura que el discípulo ha de adoptar ante ella. Con relación a la incredulidad, tipificada en la no comprensión de las parábolas, afirma que, por una parte, la permite Dios, pero que no escapa de su señorío sobre toda la Historia de la Salvación; pero, por otra, la incredulidad básicamente se debe a las malas disposiciones de los oyentes que no quieren comprender. Realmente la parábola es una enseñanza, fácil de por sí, pero ambivalente, porque exige que se pase de la comparación a la enseñanza; ahora bien, esto no es posible cuando no existe simpatía por esa enseñanza en el corazón, cuyo influjo es decisivo en el conocimiento religioso. Así la incredulidad de los oyentes revela un corazón ciego. Los que han recibido la gracia de "entender" deben reconocer el privilegio, cooperar con él y comunicarlo a los demás, superando todo posible desánimo ante la incredulidad, pues Dios es el protagonista del Reino y, a pesar de la pequeñez del presente, la cosecha es segura. La cooperación, finalmente, tiene que estar determinada por dos características: *alegría* por el "tesoro" y la "perla", y *paciencia* ante la presencia de la cizaña en el campo y de peces malos en la red, pues el Hijo del hombre es el único juez que se ha reservado el juicio.

a. En público

Introducción (13,1-3a)
(Mc 4,1-2; Lc 8,4)

13 [1]Aquel día, salió Jesús de casa y se sentó a orillas del mar. [2]Y
se reunió tanta gente junto a él, que hubo de subir a sentar-
se en una barca, y toda la gente quedaba en la ribera. [3]Y les habló
muchas cosas en parábolas.

La primera parte del discurso, dirigida a los discípulos y al pueblo, está centrada en dos ideas: incredulidad del pueblo y protagonismo de Dios en la instauración de su Reino, que, por eso, se realizará plenamente, a pesar de las dificultades del presente. Mateo sitúa el discurso a orillas del mar, donde Jesús está sentado en una barca como maestro frente a un auditorio numeroso. La expresión «salió de casa» no tiene sentido en este contexto, pues inmediatamente antes no se ha dicho que Jesús haya entrado en alguna casa. Posiblemente sea una reminiscencia de Mc 3,20; 4,1, donde sí tiene sentido.

Parábola del sembrador (13,3b-9)
(Mc 4,3-9; Lc 8,5-8)

Decía: «Salió un sembrador a sembrar. [4]Y al sembrar, unas semi-
llas cayeron a lo largo del camino; vinieron las aves y se las comie-
ron. [5]Otras cayeron en pedregal, donde no tenían mucha tierra, y
brotaron enseguida por no tener hondura de tierra; [6]pero en cuan-
to salió el sol se agostaron y, por no tener raíz, se secaron. [7]Otras
cayeron entre abrojos; crecieron los abrojos y las ahogaron. [8]Otras
cayeron en tierra buena y dieron fruto, una ciento, otra sesenta,
otra treinta. [9]El que tenga oídos, que oiga».

La parábola del sembrador alude a una experiencia corriente en los campos de Palestina, generalmente de mala calidad. En ellos siembra un sembrador, consciente de que no todo el grano esparcido va a caer en tierra adecuada, pero que, con todo, el resultado final será satisfactorio, pues habrá cosecha. El texto de Mateo es muy parecido al de Marcos, excepto en la presentación final del fruto: en

Marcos 30, 60, 100 y en Mateo al revés, 100, 60, 30. A la luz de la interpretación alegórica posterior (13,18-23), este cambio quizás signifique que 30 no es el rendimiento normal.

Por qué habla Jesús en parábolas (13,10-17)
(Mc 4,10-12.25; Lc 8,9-10.18)

[10]Y acercándose los discípulos le dijeron: «¿Por qué les hablas en
parábolas?» [11]Él les respondió: «Es que a vosotros se os ha dado
conocer los misterios del Reino de los Cielos, pero a ellos no.
[12]Porque a quien tiene se le dará y le sobrará; pero a quien no tiene,
aun lo que tiene se le quitará. [13]Por eso les hablo en parábolas, por-
que viendo no ven, y oyendo no oyen ni entienden. [14]En ellos se
cumple la profecía de Isaías:

Oír, oiréis, pero no entenderéis,
mirar, miraréis, pero no veréis.
[15]Porque se ha embotado el corazón de este pueblo,
han hecho duros sus oídos, y sus ojos han cerrado;
no sea que vean con sus ojos,
con sus oídos oigan,
con su corazón entiendan y se conviertan,
y yo los sane.

[16]¡Pero dichosos vuestros ojos, porque ven, y vuestros oídos, por-
que oyen! [17]Pues os aseguro que muchos profetas y justos desearon
ver lo que vosotros veis, pero no lo vieron, y oír lo que vosotros oís,
pero no lo oyeron».

Los discípulos preguntan sobre la razón de hablar en parábolas. Lo hacen en público, porque el tema interesa a todos, en cuanto que las parábolas son un medio por el que el hombre puede ver cómo tiene el corazón, la capacidad de entender, o sea, si ha recibido y conserva el don que capacita para «ver y entender».

Jesús ofrece dos respuestas. Mateo da mucha importancia a la primera (13,11-17), que abarca ocho versículos, en lugar de los dos que hay en Marcos. Procede poco a poco. En primer lugar hace una afirmación en la que presenta a Dios como causa última de la fe y de la incredulidad (13,11-12). La fe es un don gratuito de Dios. Es nece-

sario recibir de Dios el don de «entender», algo tan fundamental que el que lo recibe irá creciendo cada vez más («se le dará y le sobrará»), y el que no lo recibe estará cada vez peor. Con ello se afirma que la vida de fe es dinámica, siempre está en movimiento ascendente o descendente. A los creyentes Dios ha dado este «entender» y a los judíos incrédulos no. Esta afirmación parece arbitraria. Si esto es así, ¿son responsables los incrédulos? Sí, responde Jesús, y aduce un hecho y su causa: el hecho consiste en que a los incrédulos las parábolas les resultan enigmas, es decir, no pasan del significante al significado, paso que exige un corazón que simpatice con lo significado, ya que el corazón controla y condiciona el conocimiento. Esto se manifiesta en que «viendo no ven y oyendo no oyen ni entienden» (13,13). La afirmación aparece con palabras tomadas de Is 6,9-10, que a continuación se cita explícitamente, según la traducción griega de los LXX. La causa de todo esto radica en que tienen un corazón «duro», que no quiere «ver ni oír ni entender»; no se quieren salvar. Consiguientemente los culpables son ellos (13,15-15). Mateo, pues, atribuye la incredulidad a Dios, pero matiza la afirmación subrayando la responsabilidad humana.

Termina invitando a la alegría a los discípulos, «porque» han recibido el don de «ver y oír» (13,16-17). Están en posesión de un don que desearon muchos profetas y justos, y han de ser conscientes de ello.

Explicación de la parábola del sembrador (13,18-23) (Mc 4,13-20; Lc 8,11-15)

18«Vosotros, pues, *oíd* la parábola del sembrador. 19Sucede a todo el que oye la palabra del Reino y no la *entiende*, que viene el Maligno y arrebata lo sembrado en su corazón: éste es el que fue sembrado a lo largo del camino. 20El que fue sembrado en pedregal, es el que oye la palabra, y al punto la recibe con alegría; 21pero no tiene raíz en sí mismo, sino que es inconstante y, cuando se presenta una tribulación o persecución por causa de la palabra, sucumbe enseguida. 22El que fue sembrado entre los abrojos, es el que oye la palabra, pero las preocupaciones del mundo y la seducción de las riquezas ahogan la palabra, y queda sin fruto. 23Pero el que fue sembrado en tierra buena, es el que oye la palabra y la entiende: éste sí que da fruto y produce, uno ciento, otro sesenta, otro treinta».

La explicación de la parábola ofrece una segunda respuesta al problema de la incredulidad, subrayando la responsabilidad de cada persona, que acoge la semilla de acuerdo con el tipo de "tierra" que tiene. La explicación es alegórica y atribuye un significado a cada elemento del relato (de por sí la parábola sólo tiene una enseñanza que corresponde globalmente al relato propuesto: tal acontecimiento sugiere tal enseñanza), subrayando las palabras «oír» (13,13.14.15. 16.17.18.19. 20.22.23) y «entender» (13,13.14.15.19.23), que son importantes en la cita de Is 6,9-10.

Comienza invitando a los discípulos a «oír» la parábola. La semilla sembrada a lo largo del camino representa la incredulidad, que se atribuye a Satanás. La semilla en terreno pedregoso representa una religiosidad superficial, que simpatiza en un primer momento, pero que se seca en el momento de la prueba. La semilla entre zarzas remite a la pretensión de los discípulos de servir a Dios y al dinero y vivir las inquietudes de este mundo (ver Mt 6,19-34): la semilla queda infructuosa. Finalmente la semilla sembrada en tierra buena representa el ideal del discípulo, el que «oye, entiende» y obra.

Parábola de la cizaña (13,24-30)

[24]Otra parábola les propuso, diciendo: «El Reino de los Cielos es
semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo.
[25]Pero, mientras su gente dormía, vino su enemigo, sembró encima
cizaña entre el trigo, y se fue. [26]Cuando brotó la hierba y produjo
fruto, apareció entonces también la cizaña. [27]Los siervos del amo se
acercaron a decirle: "Señor, ¿no sembraste semilla buena en tu
campo? ¿Cómo es que tiene cizaña?". [28]Él les contestó: "Algún ene-
migo ha hecho esto". Dícenle los siervos: "¿Quieres, pues, que vaya-
mos a recogerla?". [29]Díceles: "No, no sea que, al recoger la cizaña,
arranquéis a la vez el trigo. [30]Dejad que ambos crezcan juntos hasta
la siega. Y al tiempo de la siega, diré a los segadores: Recoged pri-
mero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla, y el trigo reco-
gedlo en mi granero"».

Es una parábola propia de Mateo. Se narra el hecho de un agricultor que manda sembrar trigo, pero un enemigo suyo sembró encima cizaña. Más tarde aparecen los brotes de ambas semillas. La pre-

gunta de los siervos manifiesta la sorpresa por la presencia y abundancia de la cizaña; es algo imprevisto. El dueño, en su respuesta, atribuye el hecho al enemigo, cuya maldad conoce. Los siervos proponen arrancar la cizaña y esto provoca la respuesta final, que es el centro literario del relato: paciencia; él lo hará al final (13,29-30). El sentido de la parábola, como tal parábola (un sólo término de comparación con una sola enseñanza), es una invitación a la paciencia ante la presencia de los malos en el campo del Reino. Dios se reserva el juicio, ya que sólo él conoce los corazones.

Parábola del grano de mostaza (13,31-32)
(Mc 4,30-32; Lc 13,18-19)

[31]Otra parábola les propuso: «El Reino de los Cielos es semejante a un grano de mostaza que tomó un hombre y lo sembró en su campo. [32]Es ciertamente más pequeña que cualquier semilla, pero cuando crece es mayor que las hortalizas, y se hace árbol, hasta el punto de que las aves del cielo vienen y anidan en sus ramas».

La parábola tiene como finalidad presentar el contraste entre la pequeñez del presente (fracaso aparente de Jesús en el presente y desánimo de los discípulos ante la incredulidad) y la grandeza final del Reino, obra de Dios. En la pequeñez del presente está oculta la grandeza del futuro, y todo ello por un milagro de Dios. Por ello no hay que desanimarse. El judío contemporáneo de Jesús tiene una visión precientífica de la naturaleza y ve en cada semilla que brota un milagro de Dios. La mostaza es la *brossica nigra* de los botánicos; el grano es bastante pequeño, aunque no el más pequeño de todos. Cuando se desarrolla da lugar a un arbusto que puede llegar hasta los cuatro metros. Por ello entre los árabes se la sigue llamando “árbol”.

Parábola de la levadura (13,33)
(Lc 13,20-21)

[33]Les dijo otra parábola: «El Reino de los Cielos es semejante a la levadura que tomó una mujer y la metió en tres medidas de harina, hasta que fermentó todo».

La parábola se refiere al proceso de fermentación de la masa, proceso invisible pero activo e irreversible, en el que contrasta la relación entre medios y fines: un poco de levadura fermenta tres satos, unos 40 litros de masa. El sentido es igual que el de la parábola anterior.

Sólo en parábolas habla a la gente (13,34-35) (Mc 4,33-34)

[34]Todo esto dijo Jesús en parábolas a la gente, y nada les hablaba sin parábolas, [35]para que se cumpliese lo dicho por el profeta:

Abriré con parábolas mi boca,
publicaré lo que estaba oculto desde la creación del mundo.

Estas palabras sirven de conclusión a la primera parte del discurso en parábolas, dirigida a todos, discípulos y pueblo. Mateo afirma que Jesús hablaba al pueblo solamente en parábolas y que esto lo hacía de acuerdo con el plan de Dios, contenido en la Escritura. A la luz del contexto y del vocabulario (uso de «decir» en lugar de «enseñar»), el evangelista sugiere que el pueblo no entiende, porque no tiene disposiciones interiores, situación que desvela el lenguaje parabólico. La cita está tomada del Sal 78,2, atribuido a Asaf, que en 2 Cro 29,30 es llamado profeta. El salmista declara al comienzo de la composición que quiere componer un *mashal*. Esta palabra hebrea en general significa 'comparación' y se emplea para varios tipos de comparación, como la parábola, el enigma, el relato sugerente. Este último es el sentido propio del salmo: el salmista va a contar la historia de Israel, sugiriendo la grandeza de Dios y la falta de respuesta por parte del pueblo. Pero Mateo emplea *mashal* en otro sentido, el de parábola, y ve en el procedimiento parabólico empleado por Jesús una expresión de la grandeza de Dios y, por otra parte, de la falta de respuesta del pueblo.

b. En privado a los discípulos

Interpretación de la parábola de la cizaña (13,36-43)

[36]Entonces despidió a la multitud y se fue a casa. Y se le acercaron sus discípulos diciendo: «Explícanos la parábola de la cizaña

del campo.» [37]Él respondió: «El que siembra la buena semilla es el Hijo del hombre; [38]el campo es el mundo; la buena semilla son los hijos del Reino; la cizaña son los hijos del Maligno; [39]el enemigo que la sembró es el diablo; la siega es el fin del mundo, y los segadores son los ángeles. [40]De la misma manera, pues, que se recoge la cizaña y se la quema en el fuego, así será al fin del mundo. [41]El Hijo del hombre enviará a sus ángeles, que recogerán de su Reino todos los escándalos y a los obradores de iniquidad, [42]y los arrojarán en el horno de fuego; allí será el llanto y el rechinar de dientes. [43]Entonces los justos brillarán como el sol en el Reino de su Padre. El que tenga oídos, que oiga».

La segunda parte del discurso está dirigida a los discípulos en privado. Jesús insiste en la postura que deben tomar ante el hecho de la incredulidad: convencimiento del valor del Reino y, por ello, alegría como motivo de acción y, por otra parte, de paciencia.

En la interpretación de la parábola de la cizaña Mateo alegoriza los diversos elementos y los aplica a la situación de la comunidad eclesial. La alegorización es regular en los vv. 37-39, donde se explica sistemáticamente el significado de cada elemento, pero en los vv. 40-42 se introduce una comparación: "de la misma manera que ... así será". La alegorización amplía el sentido del ejemplo y así, además de la exhortación a la paciencia (sentido de la parábola primitiva), se afirma, por una parte, que el diablo trabaja incluso en la Iglesia y, por otra, se subraya la idea del juicio divino, que corresponde al Hijo del hombre. Éste, cuando llegue el «fin del mundo» (ver 24,3; 28,20) o meta final hacia la que está orientada toda la Historia de la salvación, enviará a «sus» ángeles (por consiguiente Jesús vendrá con atributos divinos) a recoger de «su Reino» todos los escándalos y a los obradores de iniquidad. El Reino de los Cielos aparece aquí como el Reino de Jesús y coincide con la fase terrestre del Reino de Dios, es decir, con la Iglesia (ver en la misma línea Pablo: 1 Co 15,24-28). Entonces tendrá lugar la purificación total de escándalos y de sus autores, ya anunciada por los profetas (So 1,3; Sal 37,1; Ml 3,19). Los justos, por su parte, brillarán (ver Dn 12,3) como el sol en el reino de su Padre (ver 25,32.34.41.46). Jesús termina invitando a «oír» a los que tengan oídos capaces de hacerlo.

Parábolas del tesoro y de la perla (13,44-46)

44«El Reino de los Cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo que, al encontrarlo un hombre, vuelve a esconderlo y, por la alegría que le da, va, vende todo lo que tiene y compra el campo aquel.

45También es semejante el Reino de los Cielos a un mercader que anda buscando perlas finas, 46y que, al encontrar una perla de gran valor, va, vende todo lo que tiene y la compra».

La parábola del tesoro escondido (13,44) es propia de Mateo. Evoca el hecho de encontrar una jarra con monedas enterrada y abandonada, caso no infrecuente en casos de huidas precipitadas en tiempos de guerra. El punto de comparación y enseñanza central es la alegría como motivo de acción, y no el presentar el Reino como un valor, cosa de la que nadie duda: la ética cristiana es exigente e implica muchas renuncias, pero todo esto ha de estar animado por la alegría del descubrimiento de Jesús y del Reino del Padre.

La parábola de la perla (13,45-46) es también propia de Mateo, pero también está atestiguada en el Evangelio apócrifo de Tomás (gnóstico), encontrado en Nag Hammadi con un texto que parece mas cercano al original que el de Mateo, pues éste alegoriza los elementos y así pierden fuerza. Dice así el texto apócrifo: «*El Reino del Padre es semejante a un mercader que tenía un negocio y que encontró una perla. Este mercader era sabio. Él vendió el negocio y se compró precisamente esta perla*». Mateo habla de un mercader de perlas finas y en este caso no supone ninguna sorpresa que encuentre lo que está traficando cada día; en cambio en el texto de Nag Hammadi se trata de un mercader de chatarra que se encuentra con algo de gran valor imprevisto, y que hace todo lo posible por adquirirlo.El sentido es el mismo de la parábola anterior: la sorpresa y la alegría como determinante de la acción y renuncia cristiana.

Parábola de la red (13,47-50)

47«También es semejante el Reino de los Cielos a una red que se echa en el mar y recoge peces de todas clases; 48y cuando está llena, la sacan a la orilla, se sientan, y recogen en cestos los buenos y tiran

los malos. [49]Así sucederá al fin del mundo: saldrán los ángeles, separarán a los malos de entre los justos [50]y los echarán en el horno de fuego; allí será el llanto y el rechinar de dientes».

La parábola de la red también es propia de Mateo. Se inspira en el hecho de un pescador que echa la red y coge de todo, pero no se preocupa, pues al final hará la selección entre peces puros, comestibles, y peces impuros, no comestibles (ver Lv 11,10). Enseña a evitar toda discriminación prematura entre justos y malos y a tener paciencia, pues el juicio final y definitivo se lo ha reservado Dios. Termina de esta forma la parte reservada a los discípulos por inclusión (ver explicación alegorizada de la parábola de la cizaña), invitando a la paciencia ante la presencia de malos en la Iglesia. Mateo subraya la suerte de los malos, alegorizando el final.

Conclusión (13,51-52)

[51]«¿Habéis entendido todo esto?» Dícenle: «Sí.» [52]Y él les dijo: «Así, todo escriba que se ha hecho discípulo del Reino de los Cielos es semejante al dueño de una casa que saca de su arca cosas nuevas y cosas viejas».

La segunda conclusión del discurso está dirigida a los discípulos. En contraste con el pueblo, éstos «han entendido», señal de que tienen disposiciones interiores. Los que han entendido tienen la tarea de actuar como un «escriba» sabio, que saca de su arca para dar a los demás lo viejo y lo nuevo, la herencia judía a la luz de la interpretación de Jesús. Es lo que está haciendo Mateo, el escriba cristiano autor de este Evangelio.

3. Rechazo de Nazaret

Visita a Nazaret (13,53-58)
(Mc 6,1-6; Lc 4,16-24; véase Jn 4,44)

[53]Y sucedió que, cuando acabó Jesús estas parábolas, partió de allí. [54]Viniendo a su patria, les enseñaba en su sinagoga, de tal manera que decían maravillados: «¿De dónde le viene a éste esa sabiduría

y esos milagros? [55]¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su
madre María, y sus hermanos Santiago, José*, Simón y Judas? [56]Y
sus hermanas, ¿no están todas entre nosotros? Entonces, ¿de dónde
le viene todo esto?» [57]Y se escandalizaban a causa de él. Mas Jesús les
dijo: «Un profeta sólo en su patria y en su casa carece de prestigio.»
[58]Y no hizo allí muchos milagros, a causa de su falta de fe.

V. 55 Varios manuscritos importantes leen «Josef».

Mateo presenta el rechazo de Nazaret como prototipo de la respuesta del pueblo judío. La perícopa cierra por inclusión el tema de la presentación y rechazo de Jesús: salió de Nazaret (4,13) para presentarse como Mesías y regresa a su patria, donde es rechazado como tal. Al comienzo de las respuestas se exhorta a no «escandalizarse» ante su mesianismo en la debilidad (11,6), pero sus paisanos se escandalizan. Éstos oyen su enseñanza, ven los signos y se maravillan. El problema se sitúa en el origen: ¿de dónde le viene esta capacidad? O viene del Espíritu de Dios (como sabe el lector: ver 3,13-17; 12,28), en cuyo caso el hijo del carpintero y paisano de ellos sería el Mesías y, por tanto, un Mesías sin grandezas humanas, o sus obras y palabras proceden de Beelzebul, como dicen los escribas (12,24). El escándalo implica que optan por la segunda posibilidad y que rechazan este tipo de mesianismo. Mateo, que ha narrado el origen virginal de Jesús y la paternidad legal de José (1,18-25), no tiene reparos en aludir aquí a la creencia popular de que era hijo de José. Sobre los hermanos y hermanas, ver comentario a 12,46-50.

CAPÍTULO 3

JESÚS RECONOCIDO MESÍAS POR SUS DISCÍPULOS (14,1 – 16,20)

La sección se caracteriza por dos temas, el de la retirada y el del anuncio de la Iglesia. En contextos conflictivos, Jesús se retira de sus adversarios: Herodes, escribas, fariseos, saduceos. Mateo proyecta sobre el relato la realidad histórica que vivió la Iglesia primitiva: el rechazo de los judíos determinó el tipo concreto de Iglesia que existe, compuesto en su mayor parte por étnicocristianos, ya que la mayoría del pueblo judío fue incrédula, persiguió a la comunidad naciente y la obligó a huir, huida que aprovechó para dar a conocer el mensaje a los gentiles.

Las retiradas determinan una mayor dedicación de Jesús a sus discípulos, a los que va asociando a su obra y les va anunciando la Iglesia. En el conjunto destaca la figura de los discípulos, a los que Jesús se dedica casi exclusivamente. Verdad es que Jesús sigue acogiendo a la gente que acude a él, y la cura, pero les habla pocas veces. En contraposición a Marcos, donde los discípulos no entienden, Mateo los presenta "entendiendo" (13,51), cada vez más dóciles e inteligentes, cooperando con Jesús; y finalmente Jesús les anuncia su Iglesia, que será construida sobre Pedro (ver episodios de la multiplicación de los panes, la cananea, Pedro sobre las aguas, confesión de Pedro).

El conjunto está estructurado en tres bloques, determinado cada uno de ellos por una "retirada" de Jesús ante la postura de sus adversarios, para dedicarse a instruir a sus discípulos: 1. Primera retirada y enseñanzas (14,1-15,20); 2. Segunda retirada y enseñanzas (15,21-16,4a); 3. Tercera retirada, confesión de Pedro y promesa de la Iglesia (16,4b-20).

1. Primera retirada y enseñanzas

Herodes y Jesús. Muerte del Bautista (14,1-12) (Mc 6,14-16.17-29; Lc 9,7-9)

14 [1]En aquel tiempo se enteró el tetrarca Herodes de la fama de Jesús, [2]y dijo a sus criados: «Ése es Juan el Bautista; él ha resucitado de entre los muertos, y por eso actúan en él fuerzas milagrosas.» [3]Es que Herodes había prendido a Juan, le había encadenado y puesto en la cárcel, por causa de Herodías, la mujer de su hermano Filipo. [4]Porque Juan le decía: «No te es lícito tenerla.» [5]Y aunque quería matarle, temió a la gente, porque le tenían por profeta. [6]Mas, llegado el cumpleaños de Herodes, la hija de Herodías danzó en medio de todos gustando tanto a Herodes, [7]que éste le prometió bajo juramento darle lo que pidiese. [8]Ella, instigada por su madre, «dame aquí, dijo, en una bandeja, la cabeza de Juan el Bautista.» [9]Entristecióse* el rey, pero, a causa del juramento y de los comensales, ordenó que se le diese, [10]y envió a decapitar a Juan en la cárcel. [11]Su cabeza fue traída en una bandeja y entregada a la muchacha, la cual se la llevó a su madre. [12]Llegando después sus discípulos, recogieron el cadáver y lo sepultaron; y fueron a informar a Jesús.

V. 9 Otros manuscritos leen: «Entristecido el rey a causa del juramento y de los comensales, ordenó que se le diese».

Herodes Antipas, hijo de Herodes el Grande, gobernó Galilea y Perea (4 a. C. – 39 d. C.) en calidad de rey vasallo de Roma, con el título de tetrarca, literalmente “jefe de la cuarta parte”, pero equivalente popularmente a rey. Su juicio sobre Jesús, confundiéndole con Juan Bautista, a quien había mandado matar, sirve, por una parte, para presentarlo como parte del pueblo que no entiende y, por otra, para introducir el relato de la muerte de Juan Bautista. Herodes había tomado como esposa a su sobrina Herodías, que ya estaba casada con un tal Filipo, hermano de Herodes y que no hay que confundir con Herodes Filipo, tetrarca de Iturea y Traconítide. Este matrimonio estaba doblemente prohibido por la Ley, ya que era adulterino (Lc 20,10) e incestuoso (Lc 20,21). Juan denuncia este matrimonio. Aparece así como el profeta fiel hasta la muerte, cuyo destino anun-

cia el de Jesús. Si antes Mateo había presentado a Juan como discípulo cristiano (3,2), ahora relaciona con Jesús a sus discípulos, a quien van a contar la muerte de su maestro.

Primera multiplicación de los panes (14,13-21) (Mc 6,31-44; Lc 9,10-17; Jn 6,1-13)

**[13]Al oírlo Jesús, se retiró de allí en una barca, aparte, a un lugar
solitario. En cuanto lo supieron las gentes, le siguieron a pie de las
ciudades. [14]Al desembarcar, vio mucha gente, sintió compasión de
ellos y curó a sus enfermos.**

**[15]Al atardecer se le acercaron los discípulos diciendo: «El lugar
está deshabitado, y la hora es ya pasada. Despide, pues, a la gente,
para que vayan a los pueblos y se compren comida.» [16]Mas Jesús les
dijo: «No tienen por qué marcharse; dadles vosotros de comer.»
[17]Dícenle ellos: «No tenemos aquí más que cinco panes y dos peces.»
[18]Él dijo: «Traédmelos acá.» [19]Y ordenó a la gente reclinarse sobre la
hierba; tomó luego los cinco panes y los dos peces, y levantando los
ojos al cielo, pronunció la bendición y, partiéndolos, dio los panes
a los discípulos y los discípulos a la gente. [20]Comieron todos y se
saciaron, y recogieron de los trozos sobrantes doce canastos llenos.
[21]Y los que habían comido eran unos cinco mil hombres, sin contar
mujeres y niños.**

La noticia de la muerte de Juan determina la «retirada» de Jesús, embarcándose a la otra parte del lago de Genesaret, fuera de Galilea. Así, al igual que la prisión de Juan determinó el comienzo de la presentación de Jesús (ver 4,12), ahora el anuncio de su muerte determina el comienzo de la dedicación especial a los discípulos y, con ello, a la creación del verdadero Israel. Al desembarcar, Jesús, misericordioso, ve a la gente y cura a sus enfermos, pero ya no les enseña, porque «no entienden» (ver sección anterior). En el signo de los panes, los discípulos tienen la iniciativa, entienden el mandato de Jesús, pero opinan que no es posible dar de comer con sus medios pobres. Jesús parte el pan y por medio de sus discípulos da de comer a la muchedumbre. Mateo mejora la presentación de los discípulos (ver la de Marcos), que son imperfectos, pero van creciendo en la fe. Por otra parte, narra el signo pensando en la Eucaristía, aludiendo a

ella con el vocabulario empleado (ver 26,26). Todos comen abundantemente (la abundancia es una característica de los bienes mesiánicos prometidos al pueblo elegido, ver Dt 6,11; Is 49,10; 65,10; Sal 132,15) y sobran doce canastos llenos, uno a disposición de cada apóstol. El relato es un anuncio de la futura actividad eucarística de los discípulos.

Jesús camina sobre las aguas y Pedro con él (14,22-33) (Mc 6,45-52; Jn 6,16-21)

**[22]Inmediatamente obligó a los discípulos a subir a la barca y a ir
por delante de él a la otra orilla, mientras él despedía a la gente.
[23]Después de despedir a la gente, subió al monte a solas para orar;
al atardecer estaba solo allí. [24]La barca se hallaba ya distante de la
tierra muchos estadios*, zarandeada por las olas, pues el viento era
contrario. [25]Y a la cuarta vigilia de la noche vino él hacia ellos,
caminando sobre el mar. [26]Los discípulos, viéndole caminar sobre el
mar, se turbaron y decían: «Es un fantasma», y de miedo se pusieron a gritar. [27]Pero al instante les habló Jesús diciendo: «¡Ánimo!,
soy yo; no temáis.» [28]Pedro le respondió: «Señor, si eres tú, mándame ir hacia ti sobre las aguas.» [29]«¡Ven!», le dijo. Bajó Pedro de la
barca y se puso a caminar sobre las aguas, yendo hacia Jesús.
[30]Pero, viendo la violencia* del viento, le entró miedo y, como
comenzara a hundirse, gritó: «¡Señor, sálvame!» [31]Al punto Jesús,
tendiendo la mano, le agarró y le dice: «Hombre de poca fe, ¿por
qué dudaste?» [32]Subieron a la barca y amainó el viento. [33]Y los que
estaban en la barca se postraron ante él diciendo: «Verdaderamente
eres Hijo de Dios».**

V. 24 El manuscrito D lee: «estaba en medio del mar».

V. 30 Algunos manuscritos importantes omiten «la violencia del» y, por esta razón, algunas ediciones críticas traen esta palabra entre paréntesis.

El relato es una lección a los discípulos sobre la necesidad de dejar de ser «hombres de poca fe» y confiar plenamente en el Señor, que les ha prometido estar siempre con ellos hasta la consumación del mundo (ver 28,20). Los discípulos se embarcan solos, obligados por Jesús, posiblemente ante la reacción mesiánica de tipo nacionalista

que recoge Jn 6,14-15 y que podría arrastrarlos también a ellos. Jesús, por su parte, una vez despedida la gente, se va solo a orar, renovando la opción que ha hecho de actuar en la línea del Siervo de Yavé. Hacia la cuarta vigilia de la noche, de las tres a las seis de la mañana, los embarcados se encuentran con dificultades, porque el viento les era contrario, y Jesús va a su encuentro caminando sobre el mar, evocando el dominio divino sobre las aguas, símbolos de las potencias del mal (ver Sal 76,20; Jb 8,9-11; Ab 3,15), de las que salva a sus discípulos. Los apóstoles creen que es un fantasma, pero Jesús se revela con el nombre divino "Yo soy" (Ex 3,14; Is 43,10; 46,49; 51,12) y les ordena «no temer», reacción natural del hombre ante la presencia de lo divino (Gn 15,1; Dn 10,12; Lc 1,13).

Mateo introduce el episodio de Pedro, tipo de los discípulos, para concretar la enseñanza: al oír «Yo soy», Pedro pide poder caminar como Jesús, pero desfallece su fe, temiendo ante la violencia del «viento». Es un «hombre de poca fe», pues no cree en el Señor Jesús con todas las consecuencias. La invocación «Señor, sálvame», evoca el modo como se dirigen a Jesús en la comunidad de Mateo. Este episodio y los de 16,16-20 y 17,24-27 ponen de relieve la figura de Pedro en la configuración del nuevo pueblo de Dios. «Los que estaban en la barca», después de haber experimentado la salvación, «se postran» ante Señor y lo reconocen como Hijo de Dios (ver igualmente la praxis comunitaria de la Iglesia de Mateo).

Curaciones en el país de Genesaret (14,34-36) (Mc 6,53-56)

34 Terminada la travesía, llegaron a tierra en Genesaret. 35 Los hombres de aquel lugar, apenas le reconocieron, pregonaron la noticia por toda aquella comarca y le presentaron todos los enfermos. 36 Le pedían que tocaran siquiera la orla de su manto; y cuantos la tocaron quedaron salvados.

Jesús cura al pueblo, porque sigue siendo su salvador, pero no les enseña. El episodio, en este contexto, sirve de contraste entre la fe popular e interesada del pueblo y la poca fe de los discípulos. Genesaret era una ciudad situada al sur de Cafarnaún, en la orilla occidental del lago, al que daba nombre.

Discusión sobre las tradiciones farisaicas (15,1-9)
(Mc 7,1-13)

15 **[1]Entonces se acercan a Jesús algunos fariseos y escribas veni-**
dos de Jerusalén, y le dicen: [2]«¿Por qué tus discípulos trans-
greden la tradición de los antepasados? Pues no se lavan las manos
a la hora de comer.» [3]Él les respondió: «Y vosotros, ¿por qué trans-
gredís el mandamiento de Dios por vuestra tradición? [4]Porque Dios
dijo: *Honra a tu padre y a tu madre,* y: *El que maldiga a su padre o*
***a su madre, sea castigado con la muerte.* [5]Pero vosotros decís: El que**
diga a su padre o a su madre: "Lo que de mí podrías recibir como
ayuda es ofrenda", [6]ése no tendrá que honrar a su padre y a su
madre*. Así habéis anulado la palabra* de Dios por vuestra tradi-
ción. [7]Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías cuando dijo:

[8]Este pueblo me honra con los labios,
pero su corazón está lejos de mí.
[9]En vano me rinden culto,
***ya que enseñan doctrinas que son preceptos de hombres.*»**

V. 6 (a) Algunos manuscritos importantes sólo dicen «a su padre», omitiendo «a su madre».
(b) En lugar de «Palabra de Dios», algunos manuscritos dicen «Ley de Dios».

La enseñanza sobre limpieza externa e interna (15,1-20) consta de tres partes, dirigidas respectivamente a los escribas y fariseos, a la gente y discípulos, y a los discípulos. La primera (15,1-9) es provocada por algunos escribas y fariseos venidos de Jerusalén, posiblemente para conocer de cerca a este rabí sospechoso. Critican a Jesús porque sus discípulos no se lavan las manos a la hora de comer, transgrediendo así la tradición de los padres. Se trata de la Ley oral, una casuística nacida para facilitar la aplicación de la Ley escrita y que se iba transmitiendo oralmente de padres a hijos. De por sí era una ayuda positiva, pero se prestaba a abusos, porque imponía como norma general lo que había nacido para facilitar un caso particular. Las normas sobre la comida, además, se van convirtiendo en esta época en característica de los "buenos judíos". Las crean laicos fariseos, que pretendían extender a las comidas ordinarias lo que la Ley mandaba a los sacerdotes para las comidas en el Templo, donde comían en la presencia de Dios. Según el parecer de estos laicos, puesto que Dios está en todas partes, en toda

comida hay que observar estas prescripciones por respeto a la presencia de Dios. Jesús condena las tradiciones de los padres en cuanto que, en su nombre, a veces se anula la palabra de Dios contenida en los mandamientos. Estas tradiciones, en cuanto interpretaciones de la palabra de Dios, deben facilitar su cumplimiento, pero nunca anularlo. Pone el ejemplo del cuarto mandamiento, citando Ex 20,12; Dt 5,16 y Ex 21,17; Lv 20,9, y lo interpreta correctamente contra el legalismo de los escribas y fariseos. El cuarto mandamiento obliga a ayudar a los padres necesitados, pero se plantea el caso de un hijo que ha consagrado todos sus bienes al Templo, solo para usos sagrados: ¿está obligado a ayudar a sus padres en situación de necesidad, lo que equivaldría a un uso profano de los bienes consagrados? La casuística de algunos rabinos, recogida por la Ley oral o Tradición de los padres libera de la obligación, y Jesús la condena. Finalmente, con una cita de Is 29,13 presenta la praxis farisea como un culto vano, que no es expresión de un corazón entregado a Dios.

Doctrina sobre lo puro y lo impuro (15,10-20) (Mc 7,14-23)

10 Luego llamó a la gente y les dijo: «Oíd y entended. 11 No es lo que entra en la boca lo que contamina al hombre; sino lo que sale de la boca, eso es lo que contamina al hombre.»

12 Entonces se acercan los discípulos y le dicen: «¿Sabes que los fariseos se han escandalizado al oír tu palabra?» 13 Él les respondió: «Toda planta que no haya plantado mi Padre celestial será arrancada de raíz. 14 Dejadlos: son ciegos y guías de ciegos*. Y si un ciego guía a otro ciego, los dos caerán en el hoyo.»

15 Tomando Pedro la palabra, le dijo: «Explícanos la parábola.» 16 Él dijo: «¿También vosotros estáis todavía sin inteligencia? 17 ¿No comprendéis que todo lo que entra en la boca pasa al vientre y luego se echa al excusado? 18 En cambio lo que sale de la boca viene de dentro del corazón, y eso es lo que contamina al hombre. 19 Porque del corazón salen las intenciones malas, asesinatos, adulterios, fornicaciones, robos, falsos testimonios, injurias. 20 Eso es lo que contamina al hombre; que el comer sin lavarse las manos no contamina al hombre».

V. 14 Algunos manuscritos importantes dicen «son guías ciegos» en lugar de «son ciegos y guías de ciegos».

La segunda parte (15,10-14) está dirigida al pueblo y a los discípulos, a quienes Jesús invita a «oír y entender» (ver 13,13-23) que lo que contamina al hombre es lo que sale de la boca. Los fariseos se escandalizan de esta enseñanza y Jesús los descalifica, considerándolos como planta no plantada por Dios Padre, es decir, movimiento religioso que no procede del corazón de Dios Padre. Por ello son ciegos y guías ciegos, que acabarán cayendo en un hoyo. Aunque Jesús en general ya no enseña al pueblo, lo hace excepcionalmente, como en este caso, frente a los fariseos, responsables de su mal.

La parte final (15,15-20) la provoca una pregunta de Pedro, que destaca como portavoz del grupo, que no acaba de «entender». Lo que contamina al hombre son las malas intenciones que anidan en el corazón. Esta discusión determina la siguiente retirada de Jesús.

2. Segunda retirada y enseñanzas

Curación de la hija de una cananea (15,21-28) (Mc 7,24-30)

**[21]Saliendo de allí Jesús se retiró hacia la región de Tiro y de
Sidón. [22]En esto, una mujer cananea, que había salido de aquel territorio, gritaba diciendo: «¡Ten piedad de mí, Señor, hijo de David! Mi
hija está malamente endemoniada.» [23]Pero él no le respondió palabra. Sus discípulos, acercándose, le rogaban: «Despídela, que viene
gritando detrás de nosotros.» [24]Respondió él: «No he sido enviado
más que a las ovejas perdidas de la casa de Israel.» [25]Ella, no obstante, vino a postrarse ante él y le dijo: «¡Señor, socórreme!» [26]Él respondió: «No está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los
perritos.» [27]«Sí, Señor –repuso ella–, pero también los perritos comen
de las migajas que caen de la mesa de sus amos.» [28]Entonces Jesús
le respondió: «Mujer, grande es tu fe; que te suceda como deseas.» Y desde aquel momento quedó curada su hija.**

Jesús se retira hacia el norte de Galilea a la zona fenicia de Tiro y Sidón, en la que cura a la hija endemoniada de una cananea. 'Cananeo' era el nombre genérico de los habitantes de Palestina, y así seguían llamando los judíos a los no israelitas. En Mc 7,26 se la llama con expresión más precisa 'griega', 'sirofenicia', ya que era una fenicia pertene-

ciente a la provincia romana de Siria. Esta mujer ha oído hablar de Jesús, cuya fama se había extendido por toda Siria (4,24) y sale a su encuentro, dirigiéndose a él como «Señor e Hijo de David». Mateo subraya el papel de los discípulos, que interceden por ¡una extranjera! La respuesta de Jesús pone relieve que su misión está dirigida solo al pueblo judío. A ellos debe dar el pan, no a los perritos. La concepción popular tradicional ve a los israelitas como "hijos", destinatarios del banquete mesiánico, y a los gentiles como "perros". Jesús prueba así la fe de la mujer. En este contexto, y admirado ante la fe de la mujer, Jesús cura a su hija con solo su palabra. Es un anuncio de la futura actividad salvadora de Jesús, fuera de Palestina, por medio de los discípulos.

Numerosas curaciones junto al lago y segunda multiplicación de los panes (15,29-39)
(Mc 8,1-10)

[29]Pasando de allí Jesús vino junto al mar de Galilea; subió al
monte y se sentó allí. [30]Y se le acercó mucha gente trayendo consi-
go cojos, lisiados, ciegos, mudos y otros muchos; los pusieron a sus
pies, y él los curó. [31]De suerte que la gente quedó maravillada al ver
que los mudos hablaban, los lisiados quedaban curados*, los cojos
caminaban y los ciegos veían; y glorificaron al Dios de Israel.
[32]Jesús llamó a sus discípulos y les dijo: «Siento compasión de la
gente, porque hace ya tres días que permanecen conmigo y no tie-
nen qué comer. Y no quiero despedirlos en ayunas, no sea que des-
fallezcan en el camino.» [33]Le dicen los discípulos: «¿Cómo hacernos
en un desierto con pan suficiente para saciar a una multitud tan
grande?» [34]Díceles Jesús: «¿Cuántos panes tenéis?» Ellos dijeron:
«Siete, y unos pocos pececillos.» [35]Él mandó a la gente acomodarse
en el suelo. [36]Tomó luego los siete panes y los peces y, dando gracias,
los partió e iba dándolos a los discípulos, y los discípulos a la gente.
[37]Comieron todos y se saciaron, y de los trozos sobrantes recogieron
siete espuertas llenas. [38]Y los que habían comido eran cuatro mil
hombres, sin contar mujeres y niños. [39]Despidiendo luego a la
muchedumbre, subió a la barca, y se fue al territorio de Magadán.

V. 10 No todos los manuscritos presentan en el mismo orden esta enumeración. Las ediciones críticas prefieren la que recoge esta traducción.

Jesús regresa a Galilea, donde tiene lugar el segundo signo de los panes. Está precedido por una escena en la que Jesús, sentado en el monte como maestro, aunque no enseña explícitamente al pueblo, realiza los signos mesiánicos que muestran la presencia del Reino de Dios, de forma que el pueblo alaba al Dios de Israel. En este contexto el signo de los panes aparece como la cima de esta actividad, destacando de nuevo Mateo el papel de los discípulos y la referencia a la Eucaristía. El contenido, excepto algunos detalles interesantes, es parecido al primer signo de los panes (14,13-21). Igual que Marcos, Mateo cuenta por dos veces la tradición del signo de los panes realizado sólo una vez por Jesús. La primera tradición fue acuñada en las comunidades judeocristianas y ésta segunda en comunidades cristianas helenistas, lo que explica pequeños detalles, por ejemplo, el mejor griego de este relato, el que los panes ofrecidos por los discípulos fueran siete y las sobrantes siete espuertas. El número siete evoca en las comunidades étnicocristianas a los siete helenistas que pusieron en marcha la evangelización de los gentiles (ver Hch 11,19-20). Este relato, pues, es también un signo que anuncia la futura actividad eucarística de la Iglesia. Al final Jesús se retira a la región de Magadán, ciudad desconocida actualmente.

Los fariseos y saduceos piden un signo del cielo (16,1-4a) (Mc 8,11-13; Lc 11,16.29)

16 [1]Se acercaron los fariseos y saduceos y, para ponerle a prue-
ba, le pidieron que les mostrase un signo del cielo. [2]Mas él les
respondió: «Al atardecer decís: “Va a hacer buen tiempo, porque el
cielo tiene un rojo de fuego”, [3]y a la mañana: “Hoy habrá tormenta,
porque el cielo tiene un rojo sombrío”. ¡Conque sabéis discernir el
aspecto del cielo y no podéis discernir los signos de los tiempos!*
[4]¡Generación malvada y adúltera! Un signo pide y no se le dará otro
signo que el signo de Jonás.»

Vv. 2-3 Algunos manuscritos importantes omiten estos versículos. Según algunos críticos, han sido añadidos al texto original, tomados de Lc 12,54-56.

El signo de los panes no basta para los escribas y saduceos, que piden un signo del cielo para poner a prueba a Jesús. Éste rechaza

esta petición. No se pueden pedir signos a la carta ni poner condiciones para creer. Si son capaces de discernir los signos atmosféricos, ¿cómo no lo son para discernir la presencia del Reino en toda la actividad de Jesús, que tiene suficiente fuerza reveladora? Sólo se les dará el signo de Jonás. Igual que éste proclamó la conversión en Nínive sin más explicaciones y creyeron los ninivitas, así es el comportamiento de Jesús. Basta su proclamación y los signos que está realizando para las personas de buena voluntad, pero no para personas con corazón «malvado y adúltero», es decir, malo y dado a la idolatría. Esta discusión determina la siguiente retirada de Jesús.

3. Tercera retirada enseñanzas

La levadura de los fariseos y saduceos (16,4b-12) (Mc 8,14-21; Lc 12,1)

Y dejándolos, se fue. [5]Los discípulos, al pasar a la otra orilla, se habían olvidado de tomar panes. [6]Jesús les dijo: «Abrid los ojos y guardaos de la levadura de los fariseos y saduceos.» [7]Ellos hablaban entre sí diciendo: «Es que no hemos traído panes.» [8]Mas Jesús, dándose cuenta, dijo: «Hombres de poca fe, ¿por qué estáis hablando entre vosotros de que no tenéis panes? [9]¿Aún no comprendéis, ni os acordáis de los cinco panes de los cinco mil hombres, y cuántos canastos recogisteis? [10]¿Ni de los siete panes de los cuatro mil, y cuántas espuertas recogisteis? [11]¿Cómo no comprendéis que no me refería a los panes? Guardaos, sí, de la levadura de los fariseos y saduceos.» [12]Entonces entendieron que no había querido decir que se guardasen de la levadura de los panes*, sino de la doctrina de los fariseos y saduceos.

V. 12 Lectura insegura. Algunos manuscritos omiten «de los panes»; otros escriben «de los fariseos y saduceos»; otros «de los fariseos».

Jesús se retira y cruza con los discípulos a la otra orilla. A propósito del descuido de los discípulos, que olvidaron llevar panes para la comida en la otra parte del lago, Jesús los pone en guardia sobre la levadura de fariseos y saduceos (en Marcos son fariseos y herodianos). El fariseísmo y el saduceísmo actúan como la levadura, realidad

pequeña e imperceptible, pero que transforma. En la tradición bíblica es símbolo de corrupción (Is 13,7; 1 Co 5,6-8; Ga 5,9). Existe el peligro de ser deformados por actitudes farisaicas y saduceas. Los discípulos, «hombres de poca fe», no comprenden, pero con la ayuda de Jesús acaban «entendiendo».

Profesión de fe y primado de Pedro (16,13-20) (Mc 8,27-30; Lc 9,18-21)

**[13]Llegado Jesús a la región de Cesarea de Filipo, hizo esta pre-
gunta a sus discípulos: «¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del
hombre?» [14]Ellos dijeron: «Unos, que Juan el Bautista; otros, que
Elías; otros, que Jeremías o uno de los profetas.» [15]Díceles él: «Y
vosotros ¿quién decís que soy yo?» [16]Simón Pedro contestó: «Tú
eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo.» [17]Replicando Jesús le dijo:
«Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás, porque no te ha reve-
lado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos.
[18]Y yo a mi vez te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edifi-
caré mi Iglesia, y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella.
[19]A ti te daré las llaves del Reino de los Cielos; y lo que ates en la tie-
rra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra queda-
rá desatado en los cielos.» [20]Entonces mandó a sus discípulos que
no dijesen a nadie que él era el Cristo*.**

V. 20 Otros manuscritos leen: «Jesús el Cristo» o «Cristo Jesús».

Para el verdadero Israel es necesario tener ideas claras sobre Jesús y su misión. Después de la actuación reveladora de Jesús, el pueblo sólo ve en él un personaje importante, Juan Bautista (así Herodes Antipas); Elías, el profeta que tenía que venir como precursor (Ml 3,23); Jeremías, el que luchó para que el pueblo fuese fiel a los planes de Dios, sin confiar en alianzas humanas; o algún profeta importante. Pero ninguno del pueblo ha descubierto su carácter mesiánico. A diferencia del pueblo, Simón, portavoz de los discípulos, reconoce a Jesús como Mesías, Hijo de Dios vivo, doble confesión preparada por experiencias previas (14,33). Jesús responde declarando «bienaventurado» al que lo reconoce «Hijo de Dios», porque es objeto de una

bendición de Dios que conduce a la plenitud del Reino, ya que este reconocimiento no es fruto de la naturaleza humana, débil, «carne y sangre», sino de la revelación de «mi Padre» que está en los cielos. Reconoce así la validez de la declaración de Simón, a quien anuncia a continuación el papel que tendrá que realizar en función de «su Iglesia». En primer lugar le da el nombre de *Kefá*, "Piedra". Cambio de nombre implica cambio de misión; el nombre se lo está aplicando Mateo a Simón ya desde el primer momento (ver 4,18). Por este nombre era conocido en la Iglesia primitiva (ver Ga 1,18; 2,9). En el AT, 'piedra' es una imagen atribuida a Dios, causa última de salvación y de la firmeza de su pueblo (ver 1 S 2,2; 2 S 22,.2.3.32; Sal 18,3; 19,15; Is 17,10 etc.), y en el NT es aplicada a Jesucristo (Hch 4,11; Rm 9,33; 15,20; 1 Co 3,10; 1 P 2,4-7 etc.). Sobre esta piedra Jesús edificará un nuevo edificio espiritual, "su" Iglesia, es decir, los reunidos como consecuencia de la "convocatoria" que él realiza en nombre de Dios. "Iglesia" sólo aparece dos veces en los Evangelios, y ambas en Mateo, aquí y en 18,18. La palabra traduce el hebreo *qahal*, "convocatoria", en el doble sentido de acto de convocar y de resultado de convocar, es decir: grupo de personas que se han reunido porque alguien previamente los ha convocado. Dios ha realizado varias convocatorias a Israel a lo largo de la historia para hacerlo formalmente su pueblo y para que diese los frutos del Reino (Mt 21,33-44), pero las han rechazado. Ahora está realizando la última por medio de su Hijo. En función de ésta eligió a los Doce como símbolo del pueblo convocado, y ahora encomienda y capacita a Simón para la tarea de ser 'piedra' que dé firmeza a los convocados, firmeza que le viene de él y del Padre. Como consecuencia de esta firmeza, las puertas (símbolo del poder de una ciudad amurallada) o poder de la muerte (*Hades* o *Sheol* es el reino de la muerte) no podrán contra ella. En esta Iglesia, que nacerá al servicio del Reino, Simón tendrá las llaves que permiten el ingreso y salida por sus puertas y el poder de «atar y desatar» de forma válida ante Dios, es decir, de admitir y excomulgar, permitir y prohibir (ver 18,18, donde la misma fórmula se aplica a la Iglesia local). Termina con el mandato de silencio: para Jesús, ser Mesías no es tanto un título que hay que divulgar cuanto una misión que hay que realizar, y es importante aclarar cómo la va a realizar antes de que se interprete mal bajo el influjo de las concepciones populares

sobre el mesianismo. Mateo coloca esta declaración de Jesús en este lugar en función del desarrollo de su teología. Desde un punto de vista histórico son muchos los autores que opinan que esta declaración cuadra mejor después de la resurrección de Jesús, donde la sitúa la tradición atestiguada por Jn 21,15-18.

SEGUNDA PARTE:
Nacimiento de la Iglesia, verdadero Israel por la muerte y resurrección de Jesús (16,21 – 28,15)

Jesús se ha manifestado como Mesías, pero ha sido rechazado por la mayor parte del pueblo judío y sólo ha sido reconocido por un pequeño grupo de judíos, sus discípulos, a los que anuncia su Iglesia (Primera Parte). Ahora, en la Segunda Parte, Mateo muestra cómo esta situación lleva a la muerte y resurrección, y con ello se hace eficaz la última convocatoria de Dios, la Iglesia de Jesús, que hereda y da cumplimiento a todas las promesas hechas a Israel, por lo que es la más auténtica expresión del verdadero Israel (el pueblo judío sigue siendo Israel en cuanto conserva muchos de los elementos integrantes de esta realidad). En tres secciones desarrolla Mateo el tema: (1) Jesús sube a Jerusalén e instruye a su Iglesia (16,21-20,34); (2) Jesús proclama el Reino en Jerusalén y es rechazado (21-25); (3) Pasión, muerte y proclamación de la resurrección: nace el *verdadero Israel* (26,1-28,15).

CAPÍTULO 1

JESÚS SUBE A JERUSALÉN E INSTRUYE A SU IGLESIA (16,21 – 20,15)

La primera sección se subdivide en tres desarrollos, determinados por los tres anuncios de la muerte y resurrección, que van seguidos de enseñanzas sobre la edificación de la Iglesia. Para Mateo, la vivencia de estas enseñanzas (opción total por Jesús, compartir, servicio, hacerse niño, etc.) tiene carácter de muerte y resurrección, es la manera concreta de colaborar en la construcción de la Iglesia. La ética cristiana, pues, tiene en Mateo carácter pascual y eclesial; ahora bien, esto sólo lo entiende el que comprende la muerte y resurrección de Jesús. Por ello, en esta sección subraya el evangelista especialmente enseñanzas relacionadas con el nacimiento de la comunidad (opción total por Jesús y su camino, hacerse pequeño), sobre lo que la favorece y hace crecer (servicio, compartir, vivencia fraternal de la sexualidad) y sobre lo que la destruye (afán de dominio y de poseer, divorcio). Entre estas enseñanzas tiene un relieve especial el «discurso eclesial» o comunitario (18,1.35), en el que Jesús habla sobre el nacimiento de la comunidad eclesial y sobre la postura que hay que adoptar en ella ante el pecado. Después de cada anuncio siguen afirmaciones explícitas o implícitas sobre la incomprensión de los discípulos, con lo que se les invita a poner un especial interés en esta temática de la construcción eclesial.

1. Primer anuncio de la muerte y resurrección. Incompresión y enseñanzas a la Iglesia

Primer anuncio de la Pasión (16,21-23)
(Mc 8,31-33; Lc 9,22)

**[21]Desde entonces comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos
que *era necesario que él fuera* a Jerusalén y sufrir mucho de parte
de los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, y ser matado,
y resucitar al tercer día. [22]Tomándolo aparte Pedro, se puso a
reprenderle diciendo: «¡Lejos de ti, Señor! ¡De ningún modo te
sucederá eso!» [23]Pero él, volviéndose, dijo a Pedro: «¡Quítate de mi
vista, Satanás! ¡Escándalo eres para mí, porque tus pensamientos
no son los de Dios, sino los de los hombres!».**

La frase «desde entonces comenzó» remite a 4,17, texto que habla del comienzo de la predicación pública de Jesús. Ahora marca el comienzo de un nuevo período, en el que Jesús se dedica a instruir a sus discípulos sobre el sentido que tiene su mesianismo, que acaban de reconocer, y sobre el que les ha impuesto secreto: es un mesianismo que se realiza muriendo y resucitando, de acuerdo con el plan de Dios, que él acepta. La forma verbal «es necesario» se refiere siempre a la necesidad de hacer la voluntad de Dios, normalmente consignada en la Escritura. Pedro no comprende el plan anunciado por Jesús. Evitando oponerse en público, lo toma aparte y le regaña, pero Jesús, volviéndose, frente a todos, regaña a Pedro, porque piensa a lo humano, no de acuerdo con el sentir de Dios. Con esta postura, lo está tentando e induciendo a caer, dejando el plan de Dios y realizando un mesianismo en desacuerdo con ese plan. Jesús rechaza enérgicamente la sugerencia llamando Satanás al que poco antes alabó y prometió tareas especiales en su Iglesia.

Condiciones para seguir a Jesús (16,24-28)
(Mc 8,34 – 9,1; Lc 9,23-27; 14,27; Jn 12,25-26)

**[24]Entonces dijo Jesús a sus discípulos: «Si alguno quiere venir en
pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. [25]Porque**

**quien quiera salvar su vida, la perderá, pero quien pierda su vida
por mí, la encontrará. 26Pues ¿de qué le servirá al hombre ganar el
mundo entero, si arruina su vida? ¿O qué puede dar el hombre a
cambio de su vida? 27Porque el Hijo del hombre ha de venir en la
gloria de su Padre, con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno
según su conducta*. 28Yo os aseguro: entre los aquí presentes hay
algunos que no gustarán la muerte hasta que vean al Hijo del hom-
bre venir en su Reino».**

V. 27 Algunos manuscritos leen: «las obras».

En este contexto de muerte y resurrección Jesús invita a los discípulos a renovar el seguimiento, que exige renunciar a vivir de cara a uno mismo y a estar dispuestos a ir hasta la muerte con él. Esto implica vivir «perdiendo» según las categorías humanas, pero realmente es el modo de «ganar» existencialmente la vida, que es el negocio fundamental que debe realizar cada uno durante su existencia. Realmente el hombre que gana todo el mundo, pero se pierde a sí mismo, es un fracasado total. Esta enseñanza la expone y garantiza Jesús, que se presenta como el Hijo de Dios, que vendrá con atributos divinos (con sus ángeles) en la gloria de su Padre como juez escatológico para pagar a cada uno según su conducta. Que Jesús tenga este poder lo comprobarán algunos de los discípulos antes de morir, viendo a Jesús en la gloria de su Reino.

La Transfiguración (17,1-8)
(Mc 9,2-8; Lc 9,28-36)

**17 1Seis días después, toma Jesús consigo a Pedro, a Santiago
y a su hermano Juan, y los lleva aparte, a un monte alto.
2Y se transfiguró delante de ellos: su rostro se puso brillante
como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz*. 3En
esto, se les aparecieron Moisés y Elías que conversaban con él.
4Tomando Pedro la palabra, dijo a Jesús: «Señor, bueno es estar-
nos aquí. Si quieres, haré aquí* tres tiendas, una para ti, otra
para Moisés y otra para Elías.» 5Todavía estaba hablando, cuan-
do una nube luminosa los cubrió con su sombra y de la nube**

**salió una voz que decía: «Éste es mi Hijo amado, en quien me
complazco; escuchadle.» 6Al oír esto los discípulos cayeron rostro
en tierra llenos de miedo. 7Mas Jesús, acercándose a ellos, los tocó
y dijo: «Levantaos, no tengáis miedo.» 8Ellos alzaron sus ojos y
no vieron a nadie más que a Jesús solo.**

V. 2 Algunos manuscritos leen: «como la nieve».
V. 4 Algunos manuscritos suprimen «aquí» y otros escriben en plural: «haremos aquí».

La transfiguración es el cumplimiento de la promesa anterior: seis días después Jesús manifiesta su gloria ante tres discípulos, que viven esta experiencia locos de alegría. En este contexto de gloria y libertad, el Padre les presenta de nuevo a Jesús como el Hijo-Siervo, como en la unción mesiánica tras el bautismo (3,17), pero ahora añade que hay que escuchar su mensaje de muerte y resurrección. Pero la experiencia fue breve: una visión corta que tenía como finalidad ayudar a comprender la enseñanza de Jesús, que hay que asumir y vivir en la oscuridad de la fe.

La expresión «seis días después» y la mención de los tres discípulos remiten al final del anuncio de Jesús en 16,28 («algunos no gustarán la muerte hasta que vean al Hijo del hombre venir en su Reino»). Testigos son los mismos que estarán presentes en Getsemaní (26,38). Jesús se transfigura y manifiesta su gloria, acompañado de Moisés y Elías, representantes del AT: Ley y Profetas. La experiencia es tan extraordinaria que Pedro la quiere prolongar y propone hacer tiendas para que permanezcan en ellas los tres personajes. Las tiendas evocan la Tienda del Encuentro del desierto, donde Dios se hacía presente en medio de su pueblo (ver Ex 25,8). La nube luminosa que cubre con su sombra a los discípulos es signo de la presencia gloriosa de Dios, cuya declaración es central: hay que acoger el mensaje de Jesús, su Hijo, que está de acuerdo con la Ley y los Profetas y que es el camino de la gloria. Ante la experiencia de lo divino, los discípulos caen en tierra llenos de miedo, reacción propia del ser humano ante lo divino en el lenguaje de la apocalíptica. Pero al final sólo ven a Jesús. Ha sido una breve experiencia para confirmar la vida de fe. El «monte alto» es el tercero al que sube Jesús (ver comentario a 4,1-11).

La venida de Elías (17,9-13)
(Mc 9,9-13)

[9]Y cuando bajaban del monte, Jesús les ordenó: «No contéis a
nadie la visión hasta que el Hijo del hombre haya resucitado de
entre los muertos.» [10]Sus discípulos le preguntaron: «¿Por qué,
pues, dicen los escribas que Elías debe venir primero?» [11]Respondió
él: «Ciertamente, Elías ha de venir a restaurarlo todo. [12]Os digo, sin
embargo: Elías vino ya, pero no le reconocieron, sino que hicieron
con él cuanto quisieron. Así también el Hijo del hombre tendrá que
padecer de parte de ellos.» [13]Entonces los discípulos entendieron
que se refería a Juan el Bautista.

Mientras bajaban del monte, los tres discípulos plantean a Jesús el problema que les ha creado la desaparición de Elías. Su presencia en la visión junto a Moisés tenía como finalidad presentar el testimonio de los Profetas, junto al de la Ley, a favor de la interpretación que hace Jesús del mesianismo, pero ellos creían que era la vuelta de Elías para preparar los tiempos mesiánicos, como se anuncia en Ml 4,5; Si 48,10 y enseñan los escribas: ¿cómo es que se ha marchado sin llevar a cabo su tarea? Jesús aprovecha la pregunta para insistir en el tema de la muerte: Elías es Juan Bautista, que ha sido matado, anunciando el destino que espera al Hijo del Hombre (ver 4,12; 11,14 y 14,12s). No se trata de que vuelva la misma persona de Elías, sino de una persona que encarne su espíritu, y esto se ha realizado en Juan Bautista.

El endemoniado epiléptico (17,14-21)
(Mc 9,14-29; 11,22-23; Lc 9,37-42; 17,6)

[14]Cuando llegaron donde la gente, se acercó a él un hombre que,
arrodillándose ante él, [15]le dijo: «Señor, ten piedad de mi hijo, por-
que es lunático y sufre mucho; pues muchas veces cae en el fuego
y muchas en el agua. [16]Se lo he presentado a tus discípulos, pero
ellos no han podido curarle.» [17]Jesús respondió: «¡Oh generación
incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo estaré con vosotros? ¿Hasta
cuándo habré de soportaros? ¡Traédmelo acá!» [18]Jesús le increpó y
el demonio salió de él; y quedó sano el niño desde aquel momento.
[19]Entonces los discípulos se acercaron a Jesús, en privado, y le
dijeron: «¿Por qué nosotros no pudimos expulsarle?» [20]Díceles: «Por

vuestra poca fe*. Porque yo os aseguro: si tenéis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: "Desplázate de aquí allá", y se desplazará, y nada os será imposible.» [[21]]*

V. 20 Algunos manuscritos leen: «incredulidad».
V. 21 Este versículo «A esta clase (de demonios) sólo se la expulsa con la oración y el ayuno» no es auténtico y procede sin duda de Mc 9,29.

La curación de un poseso da pie a Jesús para una enseñanza sobre el poder de la fe-confianza auténtica, aun la más pequeña. Los discípulos no han podido curar al enfermo porque son «hombres de poca fe»; si tuvieran fe, todo les sería posible. Colocado en este contexto, el relato ilumina la situación de incomprensión que viven los discípulos: la fe es necesaria para seguir el camino de muerte y resurrección de Jesús.

2. Segundo anuncio de la muerte y resurrección. Incomprensión y enseñanzas a la Iglesia

Segundo anuncio de la Pasión (17,22-23) (Mc 9,30-32; Lc 9,44-45)

[22]Yendo un día juntos por Galilea, les dijo Jesús: «El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres; [23]lo matarán, y al tercer día resucitará.» Y se entristecieron mucho.

El segundo anuncio de la muerte y resurrección abre el segundo bloque de enseñanzas eclesiales. El primer anuncio tuvo lugar en el norte, en las proximidades de Cesarea de Filipo. El grupo camina hacia el sur. Ya en Galilea, cerca de Cafarnaún (ver 17,24), Jesús insiste en el anuncio de su muerte y resurrección, que se aproxima. La reacción negativa de los discípulos no es tan fuerte como antes; ahora se traduce en tristeza.

El tributo del Templo pagado por Jesús y Pedro (17,24-27)

[24]Cuando entraron en Cafarnaún, se acercaron a Pedro los que cobraban los didracmas y le dijeron: «¿No paga vuestro Maestro los didracmas?» [25]Dice él: «Sí.» Y cuando llegó a casa, se anticipó Jesús

a decirle: «¿Qué te parece, Simón?; los reyes de la tierra, ¿de quién cobran tasas o tributo, de sus hijos o de los extraños?» [26]Al contestar él*: «De los extraños», Jesús le dijo: «Por tanto, libres están los hijos. [27]Sin embargo, para que no les sirvamos de escándalo, vete al mar, echa el anzuelo, y el primer pez que salga, cógelo, ábrele la boca y encontrarás un estáter. Tómalo y dáselo por mí y por ti».

V. 26 Algunos manuscritos leen: «le dice Pedro».

Mateo aprovecha el contexto de la llegada a Cafarnaún para introducir una tradición que le sirve para responder a un problema que tenía su comunidad, compuesta de personas procedentes del paganismo y judaísmo, y donde este último componente era numeroso y seguía teniendo vinculaciones con el mundo del judaísmo. Según Ex 30,13-15 y Neh 10,30, todo judío mayor de 20 años debía pagar dos dracmas al año para las necesidades del culto. Se solía pagar en el mes de Adar, antes de Pascua. Después de la destrucción del Templo, los integrantes de las nuevas escuelas judías, como la importante de Jamnia, reclaman para sí este tributo. Pero no todos estaban de acuerdo en su pago. ¿Debe pagar la comunidad judeocristiana? No esta obligada, pero es conveniente hacerlo para evitar problemas innecesarios con el judaísmo oficial. El relato presenta a Pedro especialmente vinculado a Jesús. Una dracma equivale a medio chequel, equivalente a su vez aproximadamente al denario romano. Didracma son dos dracmas. El estáter equivale a cuatro dracmas y, por tanto, vale para el impuesto de dos personas.

Discurso eclesial

Este discurso es una composición de Mateo basándose en materiales tomados de varias fuentes para ofrecer a su comunidad algunas enseñanzas fundamentales sobre la vida comunitaria, en concreto sobre la importancia de ser pequeños y de vivir la realidad santa-pecadora de la comunidad. Colocadas en este contexto, las enseñanzas tienen carácter de modo concreto de seguir a Jesús hacia Jerusalén, muriendo y resucitando con él; por otra parte, aparecen como solo comprensibles por quienes entienden su muerte y resurrección. Consta de una introducción y dos partes.

¿Quién es el mayor? (18,1-3)
(Mc 9,33-36; 10,15; Lc 9,46-47; 18,17)

18 [1]**En aquel momento se acercaron a Jesús los discípulos y le dijeron: «¿Quién es, pues, el mayor en el Reino de los Cielos?»** [2]**Él llamó a un niño, lo puso en medio de ellos** [3]**y dijo: «Yo os aseguro: si no cambiáis y os hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos».**

Los discípulos «se acercan» a Jesús para preguntarle (mejora la presentación que hace Mc 9,33, donde Jesús interviene porque los discípulos discutían entre sí sobre quién era el mayor). La primera parte de la respuesta de Jesús está centrada en los niños-pequeños (ver 18,5.6.10.l4). En primer lugar hay que «hacerse como los niños», pues es condición para la vida comunitaria (18, 1 b-4). Preguntan los discípulos quién es el mayor en el Reino, es decir, en el discipulado y movimiento que está comenzando y anunciando Jesús. Jesús responde con hechos y palabras. Primero pone un niño en medio de ellos, en el centro de atención. Después les dice que lo importante es entrar en el Reino, y esto exige convertirse constantemente haciendose «niño» en cada momento (ver 19,14), es decir, reconocerse pequeño, necesitado, solidario, dependiente de los demás. Esto es condición para unirse a otros y formar comunidad eclesial, signo del Reino presente y que conduce al Reino futuro. Los orgullosos y autosuficientes no necesitan de nadie y, en consecuencia, no se sienten inclinados a compartir solidariamente la vida con nadie; por ello no son aptos para el discipulado que conduce al Reino.

Los pequeños (18,4-10[11])
(Mc 9,37.42-47; Lc 9,48)

[4]**«Así pues, quien se humille como este niño, ése es el mayor en el Reino de los Cielos.** [5]**Y el que reciba a un niño como éste en mi nombre, a mí me recibe.** [6]**Pero al que escandalice a uno de estos pequeños que creen en mí, más le vale que le cuelguen al cuello una de esas piedras de molino que mueven los asnos, y le hundan en lo profundo del mar.** [7]**¡Ay del mundo por los escándalos! Es forzoso,**

ciertamente, que vengan escándalos, pero ¡ay de aquel hombre por quien el escándalo viene!

[8]«Si, pues, tu mano o tu pie te es ocasión de pecado, córtatelo y arrójalo de ti; más te vale entrar en la Vida manco o cojo que, con las dos manos o los dos pies, ser arrojado en el fuego eterno. [9]Y si tu ojo te es ocasión de pecado, sácatelo y arrójalo de ti; más te vale entrar en la Vida con un solo ojo que, con los dos ojos, ser arrojado a la gehenna del fuego.

[10]Guardaos de menospreciar a uno de estos pequeños; porque yo os digo que sus ángeles, en los cielos, ven continuamente el rostro de mi Padre que está en los cielos. [[11]]*

V. 11 Este versículo «Porque el Hijo del hombre ha venido a salvar lo que estaba perdido» es una añadidura que procede de Lc 19,10.

La pregunta hecha por los discípulos sigue en pie: ¿Quién es el más importante? Puesto que la comunidad se reúne en torno a Jesús para seguirlo y ayudarse mutuamente, el más importante en ella es el más necesitado de ayuda. Por ello Jesús habla a continuación de diversos tipos de niños o pequeños que existen en la comunidad y a los que hay que prestar una atención especial: los miembros débiles de la comunidad (18,5), posiblemente los pobres; recibirlos es acoger a Jesús.

El débil en la fe, es decir, el «pequeño-que-cree-en-mí» (18,6-9) puede ver destruida su fe con el escándalo, que es ocasión de pecado. Éste es moralmente inevitable, dada la libertad y debilidad de los hombres, pero el causante tiene una tremenda responsabilidad. Por ello hay que hacer todo lo necesario para evitar aquello que sea ocasión de pecado, pues esta conducta lleva a la «*gehenna* del fuego» o condenación (ver Mc 9,43-47; Mt 5,29-30). La gehenna es un valle de Jerusalén en que, en otros tiempos, se sacrificaban los niños (Lv 18,21); más adelante designó el lugar del castigo.

Los niños (18,10) son tan importantes ante Dios que sus ángeles lo ven cara a cara. Las tradiciones judías sobre los ángeles los dividían en diversas clases, de las cuales sólo la primera (los ángeles de la Presencia) veía el rostro de Dios. Los niños son tan importantes para Dios que les ha asignado para su custodia ángeles de la primera clase.

La oveja perdida (18,12-14)
(Lc 15,3-7)

[12]«¿Qué os parece? Si un hombre tiene cien ovejas y se le descarría una de ellas, ¿no dejará en los montes las noventa y nueve, para ir en busca de la descarriada? [13]Y si llega a encontrarla, os digo de verdad que tiene más alegría por ella que por las noventa y nueve no descarriadas. [14]De la misma manera, no es voluntad de vuestro* Padre celestial que se pierda uno solo de estos pequeños».

V. 14 Algunos manuscritos escriben «mi» en lugar de «vuestro».

Finalmente se da un relieve especial a los pecadores, los moralmente pequeños que han abandonado la comunidad. Es voluntad del Padre que se los busque para que no se pierdan, dejando las noventa y nueve ovejas restantes, si es necesario. Originariamente la parábola fue dirigida por Jesús a los fariseos para justificar su búsqueda de los pecadores (ver Lc 15,3-7); Mateo la dirige a los responsables de la comunidad.

Corrección fraterna (18,15-18)
(Lc 17,3)

[15]«Si tu hermano llega a pecar*, vete y repréndele, a solas tú con él. Si te escucha, habrás ganado a tu hermano. [16]Si no te escucha, toma todavía contigo uno o dos, para que *todo asunto quede zanjado por la palabra de dos o tres testigos*. [17]Si les desoye a ellos, díselo a la comunidad. Y si hasta a la comunidad desoye, sea para ti como el gentil y el publicano.

[18]Yo os aseguro: todo lo que atéis en la tierra quedará atado en el cielo, y todo lo que desatéis en la tierra quedará desatado en el cielo».

V. 15 Algunos manuscritos importantes añaden «contra ti», razón por la que las ediciones críticas incluyen estas palabras entre paréntesis.

La segunda parte del discurso (18,15-35) está centrada en la comunidad como fraternidad santa y pecadora (ver repetición de «her-

mano»: 18, 15. 21. 35, y «perdón»: 18,21.27.29.32.33). Primero se trata del tema de la corrección fraterna (18,15-18): la fraternidad es pecadora. Ante este hecho hay que reaccionar corrigiendo fraternalmente al hermano, buscando su bien, sin humillarlo. De aquí el procedimiento que se presenta: primero a solas (Lv 19,17), después ante otro testigo (ver Dt 19,15), finalmente, en caso de que no oiga, ante toda la "iglesia" o comunidad local. Si no oye a la comunidad, ésta lo separa, es decir, lo considera como un pagano, como uno que no es miembro de la Iglesia. Naturalmente, se trata de un caso grave, en el que la comunidad tiene que defenderse de lo que amenaza su propia existencia. El juicio de la comunidad será ratificado por Dios. «Atar-desatar» se refiere a las decisiones disciplinares de la comunidad, capacitada para admitir y excomulgar, permitir y prohibir (ver 16,18, donde este poder se le concede a Pedro). Leída esta perícopa junto con la anterior, aparece en tensión con ella: la comunidad, por una parte, ha de buscar a la oveja perdida, pero, por otra, tiene que defenderse de los que la amenazan. Mateo invita a tener presente los dos principios.

Oración en común (18,19-20)

[19]«Os aseguro también que si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, sea lo que fuere, lo conseguirán de mi Padre que está en los cielos. [20]Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos».

Se interrumpe el tema del pecado en la comunidad con una declaración de Jesús sobre su presencia en medio de ella, que por ello es santa. Comienza afirmando el valor de la oración comunitaria y «de común acuerdo» ante el Padre. Continúa asegurando su presencia dinámica entre los reunidos en su nombre, aunque sean pocos. Es uno de los temas importantes de Mateo (ver «Yo estoy con vosotros todos los días»: 28,20; «Emmanuel, Dios-con-nosotros»). Al colocar aquí esta enseñanza, el evangelista sugiere que la comunidad es a la vez santa y pecadora y que hay que vivir en tensión la doble faceta de esta realidad, sin quedarse en ninguno de los polos. En la tradición rabínica se encuentran sentencias semejantes, por ejemplo: «Si dos están juntos y palabras de la Torá entre ellos, la *Shekiná* (Presencia de Dios) habita entre ellos» (Misná, *Abot* III, 2).

Perdón de las ofensas. Parábola del siervo sin entrañas (18,21-35) (Lc 17,4)

**[21]Pedro se acercó entonces y le dijo: «Señor, ¿cuántas veces tengo
que perdonar las ofensas que me haga mi hermano? ¿Hasta siete
veces?» [22]Dícele Jesús: «No te digo hasta siete veces, sino hasta
setenta veces siete. [23]Por eso el Reino de los Cielos es semejante a un
rey que quiso ajustar cuentas con sus siervos. [24]Al empezar a ajus-
tarlas, le fue presentado uno que le debía diez mil talentos. [25]Como
no tenía con qué pagar, ordenó el señor que fuese vendido él, su
mujer y sus hijos y todo cuanto tenía, y que se le pagase. [26]Entonces
el siervo se echó a sus pies, y postrado le decía:* "Ten paciencia con-
migo, que todo te lo pagaré". [27]Movido a compasión el señor de
aquel siervo, le dejó ir y le perdonó la deuda. [28]Al salir de allí aquel
siervo se encontró con uno de sus compañeros, que le debía cien
denarios; le agarró y, ahogándole, le decía: "Paga lo que debes". [29]Su
compañero, cayendo a sus pies, le suplicaba: "Ten paciencia conmi-
go, que ya te pagaré". [30]Pero él no quiso, sino que fue y le echó en la
cárcel, hasta que pagase lo que debía. [31]Al ver sus compañeros lo
ocurrido, se entristecieron mucho y fueron a contar a su señor todo
lo sucedido. [32]Su señor entonces le mandó llamar y le dijo: "Siervo
malvado, yo te perdoné a ti toda aquella deuda porque me lo supli-
caste. [33]¿No debías tú también compadecerte de tu compañero, del
mismo modo que yo me compadecí de ti?" [34]Y encolerizado su
señor, le entregó a los verdugos hasta que pagase todo lo que le
debía. [35]Esto mismo hará con vosotros mi Padre celestial, si no per-
donáis de corazón cada uno a vuestro hermano».**

V. 26 Algunos manuscritos añaden: «Señor (ten paciencia)».

El discurso vuelve al tema del pecado: hay que perdonar siempre al hermano; es obligatorio el perdón en la comunidad, como condición para que se mantenga la fraternidad, pues constantemente nos ofendemos unos a otros. El Padre nos ha dado un perdón-amnistía incalculable, con el que no se puede comparar el perdón-amnistía que debemos dar al hermano. El perdón que recibimos está condicionado al perdón que damos a nuestros deudores.

Pedro, portavoz del grupo, pregunta sobre el límite del perdón. ¿Hasta siete veces, es decir, siempre, como Dios que perdona al justo que peca siete veces al día (ver Pr 24,16. Siete simbólicamente es un número de perfección). Jesús, aludiendo al cántico de Lamec (Gn 4,24), asiente: hay que perdonar hasta «setenta veces siete», siempre, sin excepción. La parábola explica, por una parte, que el perdón que recibimos de Dios nos exige darlo a nuestros hermanos, pues si rompemos la corriente de perdón, la perdemos. El perdón que recibimos de Dios lleva aneja la capacidad y obligación de perdonar a nuestros deudores. Por otra, las cantidades empleadas ponen de relieve que no hay proporción entre nuestras deudas con Dios y las que recibimos de nuestros hermanos (ver comentario a Mt 6,12): uno debe a su amo 10.000 talentos. El talento ático era la unidad de medida más alta de la época; equivalía a 6.000 dracmas o 35 kg de metal precioso. Debía, pues, 60 millones de dracmas o 350 toneladas de metal precioso, una suma fabulosa. El siervo no tiene con qué pagar y el amo ordena que vendan a su mujer e hijos, praxis que está de acuerdo con el derecho helenista (ver Dn 6,25), pero extraña al derecho judío (ver Ex 22,2). El deudor pide paciencia y obtiene un perdón total, pero reclama a su compañero 100 denarios. Un denario equivalía aproximadamente a una dracma, el salario de un día. 100 denarios era una cantidad ridícula en comparación con lo que debía y se le había perdonado. No perdona a su compañero, y el amo le retira el perdón. La conclusión está clara: «Esto mismo hará con vosotros mi Padre celestial, si no perdonáis de corazón cada uno a vuestro hermano». Creer en Dios implica recibir perdón y perdonar.

La comunidad, pues, nace en la medida en que cada uno vive su pequeñez y se mantiene en la corrección fraterna y el perdón. Jesús está dinámicamente presente en medio de esta realidad, santificándola.

Pregunta sobre el divorcio. La continencia voluntaria (19,1-12) (Mc 10,1-12)

19 **[1]Y sucedió que, cuando acabó Jesús estos discursos, partió**
de Galilea y fue a la región de Judea, al otro lado del Jordán.
[2]Le siguió mucha gente, y los curó allí. [3]Y se le acercaron unos fari-
seos que, para ponerle a prueba, le dijeron: «¿Puede uno repudiar
a su mujer por un motivo cualquiera?» [4]Él respondió: «¿No habéis

leído que el Creador*, desde el comienzo, ***los hizo varón y hembra,***
[5]y que dijo: ***Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se***
unirá a su mujer, y los dos se harán una sola carne? **[6]De manera que**
ya no son dos, sino una sola carne. Pues bien, lo que Dios unió no
lo separe el hombre.» [7]Dícenle: «Pues ¿por qué Moisés prescribió
dar acta de divorcio y repudiarla*?» [8]Díceles: «Moisés, teniendo en
cuenta la dureza de vuestro corazón, os permitió repudiar a vuestras mujeres; pero al principio no fue así. [9]Ahora bien, os digo que
quien repudie a su mujer –no por fornicación*– y se case con otra, comete adulterio».

[10]Dícenle sus discípulos: «Si tal es la condición del hombre respecto de su mujer, no trae cuenta casarse.» [11]Pero él les dijo: «No
todos entienden este lenguaje, sino aquellos a quienes se les ha concedido. [12]Porque hay eunucos que nacieron así del seno materno, y hay eunucos que fueron hechos tales por los hombres, y hay eunucos que se hicieron tales a sí mismos por el Reino de los Cielos. Quien pueda entender, que entienda».

V. 4 Algunos manuscritos leen: «el Hacedor».

V. 7 Se duda de la inserción del pronombre «(repudiar)la», pues no aparece en algunos manuscritos. Por ello, las ediciones críticas lo incluyen entre paréntesis.

V. 9 Algunos manuscritos escriben: «excepto en caso de fornicación», por influencia de Mt 5,32.

Esta enseñanza es la primera de tres dirigidas a los discípulos sobre temas claves de la vida cristiana: matrimonio, hacerse «niños», y los bienes. La perícopa consta de dos partes: discusión en público y aclaración en privado a los discípulos. La discusión pública repite una enseñanza que ya apareció en el Sermón de la Montaña (ver comentario a 5,27-31). La provocan los fariseos «para ponerlo a prueba». Jesús responde a la pregunta sobre la posibilidad del divorcio citando Gn 1,27 y 2,24, subrayando la última afirmación («se harán una sola carne») y sacando una consecuencia: «lo que Dios unió, no lo separe el hombre». Los fariseos replican citando Dt 24,1 y Jesús responde afirmando que el texto del Deuteronomio es una concesión de Moisés a causa de «la dureza de corazón», pero que hay que volver al «principio», al designio primitivo de Dios expresado en Génesis, donde se subraya la presentación del matrimonio en contexto de igualdad y unidad. Para Jesús el matrimonio es un modo concreto de vivir la fra-

ternidad, posible para los discípulos que han recibido un corazón nuevo. Consecuencia de esto es que divorciarse y casarse de nuevo es cometer adulterio, excepto en el caso de «fornicación», literalmente «impureza sexual», que puede referirse al incesto o al adulterio. La aclaración privada a los discípulos parte de la reacción de éstos: si es así, no vale la pena casarse, es mejor renunciar al matrimonio. En este contexto Jesús habla de varios tipos de renuncia: la de los eunucos de nacimiento, la de los eunucos hechos tales por los hombres y otro tipo de eunuco voluntario, que sólo comprenden aquellos a quienes ha sido dado renunciar por el Reino de los Cielos: es el caso de los que se hacen existencialmente eunucos para poder entregar totalmente su existencia al Reino de los Cielos.

Jesús y los niños (19,13-15)
(Mc 10,13-16; Lc 18,15-17)

**[13]Entonces le fueron presentados unos niños para que les impu-
siera las manos y orase; pero los discípulos les reñían. [14]Mas Jesús
les dijo: «Dejad que los niños vengan a mí, y no se lo impidáis, por-
que de los que son como éstos es el Reino de los Cielos.» [15]Y, des-
pués de imponerles las manos, se fue de allí.**

Los niños son destinatarios privilegiados del Reino de los Cielos, no por méritos propios, sino por decisión divina, pues el ser pequeño es una condición, no un mérito. El niño es un ser pequeño que vive su pequeñez y limitación con naturalidad y depende con naturalidad de los que lo cuidan. Esta condición evoca a Jesús la humildad radical, disposición necesaria para entrar en el Reino de los Cielos. Por ello Jesús los bendice y defiende su presencia en la comunidad, que es importante (ver 18,10) porque recuerda la necesidad constante de «hacerse como los niños» (ver 18,4).

El joven rico (19,16-22)
(Mc 10,17-22; Lc 18,18-23)

**[16]En esto se le acercó uno y le dijo: «Maestro, ¿qué he de hacer
de bueno para conseguir vida eterna?» [17]Él le dijo: «¿Por qué me
preguntas acerca de lo bueno? Uno solo es el Bueno. Mas si quie-
res entrar en la vida, guarda los mandamientos.» [18]«¿Cuáles?» –le**

dice él–. Y Jesús dijo: «*No matarás, no cometerás adulterio, no roba-*
rás, no levantarás falso testimonio,* [19]*honra a tu padre y a tu madre,
***y amarás a tu prójimo como a ti mismo.*» [20]Dícele el joven: «Todo**
eso lo he guardado*; ¿qué más me falta?» [21]Jesús le dijo: «Si quie-
res ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y
tendrás un tesoro en los cielos; luego sígueme.» [22]Al oír estas pala-
bras, el joven se marchó entristecido, porque tenía muchos bienes.

V. 20 Algunos manuscritos añaden: «desde mi juventud», inspirándose en Mc 10,20.

La tercera enseñanza (19,16-29) está centrada en los bienes, a propósito de un rico que renuncia al seguimiento por tener muchos haberes. La perícopa consta de tres partes. En ésta, la primera, aparece un joven rico, preguntando qué acciones buenas debe realizar para conseguir vida eterna. Jesús le replica que no debe preguntar sobre lo bueno, sino sobre el que es la fuente de la bondad, el único bueno, el que ha dado los mandamientos, que consiguientemente son expresión de su bondad y medios seguros para conseguir la vida. Como el AT contiene 613 mandamientos, el rico pregunta de nuevo cuáles debe guardar, a lo que Jesús responde con la segunda tabla del decálogo (Ex 20,12-16; Dt 5,16-20), es decir, cita los que expresan amor al prójimo, añadiendo el precepto de amar al prójimo como a uno mismo (Lv 19,18), lo que sugiere un amor total. Sorprende que se omita el mandamiento del amor a Dios, pero se supone cuando se acude a Dios como fuente de la bondad. Realmente el que cree en Dios Bueno tiene que amar al prójimo. Para Jesús, pues, el amor al prójimo es el camino para conseguir vida eterna. El rico replica que los ha guardado, ¿le falta algo? Jesús le responde, invitándolo a ser «perfecto» y a realizar lo que esto implica. El concepto «perfecto» en la cultura griega se refiere a una imitación que iguala al modelo, pero en la hebrea consiste en obrar de acuerdo con la propia naturaleza (ver comentario a 5,48). En este caso Jesús invita a actuar de acuerdo con la vocación concreta recibida, que ahora le manifiesta: cumplir el mandamiento de amor al prójimo en su seguimiento personal, lo que implica venderlo todo y darlo a los pobres, con lo que tendrá un tesoro en el cielo. El camino de la vida eterna es el amor al prójimo para todos, pero algunos reciben la vocación especial de recorrerlo materialmente, como lo hizo Jesús. Pero los bienes impiden al rico seguir este camino.

Peligro de las riquezas (19,23-26)
(Mc 10,23-27; Lc 18,24-27)

[23]Entonces Jesús dijo a sus discípulos: «Yo os aseguro que un
rico difícilmente entrará en el Reino de los Cielos. [24]Os lo repito, es
más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja, que el que
un rico entre en el Reino de los Cielos.» [25]Al oír esto, los discípulos,
llenos de asombro, decían: «Entonces, ¿quién se podrá salvar?»
[26]Jesús, mirándolos fijamente, dijo: «Para los hombres eso es impo-
sible, mas para Dios todo es posible».

La segunda parte contiene el comentario que Jesús hace a los discípulos sobre la dificultad de que los ricos entren en el Reino. Realmente es humanamente imposible, como muestra la comparación del camello y el ojo de la aguja, pero con la gracia de Dios todo es posible. El texto no precisa qué es lo que crea dificultad, si el mismo hecho de tener riquezas o el mal uso de ellas o el apego desordenado que induce a confiar en ellas más que en Dios, convirtiéndolas en ídolos. El contexto inmediato y el general de Mateo apuntan a la última causa, pues en la perícopa anterior Jesús dijo al rico que se podía salvar cumpliendo los mandamientos y, por otra parte, en la visión antiformalista de Mateo lo importante no es la situación externa, sino la forma de vivirla. En la bienaventuranza de los que lloran (ver comentario a Mt 5,5), por ejemplo, lo importante es vivir el dolor absurdo confiando en la bondad de Dios. La afirmación de la omnipotencia de Dios no anula la afirmación inicial sobre la dificultad que crean las riquezas, sino que invita a cooperar con el poder de Dios para adorarle y servirle sólo a él, incluso en medio de las riquezas.

Recompensa prometida al desprendimiento (19,27-30)
(Mc 10,28-31; Lc 18,28-30; 22,30; 13,30)

[27]Entonces Pedro, tomando la palabra, le dijo: «Ya lo ves, noso-
tros lo hemos dejado todo y te hemos seguido; ¿qué recibiremos,
pues?» [28]Jesús les dijo: «Yo os aseguro que vosotros que me habéis
seguido, en la regeneración, cuando el Hijo del hombre se siente en
su trono de gloria, os sentaréis también vosotros en doce tronos,
para juzgar a las doce tribus de Israel. [29]Y todo aquel que haya deja-

do casas, hermanos, hermanas, padre, madre, hijos* o campos por
mi nombre, recibirá el ciento por uno y heredará vida eterna. [30]Pero
muchos primeros serán últimos y muchos últimos, primeros».

V. 10 Algunos manuscritos añaden: «o mujer».

La tercera parte, por contraste, presenta la postura de los discípulos, por boca de Pedro: han hecho lo que no ha podido el rico, dejarlo todo y seguir a Jesús. Responde éste con dos afirmaciones referidas al hecho de seguir y al de dejar: los que lo siguen compartirán la gloria del Reino consumado cuando llegue la «regeneración» o renovación mesiánica, que se manifestará plenamente con la parusía de Jesús al fin del mundo, pero que ya ha comenzado desde su resurrección y actúa especialmente en la Iglesia. En esta renovación los doce compartirán con Jesús el tribunal que juzgará al pueblo de Dios o «doce tribus de Israel»; mientras tanto, ahora, junto con Jesús, las gobiernan. Una tradición judía afirmaba que los justos compartirán con Dios el tribunal que juzgará al mundo (ver 1 Hen 95,3; 1QH IV, 22; 1 Co 6,2; ver además Dn 7,9-27; Lc 22,28-30). Jesús la aplica a los doce apóstoles. Por otra parte, los que han dejado todo recibirán el ciento por uno y la vida eterna.

La sentencia final declara que con la venida de Jesús y del Reino ha tenido lugar una revolución de valores, como aparece en las tres enseñanzas precedentes: los eunucos, los pequeños, los pobres, que aparecen como últimos según los criterios humanos, ahora son primeros de cara al Reino. La siguiente parábola lo ilustrará.

Parábola de los obreros de la viña (20,1-16)

20 [1]«En efecto, el Reino de los Cielos es semejante a un propie-
tario que salió a primera hora de la mañana a contratar obre-
ros para su viña. [2]Habiéndose ajustado con los obreros en un dena-
rio al día, los envió a su viña. [3]Salió luego hacia la hora tercia y, al ver
a otros que estaban en la plaza parados, [4]les dijo: “Id también voso-
tros a mi viña, y os daré lo que sea justo”. [5]Y ellos fueron. Volvió a
salir a la hora sexta y a la nona e hizo lo mismo. [6]Todavía salió a eso
de la hora undécima y, al encontar a otros que estaban allí, les dice:
“¿Por qué estáis aquí todo el día parados?”. [7]Dícenle: “Es que nadie

nos ha contratado". Díceles: "Id también vosotros a la viña". [8]Al atar-
decer, dice el dueño de la viña a su administrador: "Llama a los obre-
ros y págales el jornal, empezando por los últimos hasta los prime-
ros". [9]Vinieron, pues, los de la hora undécima y cobraron un denario
cada uno. [10]Al venir los primeros pensaron que cobrarían más, pero
ellos también cobraron un denario cada uno. [11]Y, al cobrarlo, mur-
muraban contra el propietario, [12]diciendo: "Estos últimos no han
trabajado más que una hora, y les pagas como a nosotros, que hemos
aguantado el peso del día y el calor". [13]Pero él contestó a uno de ellos:
"Amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No te ajustaste conmigo en
un denario? [14]Pues toma lo tuyo y vete. Por mi parte, quiero dar a este
último lo mismo que a ti. [15]¿Es que no puedo hacer con lo mío lo que
quiero? ¿O va a ser tu ojo malo porque yo soy bueno?". [16]Así, los últi-
mos serán primeros y los primeros, últimos*».

V. 16 Algunos manuscritos añaden: «Porque muchos son llamados, mas pocos escogidos», sin duda tomado de 22,14.

Enmarcada por la doble repetición de la afirmación de que «los últimos serán primeros y los primeros últimos», la parábola subraya la bondad de Dios y el carácter gratuito de su don, cosa que comprenden los "pequeños", pero no los fariseos; por esto son aquéllos los que de hecho están recibiendo el Reino (ver perícopas anteriores: los eunucos, los humildes, los pobres). Mateo está pensando en lo que sucede en su tiempo, en que los «últimos», los gentiles, vienen a la Iglesia y se convierten en los «primeros».

El relato presenta a un propietario que contrata a primera hora de la mañana a un grupo de obreros, con los que se ajusta en un denario. A la hora de tercia (nueve de la mañana) contrata a otros, a los que promete darles «lo que sea justo». Lo mismo hizo a la hora de sexta (mediodía) y nona (tres de la tarde). Finalmente contrató a otros a la hora undécima (cinco de la tarde). Sólo queda una hora apta para el trabajo, pues a las seis ya es de noche). Finalmente ordena a su administrador que pague, empezando por los últimos, que sólo han trabajado una hora. Éstos reciben un denario. Al verlo, los primeros pensaban que cobrarían más de lo estipulado, pero sólo reciben un denario, por lo que se quejan. Entonces el dueño declara a uno de ellos que no les hace injusticia, pues reciben la cantidad ajustada. El equiparar

los otros a ellos se debe a su libertad y bondad en favor de los hombres a los que «nadie ha contratado»: los pecadores y los gentiles. Dios contrató al comienzo de la Historia de la Salvación al pueblo judío y es justo con él, pues le ofrece la bendición prometida a Abrahán, pero no deben escandalizarse ante su libérrima bondad, que también ofrece esta bendición a los que han llegado tarde.

3. Tercer anuncio de la muerte y resurrección. Incomprensión y eseñanzas a la Iglesia

Tercer anuncio de la Pasión (20,17-19) (Mc 10,32-34; Lc 18,31-33)

[17]Cuando iba subiendo Jesús a Jerusalén, tomó aparte a los Doce y les dijo por el camino: [18]«Mirad que subimos a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los sumos sacerdotes y escribas; le condenarán a muerte [19]y le entregarán a los gentiles, para burlarse de él, azotarle y crucificarle, y al tercer día resucitará».

El tercer anuncio de la muerte y resurrección está dirigido a los Doce y es el más detallado de los tres, pues alude a hechos concretos de la pasión: entrega a sumos sacerdotes y escribas, que lo condenarán a muerte y entregarán a los gentiles; éstos se burlarán de él, lo azotarán y crucificarán, pero al tercer día resucitará. No se dice nada sobre la incomprensión de los Doce, como en los otros, pero el relato siguiente la sugiere.

Petición de la madre de los hijos de Zebedeo (20,20-23) (Mc 10,35-40)

[20]Entonces se le acercó la madre de los hijos de Zebedeo con sus hijos, y se postró como para pedirle algo. [21]Él le dijo: «¿Qué quieres?» Dícele ella: «Manda que estos dos hijos míos se sienten, uno a tu derecha y otro a tu izquierda, en tu Reino.» [22]Replicó Jesús: «No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber la copa que yo voy a beber?» Dícenle: «Sí, podemos.» [23]Díceles: «Mi copa, sí la beberéis; pero sentarse a mi derecha o mi izquierda no es cosa mía el concederlo, sino que es para quienes está preparado por mi Padre».

En el relato paralelo de Marcos, los Zebedeos se dirigen directamente a Jesús pidiendo los primeros puestos. Mateo mejora la imagen de los discípulos, poniendo la petición en labios de su madre. La petición hace ver que conciben el mesianismo de Jesús de una forma político-religiosa, como una restauración temporal de la realeza davídica, y que la subida a Jerusalén tiene carácter de toma de posesión de este poder político-religioso. Jesús subraya la falta de comprensión y sólo ofrece compartir su camino de muerte, que conduce a la resurrección, pues su misión es traer la salvación por su muerte y resurrección; los "puestos" en el reino escatológico, meta del camino, los concede el Padre, que es el señor del Reino (ver Mt 25,34). Beber la copa es una metáfora bíblica (ver Is 51,17), que en el AT se refiere con frecuencia al sufrimiento como expresión de la ira o juicio de Dios y aquí designa la pasión cercana (ver Mt 26,39), contenida en el juicio de Dios que Jesús ha mencionado tres veces anunciando su muerte y resurrección. Los Zebedeos aceptan beber el cáliz. De hecho Santiago murió mártir en la persecución de Herodes Agripa, hacia el año 44 (ver Hch 12,2) y su hermano Juan, aunque no sufrió el martirio, no estuvo menos asociado a los sufrimientos del Maestro.

Los jefes deben servir (20,24-28) (Mc 10,41-45; Lc 22,24-27)

[24]Al oír esto los otros diez, se indignaron contra los dos hermanos. [25]Mas Jesús los llamó y dijo: «Sabéis que los jefes de las naciones las dominan como señores absolutos, y los grandes las oprimen con su poder. [26]No ha de ser así entre vosotros, sino que el que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor, [27]y el que quiera ser el primero entre vosotros, será vuestro esclavo; [28]de la misma manera que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos*».

V. 28 Algunos testigos textuales añaden aquí un pasaje que sin duda procede de algún evangelio apócrifo: «Mas vosotros tratáis de haceros de pequeños grandes, y de grandes os hacéis pequeños. Cuando vayáis a un banquete al que se os ha invitado, no ocupéis los puestos de honor, no sea que llegue uno más digno que tú, y acercándose el presidente del banquete te diga: "Ponte más abajo", y quedes avergonzado. Mas si ocupas el puesto inferior y llega uno menos digno que tú, el presidente del banquete te dirá: "Ponte más arriba", y ello te resultará beneficioso». Ver Lc 14,8-10.

Esta escena complementa la anterior. Los otros diez se indignan ante la petición de los Zebedeos y Jesús les enseña que la autoridad entre los discípulos no ha de seguir el modelo de los jefes y señores de este mundo, basado en dominio absoluto y opresión, sino el de Jesús, a base de servir y dar la vida como el Siervo de Yahvé. Por ello, el que tenga más autoridad ha de ser el mayor servidor y el que más da la vida por el pueblo al que sirve. Jesús se aplica una sentencia del cuarto poema del Siervo de Yahvé (Is 53,10s: «Si se da a sí mismo en expiación, verá descendencia... justificará mi Siervo a muchos»), interpretando su próxima muerte como «rescate por muchos», puesto que muere en lugar de los culpables, los hombres pecadores, a los que libra de la muerte debida por sus pecados (ver 1 Co 15,56) y los lleva Dios. Por eso, su muerte y resurrección realizan de forma plena el «rescate», es decir, la compensación o expiación que, según el AT, había que realizar de las personas o cosas manchadas por el pecado, y a veces destinadas a la muerte o destrucción (ver Lv 4-5; 16). El término «muchos» contrapone el gran número de los rescatados al único Redentor, sin querer decir que tal número sea limitado (ver Mt 26,28; Rm 5,6-21).

Los dos ciegos de Jericó (20,29-34)
(Mc 10,46-52; Lc 18,35-43)

[29]Cuando salían de Jericó, le siguió una gran muchedumbre. [30]En
esto, dos ciegos que estaban sentados junto al camino, al enterarse
que Jesús pasaba, se pusieron a gritar: «¡Señor*, ten compasión de
nosotros, Hijo de David!» [31]La gente les increpó para que se calla-
ran, pero ellos gritaron más fuerte: «¡Señor, ten compasión de
nosotros, Hijo de David!» [32]Entonces Jesús se detuvo, los llamó y
dijo: «¿Qué queréis que os haga?» [33]Dícenle: «¡Señor, que se abran
nuestros ojos!» [34]Movido a compasión Jesús, tocó sus ojos y al ins-
tante recobraron la vista; y le siguieron.

V. 10 Algunos manuscritos escriben: «Jesús, ten compasión de nosotros».

Después de la incomprensión que muestran los discípulos, esta perícopa sirve de conclusión de la sección, ofreciendo un ejemplo de cómo seguir a Jesús a Jerusalén. Dos ciegos (mínimo para ser testi-

gos) sentados a la vera del camino reconocen su ceguera, gritan al Señor, Hijo de David con fe perseverante, pidiendo ver. Jesús, que ha venido a «iluminar a los sentados en sombra de muerte» (4,16), los llama y, movido a compasión, les toca los ojos y recuperaron la vista. Y así los que estaban sentados y ciegos lo siguen hacia Jerusalén.

CAPÍTULO 2

ACTIVIDAD MESIÁNICA EN JERUSALÉN (21,1 – 25,46)

Jesús llega a Jerusalén, la ciudad mesiánica, donde está el Templo de Dios y reside la máxima autoridad religiosa, el sumo sacerdote y el sanedrín. Hasta ahora ha proclamado la presencia del Reino en Galilea; ahora lo va a hacer en los lugares centrales del judaísmo, dando testimonio en el Templo, ante el sanedrín y ante el sumo sacerdote, pero será rechazado. Ahora va a tener lugar la Pascua de la que nacerá el verdadero Israel.

Mateo recuerda los últimos días del ministerio publico en Jerusalén, subrayando su carácter mesiánico y el rechazo por parte de los judíos y sus motivos: el Mesías llega a su ciudad y va directamente al Templo; pero lo tiene que descalificar, porque lo han hecho cueva de ladrones; la higuera sin frutos es símbolo del pueblo y su Templo. Los dirigentes deciden darle muerte, pues descalifica al Templo y justifica su descalificación apelando a su condición de Hijo. Tres parábolas (la de los dos hijos, la de los viñadores infieles y la de los invitados a la boda real) ilustran el sentido de este rechazo, que dará lugar a la muerte de Jesús y al nacimiento de la Iglesia. En este contexto tienen lugar discusiones de fariseos y saduceos con Jesús, que muestran la profundidad de la ruptura. Termina el conjunto con un largo discurso (el quinto) en el que Jesús condena el fariseísmo y, a modo de testamento, anuncia las grandes líneas del futuro de la Historia de la Salvación.

Mateo presenta este material entres desarrollos: 1. Entrada mesiánica en Jerusalén (21, 1-17); 2. Jesús es rechazado: controversias con los diversos grupos y parábolas explicativas (21, 18-22,46); 3. Discurso sobre Israel y sobre el fin del mundo (caps. 23-25).

1. Entrada mesiánica en Jerusalén

Entrada mesiánica en Jerusalén (21,1-11)
(Mc 11,1-11; Lc 19,28-38; Jn 12,12-16)

21 **[1]Cuando se aproximaron a Jerusalén y llegaron a Betfagé, en
el monte de los Olivos, entonces envió Jesús a dos discípu-
los, [2]diciéndoles: «Id al pueblo que está enfrente de vosotros, y ense-
guida encontraréis un asna atada y un pollino con ella; desatadlos
y traédmelos. [3]Y si alguien os dice algo, diréis: El Señor los necesi-
ta, pero enseguida los devolverá.» [4]Esto sucedió para que se cum-
pliese lo dicho por el profeta:**

> **[5]*Decid a la hija de Sión:***
> ***He aquí que tu Rey viene a ti,***
> ***manso y montado en un asna***
> ***y un pollino, hijo de animal de yugo.***

**[6]Fueron, pues, los discípulos e hicieron como Jesús les había
encargado: [7]trajeron el asna y el pollino. Luego pusieron sobre ellos
sus mantos, y él se sentó encima. [8]La gente, muy numerosa, exten-
dió sus mantos por el camino; otros cortaban ramas de los árboles
y las tendían por el camino. [9]Y la gente que iba delante y detrás de
él gritaba:**

> **«*¡Hosanna* al Hijo de David!**
> ***¡Bendito el que viene en nombre del Señor!***
> ***¡Hosanna* en las alturas!»**

**[10]Y al entrar él en Jerusalén, toda la ciudad se conmovió. «¿Quién
es éste?», decían. [11]Y la gente decía: «Este es el profeta Jesús, de
Nazaret de Galilea.»**

Jesús ha llegado a la meta. Con libertad y conocedor de su futuro, realiza un gesto simbólico, escenificando el texto de Za 9,9 sobre el rey-manso. Quiere presentarse así en Jerusalén como rey humilde y pacífico. Los acompañantes extienden sus mantos en el suelo (ver 2 R 9,13: lo mismo que en la proclamación de Jehú como rey) y con ramos en las manos lo aclaman como Hijo de David, por cuyo medio Dios traerá la salvación. *Hosanna* es un término hebreo que significa

literalmente "salva por favor" y que se ha convertido en aclamación. Todo este saludo se inspira en el Sal 118,25-26: «Yahvé, salva por favor (*hoshianna*); Yahvé, danos el éxito por favor. Bendito el que viene en el nombre de Yahvé.» Los jerosolimitanos se conmueven a su llegada y se preguntan por su identidad, a lo que responde la gente que acompaña diciendo que es el profeta Jesús, de Nazaret de Galilea. Aquí profeta equivale a Mesías, pues el judaísmo de la época esperaba que el espíritu de profecía, que se había extinguido desde Malaquías, reaparecería con la llegada del Mesías.

Expulsión de los vendedores del Templo (21,12-17) (Mc 11,11.15-17; Lc 19,45-46; Jn 2,14-16)

12Entró Jesús en el Templo y echó fuera a todos los que vendían
y compraban en el Templo; volcó las mesas de los cambistas y los
puestos de los vendedores de palomas. 13Y les dijo: «Está escrito: *Mi*
***Casa será llamada Casa de oración.* ¡Pero vosotros estáis haciendo**
de ella una *cueva de bandidos!*» 14También en el Templo se acerca-
ron a él algunos ciegos y cojos, y los curó. 15Mas los sumos sacer-
dotes y los escribas, al ver los milagros que había hecho y a los
niños que gritaban en el Templo: «¡Hosanna al Hijo de David!», se
indignaron 16y le dijeron: «¿Oyes lo que dicen éstos?» «Sí –les dice
Jesús–. ¿No habéis leído nunca que

De la boca de los niños y de los que aún maman
***te preparaste alabanza?*»**

17Y dejándolos, salió fuera de la ciudad, a Betania, donde pasó la
noche.

La entrada en Jerusalén culmina en la visita al Templo, donde actúa como profeta y es aclamado como mesías rey. El templo está destinado a ser casa de oración (cf. Is 56,7), máxima expresión y centro de la vida de un pueblo sacerdotal y santo (Ex 19,6), pero Jesús lo tiene que descalificar, porque los sacerdotes responsables lo han convertido en objeto de negocio, cueva de ladrones (ver Jr 7,11), alquilando los soportales que rodean la explanada a vendedores de animales y monedas destinados al culto. En la antigüedad los vendedores se instalaban en el monte de los Olivos, frente al Templo; más adelante

en la piscina probática, más cercana; finalmente un grupo de vendedores obtiene permiso mediante dinero para situarse dentro de la misma explanada, lugar privilegiado para las ventas, impidiendo así la finalidad propia de estos espacios, que era la enseñanza y la convivencia (Jn 10,23; Hch 3,11;5,12). Para Jesús todo esto manifiesta una mentalidad que subordina los fines del Templo a intereses económicos y es signo de desviación de la religiosidad judía. Por ello expulsa a los vendedores de un sector del Templo (naturalmente reducido, pues no podía controlar toda la superficie del Templo; por otra parte, no intervino la guarnición romana que aseguraba el orden público vigilando desde la fortaleza Antonia). Por una parte, fue un gesto mesiánico, pues implicaba que Jesús se creía con autoridad para echar fuera a los vendedores y compradores, volcar las mesas de los cambistas y los puestos de vendedores de palomas; por otra, fue un gesto profético, pues anunciaba el final de este tipo de culto (ver Za 14,21; Ml 3,2-4; Sal Salomón 17,30[33]). Jesús realizó además otros signos mesiánicos, curando ciegos y cojos (que no podían entrar en el Templo, ver 2 S 5,8; Lv 21,18), signos tan evidentes que provocan la alabanza mesiánica incluso de los «niños», que repiten el «Hosanna al rey hijo de David». Pero los escribas y los sacerdotes responsables no lo ven así y piden a Jesús que los haga callar, a lo que éste se niega, citando el Sal 8,3.

2. Jesús es rechazado

La higuera estéril y seca. Fe y oración (21,18-22) (Mc 11,12-14.20-24)

18 Al amanecer, cuando volvía a la ciudad, sintió hambre; 19 y vien-
do una higuera junto al camino, se acercó a ella, pero no encontró
en ella más que hojas. Entonces le dice: «¡Que nunca jamás brote
fruto de ti!» Y al momento se secó la higuera. 20 Al verlo los discípu-
los se maravillaron y decían: «¿Cómo al momento quedó seca la
higuera?» 21 Jesús les respondió: «Yo os aseguro: si tenéis fe y no
vaciláis, no sólo haréis lo de la higuera, sino que si aun decís a este
monte: “Quítate y arrójate al mar”, así se hará. 22 Y todo cuanto
pidáis con fe en la oración, lo recibiréis».

La higuera estéril es símbolo del pueblo. Jesús realiza un gesto simbólico, igual que los profetas (ver Jr 18,1-12), para hacer ver al pueblo su situación como pueblo de Dios: no da fruto y, por eso, va a quedar estéril para siempre. Ante la admiración de los discípulos por haber quedado seca la higuera, Jesús añade una enseñanza sobre el poder de la fe-confianza y de la oración, que en este contexto señalan el camino que tiene el pueblo incrédulo para superar esta situación negativa. Mateo simplifica y resume esta tradición, que en Marcos aparece en dos partes, antes de la descalificación del Templo y después, precisando además que Jesús quiso coger fruto cuando «no era tiempo de higos», es decir, la hora del juicio de Dios es inesperada y no coincide con las apreciaciones de los hombres.

Controversia sobre la autoridad de Jesús (21,23-27) (Mc 11,27-33; Lc 20,1-8)

23 Llegado al Templo, mientras enseñaba se le acercaron los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo diciendo: «¿Con qué autoridad haces esto? ¿Y quién te ha dado tal autoridad?» 24 Jesús les respondió: «También yo os voy a preguntar una cosa; si me contestáis a ella, yo os diré a mi vez con qué autoridad hago esto. 25 El bautismo de Juan, ¿de dónde era?, ¿del cielo o de los hombres?» Ellos discurrían entre sí: «Si decimos: "Del cielo", nos dirá: "Entonces ¿por qué no le creísteis?" 26 Y si decimos: "De los hombres", tenemos miedo a la gente, pues todos tienen a Juan por profeta.» 27 Respondieron, pues, a Jesús: «No sabemos.» Y él les replicó asimismo: «Tampoco yo os digo con qué autoridad hago esto».

Sacerdotes y ancianos, pertenecientes a dos de los tres grupos que conforman el sanedrín o supremo tribunal de Israel, preguntan a Jesús sobre sus poderes para actuar en el Templo, expulsando a un grupo de mercaderes. Jesús pone de relieve su mala voluntad, al preguntarles y negarse ellos hipócritamente a contestar. La pregunta de Jesús versa sobre el origen de la actividad de Juan Bautista: ¿Era un enviado de Dios, es decir, venía del cielo? o, por el contrario, ¿actuaba por propia cuenta, es decir, era su actividad una simple obra humana? Los interpelados reflexionan sobre el alcance de la pregunta. Reconocer que era un enviado de Dios los deja en ridículo, pues

ellos no lo aceptaron; afirmar que era una obra humana de un pobre iluminado era indisponerse con el pueblo, que tenía a Juan como un gran profeta enviado por Dios. Deciden no responder, porque no les conviene. Ante esta mentalidad calculadora e interesada, que no ama la verdad, Jesús se niega a responder. Pero lo hará indirectamente con las tres parábolas siguientes, que son un comentario a la postura del pueblo judío que rechaza a Jesús.

Parábola de los dos hijos (21,28-32)

**28«A ver qué os parece. Un hombre tenía dos hijos. Llegándose al
primero, le dijo: "Hijo, vete hoy a trabajar en la viña". 29Él respon-
dió: "No quiero", pero después se arrepintió y fue. 30Llegándose al
segundo, le dijo lo mismo. Él respondió: "Voy, Señor", pero no fue.
31¿Cuál de los dos hizo la voluntad del padre?» –«El primero»– le
dicen. Díceles Jesús: «En verdad os digo que los publicanos y las
prostitutas llegan antes que vosotros al Reino de Dios. 32Porque
vino Juan a vosotros por camino de justicia, y no creísteis en él,
mientras que los publicanos y las prostitutas creyeron en él. Y voso-
tros, ni viéndolo, os arrepentisteis después, para creer en él.**

Tres parábolas comentan la postura del pueblo judío, especialmente de sus dirigentes. La primera está directamente relacionada con la cuestión del origen de Juan Bautista, que planteó Jesús en la perícopa anterior. Los dirigentes del pueblo judío, que oficialmente aparecen como los representantes auténticos de la religiosidad judía, los hombres del sí, se quedan en meras declaraciones públicas, pero no hacen la voluntad de Dios, porque rechazaron a Juan y su mensaje de conversión, que invitaba a vivir en conformidad con el camino de justicia, haciendo la voluntad de Dios; en cambio los publicanos y prostitutas, pecadores públicos, que oficialmente aparecen viviendo de espaldas a los mandamientos de Dios, las personas del no, acogieron su mensaje y se convirtieron. Es una postura que siguen manteniendo los judíos que rechazan a Jesús. Mateo proyecta esta realidad a los venidos del paganismo, que se han convertido y hacen la voluntad del Padre, formando el verdadero Israel. No es cuestión de palabras y buena fama, sino de obras.

Parábola de los viñadores homicidas (21,33-46)
(Mc 12,1-12; Lc 20,9-19)

[33]«Escuchad otra parábola. Era un propietario que plantó una viña, la rodeó de una cerca, cavó en ella un lagar y edificó una torre; la arrendó a unos labradores y se ausentó. [34]Cuando llegó el tiempo de los frutos, envió sus siervos a los labradores para recibir sus frutos. [35]Pero los labradores agarraron a los siervos, y a uno lo golpearon, a otro lo mataron, a otro lo apedrearon. [36]De nuevo envió otros siervos en mayor número que los primeros; pero los trataron de la misma manera. [37]Finalmente les envió a su hijo, diciendo: "A mi hijo le respetarán". [38]Pero los labradores, al ver al hijo, se dijeron entre sí: "Éste es el heredero. Vamos, matémosle y quedémonos con su herencia". [39]Y, agarrándolo, lo echaron fuera de la viña y lo mataron*. [40]Cuando venga, pues, el dueño de la viña, ¿qué hará con aquellos labradores?» [41]Dícenle: «A esos miserables les dará una muerte miserable y arrendará la viña a otros labradores, que le paguen los frutos a su tiempo.» [42]Y Jesús les dice: «¿No habéis leído nunca en las Escrituras:

La piedra que los constructores desecharon,
en piedra angular se ha convertido;
fue el Señor quien hizo esto
y es maravilloso a nuestros ojos?

[43]Por eso os digo: Se os quitará el Reino de Dios para dárselo a un pueblo que rinda sus frutos. [44]Y el que cayere sobre esta piedra se destrozará, y a aquel sobre quien cayere, le aplastará*».

[45]Los sumos sacerdotes y los fariseos, al oír sus parábolas, comprendieron que estaba refiriéndose a ellos. [46]Y trataban de detenerlo, pero tuvieron miedo a la gente porque loe tenían por profeta.

V. 39 Algunos manuscritos leen: «lo mataron y echaron fuera de la viña».

V. 44 Este v. falta en los manuscritos occidentales, quizá porque los copistas veían en él una repetición de Lc 20,18. Pero hay que mantenerlo, porque explicita más la alusión a Dn 2,34s.44s.

Una segunda parábola sigue ilustrando la situación. Parábola significa comparación, que puede ser de diverso tipo, como parábola o alegoría. Aquí no significa propiamente el género literario parábola,

que sólo tiene un término de comparación y una enseñanza (tal historia sugiere tal enseñanza), sino más bien alegoría, género en el que cada miembro de la historia tiene un significado. En concreto, el dueño de la viña es Dios; la viña es el pueblo elegido, Israel (ver Is 5,1-2), personalizado en sus representantes; los siervos, los profetas enviados a lo largo de la Historia de la Salvación; el hijo heredero es Jesús, hijo de Dios, culmen natural de la Historia de la salvación, muerto fuera de las murallas de Jerusalén; los viñadores homicidas, los judíos infieles, que al matar al legítimo heredero desvían a la viña de su término natural, que es Jesús y la plenitud del Reino que él trae; los frutos son las obras propias del Reino de Dios; el otro pueblo al que se le confiará la viña, los judíos creyentes y los gentiles. La alegoría termina con una pregunta que responden los oyentes correctamente, aunque condenándose a sí mismos: los que así han obrado merecen la muerte y que se les quite la viña, y se dé a otros que den los frutos a su tiempo (ver Sal 1,3). Jesús amplía y explicita esta respuesta: porque los sumos sacerdotes y fariseos, representantes de la religiosidad judía oficial, están rechazándolo y acabarán por asesinarlo, les será quitado el ser miembros del Reino de Dios en la tierra y les será dado este don a personas que produzcan los frutos del Reino, sean judíos o gentiles. La pertenencia al Reino no es cuestión de ser miembro de una raza, sino de hacer la voluntad de Dios, produciendo frutos de justicia. Esto va unido indisolublemente a la aceptación de Jesús como el Hijo de Dios, *autobasileia* o personificación del Reino de Dios, que es la piedra angular (Sal 118,22-23), clave del edificio. Fue desechada por los que lo mataron, pero Dios lo ha resucitado y ha convertido en único Salvador. Por eso, rechazarlo es rechazar la salvación, «caer sobre esta piedra» es destrozarse (ver Dn 2,34s.44s). Los sumos sacerdotes y fariseos comprenden que la comparación va dirigida a ellos e intentan detenerlo para matarlo, pero tienen miedo al pueblo, que considera a Jesús profeta. Este dato prepara 26,3-5.

Parábola del banquete nupcial (22,1-14)
(Lc 14,16-24)

22 **[1]Tomando Jesús de nuevo la palabra les habló en parábolas,**
diciendo: [2]«El Reino de los Cielos es semejante a un rey que
celebró el banquete de bodas de su hijo. [3]Envió sus siervos a llamar

a los invitados a la boda, pero no quisieron venir. [4]Envió todavía
otros siervos, con este encargo: Decid a los invitados: “Mirad, mi
banquete está preparado, se han matado ya mis novillos y anima-
les cebados, y todo está a punto; venid a la boda”. [5]Pero ellos, sin
hacer caso, se fueron el uno a su campo, el otro a su negocio; [6]y los
demás agarraron a los siervos, los escarnecieron y los mataron. [7]Se
enojó el rey y, enviando sus tropas, dio muerte a aquellos homici-
das y prendió fuego a su ciudad. [8]Entonces dice a sus siervos: “La
boda está preparada, pero los invitados no eran dignos. [9]Id, pues, a
los cruces de los caminos y, a cuantos encontréis, invitadlos a la
boda”. [10]Los siervos salieron a los caminos, reunieron a todos los
que encontraron, malos y buenos, y la sala de bodas se llenó de
comensales.
[11]«Cuando entró el rey donde los comensales vio allí uno que no
tenía traje de boda; [12]le dice: “Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin
traje de boda?”. Él se quedó callado. [13]Entonces el rey dijo a los sir-
vientes: “Atadle de pies y manos, y echadle a las tinieblas de fuera;
allí será el llanto y el rechinar de dientes”. [14]Porque muchos son lla-
mados, mas pocos escogidos».

Mateo alegoriza esta parábola, que ha recibido de la tradición, y además le añade al final una escena conclusiva, en la que ofrece un juicio sobre la postura de los que de hecho están participando del banquete. Según la alegorización, el hombre rico que ofrece una cena es un rey, pues representa a Dios. Éste es el verdadero protagonista, el único que habla y domina toda la acción. Es el Señor de la Historia de la Salvación. La cena que ofrece es una cena de bodas, pues se trata del envío de su Hijo a la tierra como esposo de la Iglesia para comenzar el banquete escatológico. Hay tres grandes llamadas a este banquete de bodas. Las dos primeras están dirigidas a «invitados», es decir, a personas a las que ya se les ha invitado anteriormente y que debían estar preparadas esperando el momento concreto en que se les avise para ir. La primera fue la dirigida al pueblo judío por los profetas, que fue rechazada; la segunda es la hecha por Jesús y los apóstoles, que fueron igualmente rechazados e incluso asesinados por los judíos contemporáneos, por lo que Dios destruyó su ciudad, Jerusalén; finalmente hay una tercera llamada realizada por los apóstoles y dirigida a “no previamente invitados”, que se encuentran fuera

de la ciudad: los gentiles. Éstos respondieron positivamente. Pero no basta una simple acogida material, hay que responder con frutos de justicia (ver Mt 3,8; 5,20; 7,21s; 13,47s; 21,28s), llevando el vestido de bodas, para no ser expulsados del banquete en la visita del juicio final. La salvación no es cuestión mágica ni de privilegios de grupo. El refrán de 22,14, colocado al final, afecta a ambas parábolas: no basta con ser invitado, hay que responder para ser escogidos. Todo el pueblo judío fue invitado, pero sólo algunos pocos (la iglesia judeocristiana) han sido escogidos. Igual sucede con los cristianos de origen gentil; son muchos los que forman parte de la comunidad, pero no todos están respondiendo y no serán escogidos en el juicio final.

El tributo debido al César (22,15-22)
(Mc 12,13-17; Lc 20,22-26)

**[15]Entonces los fariseos se fueron y celebraron consejo sobre la
forma de sorprenderle en alguna palabra. [16]Y le envían sus discípu-
los, junto con los herodianos, a decirle: «Maestro, sabemos que eres
veraz y que enseñas el camino de Dios con franqueza y que no te
importa por nadie, porque no miras la condición de las personas.
[17]Dinos, pues, qué te parece, ¿es lícito pagar tributo al César o no?»
[18]Mas Jesús, conociendo su malicia, dijo: «Hipócritas, ¿por qué me
tentáis? [19]Mostradme la moneda del tributo.» Ellos le presentaron
un denario. [20]Y les dice: «¿De quién es esta imagen y la inscrip-
ción?» [21]Dícenle: «Del César.» Entonces les dice: «Pues lo del César
devolvédselo al César, y lo de Dios a Dios.» [22]Al oír esto, quedaron
maravillados, y dejándole, se fueron.**

A continuación coloca Mateo cuatro episodios que manifiestan la oposición creciente entre Jesús y los fariseos, parte del grupo que busca la muerte de Jesús (ver 21,45). Según el primero, los fariseos se reúnen y deliberan cómo sorprender a Jesús con alguna declaración que le comprometa para poder acusarlo. Envían a algunos de los suyos junto con unos herodianos, partidarios de la dinastía de Herodes Antipas, que gobernaba con el apoyo de Roma y que defendía consecuentemente los derechos de Roma, entre ellos el cobro del tributo. Los fariseos, por su parte, negaban la licitud del tributo apoyándose en razones religiosas, pues según ellos pagar el tributo a

Roma implica reconocer su soberanía, y el pueblo judío sólo debe reconocer la soberanía de Dios. Los enviados, pues, unos partidarios del sí y otros del no, plantean un dilema en términos de principios esenciales y permanentes: «es lícito... o no». Jesús replantea el problema en términos existenciales: pide que se le enseñe una moneda de Roma y que se lea la inscripción. El hecho de que la tengan a mano muestra que la suelen usar; ahora bien, si de hecho la usan, porque conviene a sus intereses económicos, deben ser consecuentes, contribuyendo al mundo del que se benefician, el gran mercado que hacía posible el Imperio romano, sin querer negarse con motivos pretendidamente religiosos: todo es de Dios, pero dentro de este ámbito el César tiene sus exigencias para los que quieren beneficiarse de sus ventajas.

La resurrección de los muertos (22,23-33)
(Mc 12,18-27; Lc 20,27-40)

[23]Aquel día se le acercaron unos saduceos, esos que niegan que haya resurrección, y le preguntaron*: [24]«Maestro, Moisés dijo: Si alguien muere sin tener hijos, su hermano se casará con la mujer de aquél para dar descendencia a su hermano. [25]Ahora bien, había entre nosotros siete hermanos. El primero se casó y murió; y, no teniendo descendencia, dejó su mujer a su hermano. [26]Sucedió lo mismo con el segundo, y con el tercero, hasta los siete. [27]Después de todos murió la mujer. [28]En la resurrección, pues, ¿de cuál de los siete será mujer? Porque todos la tuvieron.» [29]Jesús les respondió: «Estáis en un error, por no entender las Escrituras ni el poder de Dios. [30]Pues en la resurrección, ni ellos tomarán mujer ni ellas marido, sino que serán como ángeles en el cielo. [31]Y en cuanto a la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído lo dicho por Dios: [32]*Yo soy el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob?* No es un* Dios de muertos, sino de vivos.» [33]Al oír esto, la gente se maravillaba de su doctrina.

V. 23 Otros manuscritos importantes escriben: «Aquel día se le acercaron unos saduceos, diciendo que no hay resurrección y le preguntaron».

V. 32 Se duda si debe preceder a «Dios» el artículo indeterminado «un», como en la traducción propuesta, o el determinado «el». El testimonio de los diferentes manuscritos no está claro.

La segunda cuestión la plantean a Jesús los saduceos. Se trata de otra de las sectas o grupos religiosos existentes en tiempos de Jesús, junto con los fariseos y esenios. Los saduceos daban poca importancia a la tradición oral y se atenían estrictamente, especialmente en las cuestiones importantes, a la tradición *escrita*, sobre todo del Pentateuco, afirmando no encontrar en él la doctrina de la resurrección de los muertos, defendida por los fariseos, aunque éstos lo hacían de forma ambigua, pues no estaba claro si afirmaban que los muertos volvían a la *misma* vida que habían perdido en este mundo, aunque mejorada, o a *otra* vida, divinizada, en el mundo de Dios. El ejemplo que proponen los saduceos se apoya en esta ambigüedad, presentando el caso de una mujer que se encuentra con siete maridos al volver a *este* mundo. Jesús afirma la resurrección, obra del poder de Dios, como participación de su mundo divino («serán como ángeles») en el que no hay matrimonio y todo ello de acuerdo con las Escrituras, que atestiguan que Dios es el Dios de la vida, de los vivientes. La cita de Ex 3,6, en que Dios se autodefine como el «Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob» muestra que éstos están vivos. De hecho, cuando Dios concede su protección a un individuo o pueblo hasta el punto de convertirse en «su Dios», el dejarlo volver a la nada no podría ser más que una manera imperfecta y efímera de protección. Esta exigencia de eternidad por parte del amor divino no fue claramente percibida en los comienzos de la revelación bíblica: de ahí la creencia en un *sheol* sin resurrección (Is 38, 10-20; Sal 6,6; 88,11-13), a la que el tradicionalismo conservador de los saduceos (Hch 23,8) pretendía mantenerse fiel. Pero el progreso de la revelación comprendió y satisfizo poco a poco esta exigencia (Sal 16, 10-11; 49,16; 73,24), anunciando el retorno a la vida (Sb 3,1-9) de todo el hombre, salvado hasta en su cuerpo (Dn 12,2-3; 2 M 7,9s; 12,43-46; 14,46). Es esta última revelación la que sanciona Jesús.

El mandamiento principal (22,34-40)
(Mc 12,28-31; Lc 10,25-28)

34Mas los fariseos, al enterarse de que había tapado la boca a los
saduceos, se reunieron en grupo, 35y uno de ellos* le preguntó con
ánimo de ponerle a prueba: 36«Maestro, ¿cuál es el mandamiento

mayor de la Ley?» [37]**Él le dijo: «*Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente.*** [38]**Este es el mayor y el primer mandamiento.** [39]**El segundo es semejante a éste: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo.*** [40]**De estos dos mandamientos penden toda la Ley y los Profetas.»**

V. 35 Añadido: «un legista», tomado sin duda de Lc 10,25.

Los fariseos, adversarios de los saduceos en muchos aspectos, entre ellos en el tema de la resurrección, no se alegran de que Jesús los haya hecho callar. Están unidos a ellos en la enemistad contra Jesús. Por ello se reúnen para ver cómo seguir combatiéndolo y deciden enviar a uno de ellos para «ponerlo a prueba». No explicita Mateo en qué consiste la prueba, pues a primera vista la pregunta que hacen era una cuestión que se discutía entre los rabinos de la época. Posiblemente esperarían que Jesús anulase algún mandamiento importante. Preguntan por el mandamiento mayor de la Ley. Para Jesús el mandamiento mayor es, citando Dt 6,5, el amor total a Dios, es decir, un amor que proviene de un corazón indiviso y se manifiesta con la totalidad de las fuerzas y la totalidad de la mente, en la totalidad de la persona. Este amor es el mandamiento principal y primero. Jesús continúa citando Lv l9,18.34, porque el amor a Dios conlleva una faceta inseparable, el amor al prójimo. El amor a Dios es la primera faceta y el amor al prójimo la segunda del amor total, que es el mandamiento más importante. Son dos mandamientos distintos, uno es primero, otro es segundo, pero son inseparables. Religión y ética son inseparables. Al hablar de amar al prójimo «como a ti mismo», es decir, con un amor total e inmediato, se legitima la autoestima y, a la vez, se indica que el amor total a Dios y al prójimo es su contexto natural. Termina Jesús afirmando que el amor en esta doble faceta justifica toda la Ley y los Profetas, pues toda la Escritura está a su servicio. La unión de amor a Dios y al prójimo y, en concreto de Dt 6,5 con Lv 19,18.34, está atestiguada en varios escritos del tiempo de Jesús (ver Testamento Isacar 5,2; 7,6; Testamento Dan 5,3; implícitamente en varios lugares de Filón; igualmente en Didajé 1,2, que podría recoger un tratado judío sobre los Dos Caminos). La novedad en labios de Jesús radica en que él es modelo y capacita para ello por medio de su Espíritu y, por otra parte, da un valor universal al térmi-

no «prójimo», incluyendo incluso a los enemigos (ver Mt 5,43-48; Lc 10,36). Mateo cita tres veces Lv 19,18, la primera para incluir a los enemigos entre los prójimos (5,43), la segunda para presentar el amor al prójimo como resumen del Decálogo (19,19) y en este texto para unir íntimamente religión y ética (Davies/Allison).

Cristo, hijo y Señor de David (22,41-46)
(Mc 12,35-37; Lc 10,25-28)

41Estando reunidos los fariseos, les propuso Jesús esta cuestión:
42«¿Qué pensáis acerca del Cristo? ¿De quién es hijo?» Dícenle: «De David.» 43Díceles: «Pues ¿cómo David, movido por el Espíritu, le llama Señor, cuando dice:

44Dijo el Señor a mi Señor:
Siéntate a mi diestra
hasta que ponga a tus enemigos
debajo de tus pies?

45Si, pues, David le llama Señor, ¿cómo puede ser hijo suyo?»
46Nadie era capaz de contestarle nada; y desde ese día ninguno se atrevió ya a hacerle más preguntas.

Después de los diversos ataques dialécticos de los fariseos, Jesús toma la iniciativa, planteándoles una cuestión básica: «¿De quién es hijo el Mesías?» Decir que de David no es toda la verdad, pues la Escritura, inspirada por el Espíritu, llama al Mesías en el Sal 110,1 hijo y señor de David a la vez. Realmente el título «hijo de David» con que le aclamaron los ciegos de Jericó (20,30.31) y los que lo acompañaron en la entrada en Jerusalén es ambiguo y necesita profundización (21,9). Los fariseos no saben responder, dejando patente la superficialidad de sus ideas sobre el Mesías. Jesús, por su parte, deja la respuesta en el aire, invitando a todos a profundizar en el misterio de su persona. La respuesta exacta hubiera sido que, aun descendiendo de David por sus orígenes humanos (ver 1,1-17), el Mesías poseía también un carácter divino que lo hacía superior a David y que éste había profetizado. Y ya nadie se atrevía a hacerle más preguntas.

3. Última actuación pública: Discurso sobre Israel, sobre el futuro de la Historia de la salvación y sobre la necesidad de vigilar: quinto discurso

El último discurso de Mateo consta de tres capítulos, como el primero (5-7). Ofrece la última declaración pública de Jesús antes de su pasión y muerte y consta de tres secciones: la primera (cap. 23) contiene un juicio sobre escribas y fariseos, animadores de todo el judaísmo que rechaza a Jesús; la segunda (24,1-35) es el "discurso escatológico", en el que se presenta una perspectiva del futuro de la Historia de la Salvación; y la tercera (24,36 – 25,46) reúne una serie de parábolas exhortando a la vigilancia.

3.1. Juicio sobre escribas y fariseos

Este juicio negativo sobre escribas y fariseos no se debe generalizar y aplicar a todos ellos. Sin duda ha habido y hay escribas y fariseos excelentes por su forma de pensar y su conducta. Mateo se refiere aquí a un grupo histórico concreto que encabezó e influyó decisivamente en el rechazo de Jesús y posteriormente se enfrentó a la Iglesia naciente. Desde este punto de vista hay que ver esta sección como una polémica entre judíos, que no fueron infrecuentes en esta época, y no un texto antisemita que condena al pueblo judío como tal. En toda esta parte del discurso subyace una fuerte reacción contra el rabinismo naciente de Jamnia, enemigo de la Iglesia. Por otra parte, lo que se condena en el discurso no es el fariseísmo, o celo por cumplir la Ley, ni son los escribas estudiosos de la Ley como tales, sino las deformaciones en que han caído y que amenazan a toda persona que concede un papel importante en su vida religiosa a la Escritura y a las obras, como los cristianos. El discurso primero se dirige a los discípulos y al pueblo, después a los discípulos solos, a continuación a escribas y fariseos, y termina generalizando y dirigiéndose a Jerusalén, representante de todo el pueblo judío.

Hipocresía y vacuidad de los escribas y fariseos (23,1-12)
(Mc 12,38-40; Lc 11,39-52; 20,545-57).

23 **[1]Entonces Jesús se dirigió a la gente y a sus discípulos [2]y les**
dijo: «En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los

fariseos. [3]Haced, pues, y observad todo lo que os digan; pero no imitéis su conducta, porque dicen y no hacen. [4]Atan cargas pesadas* y las echan a las espaldas de la gente, pero ellos ni con el dedo quieren moverlas. [5]Todas sus obras las hacen para ser vistos por los hombres; ensanchan las filacterias y alargan las orlas del manto; [6]quieren el primer puesto en los banquetes y los primeros asientos en las sinagogas, [7]que se les salude en las plazas y que la gente les llame 'Rabbí'.

[8]«Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar 'Rabbí', porque uno solo es vuestro Maestro; y vosotros sois todos hermanos. [9]Ni llaméis a nadie 'Padre' vuestro en la tierra, porque uno solo es vuestro Padre: el del cielo. [10]Ni tampoco os dejéis llamar 'Instructores', porque uno solo es vuestro Instructor: el Cristo. [11]El mayor entre vosotros será vuestro servidor. [12]Pues el que se ensalce, será humillado; y el que se humille, será ensalzado».

V. 10 Añadido: «y difíciles de llevar».

Dirigiéndose al pueblo y a los discípulos (23,1-7), Jesús condena tres deformaciones de los escribas y fariseos: enseñan en la cátedra de Moisés y exponen una enseñanza válida en cuanto que transmiten la enseñanza genuina de Moisés, pero no son coherentes y no practican lo que enseñan. La cátedra de Moisés era un asiento especial que ocupaba en la sinagoga el que hacía la homilía (23,1-3). En segundo lugar, se condena el que imponen cargas pesadas con la tradición oral y la casuística, pero ellos ni las viven ni ayudan a vivirlas a los que se las imponen (23,4). Jesús discute la validez de estas enseñanzas (ver Mt 15,1-20; 16,6; 19,3-9). Finalmente se condenan las prácticas y oficios religiosos puestos al servicio de su vanidad, mostrando así que no buscan la gloria de Dios, sino la alabanza de los hombres (23,5a). Tres ejemplos ilustran la última condena: ensanchan las filacterias y alargan las orlas del manto; buscan primeros asientos en banquetes y en las sinagogas; quieren que el pueblo los salude con títulos honoríficos, como *rabbí*, "maestro" (23,5b-7). Las filacterias son pequeños estuches que contenían las palabras esenciales de la Ley (Dt 6,4-5: «*Escucha, Israel: Yahvé, nuestro Dios es el único es el único Yahvé. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón...*») y que los judíos fijan en sus brazos y en su frente, practicando lo que se dice en Dt 6,8 de una forma literal: «*Las atarás a tu mano como una señal y serán como*

una insignia ante tus ojos». Ver también Dt11,18; Ex 13,9). Las orlas que alargan son bolas cosidas a las puntas del manto (ver Nm 15,38; Mt 9,20). La palabra *rabbí* es un término hebreo que significa "mi grande", modelado sobre el arameo *"ribboní", "rabbuní",* título respetuoso, como *mi señor;* más tarde, después del año 70, se convirtió en el título habitual de los doctores judíos, como aquí. Cuando Mateo escribe, después del año 70, los doctores judíos pretendían ser los únicos maestros auténticos del judaísmo, pues reclamaban para sí la exclusiva del título *rabbí* y daban lugar a la configuración de la religión judía que ha llegado hasta nuestros días con el nombre de "judaísmo rabínico". Mateo polemiza contra esta pretensión.

Después Jesús se dirige sólo a los discípulos (23, 8-12), exhortándolos al servicio fraternal e intimándolos a que eviten hacerse llamar «maestros, instructores o padres», en cuanto que es expresión de una conciencia de superioridad. En la comunidad cristiana todos son hermanos, iguales, pues sólo hay un maestro e instructor, que es Cristo, y un solo padre, que es Dios; los cargos son para servir, por lo que hay que evitar ponerlos al servicio de la propia vanidad. Esto supone una inversión de valores de acuerdo con la ley que regula la dinámica del Reino: el que viva centrado en la búsqueda de su gloria, fracasará existencialmente, pues la gloria la da Dios a los que viven centrados en su humillación, es decir, en el servicio a los demás. Cuando Jesús dice que no hay que llamar a nadie «Padre» no se está refiriendo a los padres biológicos, pues Jesús defiende el cuarto mandamiento (15,3-4;19,19), sino a los responsables de la comunidad. En cuanto al título «Instructor», posiblemente se refiera al jefe religioso de la comunidad de Qumrán, el «Director justo», llamado comúnmente «Maestro de justicia».

Siete maldiciones contra los escribas y fariseos (23,13-32) (Lc 11,39-48.52)

[13]«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que cerráis a los hombres el Reino de los Cielos! Vosotros ciertamente no entráis; y a los que están entrando no les dejáis entrar. [[14]]*

[15]«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que recorréis mar y tierra para hacer un prosélito, y, cuando llega a serlo, le hacéis hijo de condenación el doble que vosotros!

**[16]«¡Ay de vosotros, guías ciegos, que decís: “Si uno jura por el
Santuario, eso no es nada; mas si jura por el oro del Santuario,
queda obligado!”’ [17]¡Insensatos y ciegos! ¿Qué es más importante, el
oro, o el Santuario que hace sagrado el oro? [18]Y también: “Si uno jura
por el altar, eso no es nada; mas si jura por la ofrenda que está sobre
él, queda obligado”. [19]¡Ciegos!* ¿Qué es más importante, la ofrenda,
o el altar que hace sagrada la ofrenda? [20]Quien jura, pues, por el altar,
jura por él y por todo lo que está sobre él. [21]Quien jura por el
Santuario, jura por él y por Aquel que lo habita. [22]Y quien jura por el
cielo, jura por el trono de Dios y por Aquel que está sentado en él.**

**[23]«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que pagáis el
diezmo de la menta, del aneto y del comino, y descuidáis lo más
importante de la Ley: la justicia, la misericordia y la fe! Esto es lo
que había que practicar, aunque sin descuidar aquello. [24]¡Guías cie-
gos, que coláis el mosquito y os tragáis el camello!**

**[25]«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que purificáis
por fuera la copa y el plato, mientras por dentro están llenos* de
rapiña e intemperancia! [26]¡Fariseo ciego, purifica primero por den-
tro la copa, para que también por fuera quede pura!**

**[27]«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, pues sois seme-
jantes a sepulcros blanqueados, que por fuera parecen hermosos,
pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmun-
dicia! [28]Así también vosotros, por fuera aparecéis justos ante los
hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía y de iniquidad.**

**[29]«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, porque edificáis
los sepulcros de los profetas y adornáis los monumentos de los jus-
tos, [30]y decís: “Si nosotros hubiéramos vivido en el tiempo de nues-
tros padres, no habríamos tenido parte con ellos en la sangre de los
profetas!” [31]Con lo cual atestiguáis contra vosotros mismos que sois
hijos de los que mataron a los profetas. [32]¡Colmad también vosotros
la medida de vuestros padres!**

V. 14 Añadido: «Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, que devoráis la hacienda de las viudas, so capa de largas oraciones: por eso tendréis una sentencia más rigurosa», interpolación tomada de Mc 12,40 y Lc 20,47, y que eleva a ocho la cifra intencional de siete maldiciones, número por el que Mateo siente predilección: ver p.e. dos veces siete generaciones en la genealogía (1,17), bienaventuranzas, parábolas (cap. 13), peticiones del Padrenuestro, parábolas de la vigilancia (24,36 – 25,46).

V. 19 Variante: «¡Insensatos y ciegos!»; ver 23,17.

V. 25 Variante: «por dentro estáis llenos». – «intemperancia», var.:«iniquidad», «impureza», «codicia».

Jesús se dirige directamente a los fariseos y escribas con siete invectivas, en las que condena diversas manifestaciones de su religiosidad. El "¡Ay!", al contrario del "Bienaventurado", declara a una persona en camino de condenación. En la primera invectiva condena Jesús su casuística (23,13), que hacía difícil la observancia de la Ley. Ellos tienen la llave del conocimiento en cuanto que conocen la Palabra de Dios y los métodos para aplicarla a circunstancias concretas, pero, como se concretará más adelante en las invectivas tercera y cuarta, lo hacen con criterios equivocados, con lo que se cierran ellos mismos la entrada en el Reino e impiden hacerlo a los que están en trance de entrar, en cuanto excluyen a Jesús del horizonte de la Ley. La segunda invectiva critica el falso celo misionero de estos maestros equivocados (23,15), que se manifiesta en un gran esfuerzo por hacer prosélitos, es decir, convertir paganos al Judaísmo, pero no al Judaísmo puro, sino a una religiosidad dañada de los mismos defectos que ellos, en cuanto excluyen a Jesús. El proselitismo judío era muy activo en el mundo greco-romano. Las invectivas tercera y cuarta concretan las anteriores. La tercera (23,16-22) critica la casuística que aplican en los juramentos, con lo que muestran que son guías ciegos del pueblo, pues distinguen santuario y oro del santuario, el altar y la ofrenda que se coloca sobre él, declarando válidos sólo los juramentos hechos sobre el oro o las ofrendas, es decir, aplicando criterios de valor humano en los que dejan entrever que para ellos es más importante el oro y la ofrenda que el santuario y el altar. Jesús rechaza estas distinciones y declara válidos todos los juramentos (en Mt 5,33-37 se condenan los juramentos en cuanto que son expresión de desconfianza entre hermanos). La cuarta condena su celo excesivo por lo pequeño, a la vez que descuidan los preceptos vitales (23, 23-24), pues pagan el diezmo de la menta, del aneto y del comino, pero descuidan la justicia, la misericordia y la fe (ver Za 7,9). En Dt 14,22 se manda pagar el diezmo de los productos de la tierra, y los rabinos aplicaban el precepto con exageración a las plantas más insignificantes. No se trata de dejar de hacer esto, sino de hacerlo en el contexto de una adecuada categoría de valores, dando importancia a lo que verdaderamente es importante y considerar secundario –que no es lo mismo que anular– lo que realmente lo es. De lo contrario se exponen a ser dirigentes ciegos, que cuelan el mosquito para evitar beberse con un líquido un animal impuro (ver Lv 11,4), pero se tra-

gan sin escrúpulos un camello, que también es animal impuro. Las invectivas quinta y sexta también son parejas y critican el celo por la pureza exterior, descuidando la del corazón, que es lo importante; en concreto la quinta (23, 25-26) se refiere metafóricamente a escribas y fariseos, que son como una copa o plato, que externamente parecen puros, justos, pero en su interior están llenos de impurezas. Y es precisamente el corazón impuro lo que hace impuro al hombre (ver Mt 6,33-23; 15,18-20). Por ello el fariseo que así procede está ciego y debe purificar el corazón para ser una persona pura. En la sexta (23,27-28) cambia la comparación, pero continúa la misma materia: escribas y fariseos son como sepulcros blanqueados en su exterior, pero llenos de podredumbre por dentro. La séptima y última invectiva condena a escribas y fariseos como asesinos (23,29-36), en cuanto que rematan la obra de sus padres, asesinos de profetas (ver Hch 7,52): unos matan, otros levantan el sepulcro. Con ello muestran que son sus hijos y pertenecen a su mundo de personas rebeldes a Dios. Ahora, rechazando y matando a Jesús y a sus apóstoles van a llevar a su culmen esta obra de asesinatos de enviados de Dios que se ha ido dando a lo largo de la Historia de la Salvación, asesinatos que tienen una malicia especial en cuanto que constituyen el rechazo de la salvación escatológica (ver 1 Ts 2,16).

Crímenes y castigos próximos (23,33-36) (Lc 11,49-51)

**33«¡Serpientes, raza de víboras! ¿Cómo vais a escapar de la con-
denación de la gehenna? 34Por eso, he aquí que yo envío a vosotros
profetas, sabios y escribas: a unos los mataréis y los crucificaréis, a
otros los azotaréis en vuestras sinagogas y los perseguiréis de ciu-
dad en ciudad, 35para que caiga sobre vosotros toda la sangre ino-
cente derramada sobre la tierra, desde la sangre del inocente Abel
hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, a quien matasteis
entre el Santuario y el altar. 36Yo os aseguro: todo esto recaerá sobre
esta generación».**

La perícopa explicita lo dicho en 23,32. Son una raza de víboras, que acechan para hacer daño. Al comienzo ya los llamó Juan Bautista raza de víboras (Mt 3,7), calificativo que repitió el mismo Jesús (Mt

12,34); pero no han cambiado. Por ello su final será la condenación a la *gehenna* o infierno. La razón es el rechazo a todos los enviados de Dios. Van a matar a Jesús, pero el mismo Jesús les enviará a sus apóstoles a los que rechazarán persiguiendo, azotando, crucificando, matando. Esta persecución, por ser rechazo de la salvación final, tendrá carácter de síntesis de toda la sangre inocente derramada sobre la tierra que «caerá sobre ellos», es decir, ellos serán responsables de todas las muertes inocentes, desde Abel, el primer asesinato narrado en la Biblia (Gn 4,8.10) hasta Zacarías. Probablemente se trata del Zacarías de 2 Cro 24,20-22, el último asesinato que se refiere en la Biblia (2 Cro es el último libro del canon judío). El dato «hijo de Baraquías» no es correcto y procede quizá de la confusión con algún otro Zacarías (ver Is 8,2 en el texto LXX; Za 1,1) o acaso estas palabras sean glosa de un copista.

Apóstrofe a Jerusalén (23,37-39)
(Lc 13,34-35)

[37]«¡Jerusalén, Jerusalén, la que mata a los profetas y apedrea a los que le son enviados! ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como una gallina reúne a sus pollos bajo las alas, y no habéis querido! [38]Pues bien, se os va a dejar desierta vuestra casa*.
[39]Porque os digo que ya no me volveréis a ver hasta que digáis:

***¡Bendito el que viene en nombre del Señor!*».**

V. 38 Omisión: «desierta».

Jerusalén es tipo del pueblo judío: ha rechazado y matado a todos los enviados y ahora rechaza la salvación definitiva que ofrece Jesús, a pesar de todo su interés por hacerla efectiva. Por ello Dios la va a abandonar y ya no volverán a tener relación pública con él hasta el momento en que se verán obligados a reconocerle como el Mesías «que viene en nombre del Señor» (Sal 118,26), es decir, el justo perseguido pero vindicado por Dios. Posiblemente esto sucederá en la parusía en que los judíos, convertidos, reconocerán a Jesús como su salvador (ver Rm 11,25s). El abandono ya comienza, significándolo Jesús con su salida del Templo y el anuncio de su destrucción (24,1-2). Aquí termina la actuación pública de Jesús con el pueblo en general.

3.2. Discurso escatológico

En la segunda parte del discurso final, llamada “Discurso escatológico” (24, 1-35), Jesús ofrece a sus discípulos una visión de las grandes etapas de la Historia de la Salvación. Mateo emplea aquí como fuente el texto de Mc 13, pero reelaborándolo a fondo para hacerlo más inteligible a sus lectores. Para ello agrupa las diversas etapas que presenta Marcos, incluye otros materiales (ver Lc 17,22-27) y, con algunos retoques, convierte el conjunto en una panorámica del futuro de la la Historia de la Salvación con cuatro etapas. Igual que en Marcos, el lenguaje es de cuño apocalíptico, pero se emplea en contexto escatológico (ver comentario a Mc 13). Consta de una introducción, donde Jesús anuncia la destrucción del Templo y los discípulos en general le preguntan cuándo tendrá lugar esta destrucción, que según ellos implica el fin de la historia. Jesús responde ofreciendo una visión de la Historia de la Salvación y exhortando a vigilar.

Introducción (24,1-3)
(Mc 13,1-4; Lc 21,5-7)

24 [1]Cuando salió Jesús del Templo, caminaba y se le acercaron
sus discípulos para mostrarle las construcciones del Templo.
[2]Pero él les respondió: «¿Veis todo esto? Yo os aseguro: no quedará
aquí piedra sobre piedra que no sea derruida.» [3]Estando luego sen-
tado en el monte de los Olivos, se acercaron a él en privado sus dis-
cípulos, y le dijeron: «Dinos cuándo sucederá eso, y cuál será el
signo de tu venida y del fin del mundo».

Jesús abandona el Templo, al que ya no volverá más. Es el comienzo del cumplimiento de 23,28: «vuestra casa va a quedar desierta». La pregunta de los discípulos implica que ha salido por la puerta oriental, la “Puerta Hermosa”, que da al valle Cedrón, y que va subiendo la cuesta del monte de los Olivos, situado enfrente, desde donde se tiene una perspectiva del Templo. Los discípulos le comentan la magnitud de las construcciones del Templo y Jesús anuncia su destrucción. Una vez que se han sentado en el monte de los Olivos, los discípulos preguntan cuándo tendrá lugar la destrucción del Templo, que para ellos es un acontecimiento tan importante que debe estar ligado a la veni-

da de Jesús y al fin de este mundo. Por ello preguntan cuál será el signo por el que se podrá conocer su venida o *parusía*, que dará lugar al final de este mundo. La palabra griega *parusía*, que significa "presencia", designaba en el mundo grecorromano la visita oficial y solemne de un príncipe a algún lugar. Los cristianos la adoptaron como término técnico para significar la segunda venida de Cristo, gloriosa (ver 1 Co 14,23), que pondrá fin a este mundo o "edad". Edad o edades del mundo se dice en griego *aiôn*, eón, época, era. La idea que subyace es que, según el pensamiento apocalíptico, la Historia de la Salvación se divide en una serie de períodos o «eones»; por ejemplo, desde la creación (Adán) hasta Abrahán, de Abrahán a Moisés, de Moisés a David, de David hasta el destierro, desde el destierro hasta el Mesías (ver Mt 1,1-14). La serie de edades del mundo no estaba fijada con rigor. La innovación de los cristianos consistió en considerar dos venidas del Mesías, una en humillación, otra en gloria, cuando el Reino de Dios alcance su plenitud. La primera ya se ha cumplido e inaugura la época de la Iglesia; la segunda está aún por venir y es la parusía propiamente dicha. La idea de una segunda venida de Cristo está presente en el NT (por ejemplo Jn 14,3), pero no se encuentra expresamente mencionada antes de san Justino Mártir (*deútera parousía)* en la primera mitad del siglo II.

El comienzo de los dolores (24,4-8)
(Mc 13,5-8; Lc 21,7-11)

4 Jesús les respondió: «Mirad que no os engañe nadie. 5 Porque ven-
drán muchos en mi nombre diciendo: "Yo soy el Cristo", y engaña-
rán a muchos. 6 Oiréis también hablar de guerras y rumores de gue-
rras. ¡Cuidado, no os alarméis! Porque eso es necesario que suceda,
pero no es todavía el fin. 7 Pues se levantará nación contra nación y
reino contra reino, y habrá en diversos lugares hambre y terremotos.
8 Todo esto será el comienzo de los dolores de alumbramiento».

V. 7 Adición: «pestes», ver Lc 21,11.

Una serie de signos hacen ver que ya han comenzado los «dolores», acontecimientos dolorosos y negativos, pero que anuncian un final positivo, porque son dolores de alumbramiento. Esto significa que ya

están en marcha los períodos de la Historia de la Salvación que culminarán con la venida gloriosa de Jesús. Signos concretos son la aparición de falsos mesías, ante lo cual los discípulos han de estar en guardia. Junto a esto, guerras, hambres y terremotos. Todo esto «es necesario que suceda» y entra dentro del plan general de Dios, pues la Escritura habla de guerras, hambres y terremotos en el futuro (ver Is 8,21; 13,13; 19,2; Jr 21,9; 34,17; Ez 5,12; Am 4,6-11; 8,8; 2 Cro 15,6). Pero no hay que alarmarse creyendo que el fin es inminente. Sólo son el «comienzo de los dolores de alumbramiento». La imagen de los dolores de parto fue aplicada por el Judaísmo al período de gran angustia que debía preceder a la venida del reino mesiánico. Cuando Mateo escribe, han tenido lugar fenómenos análogos a los anunciados, que algunos interpretaron como signos de un final inminente, como la rebelión contra Roma, que dio lugar a guerras y hambres y a la aparición de algunos aventureros que quisieron hacerse pasar por mesías.

Pruebas de los cristianos (24,9-14)
(Mc 13,9-13; Lc 21,12-19)

9«Entonces os entregarán a la tortura y os matarán, y seréis odia-
dos de todas las naciones por causa de mi nombre. 10Muchos se
escandalizarán entonces y se traicionarán y odiarán mutuamente.
11Surgirán muchos falsos profetas, que engañarán a muchos. 12Y al
crecer cada vez más la iniquidad, la caridad de muchos se enfriará.
13Pero el que persevere hasta el fin, ése se salvará.
14«Se proclamará esta Buena Nueva del Reino en el mundo entero, para dar testimonio a todas las naciones. Y entonces vendrá el fin».

Estos versículos se refieren a la etapa intermedia, en la que vivimos, que se caracteriza por persecuciones por parte de los paganos y por dificultades internas de la comunidad cristiana. A pesar de todo ello, los discípulos han de perseverar hasta el fin, para poder participar de la salvación, y han de seguir dando testimonio proclamando el Evangelio en el mundo entero, es decir, en el «mundo habitado» (*oikoumene*), que cuando escribe Mateo se solía identificar con el mundo greco-romano. Las dificultades externas e internas no deben ser óbice para la misión. Los rasgos con que se presentan las

dificultades de la comunidad parecen reflejar el clima de la persecución de los cristianos en Roma bajo Nerón después del incendio del 64 («odiados de todas las naciones a causa de mi nombre») y de las traiciones y odios mutuos entre las mismas víctimas («la caridad de muchos se enfriará»).

La gran tribulación (24,15-25)
(Mc 13,14-23; Lc 21,20-24)

[15]«Cuando veáis, pues, *la abominación de la desolación,* anun-
ciada por el profeta Daniel, erigida en el Lugar Santo (el que lea,
que comprenda), [16]entonces, los que estén en Judea, huyan a los
montes; [17]el que esté en el terrado, no baje a recoger las cosas de su
casa; [18]y el que esté en el campo, no regrese en busca de su manto.
[19]¡Ay de las que estén encintas o criando en aquellos días! [20]Orad
para que vuestra huida no suceda en invierno ni en día de sábado.
[21]Porque habrá entonces una gran *tribulación, cual no la hubo*
desde el principio del mundo *hasta el presente,* ni volverá a haber-
la. [22]Y si aquellos días no se abreviasen, no se salvaría nadie; pero
en atención a los elegidos se abreviarán aquellos días.
[23]«Entonces, si alguno os dice: "Mirad, el Cristo está aquí o allí",
no lo creáis. [24]Porque surgirán falsos cristos y falsos profetas, que
harán grandes signos y prodigios, capaces de engañar, si fuera posi-
ble, a los mismos elegidos. [25]¡Mirad que os lo he predicho!».

La aparición gloriosa o parusía de Jesús será precedida inmediatamente por una gran tribulación, descrita con una serie de imágenes tomadas del lenguaje que emplea la apocalíptica para referirse a los tiempos finales: abominación de la desolación, necesidad de huir, gravedad de los sufrimientos y presencia de falsos mesías y falsos profetas, que harán milagros portentosos capaces de engañar incluso a los elegidos, por lo que hay que mantenerse vigilando. La «abominación de la desolación» se refiere al altar que Antíoco IV Epífanes erigió en el Templo de Jerusalén en honor de Zeus Olímpico (Dn 9,27; 11,31; 12,11; 1 M 1,54; 2 M 6,2); en el lenguaje apocalíptico su instalación da lugar al período inmediato a la intervención definitiva de Dios (Dn 12,11). La «gran tribulación, cual no la hubo desde el principio del mundo hasta el presente» es también un tema inspirado en Dn (ver

Dn 12,1) que, a su vez, lo toma del AT (ver Ex 10,14; 11,6; Jr 30,7; Ba 2,2; Jl 2,2; 1 M 9,27; Ap 7,14; 16,18). Entre los exégetas actuales hay quienes opinan que con estos tópicos se anuncia la destrucción de Jerusalén, como explicita Lc 21,20 en el lugar paralelo; esta destrucción se presenta como señal anticipada de la llegada del Reino de Dios en plenitud, respondiéndose así a la pregunta inicial (24,3). Otros, en cambio, creen que esta perícopa se refiere de forma genérica a los signos del final y no a la destrucción de Jerusalén, pues ésta es un hecho conocido cuando se escribe Mateo (ver Mt 22,7) y la respuesta a la pregunta se da en el primer párrafo, las guerras de las que se habla en «el comienzo de los dolores» (24,4-8).

La venida del Hijo del hombre será manifiesta (24,26-28) (Lc 17,23-24)

[26]«Así que si os dicen: "Está en el desierto", no salgáis; "está en los aposentos', no lo creáis. [27]Porque como el relámpago sale por oriente y brilla hasta occidente, así será la venida del Hijo del hombre. [28]Donde esté el cadáver, allí se juntarán los buitres».

Explicitando la puesta en guardia ante los falsos mesías, se anuncia la venida del Hijo del hombre de forma manifiesta y simultánea a todos los hombres, igual que el relámpago (ver Ap 19,11-21). El relámpago es otro motivo literario corriente en la descripción de los juicios divinos (ver Is 29,6; 30,30; Za 9,14; Sal 97,4; etc). La frase final posiblemente sea un proverbio con la misma idea de manifestación patente: un cadáver, aun escondido en el desierto, queda inmediatamente denunciado por la presencia de los buitres.

Resonancia cósmica de la venida (24,29-31) (Mc 13,24-27; Lc 21,25-27)

[29]«Inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, la luna no dará su resplandor, las estrellas caerán del cielo, y las fuerzas de los cielos serán sacudidas. [30]Entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del hombre; y entonces se golpearán el pecho todas las razas de la tierra y verán al Hijo del hombre

venir sobre las nubes del cielo con gran poder y gloria. [31]Él enviará a sus ángeles con sonora trompeta*, y reunirán de los cuatro vientos a sus elegidos, desde un extremo de los cielos hasta el otro».

V. 31 Adición: «y voz».

Inmediatamente después de los signos precedentes tendrá lugar la segunda venida gloriosa de Jesús a «reunir a sus elegidos» y establecer el Reino de Dios en plenitud. A pesar de todas las dificultades por las que tienen que pasar los discípulos de Jesús, han de afrontarlas con ánimo sabiendo que la última palabra en la historia humana la tiene Jesús, y será para reunir a sus elegidos. El texto emplea abundantemente el lenguaje apocalíptico, inspirado a su vez en el AT. La venida de Jesús se presenta en el contexto de una conmoción cósmica, lenguaje que se suele emplear para enmarcar la presencia de Dios que viene a juzgar (ver especialmente Is 13,9-10, cuyas expresiones recoge nuestro texto, y además Jr 4,23-26; Ez 32,7; Am 8,9; Mi 1,3-4;10; Jl 2,10; 3,4; 4,15). Las fuerzas de los cielos son los astros y las fuerzas celestes en general. A Jesús se alude con la expresión «Hijo del hombre» y se lo presenta viniendo sobre las nubes del cielo, fraseología inspirada en Dn 7,13-14, texto que se refiere a un personaje que representa al pueblo de Dios, que ha sido injustamente perseguido, pero que ahora es vindicado por Dios, de quien recibe todo poder. Viene «sobre las nubes del cielo», marco ordinario de las teofanías tanto en el AT (ver Ex 13,22; 19,16; 34,5; Lv 16,2; 1 R 8,10-11; Sal 18,12; 97,2; 104,3; Is 19,1; Jr 4,13; Ez 1,4; 10,3s; 2 M 2,8) como en el NT (ver Mt 7,5; Hch 1,9.11; 1 Ts 4,17; Ap 1,7; 14,14). No está clara cuál será «la señal» del Hijo del hombre: en el lenguaje apocalíptico "la señal" se refiere al estandarte bajo el que se reúne el ejército vencedor; aquí en concreto puede referirse a la cruz de Cristo (así los Santos Padres), o al mismo Cristo (sería un genitivo explicativo), cuyas llagas son el signo que lo legitima como rey de la nueva humanidad. Ante la presencia del Hijo del hombre todos los habitantes de la tierra se golpearán el pecho, imagen inspirada en Za 12,10-12 y que sugiere el reconocimiento del señorío del juez por parte de una humanidad que no supo corresponder a su servicio durante su primera venida. El texto no subraya aspectos negativos, sino el positivo: «sus

ángeles... reunirán de los cuatro vientos a sus elegidos, desde un extremo de los cielos hasta el otro», fórmula que se inspira en Za 10,12; Dt 30,4; Ez 37,9; Ne 1,9; Is 27,13. Entonces tendrá lugar la "convocatoria eclesial" definitiva.

Parábola de la higuera (24,32-36)
(Mc 13,28-32; Lc 21,29-33)

**32«De la higuera aprended esta parábola: cuando ya sus ramas
están tiernas y brotan las hojas, sabéis que el verano está cerca.
33Así también vosotros, cuando veáis todo esto, sabed que Él está
cerca, a las puertas. 34Yo os aseguro que no pasará esta generación
hasta que todo esto suceda. 35El cielo y la tierra pasarán, pero mis
palabras no pasarán. 36Mas de aquel día y hora, nadie sabe nada, ni
los ángeles de los cielos, ni el Hijo*, sino sólo el Padre».**

V. 36 Omisión (Vulgata): «ni el Hijo», sin duda por escrúpulo teológico.

La parábola pretende iluminar los datos anteriores, aunque la comparación sólo indica que signos y parusía son contemporáneos. Como las ramas tiernas y el brotar de las hojas son consecuencia de la llegada del calor veraniego, su presencia es señal de que ya está llegando el verano. Igualmente los signos anteriores son señal de que ha llegado la parusía. Unas enseñanzas complementarias afirman que todo esto sucederá necesariamente, pues las palabras de Jesús se tienen que cumplir como palabra de Dios que son, aunque no se sabe el día ni la hora, por lo que es necesario vigilar.

El v. 34 es ambiguo: los que opinan que «la abominación de la desolación» se refiere a la destrucción de Jerusalén, lo refieren a la generación contemporánea de Jesús; en cambio, los que son del parecer que esta imagen se refiere al final de la historia, lo aplican a toda generación incrédula en el sentido de que la parusía afectará a toda persona que haya rechazado a Jesús, igual que la generación contemporánea. La frase final afirma que Jesús no conoce el día ni la hora, pues en cuanto hombre recibió del Padre el conocimiento de todo lo que interesaba a su misión, pero pudo ignorar algunos puntos del plan divino.

3.3. Exhortación a la vigilancia

El discurso termina con una serie de comparaciones y parábolas que exhortan de diversas formas a la vigilancia. La afirmación de 24,35 «No se sabe el día ni la hora» del final sirve de transición e introducción a esta sección; por eso el cristiano ha de vivir vigilando activamente y esperando la llegada del Señor, conclusión que se repite varias veces (ver 22,42.44.50; 25,13). El conjunto consta de dos ternas: la primera (24,37-39.40-42.43-44) fundamenta la vigilancia en la incapacidad de calcular el día y la hora por su carácter imprevisible; la segunda (24,45-51; 25,1-13.14-30) describe qué significa esperar en el contexto del retraso de la parusía. Todo el conjunto culmina en la escenificación del juicio final (25,31-46), que justifica la necesidad de vigilar de forma activa.

Estar alerta para no ser sorprendidos (24,37-44) (Lc 17,26-27.34-35)

[37]«Como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del hom-
bre. [38]Porque como en los días que precedieron al diluvio, comían,
bebían, tomaban mujer o marido, hasta el día en que entró Noé en el
arca, [39]y no se dieron cuenta hasta que vino el diluvio y los arrastró
a todos, así será también la venida del Hijo del hombre. [40]Entonces,
estarán dos en el campo: uno es tomado, el otro dejado; [41]dos muje-
res moliendo en el molino: una es tomada, la otra dejada.
[42]«Velad, pues, porque no sabéis qué día* vendrá vuestro Señor.
[43]Entendedlo bien: si el dueño de casa supiese a qué hora de la
noche iba a venir el ladrón, estaría en vela y no permitiría que le
horadasen su casa. [44]Por eso, también vosotros estad preparados,
porque en el momento que no penséis, vendrá el Hijo del hombre».

V. 42 Vulgata: «a qué hora».

La comparación con el diluvio enseña que la venida del Hijo del hombre será imprevisible, por lo que hay que estar permanentemente en estado de alerta. Igual que entonces la vida discurría normalmente cuando sorprendió a todos la catástrofe, así será en la parusía. Entonces dos personas estarán en la misma situación material, pero una será tomada por Jesús y otra dejada, según que una haya estado

en estado de vigilancia y otra no. Por ello se impone el velar. La parábola del ladrón confirma igualmente el carácter repentino e imprevisible de la parusía, que llegará en el «momento que no penséis».

Parábola del mayordomo (24,45-51) (Lc 12,42-46)

45«¿Quién es, pues, el siervo fiel y prudente a quien el señor puso
al frente de su servidumbre para darles la comida a su tiempo?
46Dichoso aquel siervo a quien su señor, al llegar, encuentre hacién-
dolo así. 47Yo os aseguro que le pondrá al frente de toda su hacien-
da. 48Pero si el mal siervo aquel se dice en su corazón: “Mi señor
tarda”, 49y se pone a golpear a sus compañeros y come y bebe con
los borrachos, 50vendrá el señor de aquel siervo el día que no espe-
ra y en el momento que no sabe, 51le separará* y le señalará su suer-
te entre los hipócritas; allí será el llanto y el rechinar de dientes».

V. 51 Lit. «le cortará», término oscuro que sin duda se ha de tomar en sentido metafórico: «le separará de sí» mediante una especie de excomunión, ver 18,17.

La parábola concreta cómo ha de vigilar el que ejerce una función dentro de la Iglesia ante lo imprevisible de la venida del Señor y, por otra parte, ante la tardanza de esta venida, a la que se puede acostumbrar. En esta situación puede sacar la falsa conclusión de que él es el señor, no el administrador, de sus consiervos y empezar a maltratarlos. Vigilar es tomarse en serio la tarea que ha encomendado el Señor, en concreto la de «alimentar» a los consiervos, tarea de la que hay que dar cuenta cuando venga el Señor. El que haya sido buen administrador recibirá como premio compartir como administrador toda la hacienda del dueño, pero el que haya abusado de sus consiervos y los haya maltratado en vez de alimentarlos, compartirá la suerte de los «hipócritas», es decir, los administradores falsos con apariencia de buenos (en Mateo los hipócritas son los escribas y fariseos).

Parábola de las diez vírgenes (25,1-13) (véase Lc 12,35-38)

25 1«Entonces el Reino de los Cielos será semejante a diez vír-
genes, que, con su lámpara en la mano, salieron al encuen-

tro del novio*. [2]Cinco de ellas eran necias, y cinco prudentes. [3]Las necias, en efecto, al tomar sus lámparas, no se proveyeron de aceite; [4]las prudentes, en cambio, junto con sus lámparas tomaron aceite en las alcuzas. [5]Como el novio tardaba, se adormilaron todas y se durmieron. [6]Mas a media noche se oyó un grito: "¡Ya está aquí el novio! ¡Salid a su encuentro!". [7]Entonces todas aquellas vírgenes se levantaron y arreglaron sus lámparas. [8]Y las necias dijeron a las prudentes: "Dadnos de vuestro aceite, que nuestras lámparas se apagan". [9]Pero las prudentes replicaron: "No, no sea que no alcance para nosotras y para vosotras; es mejor que vayáis donde los vendedores y os lo compréis". [10]Mientras iban a comprarlo, llegó el novio, y las que estaban preparadas entraron con él al banquete de boda, y se cerró la puerta. [11]Más tarde llegaron las otras vírgenes diciendo: "¡Señor, señor, ábrenos!". [12]Pero él respondió: "En verdad os digo que no os conozco". [13]Velad, pues, porque no sabéis ni el día ni la hora».

V. 1 Adición: «y de la novia».

La comparación ofrece otra faceta activa de la vigilancia ante la consumación del Reino de Dios, que se identifica con la parusía de Jesús: vigilar es conservar y cooperar con el don recibido para poder acompañar al Señor cuando venga a consumar sus bodas con la Iglesia en un momento que se ignora. Se trata de una parábola con muchos rasgos alegóricos: las diez vírgenes representan la comunidad cristiana, la tardanza del novio alude al retraso de la parusía, su repentina llegada es la llegada inesperada de la parusía, el rechazo de las vírgenes necias es el juicio final.

Parábola de los talentos (25,14-30) (véase Lc 19,12-27)

[14]«Es también como un hombre que, al ausentarse, llamó a sus siervos y les encomendó su hacienda: [15]a uno dio cinco talentos, a otro dos y a otro uno, a cada cual según su capacidad; y se ausentó. [16]Enseguida, el que había recibido cinco talentos se puso a negociar con ellos y ganó otros cinco. [17]Igualmente el que había recibido dos ganó otros dos. [18]En cambio el que había recibido uno se fue,

**cavó un hoyo en tierra y escondió el dinero de su señor. 19 Al cabo de
mucho tiempo, vuelve el señor de aquellos siervos y ajusta cuentas
con ellos. 20 Llegándose el que había recibido cinco talentos, pre-
sentó otros cinco, diciendo: “Señor, cinco talentos me entregaste;
aquí tienes otros cinco que he ganado”. 21 Su señor le dijo: “¡Bien,
siervo bueno y fiel!; en lo poco has sido fiel, al frente de lo mucho
te pondré; entra en el gozo de tu señor”. 22 Llegándose también el de
los dos talentos dijo: “Señor, dos talentos me entregaste; aquí tie-
nes otros dos que he ganado”. 23 Su señor le dijo: “¡Bien, siervo
bueno y fiel!; en lo poco has sido fiel, al frente de lo mucho te pon-
dré; entra en el gozo de tu señor”. 24 Llegándose también el que
había recibido un talento dijo: “Señor, sé que eres un hombre duro,
que cosechas donde no sembraste y recoges donde no esparciste.
25 Por eso me dio miedo, y fui y escondí en tierra tu talento. Mira,
aquí tienes lo que es tuyo”. 26 Mas su señor le respondió: “Siervo
malo y perezoso, sabías que yo cosecho donde no sembré y recojo
donde no esparcí; 27 debías, pues, haber entregado mi dinero a los
banqueros, y así, al volver yo, habría cobrado lo mío con los intere-
ses. 28 Quitadle, por tanto, el talento y dádselo al que tiene los diez
talentos. 29 Porque a todo el que tiene, se le dará y le sobrará; pero
al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará. 30 Y al siervo inútil,
echadle a las tinieblas de fuera. Allí será el llanto y el rechinar de
dientes”».**

La parábola de los talentos ofrece otra faceta de la vigilancia: vigilar es cooperar seria y responsablemente con el don recibido, pues hay que dar cuenta de él. Unos reciben más y otros menos, pero a todos se les exige que doblen lo recibido, por lo que el primero y el segundo reciben la misma felicitación, «entrar en el gozo de su señor», es decir, el gozo del banquete celestial (ver Mt 8,11) y ser puesto al frente de lo mucho, o sea, participar activamente en el Reino de Cristo. Se castiga, en cambio, al que no coopera con el don recibido y lo esconde para devolverlo tal cual lo recibió, interpretando falsamente el carácter exigente de su señor, que se debe traducir en una cooperación activa y no en un miedo cómodo y paralizante. El talento ático era la unidad de medida más alta de la época, equivaliendo a 6.000 dracmas o 35 kg de metal precioso.

El Juicio final (25,31-46)

[31]«Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria acompañado de todos sus ángeles, entonces se sentará en su trono de gloria. [32]Serán congregadas delante de él todas las naciones, y él separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos. [33]Pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda. [34]Entonces dirá el Rey a los de su derecha: "Venid, benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. [35]Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me acogisteis; [36]estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y acudisteis a mí". [37]Entonces los justos le responderán: "Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer; o sediento, y te dimos de beber? [38]¿Cuándo te vimos forastero, y te acogimos; o desnudo, y te vestimos? [39]¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y acudimos a tí?". [40]Y el Rey les dirá: "En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis". [41]Entonces dirá también a los de su izquierda: "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. [42]Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; [43]era forastero, y no me acogisteis; estaba desnudo, y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis". [44]Entonces dirán también éstos: "Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento o forastero o desnudo o enfermo o en la cárcel, y no te asistimos?". [45]Y él entonces les responderá: "En verdad os digo que cuanto dejasteis de hacer con uno de estos más pequeños, también conmigo dejasteis de hacerlo". [46]E irán éstos a un castigo eterno, y los justos a una vida eterna».

Esta escenificación del juicio final es una parábola con varios elementos alegóricos, cuya enseñanza básica es que al final seremos examinados de amor. Se precisan así las exhortaciones anteriores a la vigilancia y se pone fin a la presentación de las diversas etapas de la Historia de la Salvación de que se ha hablado anteriormente, que culminan en el juicio y la retribución. Antes se ha enseñado que vigilar es conservar la lámpara encendida, multiplicar los talentos recibidos; ahora se concreta que todo esto consiste en servir por amor a todo

tipo de necesitados, en los que está presente el Señor resucitado. Éste será el criterio para el juicio: las obras de misericordia, descritas de manera bíblica (ver Is 58,7). Los «hermanos míos más pequeños» designa a todos los que padecen necesidad, cristianos o no, pues la palabra «hermano» no parece tener aquí un sentido restrictivo que designaría solamente a los misioneros cristianos (ver 1 Henoc 61,8; 62,25; 69,37). El Pastor es el Hijo del hombre (Mt 16,27; Ez 24,37), Cristo resucitado, que hace de juez, ya que es rey en su reino, que es el reino de su Padre (ver 13,41-43). Ante él serán congregadas todas las naciones (Mt 24,31), los hombres de todos los tiempos. No se menciona la resurrección previa de todos los muertos, pero se debe suponer (ver 10,15; 11,22-24; 12,41s). La identificación de Cristo resucitado con todos los necesitados proporciona una connotación profundamente antropológica a la imagen de Dios, Cristo y el Reino. Lo importante para Dios y su enviado Jesús es el amor a los hombres en general y a los necesitados en particular, pues Dios es amor. Por ello la quintaesencia de la respuesta que espera Jesús del hombre es el amor efectivo al necesitado, cristiano o no, aunque se haga sin saber que Jesús se ha identificado con él. Jesús distingue entre amor a Dios y al prójimo, pero los presenta como inseparables (Mt 22,34-40). Amar a Dios implica identificarse con los hombres creados y amados por él. Esto es lo que constituye a una persona «justa». A la luz de este criterio decisivo, unos irán a un castigo eterno, cuya naturaleza no se describe, y otros a la vida eterna (ver Dn 12,2), que se describe al principio como heredar el Reino preparado para ellos desde la creación del mundo. El plan de Dios en la creación y la finalidad de ésta es que el hombre comparta la gloria de Dios.

CAPÍTULO 3

PASIÓN, MUERTE Y PROCLAMACIÓN DE LA RESURRECCIÓN. NACE EL VERDADERO ISRAEL (26,1 – 28,15)

Al igual que en los otros evangelios, este relato es el culmen de toda la catequesis de Mateo: la muerte y la resurrección están prefiguradas en la persecución y liberación del Niño en los relatos de la Infancia, explica y completa la presentación de Jesús como Mesías rechazado por los judíos y reconocido por sus discípulos (Primera Parte) y es el término al que apuntan las dos secciones precedentes de esta Segunda Parte.

Las preocupaciones de toda la obra reaparecen en este relato y le confieren un carácter propio: desde el punto de vista literario, Mateo aclara los puntos oscuros de Marcos, su fuente, p.e. las negaciones de Pedro; desde el punto de vista teológico, por una parte ilumina de continuo el relato con la Palabra de Dios, para presentarlo como cumplimiento, en contexto histórico salvífico y, por tanto, con sentido, y, por otra, subraya la presciencia, libertad, dignidad e inocencia de Jesús (ver p.e. el relato del final de Judas [propio] y el de la confrontación Jesús-Barrabás); acentúa igualmente la responsabilidad y culpabilidad del grupo judío que entrega a Jesús (ver los relatos de la muerte de Judas, la confrontación Jesús-Barrabás, la guardia ante el sepulcro, etc.); finalmente subraya la llegada de los tiempos escatológicos con la muerte de Jesús (ver fenómenos que suceden en el momento de la muerte), y con ello el nacimiento de la Iglesia y de la misión.

El conjunto está estructurado en dos partes desiguales: (1) Pasión y muerte (caps. 26-27) y Resurrección y (2) Misión universal (cap. 28). A su vez la primera parte se subdivide en (1.1.) Preparación próxima (26,1-46) y (1.2.) Relato corto de la pasión (26,47-27,66).

1. Pasión y muerte

1.1. Preparación próxima

Conspiración contra Jesús (26,1-5)
(Mc 14,1-2; Lc 22,1-2)

26 [1]Y sucedió que, cuando acabó Jesús todos estos discursos,
dijo a sus discípulos: [2]«Sabéis que dentro de dos días es la
Pascua; y el Hijo del hombre va a ser entregado para ser crucifi-
cado.»
[3]Entonces los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo se reu-
nieron en el palacio del Sumo Sacerdote, llamado Caifás; [4]y se
pusieron de acuerdo para prender a Jesús con engaño y darle muer-
te. [5]Decían sin embargo: «Durante la fiesta no, para que no haya
alboroto en el pueblo».

Mateo comienza poniendo en labios de Jesús el anuncio de la inminente Pascua y de su entrega. Subraya así la presciencia, libertad y decisión de Jesús (en Marcos esta información aparece como simple dato cronológico que enmarca la conspiración contra Jesús). En este contexto, sumos sacerdotes y ancianos deciden apoderarse de Jesús con engaño para matarlo. Lo expresa Mateo con alusiones implícitas a textos del AT en los que se da el sentido (Sal 2,2: «se reunieron»: conjuración inútil contra el Mesías) y se condena el hecho (Sal 31,14 LXX; Ex 21, 14: se condena matar con engaño).

Unción en Betania (26,6-13)
(Mc 14,3-9; Jn 12,1-8)

[6]Hallándose Jesús en Betania, en casa de Simón el leproso, [7]se
acercó a él una mujer que traía un frasco de alabastro, con perfu-
me muy caro, y lo derramó sobre su cabeza mientras estaba a la
mesa. [8]Al ver esto los discípulos se indignaron y dijeron: «¿Para qué
este despilfarro? [9]Se podía haber vendido a buen precio y habérse-
lo dado a los pobres.» [10]Mas Jesús, dándose cuenta, les dijo: «¿Por
qué molestáis a esta mujer? Pues una 'obra buena' ha hecho con-
migo. [11]Porque pobres tendréis siempre con vosotros, pero a mí no

me tendréis siempre. [12]Y al derramar ella este ungüento sobre mi cuerpo, en vista de mi sepultura lo ha hecho. [13]Yo os aseguro: dondequiera que se proclame esta Buena Nueva, en el mundo entero, se hablará también de lo que ésta ha hecho para memoria suya».

Jesús interpreta la unción de Betania como un signo profético de su sepultura, en que las prisas no permitirán la unción del cadáver. De nuevo aparece Jesús conocedor de su inminente muerte y de la posterior proclamación universal del Evangelio, consecuencia de ella. Realmente la mujer que derrama el perfume (según Jn 12,3 es María, hermana de Marta y Lázaro) quiere realizar un gesto de hospitalidad, pero Jesús le da un sentido más profundo: está realizando la unción de su cuerpo muerto. Los que critican son los discípulos y, por tanto, la lección va dirigida a todos ellos: lo que hace la mujer es una «obra buena» (enterrar a un muerto), superior a la limosna, que siempre tendrán ocasión y deberán hacer. Por ello, porque es un anuncio de la muerte, deberá formar parte de la proclamación evangélica, que tendrá carácter de *memorial* o actualización del pasado. Este episodio es independiente y diferente del narrado por Lc 7,36-50.

Traición de Judas (26,14-16)
(Mc 14,10-11; Lc 22,3-6)

[14]Entonces uno de los Doce, llamado Judas Iscariote, fue donde los sumos sacerdotes, [15]y les dijo: «¿Qué queréis darme, y yo os lo entregaré?» Ellos le asignaron treinta monedas de plata. [16]Y desde ese momento andaba buscando una oportunidad para entregarle.

Esta escena continúa la primera, donde se narra la conspiración de sumos sacerdotes y ancianos, que quieren prender a Jesús sin alboroto. Necesitan conocer sus pasos para sorprenderlo en un lugar donde esté solo. Y Judas, que conoce las costumbres de Jesús, se ofrece a facilitar la información, pero por dinero. Aparece así como avaro y traidor. Mateo subraya que era «uno de los Doce», es decir, de los elegidos por Jesús para formar parte de su círculo intimo de amigos; de paso alude a la Iglesia, que está construyendo Jesús y en la que no faltará la figura de Judas. El verbo «entregar» tiene hondas resonan-

cias bíblicas (ver cuarto poema del Siervo de Yahvé: Is 53,6: Dios «entrega» al Siervo; 53,12: el Siervo «se entrega»): la «entrega» que hace Judas tiene un sentido dentro del plan de Dios. Las treinta monedas de plata son 30 siclos, el precio fijado por la Ley para la vida de un esclavo (Ex 21,32), el mismo que dieron al pastor rechazado (Za 11,12). Todo sucede según las Escrituras.

Preparativos para la cena pascual (26,17-19)
(Mc 14,12-16; Lc 22,7-13)

17El primer día de los Ázimos, los discípulos se acercaron a Jesús
y le dijeron: «¿Dónde quieres que te hagamos los preparativos para
comer la Pascua?» 18Él les dijo: «Id a la ciudad, a un tal, y decidle:
"El Maestro dice: Mi tiempo está cerca; en tu casa voy a celebrar la
Pascua con mis discípulos".» 19Los discípulos hicieron lo que Jesús
les había mandado, y prepararon la Pascua.

Primera de las tres partes de que consta el relato de la Cena Pascual. Mateo subraya de nuevo el conocimiento y libertad de Jesús, al disponer dónde quiere que le preparen la comida del cordero. La fiesta de la Pascua se celebraba en familia y exigía una preparación previa del lugar y alimentos que se iban a consumir. En tiempos de Jesús recordaba la salida de Egipto y era fiesta de salvación en la solidaridad, en cuanto que el pueblo recordaba cómo Dios los liberó como pueblo y los sigue liberando. Celebrar la Pascua es sentirse solidarios con todas las generaciones de oprimidos y agradecer a Dios su acción salvadora constante. En su origen duraba un día, pero más adelante se unió a la fiesta de los Ázimos, que duraba una semana (Ex 23,15). Así, el primer día de los Ázimos equivale al día de Pascua. Los sinópticos sitúan la cena que come Jesús en el atardecer del jueves y la presentan claramente como cena de Pascua, a diferencia de Jn 18,28; 19,14.31.42, textos que dan a entender que no fue pascual, pues Jesús fue crucificado en la víspera de Pascua o *parasceve,* en cuyo atardecer el pueblo comía la Pascua. Esto debe explicarse por la anticipación del rito entre una parte del pueblo judío, o mejor por una anticipación buscada por el mismo Jesús al no poder celebrar la Pascua al día siguiente, sino en su propia persona sobre la cruz (Jn 19,36; 1 Co 5,7). Jesús habría instituido su propio rito nuevo durante

una cena que recibiría de rechazo los rasgos de la antigua Pascua. La opinión reciente que sitúa la cena en la tarde del martes, según el calendario esenio, tiene poca probabilidad. El 14 de Nisán, día de la cena pascual, cayó en viernes el año 30 (o el 33 después de Cristo, según los diversos cálculos que se hacen de la cronología de Jesús).

Anuncio de la traición de Judas (26-20-25)
(Mc 14,17-21; Lc 22,14.21-23; Jn 13,21-30)

[20]Al atardecer, se puso a la mesa con los Doce*. [21]Y mientras co-
mían, dijo: «Yo os aseguro que uno de vosotros me entregará.» [22]Muy
entristecidos, se pusieron a decirle uno por uno: «¿Acaso soy yo,
Señor?» [23]Él respondió: «El que ha metido conmigo la mano en el
plato, ése me entregará. [24]El Hijo del hombre se va, como está escri-
to de él, pero ¡ay de aquel por quien el Hijo del hombre es entrega-
do! ¡Más le valdría a ese hombre no haber nacido!» [25]Entonces pre-
guntó Judas, el que iba a entregarle: «¿Soy yo acaso, Rabbí?» Dícele:
«Tú lo has dicho.»

V. 21 Variante: «Doce discípulos».

El relato de la institución de la Eucaristía va precedido y seguido de anuncios de traición. La que es fiesta de salvación y solidaridad, Jesús la vive como momento de traición y muerte. Jesús aparece de nuevo como el que conoce y anuncia su destino: Judas le va a «entregar» (cuatro veces se repite; ver cuarto poema del Siervo de Yahvé: Is 53,6.12. Por otra parte Mateo alude implícitamente al Sal 41,10: «*Hasta mi amigo íntimo en quien confiaba, mi compañero de mesa me ha traicionado*»). Los discípulos se dirigen a Jesús como su Señor, Judas solamente como «Rabbí». Jesús subraya la gravedad del hecho. La cena pascual constaba de cuatro partes, cada una de las cuales terminaba con la bebida de un cáliz o copa de vino. Esta estructura se ha ido difuminando en los relatos evangélicos, como consecuencia de la tradición que ha ido simplificando poco a poco el relato en función de la celebración de la Eucaristía. La primera parte, llamada "bendición" incluía, entre otras cosas, la comida de hierbas que se mojaban en agua salada; la segunda era la "narración" o proclamación de las gestas de Dios a lo largo de la Historia de la Salvación; la

tercera consistía en la comida pascual propiamente dicha, que se componía de pan ázimo, cordero pascual, hierbas amargas mojadas en una mermelada especial llamada *haroset,* terminando con la bendición de un cáliz de acción de gracias; finalmente la cuarta se componía de una serie de oraciones de acción de gracias. El relato actual hay que colocarlo en la tercera parte.

Institución de la Eucaristía (26,26-29)
(Mc 14,22-25; Lc 22,19-20; véase Jn 6,51-58)

[26]Mientras estaban comiendo, tomó Jesús pan y lo bendijo, lo partió y, dándoselo a sus discípulos, dijo: «Tomad, comed, éste es mi cuerpo.» [27]Tomó luego una copa y, dadas las gracias, se la dio diciendo: «Bebed de ella todos, [28]porque ésta es mi sangre de la Alianza*, que es derramada por muchos para perdón de los pecados. [29]Y os digo que desde ahora no beberé de este producto de la vid hasta el día aquel en que lo beba con vosotros, nuevo, en el Reino de mi Padre».

V. 28 La Vulgata añade «nueva», ver Lc 22,20; 1 Co 11,25; Jr 31,31-34.

La institución de la Eucaristía tuvo lugar en la tercera parte de la cena, a cuyos ritos da Jesús un nuevo sentido. Comenzaba con un lavatorio de manos que simbolizaba la necesidad de purificación para comer la cena. Mateo lo omite; sólo lo narra Jn 13,1-11. Seguía la fracción del pan ázimo, símbolo de la esclavitud del pueblo en Egipto y de la prisa de Dios por liberarlo. Jesús se identifica con este pan, que se convierte así en su «cuerpo», es decir, en su persona en cuanto relación con los demás, en cuanto su muerte y resurrección es expresión de su "tomar sobre sí el pecado del mundo" y de la "prisa" de Dios por salvar. La copa que Jesús toma, sobre la que pronuncia una oración de acción de gracias (conclusión de esta tercera parte), expresa la acción de gracias por la salvación. Jesús se identifica con el contenido de esta copa, que se convierte así en su «sangre», es decir, en su vida, que es derramada en favor de muchos. Jesús se atribuye la misión de redención universal asignada por Isaías al Siervo de Yahvé (Is 42,6; 49,6; 53,12) y lleva a su culmen la Alianza comenzada en el Sinaí (ver Ex 24,8; la idea también en Pablo: 1 Co 11,25; 2 Co 3,4-6;

Ga 3,15-26; 4,24). Jesús mismo es nuestra acción de gracias, pues derramando su sangre en la cruz y muriendo y resucitando nos une en alianza con Dios y, unidos a él, damos gracias al Padre (el verbo griego empleado para dar gracias es *eujaristein*, de donde viene el sustantivo *eujaristía*, *acción de gracias*, adoptado por el lenguaje cristiano para designar la Sagrada Cena). Termina el relato con la afirmación de que esta comida especial será la última que come Jesús con sus discípulos en la tierra, y es anuncio del banquete escatológico (ver Mt 8,11; 22,1s; Is 24,6-8), que Jesús compartirá plenamente con sus discípulos en el Reino del Padre.

Predicción de las negaciones de Pedro (26,30-35)
(Mc 14,26-31; Lc 22,31-34; Jn 13,36-38; 16,32)

[30]Y cantados los himnos, salieron hacia el monte de los Olivos. [31]Entonces les dice Jesús: «Todos vosotros vais a escandalizaros de mí esta noche, porque está escrito: *Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas del rebaño*. [32]Mas después de mi resurrección, iré delante de vosotros a Galilea.» [33]Pedro intervino y le dijo: «Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré.» [34]Jesús le dijo: «Yo te aseguro: esta misma noche, antes que el gallo cante, me habrás negado tres veces.» [35]Dícele Pedro: «Aunque tenga que morir contigo, yo no te negaré.» Y lo mismo dijeron también todos los discípulos.

Mateo alude brevemente a la cuarta parte de la Cena Pascual, compuesta básicamente por el canto de los salmos del *Hal-lel* (salmos 113-118), e informa que todos los comensales abandonan el lugar y se dirigen al monte de los Olivos. En el camino Jesús se comporta como el que conoce y acepta previamente lo que va a suceder "según las Escrituras", es decir, todo con un sentido dentro del plan de Dios, Señor de la Historia de la Salvación. Anuncia dos hechos: todos se van a escandalizar esa noche, es decir, van a caer, abandonándolo al ver sucumbir, sin resistencia, al que ellos consideraban Mesías (Mt 16,16), y de quien esperaban el triunfo cercano (Mt 20,21). Se realizará así lo dicho por Za 13,17. Pero, junto a esto, les anuncia que el escándalo que van a sufrir no es el final de toda esta historia, pues resucitará y los precederá a Galilea, donde de nuevo los reunirá y enviará a la misión universal (Mt 28,16-20). A Pedro, que con buena

voluntad rechaza sus palabras, le anuncia la triple negación: no basta la buena voluntad para superar la prueba, es necesaria la oración (ver perícopa siguiente).

Agonía de Jesús (26,36-46)
(Mc 14,32-42; Lc 22,40-46; Jn 18,1)

[36]Entonces va Jesús con ellos a una propiedad llamada Getsemaní, y dice a los discípulos: «Sentaos aquí, mientras voy allá a orar.» [37]Y tomando consigo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, comenzó a sentir tristeza y angustia. [38]Entonces les dice: «Mi alma está triste hasta el punto de morir; quedaos aquí y velad conmigo.» [39]Y adelantándose un poco, cayó rostro en tierra, y suplicaba así: «Padre mío, si es posible, que pase de mí esta copa, pero no sea como yo quiero, sino como quieres tú.» [40]Viene entonces a los discípulos y los encuentra dormidos; y dice a Pedro: «¿Conque no habéis podido velar una hora conmigo? [41]Velad y orad, para que no caigáis en tentación; que el espíritu está pronto, pero la carne es débil.» [42]Y alejándose de nuevo, por segunda vez oró así: «Padre mío, si esta copa no puede pasar sin que yo la beba, hágase tu voluntad.» [43]Volvió otra vez y los encontró dormidos, pues sus ojos estaban cargados. [44]Los dejó y se fue a orar por tercera vez, repitiendo las mismas palabras. [45]Viene entonces a los discípulos y les dice: «Ahora ya podéis dormir y descansar. Mirad, ha llegado la hora en que el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de pecadores. [46]¡Levantaos!, ¡vámonos! Mirad que el que me va a entregar está cerca».

Jesús y sus discípulos llegan a una propiedad llamada *lagar de aceite,* en arameo *Getsemaní*, situada en el valle de Cedrón, al pie del monte de los Olivos. Allí deja al grueso de los discípulos, mientras él con Pedro, Santiago y Juan se dirige a un extremo de la finca para orar. Allí comienza a sentir tristeza y angustia, una angustia capaz de quitarle la vida, como manifiesta a los tres acompañantes: «hasta el punto de morir», por lo que los invita a acompañarle y velar con él orando. Pide al Padre filial y confiadamente otro camino para realizar su voluntad, pero manifestando claramente la aceptación absoluta de lo que él decida. Por tres veces ora de esta forma y el Padre lo

oye, no acogiendo literalmente la petición, sino fortificándolo para que asuma el cáliz de muerte, consumando así su misión, que es lo mejor. Como consecuencia, termina la oración saliendo decididamente al encuentro del que lo iba a entregar. Quiso asociar a su oración a los discípulos para que superaran la «tentación» de renunciar a él, ya que ante el peso de la debilidad de la carne no basta la buena voluntad ni las ideas claras del espíritu, pero no oran, y por eso, pronto caerán en «la tentación», se escandalizarán y lo abandonarán. Las palabras que les dirige después de encontrarlos por tercera vez dormidos son una censura teñida de ironía. Ha pasado la hora en que deberíais haber velado conmigo. Ha llegado el momento de la prueba, y Jesús entrará solo en ella; los discípulos pueden dormir, si quieren. Termina la escena anunciando todo lo que va a suceder: «el Hijo del hombre va a ser 'entregado' en mano de los pecadores». Es hora de abandonar el lugar, pues ya está llegando el que lo va a «entregar».

1.2. Relato corto de la pasión

El relato corto de la pasión consta del relato del prendimiento, seguido del proceso judío y del proceso romano, que concluye con el *via crucis*, la muerte y la sepultura de Jesús.

Prendimiento de Jesús (26,47-56)
(Mc 14,43-52; Lc 22,47-53; Jn 18,2-11)

**47Todavía estaba hablando, cuando llegó Judas, uno de los Doce,
acompañado de un grupo numeroso con espadas y palos, de parte
de los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo. 48El que le iba a
entregar les había dado esta señal: «Aquel a quien yo dé un beso,
ése es; prendedle.» 49Y al instante se acercó a Jesús y le dijo: «¡Salve,
Rabbí!», y le dio un beso. 50Jesús le dijo: «Amigo, ¡a lo que estás
aquí!» Entonces aquéllos se acercaron, echaron mano a Jesús y le
prendieron. 51En esto, uno de los que estaban con Jesús echó mano
a su espada, la sacó e, hiriendo al siervo del Sumo Sacerdote, le
llevó la oreja. 52Dícele entonces Jesús: «Vuelve tu espada a su sitio,
porque todos los que empuñen espada, a espada perecerán. 53¿O
piensas que no puedo yo rogar a mi Padre, que pondría al punto a**

mi disposición más de doce legiones de ángeles? [54]Mas, ¿cómo se cumplirían las Escrituras de que así debe suceder?» [55]En aquel momento dijo Jesús a la gente: «¿Como contra un salteador habéis salido a prenderme con espadas y palos? Todos los días me sentaba* en el Templo para enseñar, y no me detuvisteis. [56]Pero todo esto ha sucedido para que se cumplan las Escrituras de los profetas.» Entonces todos los discípulos le abandonaron y huyeron.

V. 55 Adición de la Vulgata: «me sentaba entre vosotros»; ver Mc 14,49.

Llega Judas con un grupo de empleados del sanedrín y, de acuerdo con la señal convenida, un beso, indica quién es Jesús. Éste le intima que se dedique a lo que ha venido. Jesús abrevia los cumplimientos hipócritas; es la hora de pasar a los hechos. La frase «a lo que estás aquí», más que una pregunta (¿«a qué has venido»?) o un reproche («¡qué es lo que haces!»), posiblemente es una expresión estereotipada, que quiere decir: «(haz) aquello para lo que estás aquí», «sigue tu negocio». Mateo presenta a Jesús presciente y libre, aceptando deliberadamente el hecho para que se cumpla la voluntad del Padre. Un discípulo intenta defenderlo violentamente, hiriendo con una espada al siervo del Sumo Pontífice, pero Jesús rechaza la violencia física, que sólo sirve para provocar mayor violencia. De ser el camino la violencia, habría rogado al Padre y le habría enviado doce legiones de ángeles. Además por dos veces alude al cumplimiento de las Escrituras. Esta alusión a las Escrituras no significa que estaba determinado por Dios y profetizado que Jesús debía morir violentamente, pues la Escritura en ningún sitio anuncia explícitamente que el Mesías debe morir violentamente; sólo anuncia que el justo que quiere vivir de acuerdo con la voluntad de Dios sufrirá persecución e incluso será asesinado, pero Dios lo vindicará (ver cuarto poema del Siervo de Yahvé: Is 52,13-53,12; Sal 22; Sal 69; Sal 2-3). Estos textos son aplicables a Jesús, que es el justo por excelencia. Por otra parte, la alusión a la Escritura, que contiene el plan salvador de Dios, es una forma de decir que todo lo que sucede tiene un sentido dentro del plan de Dios. Jesús está en el centro de la escena, hablando a Judas, a los discípulos y a la gente, criticando los comportamientos de todos ellos. A los que lo detienen les recrimina que lo hagan a ocultas. Los discípulos huyen. Jesús afrontará su pasión y muerte en soledad.

Jesús ante el Sanedrín (26,57-68)
(Mc 14,53-65; Lc 22,54-55.66-71; véase Jn 18,15-16.18)

[57]Los que prendieron a Jesús le llevaron ante el Sumo Sacerdote
Caifás, donde se habían reunido los escribas y los ancianos. [58]Pedro
le iba siguiendo de lejos hasta el palacio del Sumo Sacerdote; y,
entrando dentro, se sentó con los criados para ver el final.
[59]Los sumos sacerdotes y el Sanedrín entero andaban buscando
un falso testimonio contra Jesús con ánimo de darle muerte, [60]y no
lo encontraron, a pesar de que se presentaron muchos falsos testi-
gos. Al fin se presentaron dos, [61]que dijeron: «Éste dijo: Yo puedo
destruir el Santuario de Dios, y en tres días edificarlo.» [62]Entonces,
se levantó el Sumo Sacerdote y le dijo: «¿No respondes nada? ¿Qué
es lo que éstos atestiguan contra ti*?» [63]Pero Jesús callaba. El
Sumo Sacerdote le dijo: «Te conjuro por Dios vivo que nos digas si
tú eres el Cristo, el Hijo de Dios.» [64]Dícele Jesús: «Tú lo has dicho.
Pero os digo que a partir de ahora veréis *al Hijo del hombre senta-*
***do a la diestra del Poder y viniendo sobre las nubes del cielo.*»**
[65]Entonces el Sumo Sacerdote rasgó sus vestidos y dijo: «¡Ha blas-
femado! ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Acabáis de oír la
blasfemia. [66]¿Qué os parece?» Respondieron ellos diciendo: «Es reo
de muerte».
[67]Entonces se pusieron a escupirle en la cara y a abofetearle; y
otros a golpearle, [68]diciendo: «Adivínanos, Cristo.¿Quién es el que te
ha pegado?»

V. 62 La Vulgata no ve aquí más que una pregunta: «¿No respondes nada a lo que éstos atestiguan contra ti?».

Comienza el proceso judío, centrado en el mesianismo de Jesús (26,57-27,10). A modo de introducción (26,57-58) Mateo presenta los personajes: Jesús, los siervos que lo han detenido, el sanedrín y Pedro. Llevan a Jesús a casa del Sumo Sacerdote Caifás, donde tiene lugar la sesión nocturna del sanedrín (26,59-66). Es una escena importante, pues Jesús comparece oficialmente por primera y única vez ante el más alto tribunal del pueblo de Dios ante el que dará testimonio oficial de su mesianismo y filiación. El relato destaca el carácter de parodia que tiene la reunión para subrayar así la parcialidad y consi-

guiente culpabilidad del tribunal y, por otra parte, la inocencia de Jesús. El tribunal anda buscando falsos testimonios contra Jesús con ánimo de darle muerte. Comparecen falsos testigos deformando el sentido de palabras dichas por Jesús, afirmando que dijo que podía destruir el Santuario y en tres días edificarlo. Realmente Jesús anunció la destrucción del Templo como signo del final del culto simbolizado por él (Mt 24,2: «*no quedará piedra sobre piedra que no sea derruida*»), pero no que él lo destruiría; por otro lado, según Jn 2,19, la alusión a la reedificación en tres días es una referencia a la resurrección de su cuerpo, nuevo santuario, después de la muerte que le iban a infligir: Jn 2,19: «*destruid este santuario y en tres días lo levantaré*» (ver Mt 16,21; 17,23; 20,19). Jesús guarda silencio ante la mala voluntad del tribunal. Mateo abrevia la escena para destacar la respuesta de Jesús, cuando solemnemente le pregunta el Sumo Sacerdote si es el Mesías, el Hijo de Dios. Es un momento cima, en que Jesús responde afirmativamente. Desde un punto de vista histórico, los títulos Mesías e Hijo de Dios son equivalentes, entendiéndose Hijo de Dios en sentido de enviado especial de Dios, como sería el Mesías Rey, pero Mateo entiende Hijo de Dios en sentido fuerte, partícipe de la naturaleza divina, pues así lo entiende en 16,16 (en labios de Pedro, a lo que responde Jesús: «*Te ha revelado esto... mi Padre*») y porque el Sumo Sacerdote lo considera una blasfemia. A la afirmación añade que «*'a partir de ahora' veréis al hijo del hombre sentado a la diestra del Poder y viniendo sobre las nubes del cielo*» (ver Dn 7,13). Jesús, conocedor de los acontecimientos, afirma que este momento de aparente fracaso («*a partir de ahora*») es el comienzo de su exaltación en la parusía, en la que ellos experimentarán que es el Hijo del hombre, anunciado por Daniel, muerto pero vindicado por Dios y constituido juez universal y Señor (ver Sal 110,1). «Poder» es un equivalente de Yahvé en el uso judío de la época. La respuesta del Sumo Sacerdote es condenarlo como blasfemo, no por presentarse como Mesías, sino por declararse Hijo de Dios, condenación a la que asienten los presentes. A continuación los presentes se burlan de Jesús a propósito de la declaración y, puesto que ser Mesías implica ser el Profeta que tiene que venir (ver Jn 1,31), lo golpean para que adivine quién le ha pegado. La redacción de Mateo es desafortunada, ya que no estando velado como en Lc 22,63, Jesús puede indicar sin dificultad quién lo ha

golpeado. Según Marcos, los que se burlan son los siervos, pero Mateo sugiere que son los mismos miembros del sanedrín, lo que subraya la culpabilidad de este tribunal. La interpelación con el vocativo «Cristo» es única en los evangelios. Se discute la realidad histórica de esta reunión nocturna del sanedrín, pues éste no se podía reunir de noche. Con la ayuda de los evangelios de Lc y Jn se puede distinguir una primera comparecencia ante Anás, por la noche (ver Jn 18,13), y una sesión solemne del sanedrín por la mañana (Mt 27,1). Marcos y Mateo refieren la escena de la noche con los rasgos de la que tuvo lugar en la mañana, que fue la única sesión formal y decisiva.

Negaciones de Pedro (26,69-75)
(Mc 14,66-72; Lc 22,55-62; Jn 18,17.25-27)

**[69]Pedro, entretanto, estaba sentado fuera en el patio; y una cria-
da se acercó a él y le dijo: «También tú estabas con Jesús el Galileo.»
[70]Pero él lo negó delante de todos: «No sé qué dices.» [71]Cuando salía
al portal, le vio otra criada y dijo a los que estaban allí: «Éste esta-
ba con Jesús el Nazoreo*.» [72]Y de nuevo lo negó con juramento: «¡Yo
no conozco a ese hombre!» [73]Poco después se acercaron los que
estaban allí y dijeron a Pedro: «¡Ciertamente, tú también eres de
ellos, pues además tu misma habla te descubre!» [74]Entonces él se
puso a echar imprecaciones y a jurar: «¡Yo no conozco a ese hom-
bre!» Inmediatamente cantó un gallo. [75]Y Pedro se acordó de aque-
llo que le había dicho Jesús: «Antes que el gallo cante, me habrás
negado tres veces.» Y, saliendo fuera, lloró amargamente.**

V. 70 Variante (Vulgata): «Nazareno».

Mientras Jesús da testimonio valientemente ante el sanedrín, Pedro, el que prometió fidelidad, el que no oró para superar la tentación, niega a Jesús, pero «saliendo fuera, lloró amargamente». Mateo mejora la presentación que hace Marcos, introduciendo para ello otra criada en la segunda negación y haciendo que los presentes se acerquen a Pedro en la tercera. La negación tiene carácter cristológico (niega conocer a Jesús) y eclesial (niega pertenecer al grupo de los discípulos). En la tercera los presentes afirman que Pedro es galileo, apoyándose en el dialecto arameo que emplea.

Jesús llevado ante Pilato (27,1-2) (Mc 15,1; Lc 22,66)

27 [1]Llegada la mañana, todos los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo celebraron consejo contra Jesús para darle muerte. [2]Y después de atarle, le llevaron y le entregaron al procurador Pilatos*.

V. 2 Variante: «Poncio Pilatos»; ver Lc 3,1.

El sanedrín se reúne de nuevo en una sesión diurna, en la que ratifican formalmente la decisión de dar muerte a Jesús y deciden entregarlo a Pilatos para que ejecute la sentencia, puesto que Roma se había reservado, en Judea como en todas las provincias del Imperio, el derecho de la pena capital.

Muerte de Judas (27,3-10)

[3]Entonces Judas, el que le entregó, viendo que había sido condenado, fue acosado por el remordimiento, y devolvió las treinta monedas de plata a los sumos sacerdotes y a los ancianos, [4]diciendo: «Pequé entregando sangre inocente*.» Ellos dijeron: «A nosotros, ¿qué? Tú verás.» [5]Él tiró las monedas en el Santuario; después se retiró y fue y se ahorcó. [6]Los sumos sacerdotes sacerdotes recogieron las monedas y dijeron: «No es lícito echarlas en el tesoro de las ofrendas, porque son precio de sangre.» [7]Y después de deliberar, compraron con ellas el Campo del Alfarero como lugar de sepultura para los forasteros. [8]Por esta razón ese campo se llamó «Campo de Sangre», hasta hoy. [9]Entonces se cumplió lo dicho por el profeta Jeremías*: *Y tomaron las treinta monedas de plata, cantidad en que fue apreciado aquel a quien pusieron precio algunos hijos de Israel, [10]y las dieron por el Campo del Alfarero, según lo que me ordenó el Señor.*

V. 4 Variante: «sangre justa»; ver 23,35.
V. 8 Variante (Vulgata): «Haqeldamá».
V. 9 Omisión: «Jeremías».

La perícopa sirve de conclusión y comentario al proceso judío. Es propia de Mateo, que reelabora una tradición sobre el fin de Judas con objeto de comentar e iluminar los hechos que ha narrado: es «entrega de sangre inocente», según proclama Judas. Pero los pontífices, ¡los jueces!, no se consideran obligados a actuar ante esta afirmación, aunque, eso sí, son muy escrupulosos en el uso del dinero. El texto de Za 11,13 ilustra este comportamiento: han rechazado al pastor de Yahvé, han despreciado su obra, lo han considerado un esclavo; por eso han perdido la gracia de formar parte del verdadero Israel. La perícopa, pues, tiene sentido teológico, no cronológico, pues estos hechos no pueden situarse en este momento en que los pontífices están siguiendo de cerca la suerte de Jesús.

Consta de un hecho y una cita bíblica. El hecho narra una acción de Judas y la reacción de los pontífices. La acción de Judas (27,3s: arrojar las monedas en el templo) se pudo inspirar en una costumbre contemporánea para romper contratos; según ésta, se podía romper un contrato de venta y recuperar lo vendido devolviendo el dinero al comprador antes de los 12 meses; si el comprador se esconde el último día para evitar la devolución, Hillel determinó que en este caso el vendedor depositara el dinero en la cámara del tesoro del Templo y se marchara a su casa. El contrato quedaba así rescindido, pudiendo el comprador venir al templo, cuando quisiera, para recoger su dinero. A la luz de esto, el gesto de Judas significa su voluntad de rescindir el contrato. Ha cambiado de parecer y reconoce que ha entregado sangre inocente. Los dirigentes se niegan a rescindir el contrato, poniendo así de relieve su culpabilidad: «¿A nosotros qué? Tú verás». Los jueces no se sienten concernidos ante esta declaración. Esta postura determina otras dos reacciones: Judas, arrojando las monedas al santuario, se retiró, y marchándose, se ahorcó (27,5). ¿Inmediatamente? Por su parte los pontífices no creyeron lícito depositar el dinero en el tesoro del Templo y compraron un campo para cementerio de extranjeros. Una costumbre, atestiguada más tarde en el Talmud babilónico (Ber 29b), disponía que el dinero mal adquirido o sin dueño pertenece al tesoro del Templo, pero debe dedicarse a servicios públicos. En este caso lo dedicaron a cementerio de judíos extranjeros. «Por esta razón aquel campo se llamó 'Campo de sangre' 'hasta hoy'». Esta última fórmula es propia de las etiologías o relatos que explican un nombre o costumbre, y ofrece una pista sobre el origen de esta tradición:

la comunidad de Jerusalén conoció un campo llamado en arameo *Hakeldamá*, “campo de sangre”, vinculado a la muerte de Judas; para explicar el nombre creó una etiología con dos variantes, una que recoge aquí Mateo y que refiere la sangre a Jesús, y otra que recoge Hch 1,17-20 y que refiere la sangre a Judas. Ambas tienen en común el final violento de Judas en contexto de su entrega de Jesús.

La cita bíblica que ilustra el hecho es de Za 11,13, pero Mateo la presenta como de Jeremías. Za 11 habla de un pastor bueno, enviado y representante de Yahvé; éste depone tres pastores malos que había sobre el pueblo, pero es rechazado por las ovejas y por los dueños. El pastor, al ser rechazado, pide su salario, poniendo a prueba a los dueños, pero éstos le dan un salario de esclavo, 30 siclos (Ex 21,52), es decir, consideran muy poco al pastor y su trabajo, y por tanto a Yahvé que lo envía. Por esto Yahvé le dice: «échalo al tesoro [en hebreo *yosar*, que significa tesoro y también alfarero], esa lindeza de precio por la que he sido valorado por ellos. Tomé, pues los 30 siclos de plata y los eché en la Casa de Yahvé, en el tesoro». Después el pastor rompió los dos cayados que le había dado Yahvé, «Gracia y Unión» (literalmente alusión al cisma samaritano) y Yahvé anuncia que les va a suscitar un pastor necio. Éste es el sentido del proceso judío: han rechazado al pastor de Yahvé, han despreciado su obra, lo han considerado como un esclavo; por eso han perdido el cayado «de la gracia de Dios y de la unión», es decir, el formar parte del verdadero Israel, y quedan expuestos a la dirección de un pastor necio. La atribución del texto a Jeremías se explica de varias maneras. Hay quien dice que se apoya en la idea de un campo sugerida en Jr 32,6-15 y en el hecho de que Jeremías habla de alfareros que había en la región de Hakeldama (Jr 18,2s; 19,1s); para otros es una una utilización del midrás escatológico semejante al que hacían los hombres de Qumrán en los *pesherim*. Mateo aplica dos sentidos a la palabra *yosar*, “tesoro, alfarero”, y nos viene a decir: el sentido primitivo del lugar adonde se arroja el dinero es el tesoro del Templo, pero este sentido ya no es válido; son los mismos pontífices los que inconscientemente desautorizan este sentido. El nuevo sentido, conocido por los hechos escatológicos, es ‘alfarero’: éste es el lugar adonde fueron a parar las 30 monedas. Por esto introduce la profecía como de Jeremías, para llamar la atención sobre el profeta a cuya luz se descubre el sentido verdadero y profundo de *yosar*, que en este autor significa ‘alfarero’.

Jesús ante Pilatos (27,11-26)
(Mc 15,2-15; Lc 23,2.5.13-25; Jn 18,28 – 19,11)

**[11]Jesús compareció ante el procurador, y el procurador le pre-
guntó: «¿Eres tú el rey de los judíos?» Respondió Jesús: «Tú lo
dices.» [12]Y, mientras los sumos sacerdotes y los ancianos le acusa-
ban, no respondió nada. [13]Entonces le dice Pilatos: «¿No oyes de
cuántas cosas te acusan?» [14]Pero él a nada respondió, de suerte que
el procurador estaba muy sorprendido.**

**[15]Cada Fiesta, el procurador solía conceder al pueblo la libertad
de un preso, el que quisieran. [16]Tenían* a la sazón un preso famo-
so, llamado Barrabás*. [17]Y cuando ellos estaban reunidos, les dijo
Pilatos: «¿A quién queréis que os suelte, a Barrabás* o a Jesús, el
llamado Cristo?», [18]pues sabía que le habían entregado por envidia.**

**[19]Mientras él estaba sentado en el tribunal, le mandó a decir su
mujer: «No te metas con ese justo, porque hoy he sufrido mucho en
sueños por su causa.»**

**[20]Pero los sumos sacerdotes y los ancianos persuadieron a la
gente para que pidiese la libertad de Barrabás y la muerte de Jesús.
[21]Y cuando el procurador les dijo: «¿A cuál de los dos queréis que
os suelte?», respondieron: «¡A Barrabás!» [22]Díceles Pilatos: «Y ¿qué
voy a hacer con Jesús, el llamado Cristo?» Dicen todos: «¡Sea cru-
cificado!» [23]«Pero ¿qué mal ha hecho?», preguntó Pilato. Mas ellos
seguían gritando con más fuerza: «¡Sea crucificado!» [24]Entonces
Pilatos, viendo que nada adelantaba, sino que más bien se promo-
vía tumulto, tomó agua y se lavó las manos delante de la gente
diciendo: «Inocente soy de la sangre de este justo*. Vosotros
veréis.» [25]Y todo el pueblo respondió: «¡Su sangre sobre nosotros y
sobre nuestros hijos!» [26]Entonces les soltó a Barrabás; y a Jesús,
después de azotarle, se lo entregó para que fuera crucificado.**

V. 16 (a) Variante: «Tenía».
(b) Variante: «Jesús Barrabás», precisión que parece proceder de la tradición apócrifa aquí en el verso siguiente.
V. 17 Variante: «Jesús Barrabás».
V. 24 Variante: «de esta sangre».

Con la entrega a Pilatos comienza el proceso romano, centrado en la realeza de Jesús. La pregunta del procurador romano supone que los sanedritas han presentado a Jesús como pretendiente a la realeza,

traduciendo en términos políticos la confesión mesiánica de Jesús, según la mentalidad judía: Rey de los judíos. «Tú lo dices» responde Jesús a Pilatos y se niega a responder más (ver Is 53,7: cuarto poema del Siervo) hasta el punto de que el gobernador estaba admirado (ver Is 52,15). Con estas palabras (ver 26,25.64), Jesús reconoce como exacto, al menos en cierto sentido, lo que, sin embargo, nunca hubiera dicho él de sí mismo.

La confrontación Jesús-Barrabás (27,15-26) es la escena más importante dentro de este proceso; en ella Mateo subraya la culpabilidad de las autoridades judías que lo entrega. Consta de cinco cuadros:(1) presentación del problema (27,15-18), en que se alude a la costumbre de soltar un preso por la fiesta; este año pedían a Barrabás, y Pilatos intenta sustituirlo por Jesús, porque sabía que lo habían entregado por envidia. Con esta precisión Mateo subraya la inocencia de Jesús. (2) Presionan a Pilatos a favor y en contra de Jesús: a favor su mujer, que intercede a favor del «justo»; en contra la gente, incitada por sumos sacerdotes y ancianos, pidiendo la libertad de Barrabás y la muerte de Jesús (27,19-20). (3). El diálogo entre Pilatos y la gente es central (27,21-23) y pone de relieve el interés de Pilatos en favor de Jesús y la ceguera de la masa, que pide la muerte de Jesús sin saber por qué. (4) Siguen dos reacciones (27,24s), la de Pilatos y la de la gente. El lavatorio de manos aparece en el AT como expresión de inocencia ante la muerte de una persona (ver Dt 21,6s; Sal 26,6; 73,13); con él quiere Pilatos justificar la acción que va a realizar: si entrega la «sangre inocente» (tema de la inocencia), es bajo la fuerte presión que le hacen. Responde «todo el pueblo», representado por aquel grupo: se hacen responsables de esa sangre inocente. Se trata de una expresión bíblica tradicional (ver 2 S 1,16; 3,29; Hch 5,28; 18,6), por la cual el pueblo acepta la responsabilidad de la muerte que exige. (5) La solución (27,26) del caso fue la entrega de Jesús para ser crucificado, después de azotarlo. La flagelación era el preludio normal a la crucifixión entre los romanos.

Coronación de espinas (27,27-31)
(Mc 15,16-20; Jn 19,2-3)

27 Entonces los soldados del procurador llevaron consigo a Jesús al pretorio y reunieron alrededor de él a toda la cohorte. 28 Le desnudaron y le echaron encima un manto de púrpura; 29 y, trenzando

una corona de espinas, se la pusieron sobre su cabeza, y en su mano derecha una caña; y doblando la rodilla delante de él, le hacían burla diciendo: «¡Salve, Rey de los judíos!»;
[30]y después de escupirle, cogieron la caña y le golpeaban en la cabeza.
[31]Cuando se hubieron burlado de él, le quitaron el manto, le pusieron sus ropas y le llevaron a crucificarle.

Los soldados se burlan de Jesús como rey, de acuerdo con el título que se le atribuye en este proceso romano, de forma parecida a como antes los judíos se habían burlado de él como mesías-profeta. Estas dos escenas reflejan bien los dos aspectos, religioso y político, del proceso de Jesús.

El pretorio, adonde conducen a Jesús, es la residencia del pretor, donde residía el procurador romano cuando subía a Jerusalén. Debía de ser el antiguo palacio de Herodes el Grande, situado al oeste de la ciudad, en el emplazamiento de la actual ciudadela, junto a la puerta de Jafa. Hay quien lo sitúa en la fortaleza Antonia, al norte del Templo, pero esta localización no parece avenirse ni con la costumbre de los procuradores, ni con el uso del término «pretorio», que no puede trasladarse así de sitio, ni con los movimientos de Pilatos y de la multitud judía en los relatos evangélicos de la pasión, en especial el de san Juan. El manto de púrpura que echan encima de Jesús es una capa de soldado romano (*sagum*), cuyo color rojo evoca por irrisión la púrpura real.

La Crucifixión (27,32-38)
(Mc 15,21-27; Lc 23,26-34.38; Jn 19,17-24)

[32]Al salir, encontraron a un hombre de Cirene llamado Simón, y le obligaron a llevar su cruz.
[33]Llegados a un lugar llamado Gólgota, esto es, «Calvario»,
[34]le dieron a beber vino mezclado con hiel; pero él, después de probarlo, no quiso beberlo.
[35]Una vez que le crucificaron, se repartieron sus vestidos, echando a suertes*.
[36]Y se quedaron sentados allí para custodiarle.

[37]Sobre su cabeza pusieron, por escrito, la causa de su condena: «Éste es Jesús, el rey de los judíos.»
[38]Y al mismo tiempo que a él crucifican a dos salteadores, uno a la derecha y otro a la izquierda.

V. 35 Adición: «Para que se cumpliera el oráculo del profeta: Se han repartido mis vestidos, y han echado a suertes mi túnica» (Sal 22,19). Es una glosa tomada de Jn 19,24.

La descripción del *via crucis*, crucifixión y muerte es sobria, sin subrayar los aspectos sangrantes, y teológica, para lo que Mateo recurre al AT con intención de iluminar los hechos. Alude brevemente a Simón, y enseguida sitúa a Jesús en el Gólgota o Calvario. *Gólgota* es la transcripción de la palabra aramea *gulgotá*, «lugar del cráneo», en latín *calvaria*, de donde viene «Calvario». Algunas mujeres judías compasivas (ver Lc 23,27s) solían ofrecer a los ajusticiados un brevaje embriagante compuesto de vino y mirra (así Mc 15,23) a modo de anestesia. Mateo lo cambia en «vino con hiel» para aludir al Sal 69,22 y sugerir así que Jesús es el justo perseguido y que todo sucede dentro del plan de Dios. La causa de la muerte es el título «Rey», centro del proceso romano. Dos salteadores son crucificados junto a él (ver Is 53,12: «*Con los rebeldes fue contado*»).

Jesús en cruz ultrajado (27,39-44)
(Mc 15,29-32; Lc 23,35-37)

39 Los que pasaban por allí le insultaban, meneando la cabeza y
diciendo: 40 «Tú que destruyes el Santuario y en tres días lo levantas,
¡sálvate a ti mismo, si eres hijo de Dios, y baja de la cruz!»
41 Igualmente los sumos sacerdotes junto con los escribas y los
ancianos se burlaban de él diciendo: 42 «A otros salvó y a sí mismo
no puede salvarse. Rey de Israel es*: que baje ahora de la cruz, y
creeremos en él. 43 Ha puesto su confianza en Dios; que le salve
ahora, si es que de verdad le quiere; ya que dijo: "Soy hijo de Dios".»
44 De la misma manera le injuriaban también los salteadores cruci-
ficados con él.

V. 42 Variante: «Si eres rey de Israel».

Las burlas de los transeúntes, los pontífices y los bandidos, pidiendo que baje de la cruz, puesto que es Hijo de Dios, tienen carácter de tentación satánica (ver relato de la tentación: «si eres Hijo de Dios», tírate de aquí abajo), al exigir que abandone el camino del Siervo. Los transeúntes lo ultrajan, moviendo las cabezas (alusión al Sal 22,8) y dirigiéndose al-que-destruye-y-reedifica-el-templo. La expresión es paradójica, ya que es verdad desde la fe que Jesús, muriendo y resucitando, crea el nuevo templo, pero es burla desde la experiencia his-

tórica. Los pontífices se dirigen a Jesús con palabras del Sal 22,9 y de Sb 2,13.18-20: es el justo perseguido, según Mateo.

Muerte de Jesús (27,45-56)
(Mc 15,33-41; Lc 23,44-49; Jn 19,28-30)

[45]Desde la hora sexta hubo oscuridad sobre toda la tierra hasta
la hora nona. [46]Y alrededor de la hora nona clamó Jesús con fuerte
voz: «*¡Elí, Elí! ¿lemá sabactaní?*», esto es: «*¡Dios mío, Dios mío!*
***¿por qué me has abandonado?*» [47]Al oírlo algunos de los que estaban**
allí decían: «A Elías llama éste.»
[48]Y enseguida uno de ellos fue corriendo a tomar una esponja, la
empapó en vinagre y, sujetándola a una caña, le ofrecía de beber.
[49]Pero los otros dijeron: «Deja, vamos a ver si viene Elías a salvar-
le.» [50]Pero Jesús, dando de nuevo un fuerte grito, exhaló el espíritu.
[51]En esto, el velo del Santuario se rasgó en dos, de arriba abajo;
tembló la tierra y las rocas se hendieron. [52]Se abrieron los sepul-
cros, y muchos cuerpos de santos difuntos resucitaron. [53]Y, salien-
do de los sepulcros después de la resurrección de él, entraron en la
Ciudad Santa y se aparecieron a muchos. [54]Por su parte, el centu-
rión y los que con él estaban guardando a Jesús, al ver el terremo-
to y lo que pasaba, se llenaron de miedo y dijeron: «Verdadera-
mente éste era hijo de Dios.»
[55]Había allí muchas mujeres mirando desde lejos, aquellas que
habían seguido a Jesús desde Galilea para servirle. [56]Entre ellas
estaban María Magdalena, María la madre de Santiago y de José, y
la madre de los hijos de Zebedeo.

Desde el mediodía (hora sexta) hasta las tres de la tarde (hora nona) una densa oscuridad invade el lugar, evocando el carácter de juicio que tiene la muerte de Jesús. La oscuridad es uno de los motivos característicos del "Día de Yahvé" en los anuncios proféticos (ver Am 8,9). Hacia las tres clama con fuerte voz el comienzo del Sal 22,2, que Mateo reproduce en hebreo, dando la traducción. Se trata de un grito de angustia, no de desesperación, al verse solo ante la proximidad de la muerte. Es la última oración de Jesús, en la que expresa su abandono, pero también su confianza en la liberación, ya que el salmo continúa expresando la seguridad del triunfo final. La respuesta humana

fue un gesto de incomprensión y burla, interpretando la invocación de Jesús como una llamada a Elías, dada la afinidad fonética entre "Elí" y "Elías". En el judaísmo de la época se esperaba que Elías vendría como precursor del Mesías (ver Mt 17,10-13) y también existía la creencia de que Elías socorre a los justos en la necesidad. Otros, por su lado, ofrecen a Jesús una especie de vinagre, una bebida ácida que usaban los soldados romanos. Históricamente el gesto fue sin duda de compasión, pero los sinópticos lo consideran mal intencionado (ver Lc 23,36) y lo describen con términos que evocan el Sal 69,22.

Mateo alude a la muerte con sobriedad, pero presenta con detención una serie de signos que la siguen y la interpretan. Se rasga el velo del Santuario (posiblemente el que separa el Santo del Santo de los Santos, ver Ex 26,31s), evocando la supresión del antiguo culto mosaico y el acceso abierto por Cristo al santuario celestial (ver Hb 9,12; 10,20). Terremoto y resurrecciones son dos motivos asociados a la venida de Yahvé en su "Día", cuando venga a juzgar y salvar (ver Is 26,19; Ez 37; Dn 12,2). Con ello se quiere sugerir que la muerte de Jesús es causa y comienzo de la resurrección de los muertos y de la congregación del verdadero pueblo en la nueva Jerusalén. A los signos se une la reacción de los testigos. El centurión con todo el cuerpo de guardia reconocen a Jesús como Hijo de Dios, al ver el terremoto y lo que sucedía, es decir, al ver el sentido de esta muerte. Mateo proyecta sobre este grupo, que históricamente probablemente sólo experimentó un gesto de admiración humana, la futura fe de los gentiles. Por su parte, miran desde lejos las mujeres que han seguido a Jesús desde Galilea para servirle. Los Doce huyeron.

Sepultura de Jesús (27,57-61)
(Mc 15,42-47; Lc 23,50-55; Jn 19,38-42)

57Al atardecer, vino un hombre rico de Arimatea, llamado José,
que se había hecho también discípulo de Jesús. 58Se presentó a
Pilatos y pidió el cuerpo de Jesús. Entonces Pilatos dio orden de
que se le entregase. 59José tomó el cuerpo, lo envolvió en una sába-
na limpia 60y lo puso en su sepulcro nuevo que había hecho excavar
en la roca; luego, hizo rodar una gran piedra hasta la entrada del
sepulcro y se fue. 61Estaban allí María Magdalena y la otra María,
sentadas frente al sepulcro.

José de Arimatea, discípulo rico (ver Is 53, 9, cuarto poema del Siervo) hace gestiones ante Pilato para enterrar el cadáver de Jesús. Lo envuelve en una sábana «limpia» y lo coloca en un sepulcro «nuevo»; ambos detalles evocan la dignidad de Jesús y la piedad del entierro. El sepulcro nuevo, además, explica que haya sido posible el entierro, ya que el cadáver de un ajusticiado no podía ser puesto en un sepulcro ya ocupado, donde habría contaminado los huesos depositados allí. Los temas de la piedra y las mujeres preparan el relato de la aparición.

Custodia del sepulcro (27,62-66)

62Al otro día, el siguiente a la Preparación, los sumos sacerdotes y los fariseos se reunieron ante Pilatos 63y le dijeron: «Señor, recordamos que ese impostor dijo cuando aún vivía: "A los tres días resucitaré". 64Manda, pues, que quede asegurado el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vengan sus discípulos, lo roben y digan luego al pueblo: "Resucitó de entre los muertos", y la última impostura sea peor que la primera.» 65Pilato les dijo: «Tenéis una guardia. Id, aseguradlo como sabéis.» 66Ellos fueron y aseguraron el sepulcro, sellando la piedra y poniendo la guardia.

Se trata de una etiología o relato que explica un hecho, aquí el sepulcro vacío. Es la explicación dada por los judíos y que perdura «hasta el día de hoy», cuando Mateo escribe. Según Justino, fue divulgada por emisarios judíos en los años 80-85 entre los judíos de la diáspora, con el fin de desacreditar la resurrección. De hecho, este tipo de bulo sólo pudo nacer en ambiente fariseo: si el sepulcro está vacío o es porque resucitó Jesús (explicación cristiana) o porque han robado el cadáver (explicación judía). El relato está lleno de incoherencias, que lo hacen inverosímil. Se sitúa la escena en el sábado de Pascua, el día siguiente a la Preparación o *Parasceve*; supone que los sumos sacerdotes y fariseos conocen y se toman en serio el anuncio de la muerte y resurrección al tercer día; supone que Pilatos accede a esta petición poco razonable. La continuación de esta etiología está en 28,11-15.

2. Proclamación de la resurrección

El sepulcro vacío. Mensaje del ángel (28,1-8) (Mc 16,1-8; Lc 24,1-10)

**28 [1]Pasado el sábado*, al alborear el primer día de la semana,
María Magdalena y la otra María fueron a ver el sepulcro.
[2]De pronto se produjo un gran terremoto, pues un ángel del Señor
bajó del cielo y, acercándose, hizo rodar la piedra y se sentó enci-
ma de ella. [3]Su aspecto era como el relámpago y su vestido blanco
como la nieve. [4]Los guardias, atemorizados ante él, se pusieron a
temblar y se quedaron como muertos. [5]El ángel se dirigió a las
mujeres y les dijo: «Vosotras no temáis, pues sé que buscáis a Jesús,
el Crucificado; [6]no está aquí, ha resucitado, como lo había dicho.
Venid, ved el lugar donde estaba*. [7]Y ahora id enseguida a decir a
sus discípulos: "Ha resucitado de entre los muertos e irá delante de
vosotros a Galilea; allí le veréis". Ya os lo he dicho.» [8]Ellas partie-
ron a toda prisa del sepulcro*, con miedo y gran gozo, y corrieron
a dar la noticia a sus discípulos.**

V. 1 Variante (Vulgata): «en la tarde del sábado».
V. 6 Adición: «el Señor».
V. 8 Variante: «saliendo a toda prisa del sepulcro»; ver Mc 16,8.

La proclamación de la resurrección consta de cuatro relatos: proclamación del hecho por parte un ángel; aparición de Jesús a un grupo de mujeres; la incredulidad de Israel como consecuencia negativa; y la misión universal como consecuencia positiva. Mateo está más interesado en las consecuencias de la resurrección que en el mismo misterio.

Pasado el sábado (y no «en la tarde del sábado», como traduce la Vulgata), que es día de descanso, al alborear el primer día de la semana, que corresponde a nuestro domingo o «Día del Señor» (llamado así en memoria de la Resurrección, ver Ap 1,10; Hch 20,7; 1 Cor 16,2), María Magdalena y la otra María, es decir, María la de Santiago (ver Mt 27,56.61; Mc 16,1; Lc 24,10) fueron a «ver el sepulcro» y no a ungir el cuerpo de Jesús, como en Mc y Lc, pues el sepulcro está sellado y vigilado por soldados. En esto tiene lugar un terremoto, que en el lenguaje apocalíptico judío es signo de la presencia divina (ver Mt 27,51)

y cuyo sentido se explica a continuación: ha bajado del cielo un ángel de Dios, que hace rodar la piedra que cerraba la entrada del sepulcro y se sienta sobre ella, ¡no para que salga el Señor Resucitado!, sino para que se compruebe que está vacío y se confirme así el mensaje que va a proclamar. Entonces tiene lugar la revelación divina del hecho de la resurrección, que ya ha acaecido. El mensaje tiene dos partes: resucitó el Crucificado, no está en el sepulcro; decid a los discípulos que vayan a Galilea, donde lo verán (véase el último relato). Todo ello de acuerdo con lo anunciado por Jesús. El sepulcro vacío es un hecho ambiguo. La revelación divina es la que da el verdadero sentido. El motivo de los guardias atemorizados está tomado de la etiología anterior (27,62-66); no son beneficiarios del «no temáis» que se dice a las mujeres (28,4).

Aparición a las santas mujeres (28,9-10)

9En esto, Jesús les salió al encuentro y les dijo: «¡Salve!» Y ellas, acercándose, se asieron de sus pies y le adoraron. 10Entonces les dice Jesús: «No temáis. Id, avisad a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán».

Mientras las mujeres van a anunciar el mensaje a los discípulos, Jesús les sale al encuentro, con el mismo mensaje. Esta repetición del mensaje subraya la importancia de la aparición final de Galilea. El saludo «Salve», literalmente "alegraos", alude a So 3,14-17: *Alégrate, no temas, Yahvé está en medio de ti* (el Resucitado). Si bien los cuatro evangelistas están de acuerdo al referir la aparición inicial del ángel (o de los ángeles) a las mujeres (Mt 28,5-7; Mc 16,5-7; Lc 24,4-7; Jn 20,13), difieren en lo tocante a las apariciones del mismo Jesús. Prescindiendo de Marcos, cuya brusca conclusión (Mc 16,8) plantea un problema especial y cuyo apéndice final (16,9-20) recapitula los datos de los demás evangelios, se observa en todos ellos una distinción literaria y doctrinal subrayada entre varias apariciones privadas y una colectivas. Las privadas sirven para convencer de la resurrección: a María Magdalena, sola (Jn 20,14-17; ver Mc 16,9) o acompañada (Mt 28,9-10); a los discípulos de Emaús (Lc 24,13-32; ver Mc 16,12); a Simón (Lc 24,34); a Tomás (Jn 20,26-29). La aparición colectiva incluye una misión apostólica (Mt 28,16-20; Lc 24,36-49; Jn

20,19-23; ver Mc 16,14-18). Se advierten, por otra parte, tres tradiciones en la localización: en Galilea solamente (Mc 16,7); en Judea solamente (Lc 24 y Jn 20); en Judea y Galilea (Mt; ver Jn 21, que es un apéndice). El credo antiguo que cita Pablo en 1 Co 15,3-7) enumera cinco apariciones (a las que se añade la del mismo Pablo), que no son fáciles de armonizar con los relatos evangélicos; menciona en particular una aparición a Santiago, que también la refiere el apócrifo *Evangelio a los Hebreos*. Se advierte en todo ello tradiciones diferentes, debidas a grupos diversos, que resulta difícil precisar. Pero sus mismas divergencias atestiguan, mejor que una uniformidad artificialmente elaborada, el carácter antiguo e histórico de estas múltiples manifestaciones de Cristo resucitado.

Soborno de los soldados (28,11-15)

11 Mientras ellas iban, algunos de la guardia fueron a la ciudad a contar a los sumos sacerdotes todo lo que había pasado. 12 Éstos, reunidos con los ancianos, celebraron consejo y dieron una buena suma de dinero a los soldados, 13 advirtiéndoles: «Decid: "Sus discípulos vinieron de noche y lo robaron mientras nosotros dormíamos". 14 Y si la cosa llega a oídos del procurador, nosotros le convenceremos y os evitaremos complicaciones.» 15 Ellos tomaron el dinero y procedieron según las instrucciones recibidas. Y se corrió esa versión entre los judíos, hasta el día de hoy.

El soborno de los soldados es continuación de la etiología de 27,62-66; 28,4 y tiene como finalidad reflejar la incredulidad de la mayor parte de los judíos «hasta el día de hoy», en que escribe Mateo. La versión de los hechos que proponen sumos sacerdotes y ancianos contiene incoherencias que la hacen inverosímil: ¿Cómo vieron robar el cadáver a los discípulos si estaban dormidos? ¿Por qué no lo impidieron?

CONCLUSIÓN
(28,16-20)

Aparición en Galilea y misión universal (28,16-20)

16 Por su parte, los once discípulos marcharon a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. 17 Y al verlo le adoraron; algunos sin embargo dudaron*. 18 Jesús se acercó a ellos y les habló así: «Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. 19 Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, 20 y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo».

V. 17 Otra traducción menos autorizada por la gramática: «ellos que habían dudado».

Esta escena es importante y por ello ha sido preparada por un anuncio de Jesús en la Última Cena (27,31-32) y por los mandatos del ángel y del mismo Jesús en las apariciones que se acaban de narrar (28,7.10). La aparición de Jesús se desarrolla en un contexto de libertad (unos adoran, otros dudan). Con estas dudas Mateo alude aquí a relatos que no ha incluido en su obra (véase Mc 16,11.14; Lc 24,11.41; Jn 20,24-29). Jesús declara que ha recibido del Padre la plenitud del poder salvador. "Por ello" envía a los Once en misión para hacer efectivo este poder en todos los hombres sin distinción de raza ni condición: «a todas las gentes». El modo concreto será hacerlos «discípulos» (ver la polémica de Mateo con los rabinos), que comparten la vida y las enseñanzas de Jesús. Para ello deberán bautizar, es decir, incorporar al

Padre, Hijo y Espíritu Santo. El grupo que comparte la vida trinitaria deberá vivir de acuerdo con esta vida, según enseñó Jesús. Finalmente para hacer posible este mandato Jesús resucitado estará dinámicamente presente en la Iglesia, como "Emmanuel", hasta el final de la historia. El relato termina así por inclusión: comenzó diciendo que al Niño le impondrán el nombre de Emmanuel, que significa «Dios con nosotros» (1,23), y termina con la declaración de Jesús en que promete estar siempre con su comunidad (véase la Introducción). La fórmula bautismal «en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» puede provenir del uso litúrgico concreto, que tiene lugar en las comunidades a las que escribe Mateo. Hechos de los Apóstoles habla del bautismo «en el nombre de Jesús», es decir, mientras se invoca a Jesús como Señor; más tarde se habría hecho explícita la vinculación del bautizado con las tres personas de la Trinidad. Sea lo que fuere de estas variaciones posibles, la realidad profunda sigue siendo la misma. El bautismo vincula con la persona de Jesús Salvador (ver Rm 6,3-11) y por él con el Padre y el Espíritu.

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

BONNARD, P., *El evangelio según san Mateo*, Madrid 1976.

DAVIES, W.D. – D.C. ALLISON, *The Gospel according to St Matthew*, 3 vols., Edimburgo 1988-1997.

GNILKA, J., *Il Vangelo di Matteo*, 2 vols., Brescia 1990. Original alemán.

GOMÁ, I., *El evangelio según san Mateo*, 2 vols., Barcelona 1908.

KINSBURY, J.D., *Matthew as Story*, Filadelfia 1968, ²1988 ampliada.

LUZ, U., *El evangelio de Mateo*, 3 vols., Salamanca 1993. Original alemán.

MAGGIONI, B., *El relato de Mateo*, Madrid 1982.

SAND, A., *Il Vangelo secondo Matteo*, 2 vols., Brescia 1992. Original alemán.

TRILLING, W., *El verdadero Israel*, Madrid 1974.

ZUMSTEIN, J., *Mateo el teólogo* (CB 58), Estella 1987.

COLECCIÓN
COMENTARIOS A LA BIBLIA DE JERUSALÉN

CONSEJO ASESOR:
Víctor Morla y Santiago García

ANTIGUO TESTAMENTO

1A. Génesis 1-11, *por José Loza*

1B. Génesis 12-50, *por José Loza*

2. Éxodo, *por Félix García López*

3. Levítico, *por Juan Luis de León Azcárate*

13A. Salmos 1-41, *por Ángel Aparicio*

13B. Salmos 42-72, *por Ángel Aparicio*

15A. Job 1-28, *por Víctor Morla Asensio*

19A. Isaías 1-39, *por Francesc Ramis Darder*

22. Daniel, *por Gonzalo Aranda*

NUEVO TESTAMENTO

1A. Evangelio de Mateo, *por Antonio Rodríguez Carmona*

1B. Evangelio de Marcos, *por Antonio Rodríguez Carmona*

5. Corpus Paulino II. Efesios, Filipenses, Colosenses, 1-2 Tesalonicenses, Filemón y Cartas Pastorales: 1-2 Timoteo, Tito, *por Federico Pastor*

6. Carta a los Hebreos, *por Franco Manzi*

8. Apocalipsis, *por Domingo Muñoz León*



La editorial Desclée De Brouwer presenta esta serie de comentarios a la *Nueva Biblia de Jerusalén*, con la pretensión de que ocupen el espacio abierto en el mercado de la lengua castellana entre la divulgación y la crítica científica.

Los comentarios están estructurados de forma tripartita: se incluye el texto de la *Nueva Biblia de Jerusalén* (por perícopas), de modo que el lector del comentario tenga directamente al alcance los párrafos comentados; al texto acompañan un aparato crítico, que recoge los problemas textuales más significativos y las posibles (y legítimas) variantes, y el comentario propiamente dicho. Los comentaristas son conocidos especialistas de la lengua española y algunos expertos exegetas extranjeros.

Antonio Rodríguez Carmona, sacerdote de la diócesis de Almería, nació en Granada (1933), ciudad en cuya Facultad de Teología ha sido Vicerrector académico y catedrático de Nuevo Testamento. Actualmente, como profesor emérito, está encargado de cursos de Nuevo Testamento y Literatura Intertestamentaria. Es licenciado en Sagrada Escritura y doctor en Teología y en Filología Bíblica Trilingüe. Entre sus publicaciones destacan *Evangelios Sinópticos y Hechos de los Apóstoles* (1992; [8]2005) y *La Religión Judía (2002)*.



